COLECCIÓN ARMAS Y LETRAS

Boadilla

ESMOND ROMILLY

Edición de
ANTONIO R. CELADA

Amarú
EDICIONES

Esmond Romilly (Londres, 1918-Mar del Norte, 1941) es el autor del texto objeto de esta edición. De familia acomodada, aunque no pudiente (era sobrino de Winston Churchill), su innata rebeldía le impidió disfrutar de los privilegios que su ascendencia distinguida le tenía reservados. Inquieto y obstinado, generoso y entusiasta fue un autor muy precoz y polémico en sus primeros conatos como escritor. Típico producto de los años treinta, cuando todavía había grandes causas por las que luchar, vino a combatir a España, donde permaneció desde principios de noviembre hasta finales de diciembre de 1936. Participó en tres frentes diferentes: el Cerro de los Ángeles, la Ciudad Universitaria y Boadilla. Se trata, sin duda, de uno de esos voluntarios cuya personalidad brillante y decidida cuadra mejor que ninguna otra con la imagen que el lector medio español tiene de aquellos jóvenes comprometidos que vinieron a luchar a un país que no era el suyo, sin exigir nada a cambio.

Esmond Romilly murió muy joven. Cuando su avión cayó en el Mar del Norte contaba sólo con 23 años. No cabe duda que las letras inglesas perdieron una joven promesa con un futuro muy prometedor.

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/boadilla0000romi_g0n8

Colección Armas y Letras
Director: Antonio R. Celada

Boadilla

Esmond Romilly

Boadilla

Esmond Romilly

Edición de
Antonio R. Celada

Amarú Ediciones
Salamanca

Esta Obra ha sido Editada con Ayudas Financieras:

- del Proyecto de Investigación *Fomenta 2009/06* financiado por el Gobierno de La Rioja (Dirección General de Universidades y Formación Permanente).
- del Proyecto de Investigación *16. KAII 463 A C 01* financiado por la Universidad de Salamanca (USAL).
- de la AABI (Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales).

Signum
soluciones globales de edición

Diseño y maquetación: SIGNUM SGE (Salamanca)

Motivo de cubierta. Fotografía de Antonio R. Celada.

AMARÚ EDICIONES
C/ Meléndez, 21· Teléfono: 923 261 228 - Fax: 923 267 860
37002 Salamanca
www.amaruediciones.com

© DE ESTA EDICIÓN AMARÚ EDICIONES.
© Del texto de la obra: Constancia Romilly.
(Reprinted by kind permission of Constancia Romilly, Copyright ©1971 Constancia Romilly)
© Del texto introductorio y las notas: Antonio R. Celada.
© De la traducción: Antonio R. Celada y Laura González Fernández.
© De las fotografías: Según reconocimiento en cada caso. De no especificarse, la responsabilidad es del autor de la edición crítica.

1ª Edición enero 2011

ISBN: 978-84-8196-324-3
Depósito Legal: S.134-2011

Impreso: Gráficas Varona, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación publica o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Cronología

Cronología probable del viaje y la estancia de Esmond Romilly en España

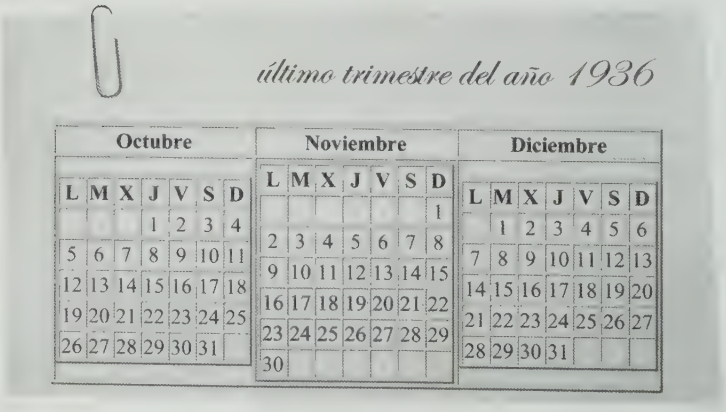
(Habida cuenta de la imprecisión de la que el autor hace gala en sus descripciones sobre las fechas exactas de sus distintas estancias e intervenciones en los frentes, hemos confeccionado la siguiente relación cronológica tras consultas y cotejos varios con otras fuentes. De especial ayuda ha sido el diario manuscrito aún sin publicar de Raymond Cox, compañero de Romilly en los tres frentes y que murió en Boadilla. A pesar del riesgo que entraña la elaboración de esta tabla, entiendo que puede ayudar considerablemente al lector a una mejor comprensión del texto).

10 de octubre de 1936	Probable salida desde Londres hacia Dieppe.
11-20	Recorre en bicicleta los aproximadamente 1.000 kilómetros que separan Dieppe de Marsella.
21-26	Estancia en Marsella.
27-28	Se embarca en el *Mar Caspio* donde tiene que soportar una espera de dos días.
29	Probable salida hacia Valencia a las 4 de la mañana.
30	Probable desembarco en Valencia a última hora de la mañana. Discurso de bienvenida de André Marty. A las 10 de la noche suben a bordo de un tren especial que les llevará a Albacete.
31	Probable llegada a Albacete temprano por la mañana.
1-10 de noviembre de 1936	Estancia en Albacete. El 5 de noviembre Romilly es aceptado en el grupo de ingleses. Pocos días antes había llegado a Albacete la orden de preparación para el traslado a Madrid. La XI Brigada sale unos días antes de la XII.
8	Se encuentran con el otro grupo de británicos en un Café de Albacete.
9	Llega la orden de salida para la XII Brigada donde se enrolan los Thaelmann y el grupo de Esmond. En el texto figura que probablemente este día asiste al segundo discurso/arenga de André Marty que tanto le impresiona. No obstante, a juzgar por algunos comentarios que ahí se hacen, Esmond no parece situar ese acto en el día correcto. Muy probablemente tuvo lugar unos días antes, en la despedida de la XI Brigada.
10	Salen hacia el frente de Madrid por la noche.

11	Llegan a la estación de Villacañas (Toledo) a las 6 de la mañana. Parten hacia Chinchón en camiones. Llegan a medianoche. Ante la falta de transporte, se pospone la salida para el día 13 a las 3 de la mañana. El día 12 lo emplean para reorganizarse y familiarizarse con los pertrechos y el equipo.
13	Muy temprano (2.50 horas según Esmond), son trasladados a La Marañosa y Perales del Río. Se inicia el ataque al Cerro de los Ángeles. David Marshall cae herido. Durante la noche se retiran a La Marañosa para reorganizarse.
14	En varios momentos de la noche del 14 y la madrugada del 15 se enfrentan a las escaramuzas con los moros.
15-16	Permanecen en una cantera como unidad de retaguardia.
16	Regresan a Chinchón.
17	Son trasladados a Fuencarral (Madrid).
18-19	Están dos días preparándose en la retaguardia en los aledaños de la Ciudad Universitaria.
20	Ataque a la Casa Blanca.
21	Sefton Delmer visita la unidad en el frente.
22	Se organizan las defensas y se cavan trincheras.
23-26	Durante estos días, el grupo participa en intensos combates alrededor de la Casa Blanca, el cuartel de la Guardia Civil y el Palacete de la Moncloa. Mueren Alex y Karl Adler probablemente el día 24.
27-29	Días de descanso en Fuencarral. Según consta en el diario de Raymond Cox, el grupo asiste al funeral de Karl Adler en Madrid. Muy probablemente Esmond se equivoca de persona ya que Louis Schuster moriría el día 1 de diciembre.
29 de noviembre - 4 de diciembre	El grupo vuelve al frente para labores de fortificación en la retaguardia.
4-5	Período de descanso en "La Playa de Madrid".
6-9	Regresan al frente de la Ciudad Universitaria a posiciones de retaguardia.
9-13	Vuelven a "La Playa de Madrid" y después al Pardo.
13	El grupo es trasladado a Majadahonda por la tarde.

14	Llegan a Boadilla y se despliegan en forma de arco alrededor de la zona noreste del pueblo.
14-15	Dos días de poca actividad debido a la niebla. Se mejoran trincheras y parapetos.
16-18	Cae Boadilla el 16 y el grupo de Romilly se retira a los cerros en la parte noreste del pueblo.
19	Se produce la gran tragedia para el grupo. La mayoría de los compañeros de Esmond muere pero él sale ileso.
20-22	El día 20 los rebeldes abandonan parte del terreno conquistado excepto Boadilla y Villanueva de la Cañada que la habían tomado el 19, pero Esmond permanece aún unos días más en el frente. La Brigada XII es trasladada a El Pardo el día 22.
23-24	Viaja hasta Albacete.
25	Se le extiende el salvoconducto para trasladarse a Valencia.
27	Consigue el visado de tránsito.
28 de diciembre - 2 de enero	Viaja a Valencia y Barcelona, y luego cruza por Francia.
3 de enero de 1937	Llega a Inglaterra.

CALENDARIO DE LOS MESES DE 1936 EN LOS QUE TIENE LUGAR EL VIAJE Y LA ESTANCIA DE ESMOND EN ESPAÑA



Introducción

Fernando de la Torre ha definido *Boadilla* como "un libro excelentemente bien escrito, muy vivencial, muy trepidante en la acción, con un fuerte sentido dramático, que culmina en un *clímax* final impresionante, anonadador" (2006:1006). Puede que de la Torre se haya excedido en los elogios a un libro todavía muy poco conocido por los lectores españoles pero no cabe duda de que se trata de un excelente documento sobre los primeros meses en los diversos frentes alrededor de Madrid que es necesario conocer. En la introducción a la edición inglesa de 1971 Hugh Thomas afirmaba "*Boadilla* es uno de los pocos libros de la década de los treinta que conserva aún su frescura y, sin duda, toda su vitalidad. La vívida descripción de la batalla se mantiene aún hoy en día con toda lozanía" (1971: 12). Pocos años antes en su ya clásica obra *The Spanish Civil War [La guerra civil española]* se había referido a *Boadilla* como "una excelente descripción de la batalla [del mismo nombre]" (1963: 347). Sorprendentemente, Kevin Ingram, el biógrafo de Romilly, utiliza profusamente datos, fechas y vivencias descritas por el autor en el relato pero no hemos encontrado una valoración global sobre el mismo. Aunque se equivoca, en mi opinión, al juzgar al personaje, sí aporta información muy útil al especificar días y lugares precisos (no siempre con acierto) a los que Esmond sólo se refiere de forma ambigua.

Aunque *Boadilla* sale a la luz en octubre de 1937, se trata de uno de los primeros relatos extensos publicados en Gran Bretaña sobre la guerra española, por lo que pertenece al que se ha dado en denominar como período de fervor y entusiasmo. Como veremos más adelante, el autor no pretende justificar una posición ideológica o política determinada. En sus propias palabras, no es "un tratado político", es más bien un homenaje, un canto elegíaco a los protagonistas de unos hechos de los que él fue un testigo privilegiado. Carece por tanto de perspectiva histórica y dentro de ese contexto hay que juzgarle. Puede que no resulte muy interesante ni para el his-

toriador ni para el técnico militar pero sí para el simpatizante y para el público en general. Hay una mezcla de descripción apasionada y de interpretación personal. No es un relato autobiográfico, ni una novela ni un tratado documental. Es una mezcla de las tres cosas a la vez con tintes de ficción a trechos y con algunos brochazos mitobiográficos intercalados. En los primeros capítulos, el autor se siente protagonista y parte integrante del relato. Progresivamente, su persona va perdiendo capacidad de referencia y se nos revela únicamente como el intérprete de lo que ve. Finalmente, se convertirá en un testigo cualificado pero incómodo de lo que ocurre. Él era el más joven del grupo, el más inexperto, el menos curtido por un pasado torturado. De muchos de sus comentarios deducimos que los otros (sus compañeros) le protegen más que le admiran, de ahí que se permita ciertas licencias que el lector consiente sin reparos. Él no puede sentirse parte integrante de aquel grupo ni por su historia ni por su adscripción ideológica. La escena del funeral (ver p. 192-193) con la carga elegíaca que le caracteriza es probablemente el ejemplo más significativo: él allí es sólo el testigo de la tragedia, la amenaza real que sus compañeros de batallón sienten tan profundamente no le incumbe aunque le preocupa; la realidad política de su país era totalmente diferente y el paraguas familiar del que con tanta convicción abomina está aún desplegado para protegerle.

Lo que más impresiona al lector es que está escrito por un joven lo suficientemente bisoño como para no ser capaz todavía de entender la vital trascendencia de aquellos hechos y lo suficientemente maduro como para reflexionar sobre los mismos con una hondura y una autoridad que sorprende. En realidad, los hechos son casi anecdóticos; la proyección reflexiva que hace sobre los mismos es lo que asombra al lector. A ratos es introspectivo y calculador, a ratos prudente y sensato; casi siempre sorprendente y turbador. Al fin y al cabo, él es sólo el mensajero pero ese papel lo desempeña con astucia y pundonor.

No es, por tanto, un libro escrito por un autor veterano o experimentado pero pronto se convirtió en un relato muy referenciado por historiadores y estudiosos. Es incisivo y penetrante; tiene garra y consistencia; impresiona y a la vez fascina al lector. ¿Cómo es posible que un muchacho de 19 años con ciertas aptitudes para el periodismo literario haya conseguido completar una reflexión tan bien terminada y de lectura tan ágil y amena? Se trata de una narración muy personal como tributo a sus compañeros de trinchera que murieron en el frente de Boadilla pero podría entenderse también como un documento que refleja hechos reales siempre dentro de

un contexto extremo, en el que busca razonar e indagar en las emociones y vivencias de unos voluntarios demasiado jóvenes, demasiado idealistas y demasiado ingenuos como para poder percatarse de lo que allí estaba ocurriendo. El autor era uno de ellos, tan cándido e íntegro como el resto. Era tan ingenuo que en pleno fragor de la batalla seguía preguntándose por qué alguien quería matarles. Pronto su sentido de la inocencia ética quedaría seriamente dañado por la visión dantesca de los muertos que iban apareciendo a su alrededor. Aquello no era un juego. Sólo tres británicos en su grupo sobrevivieron pero aquella tragedia no logró doblegar su natural espíritu optimista. Varios de los compañeros que le trataron en España le admiraban por su generosidad y optimismo. Leslie Gibson que le conoció en el frente de Madrid comenta: "Entre aquellas unidades llegué a conocer mucha gente, muchos de los grandes muchachos con los que me he encontrado en la vida los conocí allí; Esmond Romilly, el sobrino de Winston Churchill fue uno de ellos" (2009: 69). Keith Scott Watson, su compañero de armas en el Cerro de los Ángeles, menciona a Esmond en múltiples ocasiones en su libro *Single to Spain* (1937) pero la información que ofrece sobre nuestro autor resulta poco relevante.

El libro no está escrito con rencor ante el desastre sino con respeto y admiración por los muertos. Es cierto que no es lo mismo dar la vida por tu propio país que entregarla luchando en otro por muy loable que sea la causa por la que se lucha; pero eso es precisamente lo que reviste esas vivencias de una especial querencia romántica. El lector no puede por menos de sentir fascinación por la figura de aquellos jóvenes desprendidos y generosos que corrieron ese riesgo de buen grado. Fue su homenaje personal a los que dieron su vida por una causa en la que creían. Sólo 5 años después de concluir el relato él también pasaría a engrosar la lista de víctimas por un ideal alcanzado sólo a medias. A largo plazo, consiguieron la destrucción del fascismo en el occidente europeo pero no el mundo de libertad y justicia en el que todos soñaban.

Pero ¿quién era ese joven entusiasta y precoz, intolerante a veces, generoso otras, inmaduro en ocasiones pero siempre cautivador? Hagamos un detenido rastreo de su vida antes de concentrarnos en su obra.

Esmond Romilly y su corta vida (1918-1941)

Esmond en 1940.
(Fotografía: Cortesía de Constancia Romilly).

"Mi educación llegó hasta un nivel de certificado escolar en un famoso colegio privado (Wellington College), pero acabé de forma súbita e imprevista, y decidí que era preferible mantenerme con mi propio trabajo, al no tener un conocimiento especializado de ningún tipo. Como tampoco me caracterizo por un exceso de honestidad o escrupulosidad, era, supongo, inevitable que tarde o temprano terminara vendiendo algo a alguien. Pertenezco a esa inmensa clase de trabajadores no cualificados, pero con acento de colegio privado."

De esta reflexión que aparece en *Boadilla* (ver p. 85) puede el lector adivinar la imagen que el autor tenía de sí mismo, la que él quería cultivar y que, aunque sobria en exceso, puede que se correspondiera con la realidad. Escribe estas líneas con mucha convicción cuando intenta ofrecer al lector información sobre sus andanzas y proyectos inmediatamente antes de venir a España. Hay mucha modestia en esa descripción ya que, como veremos más adelante, tenía mucho talento y una personalidad mucho más atractiva de la que se deduce de ese comentario. Tanto Giles, su hermano, como Jessica, su mujer, Philip Toynbee y varios de sus amigos le admiraban por su coraje y su sinceridad. Era claro y directo, generoso y confiado. Tenía un carácter fuerte que podía suscitar una profunda fascinación pero también un firme rechazo. Dependiendo de quien lo juzgara podría ser brillante o infantil, divertido o exasperante, encantador o abrupto, ingenioso o pedante, cautivador o irritante. Aquéllos con los que convivía podían admirarle u odiarle pero nunca resultaba indiferente. Renunció a los privilegios de su clase y a una educación universitaria porque sus principios así se lo dictaban y el ambiente de los años treinta así lo aconsejaba. Tuvo una vida corta pero intensa y procuró hacer siempre lo que su conciencia le demandaba aunque ello le acarreara graves disgustos.

Esmond Marcus David Romilly nació el 10 de junio de 1918 en Huntington Park, Herefordshire (Gran Bretaña), en casa de Samuel Henry Romilly, su abuelo paterno. Era hijo del coronel Bertram Romilly (1878-1940) y de Nellie Hozier[1] (1888-1955), hermana de Clementine, esposa de Winston

[1] Margaret Nelly Ogilvy Hozier (1888-1955), señora de Romilly y cuñada de Winston Churchill, era una mujer bella, culta e independiente aunque muy apasionada. Se casó con Bertram en diciembre de 1915. En agosto de 1914 se había ido como voluntaria al frente belga con una unidad médica. Allí hizo labores de intérprete y secretaria pero cayó prisionera de los alemanes a los pocos días. Tras varios meses ayudando tanto a heridos británicos como alemanes, y una vez descubierta su verdadera identidad, fue devuelta a su país en diciembre de ese año. Aunque gran defensora de la causa monárquica era mucho más liberal que su marido y fue bastante más comprensiva que éste a la hora de entender la rebeldía de sus hijos. En 1932 publica una novela semi-autobiográfica [*Misdeal (Un mal negocio)*] bajo el pseudónimo de Anna Gerstein. En ella deja entrever la relación tensa y atormentada que mantenía con su marido. En varias de las cartas que Esmond cita, reconocemos a la madre preocupada por el hijo díscolo pero también a la mujer orgullosa de haber traído al mundo dos jóvenes sanos, inteligentes, ambiciosos y decididos. Aunque obstinada, era una persona generosa, de carácter abierto por lo que no debe sorprendernos su resignación cuando su otro hijo, Giles, decide venir a España como voluntario. A pesar de todo, nunca logró ganarse la simpatía de Jessica, su nuera, quien en una de las cartas a su madre la describe como "la persona más horrible, vulgar y repugnante que jamás haya conocido" (2006: 95)

Churchill. El coronel Romilly tenía antepasados hugonotes procedentes de Montpellier (Francia) y varios de sus predecesores hicieron brillantes carreras en el ejército de Gran Bretaña. Entró a formar parte de la Guardia Escocesa ("Scots Guards") en 1899 y en 1902 recibió una condecoración al valor (DSO= *Distinguished Service Order*) mientras servía en Sudáfrica. Desde 1911 a 1914 estuvo destacado en Egipto y durante la Primera Guerra Mundial se distinguió por su coraje y valentía. En 1915 sufrió graves heridas en la cabeza y durante el período de convalecencia logró convencer a Nellie, a la que había conocido unos meses antes, para que se casara con él. Más tarde sirvió como gobernador militar en Palestina desde 1919 a 1920.

Esmond, por tanto, provenía de una familia desahogada, aunque no pudiente, y bien situada en los círculos del poder. Entre sus ascendientes se encontraba Sir Samuel Romilly, su tatarabuelo, un prestigioso abogado y político distinguido que hoy tiene una calle dedicada a su nombre en Westminster (Londres). Serían varios los miembros de la familia que llevarían orgullosos el nombre de Samuel, incluido Giles, el hermano de Esmond. Desgraciadamente, nuestro autor, no encontró, en sus años jóvenes, acomodo dentro de las rígidas estructuras que exigía el ejercicio de la política o la carrera militar. El ser sobrino por parte de madre de una de las figuras más prominentes de la política inglesa de mediados del siglo XX más que en un privilegio se convirtió para él en una pesada carga. Inteligente, culto, extrovertido y valiente, aunque también intransigente e incorregible, podría haberse aprovechado de aquella situación tan privilegiada pero su innata rebeldía, su terquedad y sus tempranos devaneos marxistas le impidieron disfrutar de los potenciales favores que sus lazos familiares le tenían reservados.

Anárquico, heterodoxo, e indisciplinado, insolente a veces, seductor siempre, con ciertas dosis de intolerancia y muy poco práctico, no cuadraba dentro del producto arquetípico de las elitistas "public schools[2]" británicas. Por

---

[2] Las conocidas como "escuelas públicas" en Gran Bretaña (abiertas al público previo pago de una considerable cantidad) no eran realmente tales sino más bien privadas (aunque no de propiedad privada) ya que estaban reservadas, sobre todo desde mediados del siglo XIX, a alumnos de familias con capacidad adquisitiva alta. El término "público" se utilizaba para distinguirlas de la educación privada que muchas familias preferían para sus hijos contratando tutores y profesores particulares. Más bien habría que denominarlas como escuelas independientes o colegios privados, es decir internados con normas y planes de estudios diferentes a las escuelas que sí estaban financiadas con fondos públicos. Consiguieron un gran prestigio a partir de finales del siglo XIX no por su excelencia académica sino por infundir en el alumno un ideario muy especial basado en la confianza en sí mismo, el respeto a la tradición y una lealtad inquebrantable al país y al imperio. La primera escuela que empezó a utilizar el adjetivo de pública fue Eton, una de las más prestigiosas junto a Harrow, Westminster, Rugby o Welllington donde estuvieron los hermanos Romilly. Un alto porcentaje de figuras públicas, políticos de prestigio y escritores reconocidos pasaron por sus aulas lo que convirtió a estas instituciones en centros educativos de referencia pero son muchos los historiadores que creen que, a pesar de los beneficios reportados, han hecho también mucho daño al país por su elitismo. De ahora en adelante utilizaremos, como norma, la expresión "colegios privados", tanto en la Introducción como en la Traducción del relato.

eso terminó escapándose de una de ellas. T. C. Worsley, que llegó a conocerle en Wellington en sus años de "maestro ayudante" cuando Esmond tenía 15 años, llega incluso más lejos al describirle, de forma exagerada en mi opinión, como "cruel, sin escrúpulos, con un corazón de hierro... un lobo solitario que mordía la mano del que le daba de comer" (1967: 98). También Hugh Thomas llega a referirse a él de forma poco cortés como "el nieto anárquico y salvaje de Winston Churchill" (1963: 326). Totalmente de acuerdo con el primer adjetivo; inmoderado y excesivo el segundo. La figura del joven Romilly hay que juzgarla y procurar entenderla dentro del contexto de los años treinta. El personaje analizado fuera de ese contexto despierta escasa admiración, y puede resultar artificioso y afectado. Creo que éste es el mismo error que comete su biógrafo, Kevin Ingram, quien se ha limitado a ofrecer una imagen de niño rico, superficial y caprichoso, un rebelde sin causa que rehúsa aceptar la responsabilidad de sus propias decisiones. Si bien algunos de sus actos pueden analizarse bajo esa óptica, no podemos olvidar la grandeza de dos de las decisiones más importantes en su vida: su determinación de venir como voluntario a España y su resolución de participar en la Segunda Guerra Mundial donde murió. Son la muestra irrefutable de su generosidad y altruismo. Predicó con el ejemplo.

Su infancia transcurrió sin sobresaltos dentro de una familia poco bien avenida pero con una madre volcada en sus dos retoños. Su padre pasaba poco tiempo con los niños, sus heridas de guerra le habían dejado secuelas serias y ya era una persona mayor para aguantar la presencia ruidosa de sus hijos alrededor. Cuando Esmond tenía 10 años, él ya tenía 50. De los escritos del propio Esmond deducimos que hubo tres puntos de referencia importantes en la infancia de los hermanos Romilly: Dieppe, en Francia, donde pasaban sus vacaciones y ambos la recuerdan con nostalgia y alborozo: "de mis vacaciones veraniegas en Dieppe tengo recuerdos muy agradables y reminiscencias muy placenteras" (1935: 164); Huntington Park, la casa de su abuelo paterno donde pasaban también largas temporadas y de la que rememoran las buenas comidas, los largos paseos y la convivencia con los primos; y Chartwell, en Kent, la casa de campo de su tío Winston Churchill, donde hermanos y cuñados del que más tarde sería Primer Ministro disfrutaban de las vacaciones navideñas. En las largas sobremesas y las tertulias familiares que allí se celebraban, a Giles y a Esmond se les conocía cariñosamente por el sobrenombre de "los corderos". Las pocas cartas y anotaciones en diarios que han filtrado sus primos evocan a Esmond como un chico descuidado, poco aseado, testarudo, muy activo y tremendamente divertido. Y sobre todo, algo en lo que todos coinciden, rebelde.

Fue durante su selecta educación en WELLINGTON COLLEGE cuando ya manifestó los primeros síntomas de rebeldía al declararse pacifista y negarse, junto a su hermano Giles, a alistarse en los O.T.C. ("The Officers' Training Corps")[3]. En el manifiesto de presentación de su revista, a la que nos referiremos más tarde, había cuatro aspectos que ambos hermanos entendían que merecían una crítica severa. En su opinión, los colegios privados británicos no tenían un posicionamiento claro ante los problemas nuevos de la sociedad; se autoexcluían deliberadamente de cualquier contacto con la realidad política y cultural del país; se dejaban utilizar como instrumentos a favor de causas reaccionarias y fomentaban sistemas de convivencia muy autoritarios. Más aún, las rígidas estructuras del internado le recordaban atributos propios del fascismo que ya se cernía como una verdadera amenaza sobre Europa. La obligatoriedad de integrarse en los Programas de los O.T.C. era otro de sus objetivos a censurar. En su ardor juvenil Esmond se olvidaba de que Wellington era una escuela orientada a formar una clase dirigente y a la preparación de futuros oficiales militares.

Creo que la mejor manera de acercarse a esos años es siguiendo la propia narración que ambos hermanos publican en 1935, *Out of Bounds: The Education of Giles and Esmond Romilly* [*En zona prohibida: La educación de Giles y Esmond Romilly*], y que consta de dos partes. Para este libro, los Romilly elegirían el mismo título que el de la revista aunque, como es lógico, añadirían un epígrafe explicativo diferente. La primera parte la escribe Giles[4]

---

[3] Los O.T.C. se encuadraban en un Programa dentro del Ejército Británico cuya misión esencial consistía en proporcionar, entre los estudiantes del Reino Unido, capacitación suficiente para un potencial liderazgo militar a través de un entrenamiento duro pero sosegado, desarrollando facultades como la confianza en sí mismo, la disciplina o el amor a la patria. El Programa comienza su andadura en 1908 ante la escasez de oficiales que se había producido en la guerra de los Boers (1899-1902) e incluía una división superior (la universitaria) y una división junior (la de las escuelas). Durante la década de 1930 su prestigio se consolidó y aumentó su fuerza alcanzando su punto álgido en 1938, tras los acuerdos de Munich. El programa sigue aún vigente y las mujeres están plenamente integradas ya en todas las secciones.

[4] Giles Romilly (1916-1967) era 22 meses mayor que Esmond. Fue su compañero de juegos en Huntington Park y en Dieppe, y asistió a los mismos colegios que su hermano. Vino también como voluntario a España y, al igual que Esmond, participó en la Segunda Guerra Mundial pero como corresponsal para el *Daily Express*. Fue capturado en la ciudad noruega de Narvik por los Nazis en mayo de 1940 y estuvo prisionero en Alemania en Colditz Castle, una cárcel de alta seguridad, y en Tittmoning Castle de donde al final pudo escapar. En ambas cárceles recibió un trato especial como "Prominente" debido a su relación familiar con Winston Churchill que para entonces ya era Primer Ministro. Se dedicó al periodismo y escribió un libro con Michael Alexander, su compañero de prisión, titulado *The Privileged Nightmare* (1954) [*Pesadilla de privilegiados*], que en 1973 sería re-editado con el título *Hostages at Colditz* [*Rehenes en Colditz*]. Murió relativamente joven en Berkeley, California, en 1967, por sobredosis de tranquilizantes.

Esmond y Giles Romilly en 1934. La fotografía es de Howard Coster y está tomada de la portadilla de *Out of Bounds* (1935).

y se trata de un relato enternecedor sobre las grandezas y miserias que tiene que soportar un niño internado en un colegio de esas características. Giles era un niño tímido, muy cercano a su madre y echaba en falta el cariño y el cobijo familiar. La escena de la despedida de su madre y de su hermano menor, Esmond, en el vestíbulo de la escuela preparatoria recuerda las mismas evocaciones melancólicas del niño Stephen en *Retrato del artista adolescente* de James Joyce. Los mismos ecos de abatimiento, tristeza y sentimiento de abandono. Cuando se quedó sólo, nos cuenta, "se sintió tremendamente infeliz y lloró durante un largo rato" (1935: 13). Le impresionó mucho la frialdad del edificio, la afectación de profesores, matronas y cuidadoras, la crueldad de los otros niños, la disciplina rígida, los castigos físicos y el sinsentido de ciertas normas. Pero disfrutó de algunas actividades y le encantaban las clases de inglés y de historia. En cualquier caso, y a pesar de su corta edad, el niño habría de demostrar suficiente fortaleza como para vencer la añoranza, el miedo y la soledad. El sistema esperaba de él coraje, disciplina y fortaleza.

Tras pasar la preparatoria en Seacliffe[5] (Seaford), consigue una beca para ir a Wellington con 13 años. El cambio fue dramático: "una sacudida violenta en mi vida y mis hábitos" (1935: 47). Las escenas de tristeza y nostalgia se reprodu-

[5] En realidad, según su biógrafo (1985: 20), la escuela donde ambos hermanos iniciaron sus estudios no fue "Newlands Prep. School" en Seaford, Sussex, (ellos la denominan "Seacliffe") sino "Gibss Day School" en 134, Sloan Street, en Londres. Desconocemos por qué ambos consideran poco oportuno mencionar a éste, su primer centro educativo, por su nombre. En cualquier caso, no parece un dato demasiado relevante ya que son muchos los nombres que ellos silencian o disfrazan en su narración. Lo que sí interesa al lector es la crítica dura que hacen del sistema y cómo describen ellos sus vivencias revistiéndolas de grandes dosis de imaginación. El relato sobre Wellington es más realista pero también cambian nombres y alteran situaciones por lo que a la hora de juzgar el sistema de las "public schools" británicas, el lector no debe dejarse llevar por las "impresiones" que aquí relatan los hermanos Romilly. Si ambos tuvieron tentaciones varias de escapar (y Esmond lo hizo) tenían que describir un ambiente insoportable para hacer creíble su profundo malestar con la institución. De lo contrario su permanente disgusto no hubiera resultado verosímil.

cen de nuevo tras el adiós: "cuando me despedí de mis padres y vi alejarse al coche en la oscuridad me sentí abrumado por la pena y la morriña" (1935: 53). Muy al principio de la narración Giles recuerda que tanto él como Esmond iban a ir a Eton pero un buen día, en un taxi hablando con su padre, le consiguieron convencer para que les enviara a Wellington ya que era el sitio que se asociaba "con soldados y su padre siempre había soñado que sus hijos llegaran algún día a formar parte de un cuerpo del ejército" (1935: 38). Puede que, de haber ido a Eton, su paso por la escuela hubiera sido menos traumático para ambos.

Pocas cosas le resultan gratas en aquel centro. Le desagradan las comidas, el uniforme, y el absurdo, en su opinión, sistema de "dormitories"[6] que intentaba despersonalizar al individuo para disolverlo en el grupo. El ideal del deporte limpio, la preparación física, la cultura del esfuerzo, la disciplina severa, el culto a la tradición y la obediencia ciega al superior había que demostrarlo a través del grupo. La lealtad al mismo, a sus lemas y consignas era algo sagrado. La heterogeneidad de los grupos que los conformaban, cohesionados a la fuerza, restaba eficacia a la convivencia y diluía la capacidad de liderazgo de los mejores de cada grupo. Cierto que una comunidad de unos 600 alumnos puede funcionar mejor en pequeñas unidades de alrededor de 40 que comen, rezan, estudian y duermen juntos pero añadir a eso una lealtad estricta inspirada en pautas militares puede resultar agobiante. Este fue uno de los aspectos que más contrariaba a ambos hermanos.

Por eso critican con dureza los métodos de enseñanza y el perfil pedagógico de los colegios privados cuya filosofía, en su opinión, era crear seres perfectamente entrenados para mantener el sistema y gobernar el imperio, pero carentes de capacidad crítica y de la cultura suficiente como para tener un criterio personal. Como ya mencionamos anteriormente, otro de los aspectos que ambos reprueban con dureza es la obligatoriedad de participar en las actividades de los O.T.C. Su fastidio ante los desfiles, la música militar, las extenuantes caminatas por las colinas, etc., convirtieron a ambos en pacifistas convencidos. A esto se referirá Esmond con cierta frecuencia en *Boadilla* cuando ya la experiencia sufrida en España le había forzado a cambiar de opinión.

---

[6] El sistema denominado "dormitories" se implantó en los internados británicos para crear unidades administrativas que pudieran ser manejables en residencias tan masificadas. Pero lo que en principio era una unidad de convivencia meramente técnica se convirtió con el tiempo en una mitificación donde la lealtad, el dogmatismo y la rivalidad entre grupos se llevaba a extremos grotescos. Al muchacho se le asignaba de forma aleatoria la pertenencia a un grupo al que desde el principio debía lealtad, sumisión y fidelidad. Había que intentar ser mejores que los demás, no hablar con miembros de otros grupos, crear espíritu grupal, ganarles en las competiciones, detectar y airear las debilidades ajenas y silenciar las propias. Esta es una de las críticas mejor fundamentadas que hacen los hermanos Romilly a esa práctica y, por extensión, a toda la institución.

La segunda parte está escrita por Esmond que comienza narrando sus vivencias ya en el último año de la preparatoria en Seacliffe de donde se va en julio de 1931. No parece sentir vergüenza alguna por no haber conseguido beca para Wellington como su hermano, presume de haber tenido disputas frecuentes con profesores y compañeros, de haber sido nombrado "jefe de grupo" y de haber ganado tanto el trofeo de tenis como el de boxeo. Al igual que le había ocurrido a Giles, la vida en el internado no despierta en él encanto alguno. Ya en las primeras páginas nos dice que "En Wellington sólo había un pequeño porcentaje de gente con la que uno podía discutir los problemas de forma inteligente" (1935: 189). Como a su hermano, le disgustaban las comidas, los uniformes, los castigos físicos, las caminatas y las pautas de convivencia inspiradas en modelos militares. Lo que más sorprende al lector es su insistencia en temas políticos. Un adolescente de su edad suele tener otras preocupaciones pero en su caso puede tener una explicación. No podemos olvidar que, cuando se publica el libro a principios de junio de 1935, Esmond aún no había cumplido los 17 años por lo que el lector podría juzgarle como pretencioso ante su insistencia en que ya desde la preparatoria le interesaba la política. Incluso recuerda detalles y ofrece información sobre las elecciones de mayo de 1929 cuando él aún no había cumplido los 11 años. A Wellington llega el 18 de septiembre de 1931 con 14 años y, sólo un mes más tarde, su madre le lleva a él y a Giles a tomar el té nada menos que con Oswald Mosley[7] que estaba trabajando en la creación de su "nuevo partido" de corte fascista. Tanto ésta como otras anécdotas demuestran que ambos hermanos habían convivido ya en casa desde niños con personajes y temas de índole político por lo que habremos de deducir que su interés, en ese campo, parece genuino.

Su madre le insistía con frecuencia que cuando uno está en edad escolar lo que debe hacer es aprender y no intentar enseñar por mucho que se sienta tentado a hacerlo. A pesar de que en uno de los pasajes, admite que "no hay

[7] Oswald Mosley (1896-1980) fue un político británico al que se le conoce sobre todo por haber sido el fundador del partido BUF (Unión Británica de Fascistas). Proveniente de una familia acomodada de origen anglo-irlandés participó en la Primera Guerra Mundial y se presentó a las elecciones de 1918 por el Partido Conservador ganando un escaño. A mediados de la década de los veinte, sus simpatías políticas se aliaron con el ala izquierda del Partido Laborista Independiente (ILP), cambiando por completo de orientación política. Tras un viaje a Italia donde conoció de primera mano los éxitos de Mussolini, entendió que un partido de esas características sería la solución para Gran Bretaña por lo que en octubre de 1932 funda el BUF. Ideológicamente, se basaba en el aislacionismo, el anticomunismo y el antisemitismo, y desplegó una gran actividad política en la década de los treinta llegando a contar con 50.000 afiliados. Disponía de un cuerpo paramilitar (los camisas negras) muy bien estructurado que solía organizar revueltas callejeras violentas en Londres con cierto éxito. En 1936, tras la muerte de su primera esposa, contrae matrimonio con Diana Mitford, cuñada de Esmond Romilly, con la que tuvo dos hijos. El BUF fue ilegalizado en 1940.

nada más irritante que un entusiasmo desmedido discordante con la edad y la experiencia" (1935: 188), Esmond nunca aprendió esa lección y aprovecha cualquier oportunidad para aleccionar. Se declara conservador, jacobita y, en aquel momento, admirador de su tío, Winston Churchill, así como un ávido lector del *Daily Worker* por lo que sus ínfulas conservadoras van a verse muy pronto relegadas ante otros intereses. Se siente muy atraído por las teorías marxistas pero, a la vez, se muestra muy cauto con la aplicación práctica que de ellas hacen los partidos comunistas. Lee periódicos y revistas de orientación tanto socialista como comunista y va madurando su propia posición política. Al contrario que Giles, Esmond nunca llegó a formar parte de los O.T.C. Logró persuadir a su tutor de la inconveniencia de alistarse en su caso particular. En esa entrevista se dio cuenta no sólo de cuán convencido estaba de sus posicionamientos políticos sino también de su capacidad dialéctica para seducir al adversario. Dado su carácter arrogante solía presumir con frecuencia de este triunfo.

El capítulo III del libro lo titula "Two Worlds" y en él demuestra una gran madurez política y un sólido poso reflexivo. Aprende a interiorizar definiciones de marxismo, comunismo, socialismo, liberalismo, etc., y se interesa por las diferencias, los matices y los resultados de su aplicación en la práctica. Debate con sus tutores y maestros, argumenta con solidez en las clases y se rodea de aquellos pocos compañeros que se atreven a hacer público su descontento con el sistema y la educación que están recibiendo. Es el joven romántico con el corazón dividido entre dos mundos; por un lado el mundo conservador y burgués en el que vive su familia y que él detesta; por otro, el mundo más justo, más libre y más armónico en el que él intenta integrarse y por el que quiere luchar. Las profundas contradicciones ente ambos le generan una gran desazón y le angustian pero tiene una cosa clara: "asumí con gran satisfacción que si en algún momento llegaba a haber un choque entre mis principios y mi forma de vida, los principios prevalecerían" (1935: 207). Por otro lado, no duda en reconocer que la pobreza suele resultar romántica para el privilegiado sólo hasta el momento en que empieza a sufrirla en carne propia. Caer en la cuenta de esto y reflexionarlo con tanta brillantez a su edad y en su situación es ya todo un síntoma de madurez incontestable.

En este capítulo se refiere también a su tío Winston Churchill. No podemos olvidar que aún quedan varios años para que el mítico político se convierta en el salvador de la patria y que Esmond no tuvo la oportunidad de verlo. De haber sobrevivido, probablemente, se hubiera sentido muy orgulloso de su tío. Pero cuando él está escribiendo su parte del libro en los primeros

meses de 1935 no duda en afirmar que Churchill como político "representaba uno de los ejemplos más reaccionarios del partido conservador" (1935: 208). Era, en su opinión, uno de los pocos rasgos distintivos que le disgustaban ya que, como individuo, lo encontraba como una de las personas más encantadoras que jamás había conocido. Era un gran conversador y disfrutaba de largas sobremesas. En casa, gustaba del aspecto desaliñado e informal, y sus historias y comentarios solían resultar muy entretenidos para los presentes. Más aún, según nos cuenta, en una de sus últimas visitas parecía mucho más interesado en terminar uno de sus libros que en el futuro de Gran Bretaña.

En sus últimos meses en Wellington, Esmond dejó de interesarse por los amigos, las asignaturas y las calificaciones y se juró a sí mismo que se convertiría en el azote propagandístico más severo conocido hasta ese momento en contra del sistema de las "public schools". A la vista de los resultados no cabe duda que lo consiguió. Veía en el ideario de la escuela un sistema perfectamente elaborado para producir eficaces lavados de cerebro en los muchachos que un día conformarían las clases dirigentes de su país. Allí se estaba entrenando a un tipo de persona que a su salida abrigaría la esperanza del privilegio y la jerarquía. Los más capaces y avispados estaban destinados a ocupar la parte alta de esa pirámide jerárquica. Es por entonces cuando decide junto a su hermano poner en marcha una revista que se hiciese eco del descontento producido por el mal funcionamiento de esas instituciones.

El 8 de febrero de 1934 sería su último día en Wellington. Al día siguiente se levantó muy temprano y amparándose en la oscuridad de la noche escapó por una ventana con una maleta y escasos enseres. Contaba sólo con 15 años. El impacto de aquel acto de insubordinación debió ser de gran calado ya que lo recuerda hasta en los detalles más ínfimos: la zozobra al alejarse del colegio, la sensación de extravío al llegar a una estación de tren aún cerrada, la confusión en las líneas del metro, la desazón ante el anonimato de la gran ciudad y sobre todo el agobio que le produjo el comprobar que los titulares de varios periódicos al día siguiente se hacían eco de su escapada en términos poco discretos. Ninguno mencionaba su nombre de forma directa, todos insistían en que "el fugado" era "el sobrino rojo de Winston Churchill". Algunos titulares se atrevían incluso a insinuar una infiltración de los comunistas en las instituciones más sagradas del Reino Unido, las "public schools".

Esta aventura cambiaría la vida de Esmond por completo. Su osadía le privó de la protección familiar y pronto se dio cuenta que allí fuera, alejado del hogar, hacía mucho frío: comía mal, vivía en habitaciones pequeñas e

incómodas, trabajaba en una librería en Parton Street[8] y ganaba algunos peniques en colaboraciones con la prensa. Durante varios meses permaneció alejado de sus padres ya que, según él nos cuenta, cualquier visita esporádica terminaba en una fuerte discusión. No era fácil adaptarse: había pasado en muy pocos años desde una celosa protección familiar en casa a un quehacer excesivamente reglamentado en el colegio, y, desde allí, a una atractiva pero dura vida bohemia. Era el precio que había que pagar por salirse de la norma.

Durante esos meses, se encontró con indeseables cultivados, ingenuos, indiferentes, idealistas, escritores fracasados y periodistas serviles, y aprendió a sobrevivir en la jungla del asfalto. Cuando Philip Toynbee[9] le conoce pocos meses después de la escapada del colegio lo describe en los términos siguientes: "En 1934, Esmond ofrecía una imagen espantosa. Tenía un aspecto sucio, iba mal vestido y emitía señales de poseer una gran fuerza para su edad y estatura; su rostro inexpresivo daba la impresión de haber soportado profundas decepciones y de sus ojos saltaban chispas cuando hablaba" (1954: 18). En esa reprobación del hogar familiar, de la patria, de la escuela y, por extensión, de un mundo que detestaba volvemos a escuchar ecos joyceanos. Reniega sobre todo del militarismo tan arraigado en la tradición familiar y de los privilegios que el sistema le tenía reservados a los jóvenes de su clase. Confiesa que el ambiente de esos años le recordaba con frecuencia muchas tierras baldías en miniatura ["many miniature Waste Lands"] (1935: 268), en clara alusión a la estéril tierra que describe T. S. Eliot en su conocido poema. En su opinión, la realidad de la izquierda bohemia distaba mucho de su legendaria generosidad y solidaridad. Abundaban los diletantes de salón, los "plumillas" aprove-

---

[8] La librería se hallaba en Parton Street en Londres y funcionaba como librería y biblioteca de préstamo pero los clientes solían ser poco formales: sólo algunos pagaban las suscripciones y pocos devolvían los libros que pedían prestados. Su propietario, David Archer, a pesar de sus simpatías comunistas, se comportaba más bien como un burgués filántropo con poco olfato para los negocios. Era un hombre afable, inteligente y cortés de cuya confianza muchos abusaban. Había estado también en Wellington College por lo que ambos tenían cosas en común. Fueron clientes asiduos de la librería Stephen Spender, John Cornford, George Baker, Alec Guinness y en 1934 Dylan Thomas que publicó allí su conocida colección *18 Poems (18 Poemas)*.

[9] Theodore Philip Toynbee (1916-1981) fue periodista y escritor, e hijo del prestigioso filósofo e historiador Arnold J. Toynbee (1889-1975). Comunista desde sus años estudiantiles en Oxford, visitó España a finales de 1936 como miembro de una delegación de estudiantes. Fue amigo de Esmond quien en su autobiografía (1935: 286-8) se refiere a él como John Cadby, el que se escapó de Rugby School y fue a verle y a pedirle ayuda mientras trabajaba en la librería. En *Friends Apart [Mundos aparte]* (1954), Toynbee dedica una parte importante del libro a hablar de su amistad con Esmond. Más tarde, en 1976, editaría un libro sobre la Guerra Civil española titulado *Distant Drum: Reflections on the Spanish Civil War [El tambor lejano: Lo que ya puede decirse de la Guerra Civil española]* que ha sido ampliamente referenciado por críticos e historiadores. Murió de cáncer en 1981 pero desde principios de los setenta ya había sufrido de depresiones profundas causadas probablemente por su dependencia del alcohol.

chados, los predicadores pomposos, las discusiones bizantinas y asomaba siempre el "ego" omnipresente del "progre" que tanto disgustaba a Esmond. Pero sobrevivió con dignidad, perdió una vida de privilegios pero conservó su orgullo y logró sacar a la luz varios números del proyecto más codiciado de su vida en aquel momento: su revista. Iba a cumplir entonces 16 años.

Tras varios meses en Londres, Esmond decide regresar a BEDALES SCHOOL en Hampshire. Atrás quedaban vivencias que le habían hecho madurar, había asistido a manifestaciones y asambleas, había presenciado revueltas callejeras y había ayudado junto a Philip Toynbee a desbaratar un mitin de Oswald Mosley y sus camisas negras. Era el 7 de junio de 1934. El día anterior Toynbee se había escapado de Rugby y ambos fueron al OLYMPIA provistos de guantes de hierro para dar su merecido a quien se pusiera por delante. Hubo peleas, carreras, puñetazos y patadas. Esmond salió ileso, Toynbee con algunas contusiones y heridas. Fue una experiencia que ambos cuentan en sus libros y de la que parecen sentirse orgullosos. Irónicamente, los dos regresaron a la escuela unos días después. Toynbee a Rugby de donde sería expulsado definitivamente poco después. Esmond a Bedales, un centro totalmente diferente a Wellington; ésta era, en su opinión, una prisión, aquélla una casa de campo.

Se trataba de un centro mixto, había menos disciplina, no existían los códigos de honor ni obediencia ciega a la autoridad, se fomentaba la iniciativa personal, no había demarcaciones rígidas por edad, sexo o clase social y la conciencia del individuo, por muy adolescente que fuera, era tenida en cuenta. Esmond la definía como una "escuela progresista" (1935: 293) donde la sensatez primaba sobre la erudición, y donde se buscaba un desarrollo armónico entre el cuerpo y el espíritu. Creía entender que allí se fomentaba el conocimiento, la tolerancia y el espíritu crítico. A pesar de todas las excelencias que Esmond veía en aquel centro, aguantó allí sólo 8 semanas (en Wellington había resistido dos años y medio). Pero los detractores de ese tipo de internados no pensaban lo mismo y solían criticar con dureza la falta de base intelectual y académica de los egresados. La asistencia a clase era voluntaria, se ponía demasiado énfasis en los deportes y los alumnos abandonaban la escuela con grandes lagunas en sus conocimientos (1985: 88). Esmond se fue sin conseguir ningún certificado pero en sus propias palabras "nunca me arrepentí de haber terminado así" (1935: 310). La escuela ya no era para él después de los meses bohemios vividos en Londres. El director de Bedales le confesó a Nellie que su hijo era un caso perdido y reconoció que "aquella escuela no podía enseñar nada a Esmond

y él tampoco podía contribuir en nada a la escuela" (1985: 87). Lo mejor para todos era que abandonara el centro y así lo hizo. Sería su última experiencia como escolar.

Puede que fuera en Wellington donde Esmond decidió que hacer una carrera universitaria era una pérdida de tiempo. No encontró allí ni la motivación ni las condiciones académicas que incentivaran a un muchacho de su edad en la búsqueda del conocimiento ni en la realización de aptitudes estéticas o artísticas personales. Wellington había sufrido una profunda transformación desde un orfanato para hijos de militares a una "escuela pública" de cierto prestigio sin perder un cierto aire de acuartelamiento. Para los Romilly, al igual que para otros conocidos wellingtonianos, la escuela ofrecía escasos incentivos y se diferenciaba muy poco de una prisión sofisticada. Hay que reconocer, no obstante, que dada la peculiar personalidad de ambos hermanos, pocas instituciones hubieran cubierto sus expectativas. Ellos eran niños precoces, consentidos, muy inteligentes y demasiado maduros para su edad. La disciplina, el anonimato que fomentaba la vida en grupo, la ausencia de una ecuación justa entre esfuerzo y recompensa no iba con ellos. El bosquejo que uno de sus tutores ofrece sobre la personalidad de Esmond puede facilitar al lector la comprensión del personaje:

> ...era el único muchacho del grupo con talento suficiente para cuestiones académicas. Recuerdo muy bien uno de sus ensayos: muy maduro para su edad, con al menos dos años de adelanto. Pero no era en absoluto un tipo académico: carecía de precisión y decoro, no se preocupaba por el detalle, sólo rezumaba pasión. Era un muchacho muy apasionado. Creo que lo mejor que pudo hacer fue abandonar Wellington ya que era muy poco lo que nuestra escuela podía ofrecerle. Era autosuficiente y autodidacta (1985: 39).

El abandono de la escuela significó un momento decisivo para que junto a su hermano se atreviera a poner en marcha la publicación de la revista *Out of Bounds: Public Schools' Journal Against Fascism, Militarism and Reaction* [*En zona prohibida: Revista de los colegios públicos en contra del Fascismo, el Militarismo y la Reacción*]. Giles también era un muchacho muy precoz para su edad aunque con menos chispa rebelde que su hermano. Él sí fue a la Universidad de Oxford y llegó a nuestro país acompañado de T. A. R. Hyndman, el ex-amante de Stephen Spender, el 1 de enero de 1937 justo cuando Esmond acababa de abandonar España. Interesante destacar que sería precisamente su madre, la Señora Romilly, la primera en comprender la decisión de ambos cuando resolvieron venir a España acompañándoles a la estación Victoria y preparándoles ropa de abrigo para el duro invierno que les

esperaba en Jarama. Siempre había sentido una especial predilección por Giles y aunque ambos hermanos le ocasionaron múltiples quebraderos de cabeza siempre, en el fondo, se mostró muy comprensiva con ambos.

La revista fue un proyecto juvenil, inmaduro, precipitado y artesanal pero gozó de gran predicamento y lozanía mientras duró, que fue poco. Elaboran un manifiesto y envían circulares de presentación de las que rápidamente la prensa nacional se hace eco. El 2 de febrero de 1934 el *Daily Mail* publica un artículo muy sensacionalista bajo el título "Amenaza roja en los colegios privados. Moscú intenta corromper a nuestros muchachos". Declara a los editores como amenazas potenciales para el sistema de educación británico, los juzga como elementos peligrosos a los que SCOTLAND YARD debería prestar una atención especial y termina calificándoles de "anormales", pertenecientes a esa generación de la guerra que poco después de nacer perdieron a su padre luchando en el frente. El revuelo que ese artículo causó en el colegio fue considerable y el impacto entre los maestros y los jóvenes escolares menos adictos al sistema fue notable.

Daily Mail FEBRUARY 2, 1934.

RED MENACE IN PUBLIC SCHOOLS

MOSCOW ATTEMPTS TO CORRUPT BOYS

OFFICER'S SON SPONSORS EXTREMIST JOURNAL

Scotland Yard Inquiry

Special "Daily Mail" News By A Special Correspondent

Extracto de la portada del *Daily Mail* donde puede observarse la preocupación que la puesta en marcha de la revista suscitó en determinada prensa londinense.

El primer número salió el 25 de marzo de 1934, el segundo en julio, el tercero en noviembre y el cuarto en junio de 1935. Los editores, autores y simpatizantes se encargaron no sólo de sacarlo a la luz sino también de distribuirlo y venderlo en las calles, en las escuelas y en las universidades. Llegarían a vender más de 3.000 copias y aguantaría hasta el número 4. Allí se anunciaba ya la aparición del número 5 pero nunca llegó a materializarse.

En la primera circular que se envía para anunciar el nacimiento de la revista se enfatiza que la línea editorial de la misma está en contra de "la reacción, el militarismo y el fascismo en los colegios privados" de su país. Una soflama poco verosímil en boca de muchachos adolescentes pero que encontró un eco inmediato en muchos jóvenes británicos de aquel momento. Esmond pensaba por entonces que ir a la universidad era una perdida de tiempo, consideraba la formación a nivel de graduado como infantil y "pare-

cía insistir en que no era el momento [los años treinta] para togas y lecciones en facultades caducas y grises" (1954: 84). Los objetivos habrían de ser otros. Si su huida de la escuela había conseguido ya varios titulares en los periódicos, la publicación de esta revista provocaría editoriales varios y discusiones puntuales en la prensa diaria, lo que le convertiría en un icono para muchos chicos de su edad. Se trataba de un foro de discusión sobre los aspectos más reaccionarios de la enseñanza en los colegios privados. Allí se debatían sin rubor temas como la oposición al servicio militar, los sentimientos antipatrióticos, la represión sexual, los castigos físicos y la coeducación, y se vertían críticas duras en contra de los métodos de enseñanza de esas escuelas. En su opinión, una educación sana debería preparar al alumno para ser un ciudadano y no un señorito, fomentar la comprensión mutua y no el espíritu competitivo, promover la camaradería pero con gran respeto por la individualidad. Su línea editorial, según él, pretendía defender las fuerzas del progreso en oposición a las fuerzas reaccionarias. Además del gran revuelo causado en la prensa conservadora londinense, fueron muchos los profesores y tutores de las instituciones desacreditadas que tomaron buena nota. Algunos titulares, con gran sensacionalismo, acusaban directamente al responsable del proyecto "El hijo de un oficial patrocina una revista de extrema izquierda". Varios alumnos (y alguna alumna) fueron expulsados por adherirse al proyecto, otros escaparon de sus centros siguiendo el ejemplo de Esmond. El experimento de la revista duró poco más de un año al cabo del cual sus intereses habían ya cambiado.

Cuando el 9 de febrero de 1934 Esmond se escapa de la escuela todavía no ha cumplido los 16 años por lo que el disgusto en la familia fue considerable. Como ya hemos mencionado, por esos días había recibido una carta de su madre en la que, con mucho tacto, le aconsejaba: "sé lo suficientemente humilde como para no pretender enseñar nada al mundo a tu edad" (1935: 250). El consejo sirvió para poco. Con aquel gesto, Esmond pretendía reafirmar su posición y lo consiguió. Dos días más tarde, el 11 de febrero, en unas declaraciones al *Sunday Referee,* Nellie intenta maquillar una seria y preocupante acción de indisciplina con una mera etiqueta de rebeldía juvenil ("el muchacho sólo intenta expresar su sentido de rebeldía"). Ello nos demuestra que, en el fondo, estaba tremendamente preocupada e indignada por lo ocurrido pero se tragó su orgullo y, lejos de amenazarle con un castigo, le pide que vuelva a casa donde será bien recibido (1985: 69). Nellie conocía a su hijo y sabía que no iba a regresar a casa pero su amor de madre le obligaba a inten-

tarlo. Esmond en aquel momento nunca hubiera pasado por una humillación de aquel calibre. No sólo no regresó a casa sino que replicaría a la invitación de su madre con una entrevista en el mismo periódico de la que salió escarmentado y ya nunca más concedería una entrevista a ningún diario.

Con aquel gesto, no sólo intentó (y lo consiguió) escapar de un ambiente familiar espeso y de un entorno escolar asfixiante sino que se propuso metas mucho más ambiciosas: quería participar en los destinos de una Europa cambiante donde los desafíos para una izquierda envalentonada se antojaban alcanzables. El 23 de abril de 1934, con sólo 15 años, publicaba un artículo en el *Sunday Referee* en el que decía: "La juventud de hoy en día tiene una opción clara... o se alía con los parásitos y explotadores... o con la clase trabajadora para destrozar el sistema capitalista y poner los cimientos de una sociedad sin clases". Vuelve a asomar aquí el joven pretencioso que le encanta pontificar y desarmar a su adversario con frases lapidarias. Es el idealista que sigue viviendo en su particular arcadia adolescente aunque nada nos hace pensar que Esmond no estuviera totalmente convencido de lo que allí escribía.

Durante el verano de 1934, una vez abandonada la escuela de Bedales, Esmond regresa a la vida bohemia alquilando una habitación en Hackney, Londres. Su padre ya había asimilado que su hijo no iba a ir a la universidad y tampoco iba a regresar a casa por lo que, a través de un abogado, le pasa una renta de £1 a la semana. Poco a poco la revista fue interesándole menos y el trabajo en la librería terminó resultándole tedioso así que Esmond deambulaba por las calles del viejo Londres sin tino y desorientado. Se volvió intolerante y agresivo, desconfiado y fácilmente irritable; sus compañeros de aventura en la edición de la revista le admiraban y, a la vez, temían sus cáusticos exabruptos. Tan pronto se mostraba encantador haciendo a su interlocutor sentirse la persona más interesante del mundo como mordaz y colérico. Durante las Navidades de 1934 ocurrió un incidente que revela su estado de ánimo en aquel momento. Lo cuenta Philip Toynbee en *Friends Apart* [*Mundos aparte*] (1954: 31-36). Él acababa de ganarse una beca para Oxford y había que celebrarlo. Fue a visitar a Esmond y, tras una charla distendida, necesitaban "acción", vivir nuevas experiencias. Caminaron hasta Corner House cerca de Picadilly y dos tipos duros comenzaron a incomodarles insinuándose. Esmond les lanzó un cuenco de azúcar a la cara y hubo la consiguiente pelea. Terminaron en el apartamento de Esmond bebiéndose una botella de whisky con la que le habían pagado por uno de sus artículos periodísticos.

Ya tarde por la noche, salieron de nuevo en plena euforia volcando cubos de basura y buscando bronca. Hacia las 4 de la madrugada, a Esmond se le ocurrió que deberían hacerle una visita a su madre. A partir de ahí, Toynbee sólo recuerda la algarabía, los gritos, las insistentes llamadas a la puerta y un coche de policía que termina llevándoselos a comisaría. Él saldría bastante bien parado de la experiencia pero Esmond terminó en un correccional de menores donde pasaría 18 días internado. Allí se encontró con aprendices de delincuentes, rateros experimentados, trincones avispados, deficientes mentales y ladronzuelos de poca monta cuya única ofensa real había sido carecer de cariño y protección en sus cortas vidas. La comida era inapropiada, el trabajo monótono, el ambiente sórdido y tenso, y los internos solían padecer de ansiedad y depresión (1985: 99). La experiencia, por tanto, fue de lo más desagradable aunque, según él mismo nos cuenta, él nunca dejó de pensar que, al fin y al cabo, comparándose con aquellos él era bastante mejor que todos ellos, estaba en un nivel muy superior. En los momentos difíciles, su vena de impertinente solía salir a relucir con frecuencia.

A su salida no volvió a casa de sus padres sino que fue invitado a pasar una temporada en la casa de campo que su prima Dorothy Allhusen tenía en Milton Lilbourne, Wiltshire. Allí permaneció hasta mayo de 1935. El doctor había prescrito vida saludable, largos paseos, aire fresco y alimentación sana. Su prima se encargó de eso y de que tuviera también momentos de relajo organizando para él reuniones y pequeñas fiestas los fines de semana. Esmond, además, se dedicó a leer y a preparar el manuscrito de su parte de la autobiografía. El libro se publicaría en junio de ese año y recibió críticas muy favorables. Solía haber coincidencia en que se trataba de dos autores con talento, inspiración y pericia literaria. Al éxito de las reseñas se sumó el éxito de ventas hasta el punto de que a las pocas semanas se hizo una segunda edición. Incluso novelistas del prestigio de Graham Greene mostraron una opinión favorable.

Terminado el libro y agotado el proyecto de la revista que, según él, había muerto de muerte natural, Esmond concentra sus energías en una idea que podría significar una prolongación de la misma. Con las £25 de adelanto que recibió por su libro y la colaboración de un socio, Roger Roughton, abrieron una agencia para canalizar hacia la prensa noticias que recogerían de todos los colegios privados a lo largo y ancho del país. Consiguieron espacios y atención en algunos periódicos como *The Guardian* o *The Reading Chronicle* pero el proyecto no llegó a consolidarse y aguantó solamente tres meses.

Como apuntamos en una de las primeras citas de esta introducción, Esmond supone que debido a su carencia de diplomas (que no de educación) y a su

carácter abierto y comunicativo era inevitable que en algún momento terminara "vendiendo algo a alguien". Y, tras el fracaso de su última iniciativa, se convierte en vendedor de medias de seda, un trabajo poco serio para un muchacho de su posición que dura sólo dos meses pasando a vender después otro tipo de mercancía, en su opinión, "tampoco mucho más decorosa". En diciembre de 1935, consigue un puesto como jefe de ventas de espacios publicitarios y pocos meses después se convierte en el gerente de publicidad del *World Film News* lo que le permite frecuentar conocidas personalidades del mundo del cine y la literatura. W. H. Auden fue uno de ellos. Esmond le admiraba como poeta pero en su primer encuentro para hablar supuestamente de poesía la imagen del ídolo se rompió. Según algunas versiones, puede que apócrifas (1985: 113), el poeta esperaba de aquel joven algo más que intercambiar opiniones sobre poesía y Esmond lo interpretó como un insulto, un desaire a su inteligencia.

Fue un trabajo que disfrutó durante algún tiempo pero pronto surgieron diferencias con su jefe y con la forma exigente de trabajar que tenía. En cualquier caso, Esmond no era el tipo de persona que aguantaba con facilidad sentado en una oficina muchas horas. Se sentía infrautilizado, mermado en sus facultades. Allá en el fondo, echaba de menos el formar parte de grandes proyectos y se creía con inteligencia suficiente como para llevarlos a cabo con éxito. Creía que estaba en su mano cambiar el mundo y se sentía obligado a participar en esa tarea ilusionante. No sabía cómo ni en qué momento pero confiaba en ser uno de los elegidos para desafíos más contundentes. Era su asignatura pendiente y la Guerra Civil española le brindaría la oportunidad.

Como otros muchos voluntarios creía que su fe en los principios sólo sería verosímil si lo demostraba en la práctica. Desde su fuga del internado había convivido con un cierto sentimiento de culpabilidad por haber nacido en una familia de élite. Tenía que justificar ante sí mismo y ante los demás que podía vivir y prosperar solo, sin la ayuda de sus padres. Además tenía que demostrar a sus amigos y allegados y a la clase trabajadora en general que su entrega y generosidad no eran sólo palabras. Su decisión de venir a España tuvo mucho que ver con este convencimiento. No hay redención posible si no media una liturgia dramática de por medio. Cualquier asomo de redención hay que acreditarla con hechos no con discursos. En el fondo de su subconsciente, España se le antojaba como el trampolín para su propia redención personal; sería el bautismo de fuego que agrandaría su figura ante los diletantes de salón que seguían en Londres predicando desde sus cómodas butacas.

Cuando en noviembre de 1934 Dylan Thomas, el poeta galés, visita la librería en Parton Street califica a Esmond y a todo el grupo de pseudo-revolucionarios que por allí pululaban como "una estafa de los pies a la cabeza" (1985: 105). Según él, eran mediocres, aprovechados, pedantes y presumidos; aunque educados en escuelas elitistas o precisamente por ello, no tenían ni idea de quiénes eran o qué significaba ser protagonista de la lucha de clases. Ésta era precisamente la imagen de la que nuestro autor trataba de librarse cuando decidió venir a España. A él se le podía tachar de niño bien, educado en escuelas de élite, incluso de presuntuoso e imprudente pero nunca de fraude o estafa. Su conducta en el frente demostraría que era un joven con auténticos ideales y posicionamientos ideológicos genuinos.

* * *

Cuando estalla la guerra en España, Philip Toynbee compartía apartamento con Esmond en ese momento y nos comenta que mientras desayunaban juntos el día 19 de julio de 1936 leyeron en los periódicos noticias sobre la revuelta de los generales en contra de la República española. Según él, su ignorancia política no le permitió ver más allá de una cómica intentona condenada al fracaso pero "Esmond se mostró alarmado e inquieto, lo que confirmaba su creciente seriedad política" (1954: 84-85). Ante ese estado de cosas, Esmond no podía seguir perdiendo su tiempo vendiendo su ingenio a un precio tan exiguo. Él era un hombre de acción; no había renunciado a su entusiasmo revolucionario ni tampoco a sus ideas políticas por lo que era el momento de actuar. Como muy bien observa en *Boadilla* (ver p. 88), su vida en Londres se había convertido en algo vacío, sin objetivos claros y necesitaba un cambio. Los enfrentamientos con su jefe al que allí denomina Mr. MacIntosh eran frecuentes. Su nombre real era Mr. Grierson y otras fuentes coinciden al describirlo como un hombre de ideas fijas, dominante y muy absorbente. El típico jefe al que sólo un subordinado sumiso y resignado era capaz de aguantar. Esmond lo compara nada menos que con Oswald Mosley y, como era de esperar, no lo iba a sufrir durante mucho tiempo. Ni el tipo de trabajo del que disfrutó durante un breve periodo de tiempo, ni el ambiente que se respiraba en la oficina le satisfacían. España, por tanto, era una forma de escapar de la rutina, y la aventura le atraía; se le antojaba como un reto al que no podía negarse. Allá abajo, en un país del sur, se estaba produciendo una verdadera convulsión política y

social, y él no podía perdérsela. Era joven, no tenía responsabilidades, había llegado en el momento oportuno y él estaba preparado para una nueva vida.

En uno de los pasajes de *Boadilla* confiesa que "por mucho que me solidarizara con la causa del pueblo español, sin duda si mi situación en Londres hubiera sido completamente satisfactoria, no habría ido más allá de un sentimiento de solidaridad" (ver p. 88). No cabe duda de que la sinceridad del joven aquí puede más que su perspectiva histórica. Esto lo escribe a principios de 1937. Probablemente unos años más tarde hubiera utilizado un argumento mucho más elaborado. Pensamos que no fue sólo su insatisfacción en el trabajo o su ansia de aventura lo que provocó aquella decisión que cambiaría su vida. Al fin y al cabo era un pacifista. Tuvo que haber otras razones poderosas que le impulsaron a hacerlo. No era un comunista, tampoco se consideraba a sí mismo un anarquista (otros sí lo pensaban) pero tenía solamente 18 años recién cumplidos y el idealismo del joven romántico pudo más que el temor a elegir una opción equivocada y peligrosa.

Algo había de romanticismo disfrazado, algo de generosidad altruista, incluso algo de frivolidad e inexperiencia pero su decisión fue sobre todo consecuente, un deber ético irrenunciable. Que su determinación era muy firme quedó demostrado cuando tuvo oportunidad de volver a los pocos días desde el frente de Madrid y no lo hizo. Cuando el 23 de noviembre un periodista del *Star* (1985: 136) descubre su identidad, Arnold Jeans, el jefe del grupo, le ofreció la oportunidad de regresar. Esmond había comprobado ya la incompetencia de los mandos, el entrenamiento superficial, el deterioro de las armas y los graves problemas de estómago que había tenido que soportar; había constatado la amenaza y el peligro real, y había visto la muerte de cerca pero decidió quedarse.

Así pues, creemos que la decisión tuvo un deje de aventura pero a la vez un poso de madurez. Avisó en la oficina con una semana de antelación, ofreció una fiesta de despedida para vender algunos muebles unos días antes y, con toda probabilidad, el 10 de octubre (un sábado según el propio autor) puso rumbo a España. La transición desde una vida insulsa pero segura a otra trepidante y dramática se produce con excesiva rapidez: "esa noche cogí el tren que enlazaba con el barco para Dieppe. Diez días después estaba en Marsella; en tres semanas, en el frente [de Madrid]" (ver p. 92). En Dieppe, alquiló una bicicleta, pasó frío, hambre y penalidades ya que perdió su billetera con 600 francos y documentación varia por el camino, pero logró cruzar toda Francia hasta llegar a Marsella. Allí permaneció unos cinco días antes de embarcarse en el *Mar Caspio* que le llevaría a Valencia. A partir de aquí, y como veremos más adelante, Esmond describe con todo lujo de detalles su

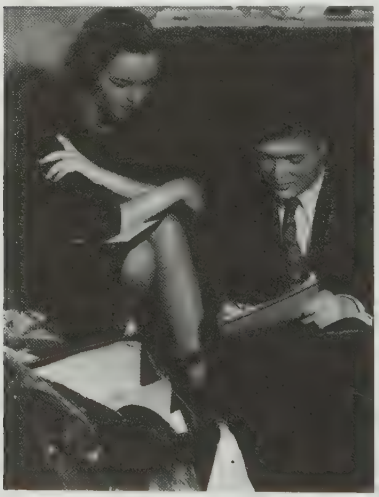
llegada al puerto, los clamores de bienvenida, el baño de multitudes, las incomodidades del tren hacia Albacete y las primeras sensaciones de aburrimiento y frustración en el cuartel. Tras las duras experiencias en los frentes del Cerro de los Ángeles, de la Ciudad Universitaria y de Boadilla regresa a Inglaterra el 3 de enero de 1937 con la idea de volver. Pero ya no volvería al frente de Madrid sino a Bilbao como cronista para *The News Chronicle*.

* * *

Todavía frágil por la enfermedad y psicológicamente muy abatido lo primero que hizo Esmond, al llegar a Inglaterra, fue visitar a las familias de algunos de los compañeros que habían muerto en Boadilla. También se encontró con Philip Toynbee quien lo describe como desilusionado y consternado. Según él, sufría la típica frustración tras una experiencia conmovedora y trágica, y se lamentaba de la "terrible desorganización de la columna internacional, del descontento, de la dureza de la crítica mutua, de los repliegues vergonzosos, de la antipatía de algunos y del rápido desvanecimiento del romanticismo inicial" (1954: 92). Lo encontró decepcionado y contrariado, pero no amargado. Sentía desaliento pero no rencor. Traslucía una sincera preocupación por su hermano, Giles, por si no podía aguantar el drama que le iba a tocar vivir pero, allá en el fondo, persistía la impaciencia por volver a España. Y negoció con *The News Chronicle* para que le proporcionaran una acreditación como periodista para visitar el País Vasco. Antes, tuvo que pasar por el hospital de KING'S COLLEGE para curarse por completo. Abandonó el hospital el 22 de enero y se fue a cumplir con su periodo de convalecencia al lado de su prima Dorothy quien, como ya apuntamos en páginas anteriores, le había recibido en casa cuando salió del reformatorio en libertad condicional. Allí se encontraba cuando Jessica Mitford fue invitada a la casa a pasar un fin de semana.

Esmond y Jessica eran primos segundos, habían tenido noticias mutuas a través de amigos y familiares pero no se conocían antes de este encuentro. Ella había seguido las andanzas de su primo a través de sus libros y por los periódicos, sobre todo desde que se había ido a España y en *Hons and Rebels* [*Ilustres y rebeldes*], su autobiografía publicada en 1960, confiesa que "había estado enamorada de Esmond durante años, desde la primera vez que oí mentar su nombre" (1990:100). Lo que ella sentía era una mezcla de admiración, cariño, ternura y pasión de adolescente pero ninguno de los dos ima-

ginaba que aquel encuentro cambiaría sus vidas. El destino les había trazado un camino azaroso, lleno de riesgos y aventuras, y desgraciadamente un final trágico a su relación. Para Esmond, Jessica se convertiría desde aquel momento en la mujer más importante de su vida. No son pocos los que afirman que el encuentro no fue fortuito, que a Esmond ya le habían hablado de Jessica y de sus intenciones de escapar a España, y que la tía Dorothy había propiciado el encuentro intuyendo que compartían empeños y anhelos afines, y que podrían estar hechos el uno para el otro. Ha habido comentarios malintencionados que afirman que hoy se le conoce más a Esmond por haber estado casado con Jessica que por sus propios méritos pero, como veremos más adelante, ése no fue el caso. Jessica no sólo se enamoró del hombre, también del idealista y del soñador. Él fue su norte y su guía, su consejero y su amante "para mí [Esmond] significaba todo mi mundo, mi salvador, el que convertía todos mis sueños en realidad, el compañero fascinante de toda mi vida adulta –tres años pasaron– y el centro de mi felicidad" (1990: 224).



Esmond y Jessica en América
(Fotografía: Cortesía de Constancia Romilly)

Jessica Lucy Freeman-Mitford (1917–1996), más conocida como "Decca", era nueve meses mayor que Esmond y una de siete hermanos (Nancy, Pamela, Thomas "Tom", Diana, Unity, Jessica "Decca" y Deborah) que conformaban un núcleo familiar de cierto abolengo aristocrático. Vivían en Swinbrook en la zona de los Cotswolds aunque también disponían de residencia en Londres. Era la típica familia acomodada que se había consolidado durante la época victoriana y que durante las primeras décadas del siglo XX siguió mostrando una sólida raigambre conservadora. Las distintas inclinaciones políticas del grupo familiar darían origen con frecuencia a enfrentamientos duros en las reuniones de sobremesa. Diana y Unity defendían convicciones profundas de ideología conservadora y mostraban abiertamente sus simpatías confesas por el fascismo. Diana terminaría casándose con Oswald Mosley, líder del BUF y Unity se vanagloriaba de frecuentar la amistad de Adolfo Hitler. Tom se sintió también identificado con el movimiento y duran-

te la guerra se negó a combatir el fascismo en Europa (no quería luchar en contra de los alemanes aunque no le importaba enfrentarse a los japoneses), por lo que fue enviado a Burma donde murió el 30 de marzo de 1945. Jessica, por el contrario, presumía orgullosa de ser la oveja roja ("the red sheep") de la familia ya que desde muy jovencita sentía debilidad por planteamientos poco ortodoxos con el credo del núcleo doméstico. Y esto no fue un mero espejismo de juventud ya que tras la muerte de Esmond se convirtió en una activista convencida en defensa de los derechos civiles en Estados Unidos y terminaría siendo miembro del Partido Comunista americano (CPUSA). Tras la muerte de Esmond, viviría con intensidad los mismos ideales que había compartido con él. En 1943 escribía: "sigo luchando por la misma causa en la que siempre he creído: la destrucción del fascismo, y todos mis amigos están luchando por lo mismo" (2006: 99).

Ya más tarde en 1977 y con más perspectiva, escribiría un libro sobre sus experiencias en el partido titulado *A Fine Old Conflict* [*El eterno conflicto*]. Se trata realmente de la segunda parte de su autobiografía. Antes había publicado *The American Way of Death* [*Funeral a la americana*] (1963) donde critica los abusos sin escrúpulos de la industria funeraria en aquel país y *Kind and Usual Punishment: The Prison Business* [*Condenas leves y frecuentes: El negocio penitenciario*] (1973). Murió de cáncer el 22 de julio de 1996 y para entonces había publicado 10 obras con resultados dispares. En 2006 se publicó una colección de cartas bajo el título *Decca: The Letters of Jessica Mitford* [*Decca: Las cartas de Jessica Mitford*] que ha tenido un éxito razonable.

Pero el libro que resulta relevante para nuestro propósito es *Hons and Rebels* [*Ilustres y rebeldes*], publicado por primera vez en 1960. Aunque no ha sido una escritora muy conocida, este libro sí que le ha dado una cierta notoriedad. J. K. Rowling, la autora de la saga de Harry Potter, lo leyó cuando era una adolescente y nos cuenta que admiraba a la autora como persona y como escritora: "Cuando mi tía-abuela me regaló *Ilustres y rebeldes* yo tenía sólo 14 años y su autora se convirtió inmediatamente en una heroína para mí. Se había escapado de casa para luchar [sic] en la guerra en España"[10]. Tal llegó a ser su admiración por la autora que a su hija le puso el nombre de Jessica.

Ciertamente, allí se nos muestra como una joven rebelde, una escritora valiosa, una observadora muy perspicaz y un testigo de excepción de la convulsa década de los años treinta. Su autobiografía se nos antoja como un documento perfectamente elaborado sobre la vida de una familia típica de la

[10] Véase Lindsay Fraser "Harry Potter. Harry and me", *The Scotsman,* November, 2002.

aristocracia de aquel momento con unos padres excesivamente formales en el trato, emocionalmente distantes y muy convencionales. No faltaban las fiestas sociales, las estancias frecuentes en Francia y Alemania y algún que otro crucero para facilitar los contactos sociales. Jessica no comulgaba con ninguno de estos planteamientos y desde muy niña mostró un carácter inquieto y rebelde, y entre sus fantasías románticas primaba siempre la planificación de una huida, había que escapar de aquella existencia vacía e inútil. Ya en su adolescencia comenzó a ahorrar dinero para fugarse de casa.

La imagen que transmite de sí misma en ese libro no es la de una adolescente al uso. Tenía una gran motivación por aprender, leía con fruición y disfrutaba con la literatura. Seguía con interés las noticias a través de los diarios que llegaban puntualmente a casa y sufría al no encajar de buen grado las decisiones de los líderes británicos. La política en Europa, los efectos de la Depresión de 1929, el ascenso de Hitler al poder, los avatares del fascismo y ante todo las novedades sobre la Guerra Civil española ocupaban mucho de su tiempo, algo inusual en una jovencita de su clase y condición. Pero Jessica no era como las otras chicas de su edad y para ella la guerra en España se había convertido en una de sus preocupaciones más importantes. Interesante destacar que la rebelión franquista no sólo había dividido a España en dos mitades, a pueblos en dos facciones y a familias españolas en dos bandos sino que también en otros países había ocurrido algo similar. Jessica nos cuenta que también su familia tomó partido: "Nancy y Peter Rodd [su marido] defendían con vehemencia a los leales... Diana y Boud [Deborah] eran apasionadas defensoras de Franco... En cuanto a mí, la guerra en España se había convertido en mi mayor preocupación. Mi obsesión era cómo encontrar la forma de llegar hasta allí" (1990: 91). A principios del otoño de 1936 acababa de cumplir 19 años y nos confiesa que seguía con desasosiego y con cierto sentimiento de culpa los acontecimientos en España.

> Cuando leía o escuchaba noticias sobre la dramática situación del frente de Madrid, sobre la farsa de nuestra política de "No-Intervención" o sobre la implacable crueldad de los Nazis y los Fascistas en España, me sentía como si estuviera traicionando todo aquello que de decente aún queda en el mundo. Me despreciaba a mí misma por vivir en mi torre de marfil, con todo lujo y comodidad, mantenida por la misma gente que hacía posible la política del pacto de "No-Intervención". (1990: 96-97)

Y en España en ese momento luchaba Esmond en el frente de Madrid. Ella aún no le conocía pero había leído su autobiografía. Le admiraba por

haberse decidido a escaparse de la escuela tan joven y recortaba con pasión de colegiala las noticias del *News Chronicle* que hablaban de aquel sobrino de Winston Churchill que con tan solo 18 años se había ganado ya fama de valiente y decidido en la Brigada Internacional. En la soledad de su alcoba, aquella jovencita romántica comenzó a enamorarse del joven soldado, rebelde y generoso, inteligente y despreocupado que había decidido luchar por reformar el mundo en el que le había tocado vivir. También recortaba fotos de milicianas españolas. Aquellas jóvenes de aspecto desaliñado y rostro enjuto, de mirada firme y gesto resoluto, seductoras y sonrientes le atraían como un imán y le hacían preguntarse con frecuencia cómo podría unirse a ellas ("How to take my place at their side?"[11], 1990: 92). Esa era su aspiración pero sabía que una mujer no podía intentar ciertas aventuras en solitario. Necesitaba que alguien le ayudara. Allá en el fondo de su mente comenzó a soñar que a lo mejor algún día su primo lejano podría ayudarla a materializar aquel sueño y aquel día llegó cuando tuvo ocasión de conocer a Esmond convaleciente en casa de Dorothy, la prima de ambos. Desde este momento, el relato de Jessica es el único y el mejor testimonio de que disponemos para conocer las peripecias de ambos desde que deciden escaparse a España hasta que Esmond se alista en la RAF canadiense.

Durante aquel fin de semana Esmond y Jessica charlaron, pasearon juntos, hablaron de España y se enamoraron. La primera impresión colmó sus expectativas solo a medias. Físicamente no era lo que ella había imaginado: "era bajito y muy delgado" pero "con ojos brillantes y pestañas largas" y, tras los primeros intercambios y un largo paseo por el campo, lo encontró extraordinariamente encantador (1990: 101-02). Esmond había sido informado ya por su hermano Giles de que Jessica quería ir a España como enfermera (1990: 95) pero la conjunción de intereses, la cercanía personal y la complementariedad emocional cambiaron ligeramente los planes: escaparían los dos juntos. *The News Chronicle* se había mostrado interesado en los servicios de Esmond como corresponsal y Jessica podía perfectamente acompañarle como su secretaria. Él aportó las £10 que el periódico le había adelantado y ella las £50 que guardaba celosamente en su hucha para sus planes de fuga. Elaboraron un plan meticuloso aunque rocambolesco que en parte por suerte y en parte por coincidencias del destino prosperó.

[11] Curiosamente no menciona el caso de Felicia Browne, la escultora británica, que se alistó en la milicia popular y murió el 28 de agosto de 1936 en Tardienta, Huesca. Su caso ocupó considerable espacio en los periódicos británicos de orientación progresista a finales de verano del 36. El hecho de que Jessica no la mencione nos permite inferir que tenía un acceso muy restringido a la prensa de izquierdas durante aquellos meses.

Varios miembros de la familia despidieron a Jessica en la estación Victoria. Ella iba supuestamente a pasar dos semanas en Dieppe, Francia, con unos amigos de la familia pero Esmond la estaba esperando ya en el vagón contiguo para dirigirse ambos a París y conseguir el visado para España. Conseguir un visado para él fue fácil pero obtener el de ella fue todo un desafío para el ingenio de Esmond quien ya había aprendido a no rendirse ante nada. Es por entonces cuando reconoce que se está enamorando de ella y tiene que demostrarle que es capaz de todo. Asimismo, ella advierte también que el Esmond que había imaginado lo tenía allí delante: el que conseguía todo lo que se proponía, el que no se arredraba ante la adversidad, el que "parecía poseer esa combinación mágica de determinación, inteligencia y coraje que le llevaría allá donde se propusiera, y desde entonces mi confianza en él fue inquebrantable" (1990: 110). Cruzaron Francia y se las arreglaron para llegar a Bayona donde tras días de espera y negociaciones varias consiguieron el 13 de febrero de 1937 una autorización del consulado vasco a nombre de Jessica Mitford para viajar a España.

Según ella nos cuenta, se embarcaron en el *Urbi,* un carguero, hacia Bilbao. Tras un viaje penoso y accidentado llegaron a su destino. Para Jessica aquello era un sueño, para Esmond la posibilidad de conocer la guerra española desde otra perspectiva. Aunque el frente estaba lejos de allí, sin embargo el hambre, la miseria y la indigencia hacían la vida cotidiana bastante incómoda. Las privaciones para ellos fueron menores ya que incluso llegaron a ser huéspedes distinguidos en casa del LEHENDAKARI, José Antonio Aguirre. Durante los primeros días de marzo, varios periódicos británicos se hicieron eco de la noticia. *The Daily Express, The Daily Mirror* y *The Daily Telegraph* recogieron información entre la familia y los amigos, y montaron su propia historia. De nuevo Esmond había conseguido varios titulares escapando a España con la hija de un Barón respetable aunque excéntrico. Su madre, Nellie, y su familia aceptaron la situación como mejor pudieron pero la familia de Jessica no cejó en su empeño de encontrarla y forzarla a regresar a Inglaterra. Se utilizaron todo tipo de artimañas y engaños pero Esmond estaba sobre aviso. No pasó mucho tiempo antes de que el Consulado británico en Bilbao recibiera un telegrama firmado nada menos que por Anthony R. Eden, a la sazón Ministro de Asuntos Exteriores, en el que se encarecía la búsqueda de la fugada: "encuentren a Jessica Mitford y persuádanla para que regrese" (1990: 123).

Ante la intransigencia de Esmond, el propio Embajador británico en España que se había trasladado a Hendaya tomó cartas en el asunto y orde-

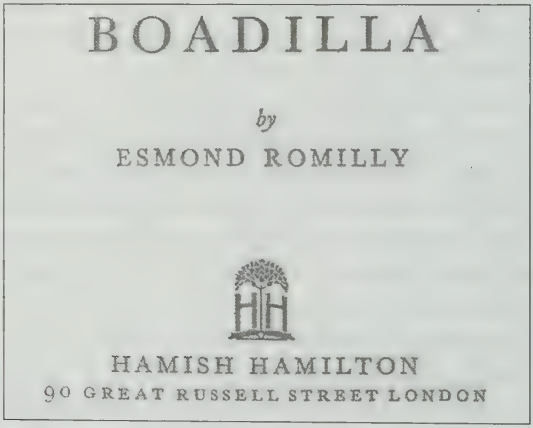
nó repatriar a Jessica por las buenas o las malas ("by fair means or foul", 1985: 156). El capitán de un destructor inglés intentó lo imposible para hacerles subir a bordo con la disculpa de tratar del tema de la repatriación tentándoles con una excelente comida a bordo. Esmond tampoco cayó en la trampa y rehusó subir al HMS *Echo*. La cosa se complicó cuando el procónsul en Bilbao recibió órdenes de amenazar al gobierno vasco con la suspensión de la ayuda para la evacuación de mujeres y niños si no había colaboración. Con esos antecedentes, ni siquiera el LEHENDAKARI pudo hacer algo más para ayudar "al joven combatiente británico retornado". Finalmente, las presiones llegaron hasta la oficina de prensa en Londres. Amenazaron con retirarle a Esmond su acreditación si no abandonaba la ciudad. Ante este estado de cosas y las noticias de una posible ofensiva nacionalista en el País Vasco (la ofensiva se produjo el 31 de marzo) ambos pensaron que lo mejor sería irse. Aceptaron subir al barco porque Esmond se enteró de que haría escala en San Juan de Luz y tenía muy claro que una vez allí nadie podría obligarles a continuar viaje, so pena de incurrir en secuestro a la fuerza. Allí se encontraron con Nancy, la hermana mayor de Jessica, quien se encargó de transmitir la noticia de que ésta y Esmond se encontraban bien y que pensaban casarse, pero que se quedarían en Francia.

El escándalo siguió ocupando cabeceros en los periódicos durante los meses de marzo y abril y los padres de Jessica pidieron la custodia judicial por su minoría de edad. Pero Esmond que sabía muy bien del daño que la prensa podía causar a la reputación de los Redesdale aguantó. Su innata rebeldía ante lo que consideraba un abuso y sus ansias por demostrarse a sí mismo de qué era capaz le ayudaron a resistir y la familia de su futura esposa dejó de molestarles tras una visita a Bayona de la madre de Jessica el 19 de marzo. Lady Redesdale pudo comprobar que ambos mantenían una relación sólida y que tenían intención de hacerla oficial y pública en poco tiempo. A su regreso convenció a su marido para que retirara sus objeciones al matrimonio y el 14 de abril Lady Redesdale escribe una carta a Esmond diciéndole que todo estaba arreglado y que "dada su edad [y su educación] no podía estar de acuerdo con que vivieran juntos sin casarse... creo que es algo totalmente equivocado y mi deseo más ferviente es que pongáis fin a ese estado de cosas cuanto antes" (1985: 162). Se casaron el 18 de mayo de 1937 en el Consulado británico de Bayona en presencia de sus respectivas madres que "más que invitadas de boda parecían asistir a un entierro" (1990: 136). La boda careció de la magia y el embrujo de la ocasión ya que fue una ceremonia corta y deslucida, oficiada por el Vicecónsul británico, Mr. Schoedling, de nacionalidad sueca, representante legal no sólo de Su Majestad

sino también del LLOYDS LIMITED, pero fue la manera más eficaz de conjurar las presiones ejercidas por la familia Redesdale.

Probablemente Esmond nunca hubiera aceptado algo más ostentoso. Era otra de sus formas de mostrar desacuerdo con las convenciones que detestaba y de advertir a las dos familias y también a Jessica que ciertas cosas se iban a hacer a su modo o no se harían en absoluto. La pareja estaba hecha a la medida y durante los pocos años que pasaron juntos se complementaron perfectamente: "[Jessica] no sólo no empobreció el arsenal de cualidades de Esmond sino que las fortaleció revistiéndolas de un color especial" (1954: 106-107). Probablemente, Esmond nunca hubiera imaginado que algún día se casaría con una mujer de su clase pero aquélla se convertiría muy pronto en el mejor complemento para su estabilidad emocional. Formarían una pareja tradicional. En las tertulias con amigos, ella defendía las opiniones de su marido y ambos se mostraban conformes con el rol de cada cual, sin tensiones aparentes: "a Esmond le correspondía establecer los puntos de vista y decidir qué hacer; a Decca, respaldarle y animarle, y cuidar de la casa" (1954: 115).

Asentados en Bayona, sin las presiones que habían sufrido hasta ese momento, Esmond pudo por fin terminar de escribir *Boadilla*. Según Jessica cuenta en una de sus cartas, el libro estaba ya muy avanzado a finales de abril. Los problemas económicos asediaban a la pareja y sobrevivían con una escasa asignación que Esmond conseguía de la agencia *Reuters* como traductor de reportajes y emisiones de radio y con algunas colaboraciones para *The News Chronicle*. Desde el hotel escuchaban partes de guerra en español que el propietario del mismo traducía al francés y que, a su vez, Esmond mecanografiaba en inglés para pasárselos a la agencia. Fue su forma de cubrir la campaña militar para el control del País Vasco, incluidos los trágicos sucesos de Guernica o la caída de Bilbao. Esmond intentó entrar de nuevo en España y solicitó un nuevo visado para visitar el País Vasco pero le fue dene-


BOADILLA

by

ESMOND ROMILLY

HAMISH HAMILTON

90 GREAT RUSSELL STREET LONDON

Portadilla de la 1ª edición de Boadilla de 1937 que consta de 286 páginas.

gado por lo que en julio desde Bayona se fueron a Dieppe donde pasaron un tiempo y después regresaron a Londres en octubre.

Alquilaron una modesta buhardilla en el 41 de Rotherhithe Street en el barrio obrero de East End y formaron un grupo de amigos (Philip Toynbee y Giles Romilly, entre ellos). Organizaban fiestas a las que asistían figuras destacadas de la bohemia londinense y algún que otro nombre conocido como Christopher Isherwood. La Guerra Civil en España era su inquietud permanente, asistían a las manifestaciones organizadas por el *Left Book Club* y a las reuniones del Sindicato de Transporte (TGWU). Sobrevivían con trabajillos mal pagados, asistían a reuniones políticas, desfilaban en manifestaciones, participaban en campañas de ayuda a la República española y coqueteaban con los partidos de izquierdas. Giles, que había regresado de España en agosto, se había convertido en un comunista convencido y estaba decidido a regresar a España, aunque esta vez las influencias de su madre y el poder de convicción de su hermano actuaron como eficaces resortes disuasorios.

Esmond nunca había mostrado interés por la militancia en el Partido Comunista británico. Lo veía como infectado de intelectuales burgueses, de eruditos de salón, alejados de la acción y desligados del movimiento obrero europeo; en cualquier caso, era demasiado independiente e indisciplinado como para aguantar consignas. Como Philip Toynbee acertadamente apunta "aunque Esmond se describía a sí mismo como 'comunista', su actitud anárquica y autosuficiente no tenía nada que ver con las características propias y la disciplina férrea del Partido Comunista" (1954: 18). Varias páginas más adelante insiste en una idea muy parecida y escribe "[Esmond] observaba a los comunistas desde una posición muy cercana pero nunca ni por un momento vaciló en su determinación de permanecer al margen" (1954: 64). Ni siquiera cuando regresa de España y admite que fueron los comunistas los que salvaron Madrid se plantea ingresar en sus filas. Sus reticencias ante ese partido venían desde muy atrás. Ya en 1935, en su autobiografía, lo había dejado meridianamente claro: "mi madre siempre pensó que yo me sentía atraído por el comunismo porque los comunistas me adulaban pero en realidad yo sentía todo lo contrario" (1935: 185). Solía reconocer sin complejos que los objetivos de los partidos de izquierdas coincidían con los suyos propios pero se conformó con no ir más allá de la militancia en el Partido Laborista. A pesar de todo, creo que suscribiría las palabras de su mujer cuando ésta afirmaba: "Los comunistas demostraron un gran coraje y claridad de criterio en todas las batallas que por el progreso se libraron en los años treinta" (1990: 144).

Aunque a partir de Jarama y Brunete, las cosas en España iban de mal en peor para los intereses de la República no parece que Esmond pensara regresar como voluntario. Allá en el fondo de su mente siempre anidó la tentación pero, como escribiría en *Boadilla*, "podría haber vuelto para unirme a aquellos voluntarios que eran los verdaderos héroes de la lucha en España. Pero no lo hice. En vez de eso, me casé y fui feliz" (ver p. 258).

Ese sentimiento de felicidad, no obstante, sería muy frugal ya que otro drama aparecería pronto en su vida. El 19 de diciembre de 1937 la pareja vio nacer a su primera hija, Julia Decca Romilly, que viviría sólo unos meses. Murió de sarampión el 28 de mayo de 1938 y, sorprendentemente, su madre dedica sólo unas escasas líneas a este importante episodio en su autobiografía. Nellie Romilly se había ofrecido a ayudar en el cuidado de la pequeña pero los padres se negaron ya que querían educarla en libertad, junto a los niños duros del barrio, alejada de niñeras, institutrices y abuelas. Philip Toynbee (1954: 115-116) relata el estado de desolación de la pareja tras el trágico suceso y llega a insinuar que en algunas fiestas de la alta sociedad se comentaba con cierto regusto que era el resultado de la irresponsabilidad y el abandono de los padres. Como habían fracasado en el pronóstico de una ruptura inmediata de la pareja, esta noticia vino, aunque de forma trágica, a refrendar sus sospechas de que de una relación de aquellas características no podía salir nada bueno.

Tras la muerte de su hija, y escapando de las habladurías, pasaron tres meses en Córcega relajándose en el mar y tomando el sol. También allí encontraron muchos jóvenes italianos que habían estado como voluntarios en la Guerra Civil española. Regresaron a Londres a principios de septiembre de 1938 y alquilaron una habitación cerca de Marble Arch. En esos momentos, las noticias que llegaban de España eran muy preocupantes. Con las derrotas del Ebro, estaba ya a punto de escribirse el último capítulo de la lucha por la supervivencia de la República. Los voluntarios habían iniciado su retirada y estaban siendo repatriados y el ambiente que se respiraba en los barrios obreros de Londres era de una gran inquietud. Las noticias alarmantes que llegaban del centro de Europa habían desplazado el interés periodístico desde España a otros lugares y el conflicto español ya no ocupaba las primeras páginas de los diarios.

Desde el verano de 1936 hasta el 30 de septiembre de 1938 con la firma del Acuerdo de Munich entre Hitler, Chamberlain, Daladier y Mussolini, los jóvenes universitarios británicos siguieron creyendo que con su esfuerzo y entrega podían cambiar el destino de su país y por extensión el de Europa. La firma de aquel tratado les convenció de lo contrario. La razón, la fe en una

causa, el sentido común no eran suficientes para mover a las masas. La política de conveniencia era más fuerte que el sueño de la libertad y Esmond y Giles Romilly, Phillip Toynbee y otros miembros de su grupo se convencieron de que el estallido de un nuevo conflicto, esta vez a nivel mundial, era sólo cuestión de meses.

Esmond estaba inquieto y preocupado por lo que estaba ocurriendo en Europa. Chamberlain no le merecía ningún respeto y el acuerdo de Munich se le antojaba si no una traición sí al menos una capitulación servil. En su opinión, al fascista no se le podía vencer con negociaciones políticas; había que enfrentarse a él con las armas por lo que la guerra parecía inevitable. Aquello que tantas veces había escuchado en reuniones y discursos en España sobre el avance del fascismo, aquella frase tan utilizada de "paremos al fascismo en España o de lo contrario tendremos que pararlo más tarde en Europa" le martilleaba de forma persistente en sus oídos pero tampoco podía olvidar la esencia de aquel comunicado estudiantil en la celebración del día del armisticio de 1932 en la "Debating Society" de la Universidad de Londres. Aquellos jóvenes se habían confabulado para no apoyar a su gobierno en caso de un nuevo conflicto bélico. Esmond era aún muy joven en aquel momento pero el *leit-motif* de aquella pancarta dedicada a las víctimas de guerras que hicieron otros ("To the Dead of all nations, victims of a war they did not make") le asaltaba como una pesadilla. Él era antibelicista pero ya había estado en España luchando en una guerra *¿justa?* y puede que hubiera que volver a hacerlo en otros predios. A pesar de la derrota en Boadilla, de la derrota en España, Esmond seguía pensando que el futuro era aún de los jóvenes idealistas; ellos todavía podían cambiar el mundo. El momento no era propicio pero no era de los que se deprimían con facilidad así que lo más sensato era desaparecer un tiempo mientras las ideas se aclaraban.

* * *

En aquel estado de cosas, Europa había dejado de resultarle atractiva y había que buscar otro sitio que reconociera su talento y su ingenio. Una nada desdeñable herencia de Jessica de £100 vino a agudizar el ingenio de Esmond y América se le antojaba como otra aventura a la que no podía negarse. Una gira dando conferencias en aquel país parecía un desafío muy atractivo aunque el tiempo demostró que se trataba de otro de sus castillos de arena. Jessica

podía hablar de su educación en una familia aristocrática "Mi presentación en sociedad" y él de su tema favorito "Me escapé de una escuela pública inglesa". Y si esto no era posible siempre podían aliarse con algún influyente hombre de negocios, trabajar como extras en Hollywood, ayudar en algún rancho en los estados del Oeste o hacer horas como camareros en las tabernas de San Francisco. Las posibilidades que el nuevo mundo ofrecía a los delirios imaginativos de Esmond eran ilimitadas pero casi todas impracticables.

Esmond & Jessica en América.
(Fotografía: Cortesía de Constancia Romilly)

Provistos de cartas de recomendación y tarjetas de conocidos de amigos parten para América desde Southampton el 18 de febrero de 1939 en el buque canadiense *S. S. Aurania*. No sabemos si Esmond era consciente de que todavía en esos momentos muchos brigadistas estaban regresando a sus países. Puede que en ese mismo barco fueran de regreso algunos voluntarios canadienses pero Jessica no menciona este tema, lo que resulta al menos sorprendente. Pocos días antes, las tropas de Franco habían ocupado ya los últimos reductos en la zona gerundense fronteriza con Francia. Nueve días más tarde Gran Bretaña y Francia reconocerían al nuevo gobierno en España. En marzo, Hitler se anexiona Austria y ocupa Checoslovaquia. El 1 de septiembre Alemania invade Polonia y el 3, sólo dos días más tarde, Gran Bretaña declara la guerra a Alemania. La batalla de España se había perdido irremediablemente, la de Europa estaba aún por ganar y Esmond contemplaba el escenario desde una posición contemplativa pero incómoda. Sufrir un reclutamiento forzoso e ir a luchar por el Rey y el Imperio le parecía un trago demasiado amargo pero cuando los tanques nazis empezaron a rodar por media Europa arrollándolo todo a su paso entendió que aquella violencia salvaje sólo podía pararse con violencia. Jessica nos cuenta que "nunca había visto a Esmond tan deprimido e inquieto" como en esos meses; parecía haber aceptado con resignación "la desesperación de toda una generación que había perdido el control de su propio destino" (1990: 153).

El inicio de la guerra para Jessica sería trágico. El mismo día 3 de septiembre su hermana, Unity, amiga de Hitler y simpatizante convencida del nazismo (se sentía más Nazi que los propios nazis), se dispara un tiro en la cabeza en un parque cercano a su residencia en Munich. El intento de suicidio resultó fallido pero sufrió graves lesiones cerebrales y murió de meningitis el 28 de mayo de 1948. Sería el primer aviso de que, a pesar de la distancia, no lograrían escapar al gigantesco desastre que se avecinaba.

* * *

En aquel momento, América podía ofrecer a ambos grandes oportunidades de rehacer sus vidas pero Esmond una vez más se marca un destino diferente. Pasan una larga temporada en Nueva York haciendo trabajos temporales mal remunerados. Jessica trabajó como dependienta en tiendas de ropa y en supermercados. El sueño de hacer una gira dando conferencias se agrió y la dura realidad se impuso. Esmond intentó encontrar algo en el mundo de la publicidad pero sus referencias londinenses no encajaban con el mundo tan competitivo que en esos desempeños existía ya en Nueva York. Pronto se decepciona y a la vista del escaso éxito que le proporciona la ciudad de las grandes promesas deciden trasladarse a Washington. Allí encuentran un ambiente más proclive a sus intereses y una familia amiga que le ayudará durante meses. Michael Straight, para unos un revolucionario comprometido y para otros un simple defensor convencido del *New Deal*, y Virginia Durr y su marido, Clifford, muy bien establecidos en los ámbitos del poder político y las influencias, encontraron a la pareja interesante y atractiva, y digna de ciertas atenciones. Virginia era amiga de Eleanor Roosevelt y más tarde de Rosa Parks[12], y Clifford, un abogado brillante que destacaría como defensor de activistas de los derechos civiles. Straight, al que John Cornford había fichado para el Partido Comunista en Inglaterra años atrás, encontraba a Esmond demasiado extrovertido, indisciplinado y aventurero pero a Virginia le resultaba encantador, un hombre de principios, dotado de gran coraje e inteligen-

[12] Rosa Parks (1913-2005) se convertiría poco tiempo después en un icono de los movimientos pro derechos civiles en los Estados Unidos cuando el 1 de diciembre de 1955 se negó a ceder su asiento a una persona de raza blanca en un autobús público en Montgomery, Alabama. Fue encarcelada por perturbación del orden público pero las manifestaciones y protestas que siguieron después llevaron el caso hasta la Corte Suprema que dictaminó que la segregación en el transporte público era anticonstitucional. Para los grupos de defensa de los derechos civiles con los que Jessica y su segundo marido estaban tan implicados aquello significó una gran victoria.

cia. Asimismo, llegaron a conocer a Eugene Meyer, propietario del *Washington Post,* quien aceptó publicar una serie de artículos firmados por ambos cada domingo desde el 28 de enero hasta el 10 de marzo de 1940. A pesar de todo, el dinero no llegaba y Esmond volvió de nuevo a vender medias de seda puerta a puerta cumpliendo por segunda vez con aquella premonición que él mismo se había augurado. Parece que era algo que el destino le tenía reservado pero también suscitaba en él una fascinación especial. La experiencia no se prolongó más de dos semanas y sus ingresos por comisión no llegaron a los $6.

A finales de octubre, con pocas posibilidades de éxito en esas dos grandes ciudades deciden trasladarse al sur. Esmond había hecho un curso especial de camarero en un restaurante italiano en Nueva York, y Nueva Orleans parecía un sitio atractivo y con posibilidades de trabajo. Alquilan un coche viejo y ponen rumbo a Luisiana pero equivocan el camino y terminan en Florida. Podría haber sido cualquier otro lugar. No tenían especial predilección por una ciudad concreta aunque San Francisco estaba también en su agenda. Cuando se percatan del error, Esmond pregunta en una gasolinera y pide sugerencias al empleado pavoneándose de sus dotes como camarero. Tan convincente fue la escenificación que el dependiente no dudó ni un momento en aconsejarle Miami. Y allá se fueron. Pronto se dieron cuenta de que el negocio de la restauración en esa ciudad no pasaba de pequeños locales explotados a nivel familiar y que no había posibilidad alguna de empleo. Pero Esmond no era de los que se rendían con facilidad: propuso al dueño de un restaurante italiano comprar una licencia de restauración a medias para explotar un bar anexo que había permanecido cerrado durante años. La licencia costaba $1.000 y como ellos no disponían de ese dinero convenció al dueño para

Esmond y Jessica en el *Roma Bar* de Miami en 1940. (Fotografía: Cortesía de Constancia Romilly).

que adelantara la cantidad total, y él y Jessica irían amortizando mes a mes su parte con un porcentaje de sus salarios. En octubre de 1941, sólo seis semanas antes de su muerte, un cheque enviado desde Londres terminaría de pagar aquel adelanto.

Desde que se inicia la guerra hasta que Churchill es nombrado Primer Ministro el 10 de mayo de 1940, los Romilly siguen los acontecimientos desde la distancia. En abril, su hermano Giles cae prisionero de los nazis en Narvik, Noruega, el 6 de mayo muere su padre, el coronel Bertram Romilly, y Nellie, su madre, por aquel entonces vive en Londres sola. Curiosamente no encontramos opiniones o reflexiones sobre este estado de cosas en los comentarios de Jessica. Teniendo en cuenta la situación, el alejamiento emocional con respecto al clan familiar resulta sorprendente. Por el contrario, hay información abundante sobre cómo se sienten con respecto a la guerra. Aparentemente, tanto Esmond como Jessica habían adoptado una postura de alejamiento e indiferencia, incluso habían colgado un cartel en las estanterías del bar que rezaba "TALK NEUTRAL", haciéndose eco del sentir general que advertían en sus clientes, pero, cuando a finales de junio, Churchill anuncia en la Cámara de los Comunes que Gran Bretaña no firmará una paz deshonrosa y que lo único que buscaría su gobierno era una victoria contundente al precio que fuera, la situación cambió.

Esmond era demasiado generoso y su conciencia no le permitía ser un mero espectador ante aquel estado de cosas. La vida no merecía la pena vivirla en un mundo dominado por el fascismo así que había que luchar. En los cenáculos comunistas se afirmaba que iba a ser otra guerra imperialista más con la que ellos no se sentían identificados ya que no era lo mismo que la guerra en España pero para Esmond estaban en juego los mismos principios de 1936 y quiso volver a revivir "el espíritu de Madrid", eso sí desprovisto de la aventura que había tenido su presencia en Boadilla. Tampoco le agradaba que los posibles protagonistas de la salvación fueran los conservadores británicos, pero conceptos como la libertad y la dignidad estaban en juego, por lo que no había que magnificar lo secundario y concentrarse en lo esencial: el reclamo para combatir el fascismo se había cruzado por segunda vez en su vida y no podía negarse a colaborar. De nuevo entiende esa guerra como necesaria pero esta vez el destino le tenía reservado un desenlace trágico.

Los Romilly dejan el bar en Miami y regresan a Washington. Esmond se entrevista con el embajador británico, Lord Lothian, y decide alistarse en las fuerzas aéreas canadienses. Era una forma muy personal de combatir en con-

tra del fascismo evitando luchar de forma directa por el Rey y el Imperio. Había otras dos razones poderosas para hacerlo allí y no en Inglaterra: por un lado no sufriría directamente la actitud, en su opinión, reaccionaria y arrogante del Ejército Británico y, por otro, estaría muy cerca de Jessica para intercambiar visitas.

Esmond quería dejar a su mujer en buenas manos y Virginia Durr podía ser una magnífica opción. Como ya mencionamos, la habían conocido en su primera estancia en aquella ciudad y era una mujer atenta, sensible y tierna, justamente lo que Jessica necesitaría para sobrellevar con menos agobios la ausencia de su marido. Virginia no aceptó al principio ya que quería ir a la Convención Demócrata de Chicago por aquellos días pero Esmond no le dejó alternativa al sugerirle rápidamente que podían ir juntas. Lo que en principio estaba pensado para unas semanas se prolongaría durante dos años que servirían a Jessica como una magnífica plataforma para conocer a grandes personalidades de la política en Washington y como un proceso de aprendizaje rápido de la historia del que pronto se convertiría en su segundo país.

Desde el 15 al 18 de julio de 1940 se fueron ambas a la Convención Demócrata[13] de Chicago y Esmond a Ottawa a un centro de reclutamiento para los primeros exámenes médicos. Después le enviarían a Toronto para iniciar el período de instrucción militar, luego a Camp Borden en Ontario y por último a la escuela de iniciación en Regina, Saskatchewan. Ya nunca volverían a estar juntos excepto durante algunas visitas esporádicas. Cartas frecuentes, y ocasionales llamadas telefónicas, tratarían de llenar un vacío difícilmente soportable. Las cartas que Jessica escribe cada tres o cuatro días son largas, joviales, llenas de detalles que denotan un gran cariño y una profunda admiración por su marido, las que recibe de Esmond revelan cuánto la necesita aunque se prodigan en detalles sobre el fastidio de los desfiles, de la instrucción, del aprendizaje del código morse y sobre la pejiguera que suponía el pulcro mantenimiento del uniforme y las barracas. Lo que él quería era

[13] Según cuenta Virginia Durr en sus memorias *(Outside the Magic Circle [Fuera del círculo mágico])*, Jessica sentía náuseas durante todo el camino y terminó confesando que estaba embarazada (ver Peter Sussman; 2006: 45). Al llegar al edificio de la Convención, los organizadores situaron a ambas a una distancia excesivamente alejada de los servicios y Virginia explicó el problema al grupo de delegados demócratas de Texas (Lyndon B. Jonson, el futuro presidente, entre ellos). Entre bromas y chascarrillos que aludían al burrito terco y juguetón que servía de mascota a los demócratas, uno de los delegados le ofreció su sombrero tejano para que lo utilizara como cuenco en caso de necesidad. Jessica mantuvo el sombrero en su regazo durante toda la sesión. No fue necesario usarlo pero todos empezaron a conocer a la futura criatura como "the small donkey" o "dinky donkey". La broma no sólo continuó durante el embarazo. Tuvo tal éxito que, en el futuro, familiares y amigos conocerían a Constancia, la única hija viva de Esmond, como *Dink*, *Donk* o *Dinky*.

ser piloto y entendía que para conseguir ese objetivo sobraba el empalago de lo cotidiano.

El tedio y la rutina de la vida diaria le crean desasosiego pero las noticias que recibe de Londres son cada vez más preocupantes por lo que ya quiere cuanto antes entrar en acción. El 24 de septiembre de 1940 termina el período de instrucción pero no pasa el reconocimiento médico por problemas auditivos, lo que supuso un duro golpe para su autoestima. A finales de octubre fue enviado a Brandon, Manitoba, para finalmente darle la baja como aspirante a piloto el 22 de noviembre. Los cuatro meses que había pasado en las bases de entrenamiento habían sido, en su opinión, una completa pérdida de tiempo. Sorprendentemente, no se le conocen severas diatribas en contra de la fuerza aérea como las que solía verter en contra de los colegios privados, las clases altas británicas o la ineficacia de los entrenamientos en España.

Esmond pasa las Navidades de 1940 en Washington con Jessica. Pasean, se relajan y esperan el bebé con impaciencia. Poco después regresa a Malton, Ontario, a retomar su curso como "air-observer" y tras pasar por varios centros de entrenamiento en Ontario y Manitoba consigue en junio de 1941 salir con el grado de "sargento en observación aérea".

A finales de junio se toma un descanso en Martha's Vineyard, Massachusetts, con su esposa antes de embarcarse para Inglaterra en Halifax, Nueva Escocia. Sería un viaje del que Esmond ya no regresaría. El hondo sentimiento de pérdida con que Jessica documenta ese adiós en las últimas líneas de *Hons and Rebels* [*Ilustres y rebeldes*] es el fiel testimonio de que, allá en el fondo, presentía la tragedia: "[aquella mañana] observé cómo el coche doblaba la esquina y me sentí un poco desconcertada al comprobar que una parte de mi vida quedaba atrás y se cerraba allí para siempre" (1990: 227). Ciertamente, aquella sería la última vez que vería a su marido. Fue destinado a una base de operaciones primero en Abingdon, Oxfordshire, Inglaterra, y después en Linton-on-Ouse, Yorkshire. Cuando disponía de algunos días de permiso visitaba Londres. Volvió a encontrarse con amigos de antaño como Phillip Toynbee o Peter Nevile, con conocidos como Stephen Spender o Cyril Connolly y en una ocasión visitó también a su madre.

Las pocas cartas que se han publicado sobre su relación personal en estos meses revelan que ambos llevaron muy mal la separación y que sufrieron mucho durante los meses de ausencia. De algunos párrafos colegimos una acusada sensación de pérdida y de profunda nostalgia. A la vez, encontra-

mos minuciosas descripciones sobre el riesgo de las misiones en las que participaba y el espectáculo que producían las explosiones de las bombas. Entre los vericuetos de su prosa adivinamos un cierto temor reverencial, una consciente alarma ante el peligro cercano, un serio temor a que en cualquier momento la tragedia le atrape. Los trances por los que había pasado en el frente de la Ciudad Universitaria o en Boadilla habían sido mucho más arriesgados y audaces pero nunca había adoptado una actitud tan recelosa. No cabe duda de que la responsabilidad ante Jessica y Constancia, su hija, ahora pesaba en su conciencia. Ya no sólo contaba su vida, otras dos estaban indisolublemente ligadas a su destino, y esto le producía un tremendo desasosiego. De ahí las frecuentes llamadas y telegramas para que Jessica[14] fuera a visitarle a Inglaterra. En algunas de ellas se atreve a afirmar, aunque con poca convicción, que si sobrevivió a Boadilla podría volver a repetir la hazaña. No sería así. Su primera misión sería el 16 de octubre sobre la ciudad de Ostende en Bélgica, la última el 30 de noviembre sobre Hamburgo en Alemania.

El 1 de diciembre de 1941, Jessica había comprado ya los billetes para viajar el 5 desde Nueva York con su hija a Inglaterra para reunirse con su marido. Ese mismo día le envió el siguiente telegrama: "Cariño, partimos el viernes, estoy tan emocionada. STOP. Donk [Constancia] me acompañará. Dime si estás de acuerdo". Lo que ella nunca hubiera imaginado es que por toda respuesta recibiría un comunicado oficial desde Ottawa al día siguiente que decía "Lamento comunicarle que se ha recibido notificación de la Fuerza Aérea canadiense que hace constar que su marido, Esmond Romilly, ha desaparecido en acto de servicio." Era justo el día antes de viajar desde Washington a Nueva York para coger el barco. El accidente había ocurrido el 30 de noviembre cuando su avión no regresó de la incursión encomendada sobre Hamburgo y cayó por razones no aclaradas en el Mar del Norte. Tras cuatro horas de vuelo se recibieron en la

[14] Jessica termina la primera parte de su autobiografía con la despedida de Esmond que parte hacia Canadá en julio de 1940 e inicia la segunda parte con el nacimiento de su hija en febrero de 1941. Pero, sorprendentemente, en ninguna de ellas nos habla de los meses inmediatamente posteriores a la muerte de su marido ni menciona el terrible sentimiento de pérdida que, según otras fuentes, sabemos que sufrió. Se casó por segunda vez en 1943 con Bob Treuhaft (1912-2001), un judío del Bronx, abogado sindicalista y defensor de las causas de grupos de izquierda en California, tuvo con él otros dos hijos: Nicholas (1944-1955) y Benjamín (1947-). Vivió en San Francisco cinco años y después, desde 1947, en Oakland. Desde 1943 hasta 1958 fue miembro del Partido Comunista americano (CPUSA) y en 1953 fue llamada a declarar ante el Comité McCarthy (HUAC) pero se negó a dar información sobre su pertenencia a grupos radicales. Su desilusión con el partido y sobre todo con la política de la Unión Soviética le llevó a abandonarlo en 1958. Trabajó en varios centros para la defensa de los derechos civiles, publicó varios libros (algunos de cuyos títulos ya mencionamos en la página 35) y murió en 1996.

base dos mensajes de radio advirtiendo que el aparato tenía problemas mecánicos y estaba perdiendo combustible. La tercera fue ya una llamada de auxilio y el avión cayó a unos 170 kilómetros de la base. Los restos del aparato nunca fueron encontrados. Esmond tenía sólo 23 años.

Jessica ya no viajó a Inglaterra pero pasó varias semanas esperando que en algún momento su marido diera señales de vida. Prefería pensar que era de los que sobreviven a la adversidad y que lo más probable es que hubiera sido hecho prisionero, aunque las aguas heladas del Mar del Norte se le antojaban como un mal presagio. Sería el propio Winston Churchill, su tío, quien a instancias de Nellie había investigado el asunto, el que confirmaría a Jessica la muerte de Esmond. Ambos se vieron brevemente en la Casa Blanca a finales de diciembre cuando, tras el bombardeo de Pearl Harbour, Churchill se encontró con Roosevelt en su primera reunión tras la declaración de guerra. Jessica se sentía apenada, abatida y desolada pero prefería mantener la esperanza y seguir pensando que su marido podría aún estar vivo. Todavía el 22 de febrero en una carta a su madre le confiesa "estoy totalmente segura de que Esmond se encuentra bien... en alguna parte de Noruega... a veces hay que esperar hasta 6 meses para saber de algunos prisioneros" (2006: 93).

Su espera fue infructuosa y tuvo que aprender a vivir sin el que hasta aquel momento había significado todo en su vida. Como él mismo Esmond apunta en las últimas líneas de *Boadilla,* el mundo no se detiene porque unos cuantos hombres mueran, y, obviamente, no se detuvo cuando él perdió la vida pero ese mundo perdió a un idealista, a un joven lleno de vida y proyectos, noble y luchador que dejó a una viuda y a una niña, Constancia[15], de 10 meses de edad que no pudo llegar a conocer a su padre.

---

[15] Durante las últimas semanas de embarazo, Jessica estaba leyendo *Doble esplendor. Memorias de Constancia de la Mora* que se habían publicado en 1939. En América se publicarían en ese mismo año bajo el título *In Place of Splendor: The Autobiography of a Spanish Woman*. La pasión y autenticidad con la que la nieta de Antonio Maura cuenta sus memorias sedujeron a la futura madre quien pensó homenajear a la autora poniéndole el mismo nombre a su hija. Esmond tenía una tía por parte de padre que se llamaba Constance Felicity Romilly pero no parece que este hecho influyera en la elección. Cuando la carta de Esmond llegó pidiendo que no le pusiera ese nombre ya que todo el mundo terminaría llamándole "Connie" (nombre que le disgustaba) ya era demasiado tarde. La niña había sido inscrita en el Registro Civil como Constancia Romilly. Los temores del padre fueron infundados ya que, como ya hemos mencionado, todo el mundo terminó conociéndola por *Donk, Dink* o *Dinky*. Su madre, en las cartas, se dirigía siempre a ella como *Dink* y cuando hablaba sobre ella la denominaba "the Donk". Actualmente, la única hija del autor de *Boadilla* vive en Estados Unidos con su marido Edwin "Terry" Weber y firma sus cartas y mensajes como Constancia Romilly. Tiene dos hijos de su relación con el activista afroamericano James Forman, ya fallecido: James Robert Lumumba Forman (1967-), actualmente Profesor en Georgetown Law School (Georgetown University) y Chaka Esmond Fanon Forman (1970-), de profesión actor.

Boadilla, un Testimonio Genuino.

¿Tu verdad? No, la Verdad,
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

(Antonio Machado)

La tragedia vivida en España supuso para Esmond un viaje a lo más profundo de su corazón desorientado. El lema que compartía con el resto de voluntarios "que la justicia y la libertad prevalezcan" (ver p. 80) le animaba en los momentos más dramáticos. Pensó que iba a luchar por consolidar una revolución y se encontró con una guerra en toda regla, creyó que no había hecho nada para que alguien intentara matarle y a punto estuvieron de hacerlo. Como Machado fue a la búsqueda de la Verdad y dejó la suya aparcada por un tiempo. Creyó que era valiente hasta que vivió el drama del frente y sintió que el terror le paralizaba. Nada más persuasivo que el miedo para tornarse pacifista, concluye al final. Cualquier guerra por muy justa que sea acaba convirtiéndose en algo horrible, trágico. Es un grave error convertirla en un acto romántico, heroico: admitir el fracaso y la impotencia no es una debilidad, es un acto de honradez. Esta es una terrible verdad que a la vez y, parafraseando a W. B. Yeats, encierra una terrible belleza. Como reconoce en los primeros párrafos del prólogo "sería inútil y erróneo idealizar la Guerra Civil española. Esconder los miedos y los defectos de los hombres sería, a mi parecer, la peor clase de insulto. Espero no haberlo hecho. Por muy justa que pueda ser una guerra, será inevitablemente sucia y terrible" (ver p. 80). Y Esmond no escondió ni sus miedos ni sus debilidades, de ahí que sea un relato sincero, muy entrañable pero, sobre todo, profundamente humano.

Como ya mencionamos anteriormente Esmond comenzó a escribir *Boadilla* en Bayona inmediatamente después de su breve estancia en Bilbao. Habían pasado pocos meses desde su partida del frente de Madrid y aún tenía los recuerdos muy frescos, aunque su vida había dado un vuelco considerable. De vuelta a Inglaterra, se había repuesto de su traumática experiencia, se había enamorado, había consentido en ayudar a escapar de casa a su futura esposa, se había casado y actuaba ahora como corresponsal. Todo en un breve

período de tiempo de cinco meses escasos. Jessica recuerda en su autobiografía que, una vez casados, Esmond había decidido ya no regresar al frente y que habría de pergeñar sus recuerdos sobre aquella lucha como su mejor contribución a la causa: "contemplaba aquella cabeza de pelo negro enfrascada en la máquina de escribir, con papeles desparramados por todo el suelo, y me preguntaba cuánto estaría sufriendo al tener que estar alejado del frente de batalla en España" (1990: 134). No sabemos si a Esmond le dolía estar alejado del frente pero sí sabemos que el día más dramático de Boadilla en la retirada le hizo a Arthur Ovenden un comentario concluyente: "esto es ridículo, si nos quedamos aquí tarde o temprano nos matarán" (1985: 144). Y en las últimas páginas de *Boadilla* pocos meses después culmina con aquella reflexión a la que ya nos referimos sobre la inconveniencia de regresar como combatiente después de casarse. Las prioridades habían cambiado y para Esmond lo más importante en ese momento era dejar constancia del drama que había vivido en homenaje a sus compañeros muertos.

La obra fue publicada por Hamish Hamilton en octubre de 1937 (aunque el contrato se había firmado ya en agosto) pero la divulgación fue escasa ya que cuando empezó a conocerse a principios de 1938 era ya demasiada la información que había sobre la guerra española. Pocos meses después, los voluntarios comenzaron a regresar a sus casas y las noticias que acaparaban los titulares de la prensa inglesa comenzaron a cambiar de signo y a preocuparse de lo que ocurría en otras zonas del centro de Europa. El panegírico final donde, en tono elegíaco, pide reconocimiento para aquellos caídos no puede ser más expresivo: "Murieron y fueron olvidados, ya que sólo fueron importantes durante un día. Después vinieron otros combatientes, otros mártires, otras adhesiones" (ver p. 258). Cuando él se hace estas reflexiones Jarama y Málaga están muy presentes en su mente pero aún tenían que llegar Brunete, Teruel y el frente del Ebro. Los primeros caídos fueron por tanto "héroes por un día" pero su testimonio, espontáneo y genuino, los situó para siempre en el imaginario colectivo de la época del fervor y el entusiasmo.

La gran tragedia, no obstante, el gran desastre cuyas secuelas siniestras él ya no llegaría a conocer, estaba aún por llegar. Aquellas pocas decenas de amigos y camaradas que él vio morir eran sólo una fracción mínima de la catástrofe que se avecinaba y que se agigantaría con la Segunda Guerra Mundial. Aquéllos, no obstante, eran *sus muertos* y, consecuentemente, tenían una relevancia especial. El relato de Esmond, por tanto, representa algo más que un mero documento sobre los primeros meses de guerra; es, sobre todo, un retra-

to puntilloso sobre la puesta en marcha de las distintas unidades de voluntarios. Percibe el lector los problemas serios de disciplina, la disparidad de intereses, la heterogeneidad de sus miembros, la dificultad para una comunicación fluida por la diversidad de idiomas y nacionalidades y, sobre todo, la tremenda sensación de frustración ante la improvisación. Pero, a su vez, queda magníficamente plasmado el idealismo, la entrega desinteresada, la generosidad sin límite, el altruismo y la ansiedad que la fuerza diabólica de un poder como el del fascismo producía en los voluntarios. Los primeros miles de internacionales podrían ser comunistas, socialistas, intelectuales o poetas pero eran ante todo antifascistas.

La batalla de Boadilla significó una experiencia trágica para Esmond. Los ataques y contraataques se sucedieron en torno al pueblo durante días y noches interminables. Desde el 14 al 22 de diciembre presenció escenas terribles para las que no estaba preparado. Su comentario al respecto no deja ninguna duda, "la marca que [esas vivencias] dejaron en mi es algo que no va a menos sino que crece con el tiempo" (ver p. 258). Ante la superioridad de los atacantes, el día 14 por la tarde la resistencia republicana se rompió, el 16 cayó Boadilla y el 19 se produjo la gran tragedia.

Esmond describe un escenario patético con un final trágico donde el cotejo del listado por parte del oficial alemán utilizando la palabra "gefallen" (caído) se nos antoja como una premonición de las calamidades que se avecinaban. Había sido un adolescente precoz, autor de un libro, de una revista y de varios artículos y antes de cumplir los 19 años podía presumir de ser ya un veterano de guerra pero las escenas dantescas que presenció en Boadilla le habían dejado marcado. El frío, la niebla, el tedio, el estruendo de las detonaciones artilleras, el silencio inquietante entre una refriega y otra, el traqueteo de los rifles y las ametralladoras, la desorganización de las unidades, el caos de la retirada y los severos desencuentros entre los mandos minarían su moral y su confianza. Su desilusión se hizo pronto patente pero nunca admitió amargura o resentimiento. Aquel viaje hacia el Sur había tenido para él connotaciones de viaje iniciático y a pesar de su juventud sabía que toda experiencia romántica termina a la postre en desilusión. Y aprendió a encajarlo pero con mucha desconfianza; se acerca a la cruda realidad de la guerra con profundo estupor. Él no se considera exactamente un soldado, nunca había disparado un fusil y siempre se había considerado un pacifista. El frente le recuerda a veces el patio de la escuela donde jugaban a ser soldados. Pero sus compatriotas y amigos mueren a su alrededor y la tragedia le despierta de aquel sueño. La crudeza de la guerra termina por golpear al joven idealista

que en las últimas páginas documenta de forma plástica el terrible sentimiento de pérdida al escuchar los nombres de los caídos que nunca volverían a aparecer. Él tuvo suerte y quedó para contarlo.

* * *

Esmond comienza su relato en Marsella, allí había llegado desde Dieppe a mediados de octubre. En los dos primeros capítulos, nos describe detalles del viaje y añade anécdotas y *flash-backs* sobre su educación, sus ideales y su forma de entender aquella aventura. Notamos una seria preocupación por ceñirse lo más posible a los datos, lugares y personas reales por lo que entendemos que desea que el lector tome su relato como algo real, sin revestimientos novelescos. A pesar de todo resulta bastante impreciso con la toponimia, las distancias y las fechas. Se trata de una narración autobiográfica con pretensiones de documento; de ahí su escrupulosa fijación con los hechos. Se detiene en detalles a veces demasiado meticulosos como cuando describe su antiguo empleo en Londres para justificar por qué decidió venir a España. Entiendo que este capítulo tendría que haberlo sacado del contexto del libro y ofrecerlo como introducción pero, en cualquier caso, es una información totalmente necesaria. El lector tiene que saber por qué un joven de buena familia y con la vida resuelta decide embarcarse en una aventura tan peligrosa. Además ofrece una magnífica contextualización sociológica del Londres de la época. Las reflexiones que hace sobre la figura del líder, los grupos de trabajo, el artificio del éxito, las quimeras de los costosos proyectos etc., son muy jugosas y aunque pletóricas de ironía y cinismo dejan entrever planteamientos ideológicos de peso, sorprendentes en un joven de su edad. No podemos olvidar que comienza a escribir esas reflexiones sólo cinco meses después de su partida hacia España pero es que en ese interludio el joven Romilly había madurado más que en toda su vida anterior.

No cabe duda de que el que habla es un muchacho honesto y desinhibido, mucho más maduro que el que inicia en Dieppe el viaje en bicicleta. A pesar de que su decisión requirió de mucho coraje y generosidad no quiere colgarse medallas. Vino a España por razones varias pero probablemente la más importante es que se sentía vacío, sin una meta que alcanzar en sus estudios y sin un trabajo que realmente le satisficiera: "menciono los pormenores de este trabajo para que se entienda por qué acabé luchando en una guerra" (ver p. 88).

Hubo muchos que vinieron por razones ideológicas o políticas; otros muchos porque en aquellos años no encontraban acomodo ni empleo en sus países de origen y unos pocos porque no sabían qué hacer con sus vidas. En el caso de Esmond reconocemos un poco de cada una de esas cosas. Para su corta edad, tenía ya una sólida formación política y atesoraba un cúmulo importante de reflexión e información pero no quiso escribir sobre esto: "si éste fuera un libro político, expondría lo que pienso sobre la lucha en España, y que sería razón suficiente para que deseara participar en ella" (ver p. 88). Según él, las móviles que le indujeron al voluntariado no diferían mucho de los de sus compañeros y, entre ellos, pesaban mucho las "convicciones políticas". Puede que a algún lector le sorprenda la inclusión de esa información introductoria pero para el autor era importante que se supiera cuál era su estado de ánimo y su situación personal antes de venir a España. Cuando afirma que si su "situación en Londres hubiera sido completamente satisfactoria" no hubiera ido más allá de "un sentimiento de solidaridad" (ver p.88) está siendo demasiado honesto. No le importa que su imagen de voluntario generoso y altruista quede dañada, por lo que el lector agradece esa sinceridad. En cualquier caso, son brochazos breves y limpios que nos ayudan a entender su personalidad: su testarudez, su rebeldía, su ingenuidad, su desparpajo, incluso su inconsciencia. Da una de cal y otra de arena, no quiere que el lector se lleve una impresión equivocada, no es un héroe pero tampoco un insensato; peca de frívolo y temerario pero no está desquiciado. El relato tiene mucho de autobiografía, algo de mitobiografía y abundan las escenas de reconocimiento hacia el valor de los demás. Tanto la guerra como el mar se prestan a elucubraciones poéticas pero son dos realidades hostiles y peligrosas. El se olvida de la lírica y se centra más en esa hostilidad. Podría haber cargado las tintas en el héroe que sobrevive a una gran tragedia, en el joven generoso que arriesga su vida por una causa noble pero no lo hizo. Se limitó a hacer un canto elegíaco a los muertos, a aquéllos compañeros que dieron su vida, a su calidad humana, a su empuje y sentido de la solidaridad.

Sorprende también, y creo que el lector debe tener esto muy en cuenta, que no intente sacar partido a su posición de privilegio. Como ya se ha dicho, cuando Esmond redacta *Boadilla* estamos aún en el período de entusiasmo, de fervor por parte de los intelectuales hacia la Guerra Civil en España. Es muy modesto, puede que demasiado. Era el sobrino de Winston Churchill pero sólo unos pocos compañeros se enteraron. No presume de valentía y admite tener miedo. No está preparado para una vida tan dura y

su cuerpo se rebela. Reconoce que se siente más a gusto en labores de intendencia, que raras veces se ofrece voluntario en misiones peligrosas y que sufre ataques de diarrea e indisposiciones varias. Podría habérselo callado pero lo recalca y esto le enaltece ante el lector. Como ya hemos mencionado, adivinamos un cierto sentimiento de culpa por los privilegios que ha disfrutado y para sentirse redimido de esa culpa no sólo vale la contrición, hay que sufrir para redimirse y ganarse el respeto del resto del grupo. Ni siquiera nos ahorra detalles sonrojantes que ilustran su incompetencia: "en mi primer intento de mantener el enlace [como mensajero del batallón] me perdí y aparecí en la casa equivocada" (ver p. 225) o su irresponsabilidad "me quedaban seis pesetas... [y con tres] me compré tres puros, a una peseta cada uno" (ver p. 156). El problema que puede surgir de estas descripciones es que el lector eleve su caso a categoría universal y termine pensando que así eran todos los voluntarios. Incluso podían "arrogarse" un permiso para ir de juerga a Madrid y a la vuelta cuatro explicaciones inconexas le permitían librarse del calabozo (ver pp. 219-222). Un buen soldado se avergonzaría de esto pero él lo cuenta como si de una aventura más se tratara.

Ya en el capítulo 2 nos relata cómo inician el viaje, la llegada a Valencia, el traslado a Albacete, los trabajos rutinarios en los cuarteles y sobre todo el impacto que le causan los multitudinarios recibimientos allá por donde pasan. Las descripciones minuciosas que hace de diversos escenarios en el barco o en el tren se nos antojan como escrupulosamente detallistas. El texto fluye con rapidez, la crónica no desmerece en absoluto de autores costumbristas consagrados. Selecciona el detalle con precisión. El clima, el vino, las multitudes, sus propios compañeros son vistos desde una perspectiva de aprendiz ingenuo pero se gana al lector. No generaliza, individualiza a sus personajes, observa sus rostros, retrata en forma impresionista sus actitudes. El narrador disfruta y aprende desarrollando la narración, no juzga.

Los retratos, a brocha rápida, de sus compañeros más cercanos ya en el capítulo 3 resultan muy seductores. Es su forma de concienciar al lector sobre la heterogeneidad de intereses, situaciones y expectativas del grupo. Hay humor, ironía, incluso parodia pero sobre todo desborda admiración. Deja caer impresiones al estilo de los narradores conradianos pero conoce los datos como si hubiera tenido acceso a un diario. No sabemos si Esmond fue anotando sus experiencias en un cuaderno de notas pero es muy probable que así fuera ya que hay descripciones muy precisas sobre la topografía del terreno y los edificios en los que estuvo aunque cometa errores varios en

la toponimia. Al acercarse a Boadilla y pretender memorizar aquel nombre admite: "los nombres españoles pronunciados por los lugareños resultan casi incomprensibles para los extranjeros" (ver p. 234). Cuando Jessica relata los días en que estaba enfrascado escribiendo el libro en Hendaya nos lo describe rodeado de papeles sobre la mesa, el suelo, etc. No cabe duda de que se estaba ayudando con notas que había logrado llevar hasta Inglaterra. Él no menciona la existencia de esos apuntes, puede que no le diera importancia o puede también que fuera consciente de que no era aconsejable ser demasiado explícito ya que su libro iba a poder ser leído por familiares, parientes y conocidos de sus compañeros protagonistas. La selección de anécdotas e incidentes está muy cuidada; la prosa fluye rápida, las escenas aparecen sueltas, sin demasiada ligazón; hay pasajes enteros que nos recuerdan una especie de monólogo interior con mucha introspección. Asimismo, el registro lingüístico es muy telegráfico, enumera las escenas pero no las hilvana, y utiliza coloquialismos con mucha frecuencia que adornan el texto con un poso descriptivo sencillo y natural.

Sus observaciones se nos antojan como brochazos ágiles pero no apresurados, instantáneas certeras que buscan al hombre no al héroe. Podía haber hecho un panegírico del idealista generoso, del altruista entregado pero buscó al hombre y lo encontró en Birch, en Keith, en Joe, mejor aún en Dick Whateley ("Aussie"), el australiano trotamundos que termina vagabundeando por París, el que quería venir a luchar a España para defender a los campesinos y a los obreros en contra de los terratenientes y capitalistas. Esmond nos habla de sus esperanzas y miedos, de sus ideales frustrados y de sus sueños. Todos murieron y por eso el relato gana en credibilidad. Describe y retrata sin prejuicios, deja que el lector saque sus propias conclusiones. La historia o el documento están ahí pero lo que realmente importa es la delicada descripción de emociones. Reflexiona poco sobre política o sobre técnicas militares, y se centra más en lo que un chaval joven puede sentir ante una situación extrema como la que él estaba viviendo. Es un observador muy meticuloso y no sólo consigue retratos fieles a vuela pluma de sus compañeros, también se retrata a sí mismo con gran sinceridad, sin ningún pudor.

Más adelante recoge sus impresiones sobre los preparativos y las primeras escaramuzas ya cerca del frente. Se detiene, al principio, en detalles poco relevantes pero muy esclarecedores sobre el entrenamiento precario, el manejo de armas, el tema omnipresente de la disciplina, las maniobras, la tensión de la espera y el viaje por fin hasta Chinchón. Aunque, como ya hemos visto, entre sus objetivos no están las valoraciones políticas, sin

embargo no puede evitar tratar este asunto de forma indirecta. En estos momentos, él todavía no sabe que André Marty, el general Kléber, Luigi Longo o el general Paul Lukácz siguen las consignas de Moscú aunque comprueba que también los comisarios políticos y los jefes de grupo son casi todos comunistas. Los altos mandos están integrados en la jerarquía militar pero las escenas cotidianas que él vive no se corresponden con lo que él entiende por un ejército. A estas alturas del relato, hay varios pasajes en los que los argumentos se contradicen.

Por ejemplo, existe una queja generalizada sobre el tema de la disciplina durante estos primeros meses. Pocos voluntarios reconocen la necesidad de una disciplina rígida pero todos se lamentan del escaso entrenamiento recibido antes de ir al frente. Son muchos los que creen que un ejército indisciplinado es incapaz de ganar una batalla pero se resisten a ser tratados como soldados. La mayor parte no había tenido experiencia militar pero encontraba la insistencia en la disciplina como algo superfluo. Protestaban las órdenes, se quejaban, se organizaban en grupos y elegían a sus cabecillas. En un momento dado, afirma: "el hecho de que refunfuñáramos, nos quejáramos y maldijéramos (aunque es cierto que parecía que ocupábamos la mayor parte de nuestro tiempo en esas tres cosas) no significaba que estuviéramos desmoralizados. Sólo pretendíamos demostrar que la democracia era algo real en el Ejército Republicano" (ver p. 195).

Introduce aquí un concepto muy polémico. Un ejército democrático no puede ser operativo pero ellos eran voluntarios, no soldados y cuando empiezan a circular los rumores de que los internacionales y los milicianos iban a ser integrados en el ejército regular republicano, Bert Ovenden ("Babs"), que contaba ya con 37 años, se lamenta: "Vine aquí para luchar contra el puñetero fascismo, no para que hicieran de mí un soldado." (ver p. 225). Y la pregunta es obvia ¿cómo pretende luchar contra el fascismo en una guerra si no es un soldado? Esta es una de las contradicciones que pesaba mucho en la conciencia de muchos brigadistas. Habían elegido luchar, nadie les había obligado a alistarse. No eran soldados al uso; incluso algunos, como fue el caso de Esmond, en ocasiones sentían remordimientos al disparar porque las balas que salían de sus fusiles podían matar a un moro o a un fascista. En su opinión, su compromiso moral y su sensatez personal tendrían que ser suficientes para garantizar una total entrega en el combate. Los signos externos que conllevaran jerarquía sobraban en su opinión. Había que destacar el lado humano en las relaciones de grupo, de ahí que dedique amplias descripciones a las dificultades de la convivencia diaria y a

los enfrentamientos personales. Él cree que en su relato debe dar prioridad a esto ya que era "igual de importante que cualquier batalla, y como es obvio, tenía que haber disputas, entre personas, entre grupos y entre nacionalidades" (ver p. 223).

También cuando reflexiona sobre el asunto de las filiaciones políticas, encontramos ciertas contradicciones y deja entrever serias suspicacias hacia el tema del comunismo. Como antes mencionamos es muy cauteloso en ese tema. Nunca llegó más allá del Partido Laborista aunque reconocía que en momentos duros como los que él estaba viviendo una férrea disciplina y la fe en unos valores determinados eran las armas más eficaces para conseguir sobrevivir y alcanzar los objetivos propuestos. No en vano el lema de la "Tom Mann Centuria"[16] era: "La disciplina proletaria vencerá al fascismo". No todos los que formaban en ese grupo eran comunistas pero muchos compartían la recomendación del mensaje. Esmond, sin embargo, tenía muchas dudas sobre este asunto de ahí que destaque también esta palabra cuando comenta el discurso de André Marty, y advierta subrayando que los voluntarios "no eran comunistas, socialistas, republicanos o radicales. Eran antifascistas" (ver p. 117).

En este asunto, Esmond estaba totalmente de acuerdo con Keith Scott Watson. El lector advierte una grata complicidad cuando, al conocerse, éste le espeta "[el comunismo] es una religión... vas a terminar hasta arriba [del tema] en las próximas semanas" (ver p. 112). Esmond se deja seducir por el comentario, era precisamente lo que él quería oír. Tras los contactos que él había tenido en Londres con muchos que se hacían llamar comunistas había llegado a esa misma conclusión. Pero la filiación política era un mérito a tener en cuenta en las primeras filtraciones que se hacían para evaluar la capacidad de implicación de los voluntarios. Era una forma de separar el grano de la paja. Había que desenmascarar al aventurero y una credencial comunista era el mejor aval.

A la hora de evaluar hasta qué punto los primeros voluntarios tenían información precisa sobre lo que estaba ocurriendo, hay otro comentario

[16] Los primeros voluntarios británicos que llegaron a España formaron esta unidad, comandada por Nathan Cohen, en Barcelona. Cohen había nacido en Stepney, Londres, era sastre de profesión y había venido a España en julio de 1936, junto a Sam Masters, para participar en las Olimpíadas Populares de Barcelona. Luchó en el frente de Aragón, se casó con una miliciana española de nombre Ramona y regresó a Inglaterra en julio de 1938. Entre los miembros más destacados de la Centuria estaba Tom Wintringham (1898-1949), uno de los fundadores de la revista *The Left Review*, que sorprendentemente Esmond no menciona cuando habla del grupo. Le pusieron el nombre de Tom Mann (1856-1941) en honor al conocido líder sindicalista británico, un buen orador, socialista convencido y desde 1920 miembro del Partido Comunista británico.

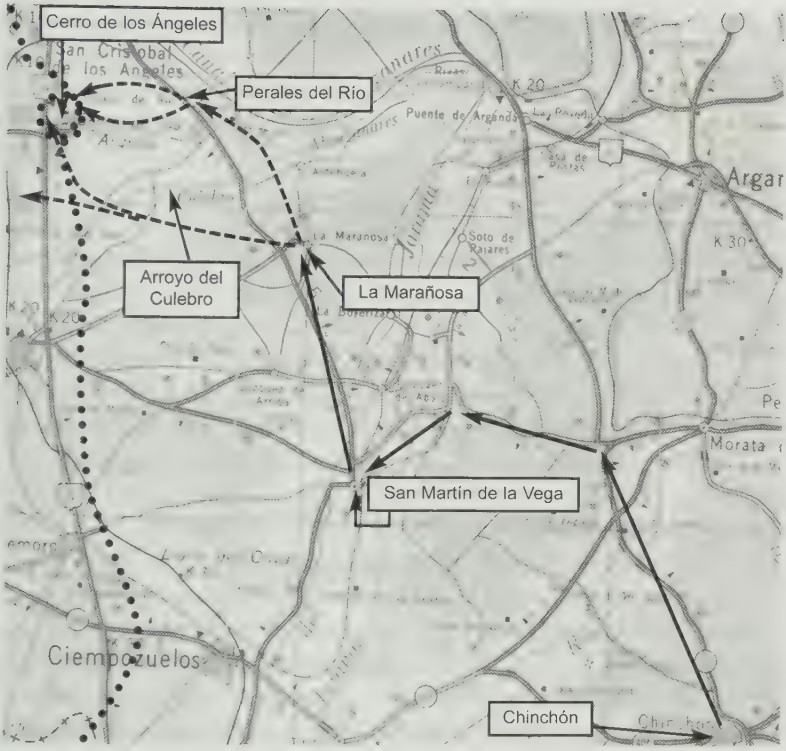
que pone en guardia al lector: "Sabíamos perfectamente que si Madrid caía, la guerra continuaría" (ver p. 115). Por qué Esmond se hace eco de esta observación que supuestamente habría oído a varios de sus compañeros y a los comisarios políticos, es una incógnita. No concluye su argumento. Puede que eso fuera lo que transpiraba del subconsciente colectivo de los primeros grupos de voluntarios. Ellos habían venido a España a luchar y aunque Madrid cayera ellos tendrían que tener su oportunidad, es decir, la guerra tendría que continuar. Realmente durante aquellas semanas el rumor que corría por los periódicos de medio mundo era todo lo contrario. Si Madrid caía la guerra duraría muy poco tiempo más. Esto era también lo que creía el Estado Mayor franquista pero la perspectiva del voluntario internacional era otra: el fascismo en Europa (y en el mundo) no iba a desaparecer porque Madrid cayera o porque aquella guerra se perdiera. La lucha por tanto habría de continuar y, por el momento, ellos eran los protagonistas.

Y su primera oportunidad de ser protagonistas llegó en el Cerro de los Ángeles, cerca de Getafe. Aunque el título del libro sea el de *Boadilla* en realidad Esmond estuvo en tres frentes diferentes: en el Cerro de los Ángeles, en la Ciudad Universitaria y en Boadilla. No cabe duda de que este último fue para él el de más trágicas consecuencias. Allí habían muerto sus compañeros y amigos, y el título debía evocar su memoria. Curiosamente, no recuerda los topónimos donde se desarrollaron los primeros escarceos pero, como veremos más adelante, tanto NORENO (MORENO) como MELILLA nos resultan fácilmente identificables ya que, según todos los indicios, se corresponden con las localidades de Perales del Río y La Marañosa.

Esta primera experiencia como soldado supuso para él una tremenda frustración: la unidad no consiguió su objetivo, él mismo y otros varios se perdieron entre los árboles y los matorrales, y el regreso al pueblo tras el fallido intento de tomar el cerro fortificado fue un verdadero infierno. Hay mucho humor en las descripciones pero también un profundo sentimiento de derrota e impotencia. Intenta transmitir al lector la sensación de que realmente no era consciente del peligro pero por primera vez siente miedo y frustración. Aquella no era la guerra que él había imaginado. Allá en su subconsciente juvenil adivinamos una fuerte sensación de desánimo y desconcierto. El cansancio, la desorientación y las magulladuras le hacían sentirse más como un guiñapo que como el héroe en el que había soñado cuando se alistó. Sus comentarios ambiguos, sus ironías puntillosas, su

propensión a confesar miedo y debilidad le alejan de la figura del rebelde convencido y autosuficiente al que estábamos acostumbrados. La desafección por el acto heroico ("I felt far from heroic") parece ser el *leit-motif* que preside las reflexiones más enjundiosas acerca de esta su primera experiencia militar.

Los acontecimientos reales que narra Esmond en este primer encuentro con las tropas franquistas tienen lugar a partir del 13 de noviembre de 1936 en las colinas que rodean el Cerro de los Ángeles. Tras el fracaso del primer ataque de los rebeldes a Madrid desde el 7 al 11 de noviembre, el general Miaja, jefe de la Defensa de Madrid, ordenó un contraataque general a lo largo de la línea del frente madrileño. La misión asignada a la Brigada XII, recién llegada de Albacete y con un escaso nivel de organización y de instrucción de sus tropas, fue la de tomar la importante posición del Cerro de los Ángeles. En la operación deberían participar otras brigadas españolas bajo el mando del comandante Miguel Gallo. El grupo de Esmond habría salido con toda probabilidad de Albacete el día 10 de noviembre por la noche (dos días después del desfile de los primeros voluntarios de la Brigada Internacional por la Gran Vía de Madrid camino del frente) y llega a Villacañas (él denomina a esta estación VILLA FRANCA) a las 6 de la mañana del día 11. Allí los recogen en camiones y por el camino hacia Chinchón reciben un entrenamiento rápido y precario durante unas cuantas horas. Llegan a Chinchón por la noche y comienzan los preparativos para salir hacia el frente. Afortunadamente, cuando la improvisación parecía ser la pauta una vez más, llega una contraorden que retrasa la salida para el día 13. Durante el día 12 reciben la munición y el equipamiento adecuado (una incomodidad necesaria que a muchos desagrada) y muy temprano, al día siguiente, (Esmond menciona las 2,50 de la madrugada cuando les despiertan) son trasladados a La Marañosa. Aunque Robert Colodny (1970: 74) afirma que ese ataque se produjo el día 12 parece más factible el relato de Luigi Longo que lo sitúa en el día 13 (1966: 80). En ningún momento de su relato, Esmond menciona fechas exactas.



Situación del Cerro de los Ángeles, posición ocupada y fortificada el día 4 de noviembre por los franquistas, donde Romilly sufrió su primer desengaño sobre el conflicto. La línea continua describe el posible recorrido que hizo su grupo con los Thaelmann desde Chinchón hasta la Marañosa. Las líneas discontinuas reflejan los movimientos de las unidades republicanas (Thaelmann, Edgar André y Garibaldi) para cercar y tomar la fortificación donde se habían hecho fuertes los sublevados. La línea punteada de la izquierda representa el límite del despliegue de las fuerzas franquistas. El río del que habla podría ser el Arroyo del Culebro y los pueblos que él denomina NORENO [MORENO en el croquis (ver p. 132)] y MELILLA se corresponden con Perales del Río y La Marañosa respectivamente.

La XII Brigada (unos 1.500 hombres) donde se hallaba el grupo de Esmond había sido transportada hasta allí de forma apresurada y sin la preparación adecuada. Se trata de "una brigada que nace durante el viaje" en palabras de Luigi Longo (1966: 75). Por las conversaciones que Esmond documenta los voluntarios no sabían ni dónde estaban ni a dónde se dirigían. Según él, el día del gran ataque amaneció con mucha luz, soleado y acogedor, y el terreno se asemejaba a algunos parajes de las colinas de Sussex (ver p. 130). Varios miembros de la Brigada tomaron Perales del Río sin resisten-

cia alguna y desde allí lanzaron el movimiento de ataque sobre el Cerro de los Ángeles y Getafe. El ataque al Cerro, ejecutado por los Thaelmann, Edgar André y Garibaldi conjuntamente, comenzó tarde y sin la debida preparación artillera. Habían caminado durante varios kilómetros, estaban muy cansados y el calor era sofocante. Además iban cargados con las mochilas y las mantas. No se consiguió la sorpresa y los franquistas se retiraron de sus primeras líneas de defensa al reducto fortificado del Cerro que se convirtió en inexpugnable. De nada sirvió la ayuda de tres tanques soviéticos que animaron a sostener la acción de los combatientes pero sin valor resolutivo.

Al caer la noche, los internacionales que habían llegado al pie del Cerro pero habían sufrido numerosas bajas, recibieron la orden de retirada. Como nos relata Esmond, esa retirada fue desorganizada, confusa y sin ningún tipo de planificación o coordinación. Una experiencia similar, ahondando en el desconcierto y la confusión, es la que describe Alexei Eisner (1972: 89-101). Luigi Longo insiste más en el espectáculo y la exhibición que se desarrolla ante su mirada atónita: "La gran llanura sobre la que emerge el Cerro de los Ángeles, silenciosa hasta hace unos instantes, retumba, con mil estallidos. Fusiles, ametralladoras, cañones, morteros, bombas de mano forman parte del concierto... Sobre el Cerro, grandes truenos y columnas de tierra y humo señalan los golpes de nuestra artillería pesada que dispara desde la Marañosa" (1966: 81). En varios pasajes, no obstante, reconoce también la confusión, las carencias y la desorganización en la que Romilly insiste, y añade "ahora saltan a la vista, en forma trágica, las terribles deficiencias organizativas de nuestra brigada improvisada... buscamos, no siempre con éxito, los puestos de mando de los batallones, que tampoco están ligados con sus compañías" (1966: 82).

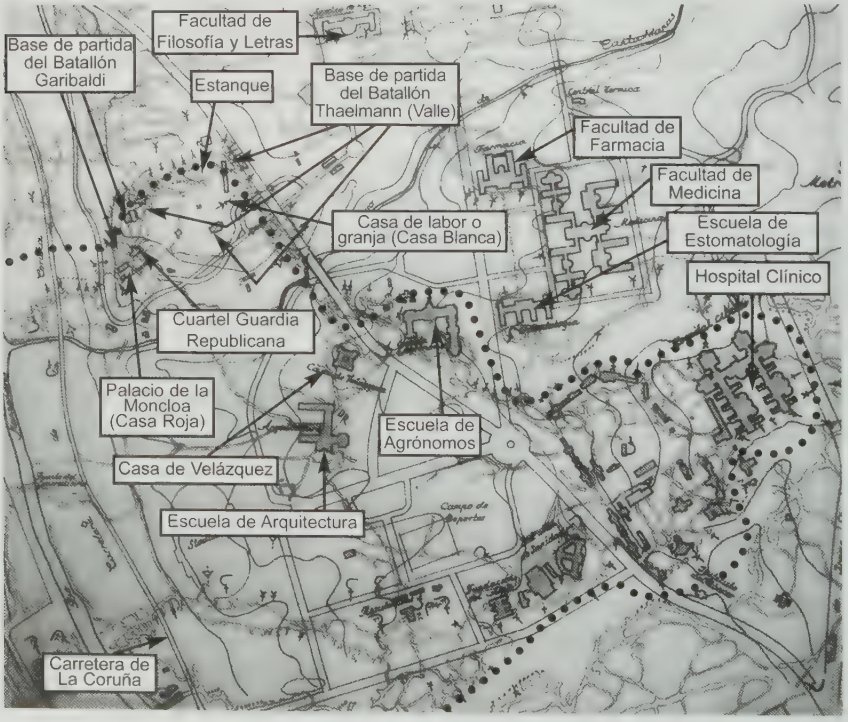
Había sido el primer contacto de Esmond con el frente de guerra y reveló los defectos de una preparación precipitada y una preocupante falta de entrenamiento. El desconcierto general que describe aquí Esmond ha sido reconocido por todos pero no hubo que lamentar víctimas entre sus compañeros más allegados (David Marshall sólo resultó herido aunque sorprendentemente Esmond no lo menciona) y sirvió de bautismo de fuego para unas tropas que tuvieron que afrontar en las siguientes semanas las duras pruebas que le esperaban primero en la Ciudad Universitaria y después en Boadilla.

* * *

Tras estas dolorosas vivencias, describe el regreso a Chinchón para la reorganización del batallón y la partida hacia Madrid. Llegaron a Fuencarral el día 17 de noviembre, el mismo día en que las tropas franquistas se hicieron fuertes en el Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria, pero, curiosamente para Romilly, la entrada en la mítica ciudad de la resistencia al fascismo no significó ningún motivo de celebración como había sido el caso, por ejemplo, de John Sommerfield en *Volunteer in Spain* [*Voluntario en España*]. El Madrid mítico que más tarde W. H. Auden convertiría en el icono del corazón del mundo aún no se había materializado. En el frente de Madrid, en la Ciudad Universitaria, se suceden las escaramuzas, los bombardeos y las refriegas con los marroquíes. El frente es una línea indefinida, sin trincheras, donde se producen avances y retrocesos continuos, donde los edificios cambian de dueño cada día. Además de varias casas de labor, corrales y cuadras hay otros objetivos emblemáticos como la Casa de Velázquez, el Cuartel de la Guardia Civil, el Palacete o la Casa Blanca que, como veremos, parece referirse a una casa de labranza cercana, un inmueble típico de granjeros ya que dispone de corrales, establos, un estanque y un gallinero contiguo. Describe con precisión la topografía del terreno pero carece de concreción al detallar los pormenores de algunos edificios. Sitúa bien la Casa de Velázquez y el Cuartel de la Guardia Civil pero confunde en varios pasajes el Hospital Clínico con la Facultad de Medicina. Habla de una casita roja, de un fuerte y de posiciones fortificadas que pueden confundir al lector. Creemos que cuando menciona el fuerte o la Casa Roja se está refiriendo al Palacio de la Moncloa, actual sede de Presidencia del Gobierno. Otros cronistas se refieren también a este palacio como la Casa Roja y, a veces, como el Palacete.

En estos pasajes, el autor se está refiriendo a los combates en la Ciudad Universitaria y en la carretera de la Coruña en sus primeros compases desde más o menos el 18 de noviembre hasta el 3 de diciembre aunque los días más fatigosos que él vivió fueron el 19, 20, 23 y 24 de noviembre, concretamente los ataques durísimos localizados en torno a las Facultades de Filosofía y Letras, de la Facultad de Medicina, la Casa de Velázquez, el Palacete de la Moncloa y la Casa Blanca. Tras el fracaso del ataque al Cerro de los Ángeles, la XII Brigada fue enviada a relevar a la XI en sus posiciones en la Ciudad Universitaria. Llegan a la zona de retaguardia el día 18 y duermen a la intemperie bajo techos improvisados de ramas y follaje. El día 19 un violento intercambio de disparos de artillería les despierta temprano. Comienzan los días más duros para el batallón Thaelmann que iba a sustituir al Edgar André en los alrededores del Palacete de la Moncloa. Es el momento en que el grupo de Esmond (unos 18

del Thaelmann) coincide con el grupo de Cornford (unos 12 de la Comuna de París). Ante la imposibilidad de penetrar en Madrid por la zona de La Moncloa y el Clínico, el mando franquista intentó ensanchar la cuña de la Ciudad Universitaria lanzando un ataque desde sus posiciones en el Palacete en dirección a la Puerta de Hierro y al puente de San Fernando sobre el Manzanares. El ataque fue contenido por las tropas de la XII Brigada pero la Casa de Velázquez (en poder de los franquistas desde el día 16) volvió a manos del enemigo tras una retirada que Esmond describe con un tremendo dramatismo (ver pp. 164-167). El sábado, día 21, se acercan varios periodistas al frente entre ellos Sefton Delmer. El artículo que el 23 de noviembre sale en el *Daily Express* con el título "British Storm Troop Defend Madrid" elogia el valor y el arrojo del grupo de Esmond pero no le menciona a él. Como ya hemos indicado, será otro periodista del *Star* el que desvela su identidad en la edición del día 23.



Situación del frente de la Ciudad Universitaria cuando llega allí el grupo de Esmond y posiciones más significativas que se mencionan en el relato.

La misma noche del 21 y el día 22 reorganizan las defensas cavando trincheras y al día siguiente contraatacan para tomar de nuevo la Casa de Velázquez, un ala del Hospital Clínico y la zona del Palacete de la Moncloa. Esmond no menciona este nombre, solamente indica que su "objetivo inmediato era una especie de fortificación cercana a la Casa de Velázquez (más o menos a un kilómetro de la Universidad de Madrid)" (ver p.158). Tanto Eisner cuando menciona "El Palacete" (1972: 143) como Luigi Longo que nos habla de la "Casa Roja, que es una especie de *chalet*" (1966: 97) se están refiriendo al mismo "objetivo primordial" que es el Palacio de la Moncloa. Los garibaldinos concentraron sus ataques en este edificio desde el río Manzanares y los Thaelmann en la "Casa Blanca" desde sus posiciones cercanas a la Facultad de Filosofía y Letras. Durante seis días sostuvieron intensos combates en las distintas casas de la ladera que sólo sirvieron para fortalecer las posiciones respectivas sin obtener, ninguno de los bandos enfrentados, ventaja territorial alguna. Luigi Longo describe estas duras experiencias de la manera siguiente: "Desde hace seis días los voluntarios no se lavan; chapotean en el barro y en el agua, sufren de frío y están en permanente tensión por el peligro que acecha" (1966: 102). Al final, llega la orden de relevo y el día 26 son trasladados a Fuencarral para descansar y asearse. Vuelven al frente el día 29 y permanecen allí en labores de fortificación hasta el 4 de diciembre.

Una vez más nuestro autor siente durante estos días el peligro cercano y es consciente de estar viviendo una guerra con todas sus consecuencias. La muerte y la devastación se hacían presentes por doquier pero curiosamente da la impresión de que para él todavía la amenaza no es del todo real. Su crónica, no obstante, gana enteros cuando relata la conmoción que producen los fuegos tras las bombas y el hedor de los montones de cadáveres que yacían esparcidos por doquier. Acierta, sobre todo, cuando trata de reflejar la ansiedad y la angustia ante lo imponderable, ese apático estado de ánimo que, lejos de ser nítido y positivo, es de perplejidad y genera tensión y miedo. La actividad frenética de esos días no dejaba ni tiempo ni opciones para enterrar a los muertos o atender a los heridos. Esto solía hacerse por la noche. Pero lo que más sorprende al lector es que, a pesar del peligro que está viviendo y que con tanto patetismo describe, la guerra para él sigue siendo como un juego. Él participa y corre riesgos que relata con maestría pero en su descripción presta más atención a los movimientos, a las relaciones personales o al impacto de la visión que al dolor y a la tragedia. No cabe duda que a Esmond le interesa transmitir al lector más los aspectos humanos de esa confrontación que los aspectos militares o políticos.

En uno de los pasajes en los que describe una refriega dramática con muertos por doquier, no duda en afirmar que era "como ver una película americana y observar cómo matan a la gente mientras corre" (ver p. 163). Habremos de suponer que él cree que la mejor forma de transmitir el mensaje a sus potenciales lectores británicos es recurrir a un tópico que ellos conocen bien a través del cine. Pero habrá muchos otros que piensan, de no tener presente que es un joven de 19 años el que escribe, que lo que realmente transmite es un sentimiento preocupante de frivolidad ante un hecho trágico y que debiera haberlo tratado de otro modo. Que se trata de un joven idealista y generoso más que de un frívolo o superficial podemos deducirlo del pasaje en el que reflexiona sobre la carnicería que está ocurriendo a su alrededor y duda sobre si la mejor manera de salvarse de aquel infierno es que una bala le alcance para terminar en el hospital. La conclusión del idealista entregado es que ha de sobrevivir para poder seguir luchando: "[si me hieren] quizás no me dejar[án] regresar así que decidí que sería mejor que la bala nunca llegara a alcanzarme (ver p. 168).

No cabe duda de que es el joven el que habla, el que reflexiona y descarta que le pueda ocurrir algo a él. Mentalmente no acepta que él pueda ser uno de esos muertos que contempla por doquier. Nos habla más de la pala que del fusil, de la adrenalina segregada para esconderse y correr que del dolor y de la sangre. La exposición ante el peligro, el ambiente infecto, el horror y la desorientación las da por supuesto "no encuentro palabras para describir aquella combinación extraña de cadáveres, hogueras crepitantes y llovizna" (ver p. 169). Encontramos descripciones largas y minuciosas sobre las escaramuzas, la problemática de la intendencia, el frío helador de la noche o el horror de la trinchera así como abundantes testimonios sobre el drama humano. Describe de forma minuciosa la insólita sensación de estar atrapado en campo abierto, el inquietante silencio entre una refriega y otra, y la tensión que le fuerza a reflexionar sobre aquella situación en un tono irónico y distendido. Pero al final surge la vena del idealista, el que es incapaz de comprender la violencia. Su ingenuidad y credulidad llegan a extremos sorprendentes para el lector:

> nunca llegué a creerme realmente que el enemigo se estaba ocupando de *nosotros*; sólo estábamos jugando a soldados, sólo éramos aficionados. Parecía imposible que... alguien estuviera planificando cómo destruirnos, cómo eliminarnos o, por utilizar la palabra más sencilla y expresiva de todas, cómo matarnos... En realidad nosotros, sólo nos preocupábamos de comprobar que teníamos las mismas raciones de comida que los flamencos, de pelearnos entre nosotros y de organizar Reuniones de Grupo. Aquello no era posible, tenía que haber una equivocación (ver p. 175).

Este es probablemente uno de los pasajes más conmovedores de la historia aunque algunos puedan leerlo como un comentario frívolo. No eran del todo conscientes del peligro que corrían y sólo ya al final, tras la debacle del frente de Boadilla, caerá en la cuenta del gran drama que estaba viviendo. No había lugar para la equivocación, aquello era una guerra e iba muy en serio. Es cuando el lector se da cuenta de lo que algunos historiadores han denunciado sin demasiado eco: los primeros grupos de voluntarios fueron utilizados como carne de cañón en la primera línea del frente. Creían que habían venido a defender una revolución pero les habían enviado a una muerte segura. Sin información, sin preparación física ni entrenamiento militar suficiente, con armas muy defectuosas tenían que enfrentarse a un ejército mucho mejor preparado y con un armamento más sofisticado. A pesar de su idealismo, las posibilidades de éxito eran escasas.

Creo que, en estos pasajes, resume muy acertadamente la tragedia y las contradicciones del brigadista. Era el voluntario animoso, convencido y entregado que viene a defender una causa justa en la que cree, que es inteligente y creativo, respetuoso con el otro e incluso pacifista pero que en el momento sublime tiene muchas dudas sobre si debe matar o exponerse a que le maten para conseguir sus objetivos. El pacifismo no es una teoría, es una experiencia y "cuando la muerte, en forma de plomo, de pedazos de metal astillados y de potentes explosivos, viene en dirección a ti a toda velocidad, entonces es cuando empiezas a ser consciente de lo que es la 'guerra'" (ver p. 231). Lo que uno siente entonces no es ansia de venganza sino miedo. "Te conviertes en un verdadero pacifista cuando conoces de cerca el miedo atenazador. Eso fue lo más cerca que alguno de nosotros estuvo de ser pacifista" (ver p. 231). Ellos habían venido como voluntarios y, según confiesan todos, habían venido a pelear aquella guerra y a ganarla pero no les importa admitir que sienten terror: "a mí no me preocupaban demasiado las balas y nunca pensé en que podría ser capturado. Sin embargo, la espera entre el silbido de los proyectiles que caían a mi alrededor me hacía sudar, no por la desasosegada espera, ni por la exaltación o el acaloramiento, sino por el Miedo" (ver p. 231).

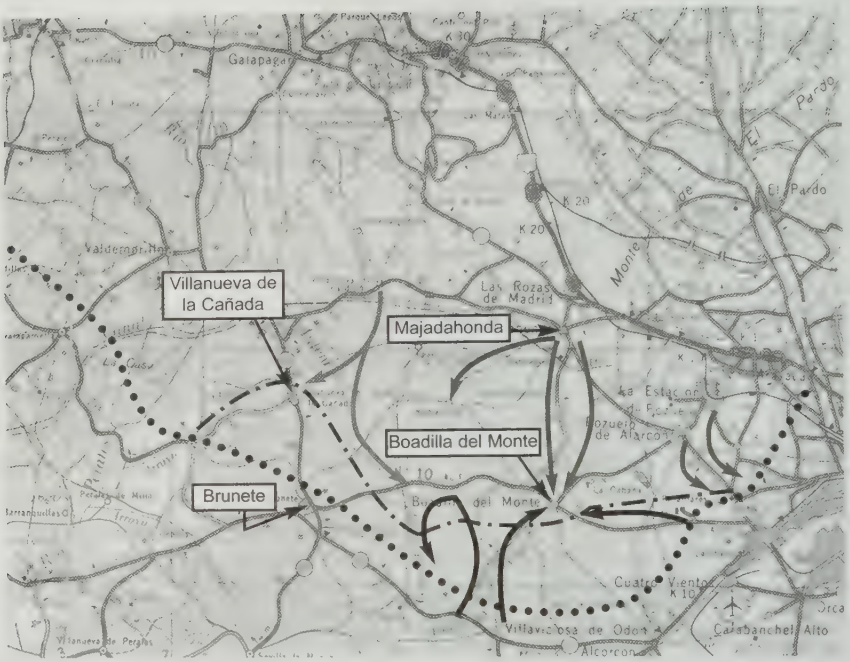
Los días de descanso en la zona de "La Playa de Madrid" que comienzan el 4 de diciembre le sirven para reflexionar sobre aspectos relevantes de su presencia en el frente. Habían vivido momentos decisivos y habían podido comprobar que aquella guerra no era un juego. Las numerosas pérdidas de vidas en el grupo alemán e italiano ("habíamos venido apiñados en el viaje hasta el fren-

te pero ahora apenas quedaba una docena de hombres en algunos camiones" (ver p. 189) hicieron replantearse su posición a los ingleses. La situación era dramática para todos pero, en realidad, ellos eran unos privilegiados. Aparecen los primeros síntomas de abatimiento. La reflexión que hace sobre los voluntarios alemanes, apátridas "exilados", tras las exequias a las que asiste, esconde un fondo elegíaco genuino pero encierra además una carga de sentimiento humano no expresado hasta ese momento: "para ellos realmente no había rendición ni retorno. Estaban luchando por su causa pero también por un hogar en el que vivir" (ver pp. 192-193). En la situación en la que estaba Europa, en esos momentos, la guerra para los alemanes no era una experiencia más sino una forma de vida. No podían regresar a su país. Hay además un toque de trascendencia que agranda el espíritu y coloca al individuo indefenso en sus justos términos "siempre recordaré la escena: la grandeza de la mezquita acentuada por la insignificancia de los hombres que asistían a la ceremonia, en pie, algunos en posición de firmes, otros cambiando nerviosamente de postura" (ver p. 192). Aquellos hombres resistentes ante la adversidad y aguerridos en la lucha que habían experimentado ya la barbarie de la guerra se mostraban nerviosos ante la liturgia de la muerte. Un chico de la edad de Esmond no suele pensar en temas tan trascendentes a su edad ni suele preocuparse por la amenaza de la muerte. En esa edad la muerte está aún muy lejana pero Esmond había tenido ya vivencias muy dramáticas que le hicieron madurar deprisa y contemplar la preocupación por el más allá desde otra perspectiva.

Las últimas anotaciones del relato se corresponden con sus actuaciones en El Pardo, Aravaca, Majadahonda y la terrible batalla final, Boadilla. El día 13 de diciembre por la tarde abandonan el Palacio del Pardo y se van a Majadahonda. Pasan allí la noche y a las 5 de la madrugada del día 14 se van a Boadilla. El trayecto hasta el pueblo se hizo lento y duro. La aviación aparecía continuamente y bombardeaba las líneas, el ruido de los morteros y el silbido de las balas eran como una premonición, la espesura de la arboleda en algunas zonas asemejaba una cortina de protección surrealista, las ametralladoras traqueteaban sin cesar, de vez en cuando un sonido sordo seguía al fogonazo de la artillería. Las carreras y los movimientos rápidos de los distintos grupos producían una tremenda confusión. El trayecto desde sus posiciones hasta el pueblo para contactar con Dumont supuso para Esmond y Birch una verdadera pesadilla. A su regreso creen que Boadilla está ya en manos de los fascistas pero los últimos grupos de resistencia aguantan hasta el día 16. El grupo de Esmond se retira el 14 por la noche para atrincherarse en una zona boscosa, en los cerros cercanos, al noreste del pueblo. Desde allí podían ver la silueta de los edificios

que habían perdido: el Palacio del Infante Don Luis de Borbón y el Convento de la Encarnación (Carmelitas Descalzas). Pasaron tres días en labores de atrincheramiento y se barruntaba el infierno que se avecinaba. Esmond dramatiza magistralmente el miedo a la muerte y lo dibuja como un sudor frío que paraliza. Víctimas de la desinformación, del fuego cruzado y de grupos enemigos infiltrados fueron cayendo uno a uno durante el día 19. Sería el día más aciago de toda su corta experiencia en España, el día en que "los bosques y las laderas quedaron cubiertos de cadáveres, fusiles y pertrechos varios... pero no se encontró a ninguno de los ingleses [muertos] (ver p. 255) Sólo dos ingleses del grupo, Esmond Romilly y Arthur Ovenden ("Babs"), habían logrado salir ilesos. Philip ("Jock") Gillan (escocés) resultaría herido. "Aussie" (Dick Whateley, australiano) también se salvaría.

La batalla a la que se refiere aquí Esmond es la que las tropas sublevadas lanzaron sobre Boadilla y Majadahonda desde el 14 al 20 de diciembre de 1936. El 13 de diciembre el mando franquista ordenó una ofensiva sobre el flanco occidental de Madrid que pretendía cortar las comunicaciones de la capital con El Escorial y la sierra de Guadarrama. El ataque fue ejecutado por tres columnas mandadas por Monasterio (Brunete-Villanueva de la Cañada), Barrón (Villaviciosa-Romanillos-Villanueva del Pardillo) y Sáenz de Buruaga (Villaviciosa-Boadilla-Majadahonda). La operación contó con un obstáculo añadido de carácter meteorológico: la niebla. Las tropas franquistas avanzaron unos kilómetros el día 14 y tomaron varias posiciones cerca del pueblo pero tuvieron que suspender el avance el día 15 por falta de visibilidad. Esmond menciona este contratiempo en varias ocasiones y son muchos los historiadores que se refieren a este ataque como "la batalla de la niebla". En realidad, la expresión se la debemos a Gustav Regler, el comisario político adjunto de la brigada, autor del libro *The Great Crusade* [*La Gran Cruzada*]. Las fuerzas de la defensa de Madrid perdieron dos localidades (Villanueva de la Cañada y Boadilla del Monte), pero consiguieron frenar la ofensiva durante unas semanas. La Brigada XII se retiró hasta los altozanos que bordean el norte de Boadilla, entre la carretera de Majadahonda y la de Pozuelo, y allí logró cortar el avance hacia Majadahonda pero no pudo impedir la caída del pueblo el día 16. Esmond describe con gran dramatismo y con una tremenda sensación de derrota los avatares sufridos por su grupo durante esos días. La operación volvería a retomarse en la primera quincena de enero de 1937, cuando ya Esmond estaba de regreso en Inglaterra, logrando por fin los franquistas cortar la carretera de La Coruña entre la Cuesta de las Perdices y Las Rozas, más o menos entre el kilómetro 7 y el 17 de la N-VI.



Situación del frente de Boadilla en el que luchó el grupo de Romilly. La línea discontinua al norte refleja las posiciones de partida del ejército republicano, la punteada al sur las del ejército sublevado. Los ataques franquistas se representan con las flechas negras de sur a norte; el despliege republicano con las flechas en gris de norte a sur. Boadilla del Monte cae en manos de los sublevados el 16, Villanueva de la Cañada el 19.

Como ya mencionamos anteriormente, Romilly regresaría a Inglaterra el 3 de enero de 1937 enfermo y abatido. Aunque él había sobrevivido, aquella experiencia había significado una terrible tragedia. Los voluntarios habían contribuido a estabilizar un cinturón de seguridad entre Madrid y las posiciones de los sublevados, habían detenido a las fuerzas franquistas y habían obligado a los rebeldes a posponer la ofensiva pero a un coste demasiado elevado. Desde la perspectiva oficial de los altos mandos aquello había sido toda una gesta, una victoria de la que aquel puñado de hombres entre los que él se encontraba podían sentirse orgullosos. En realidad, eran héroes pero la mayor parte estaban muertos. La herida abierta en Boadilla no dejaría de agrandarse. El recuerdo de sus amigos ausentes le torturaba. Aquellos tres meses en España habían significado para él una experiencia humana muy enriquecedora aunque, en su opinión, nada había tenido de aventura ni de gesta heroi-

ca. Supuso un viaje iniciático a lo más profundo de su corazón aún demasiado joven para encajarlo. Para ganar perspectiva, tenía que escribir sobre ello, y no cabe duda que maduró ideológicamente con rapidez. A partir de entonces ya no podía ser un pacifista, ya no podía compartir, tras sus vivencias en el frente, el pacifismo miope de una parte considerable de la izquierda británica. Al fascismo no se le podía ganar elucubrando en la butaca del salón. Había que enfrentarse al monstruo con las armas. Por eso terminó alistándose como soldado en la Segunda Guerra Mundial y por eso murió en ella. Ni era un comunista experimentado ni un idealista convencido, pero a regañadientes había llegado a la conclusión de que la paz en el mundo sólo sería posible cuando "esa mezcla de especulación, interés desmedido, pasiones bajas y brutalidad organizada que es el fascismo haya sido barrida de la faz de la tierra" (ver p. 258). Su experiencia en Boadilla le marcó el camino y como Jessica apunta en su autobiografía: "fue el fascismo en España pero sobre todo el horror que experimentó en la batalla de Boadilla lo que supuso un paso decisivo para consolidar la dirección que su vida había tomado desde que tenía 15 años. A partir de entonces dejó de ser el diletante que especulaba sobre el destino belicoso de su generación, el *enfant terrible*, el tenaz fustigador de las tradiciones de los ricos y los poderosos. Se había convertido en un luchador comprometido en la lucha contra el fascismo" (1990: 116)

Al igual que Philip Toynbee (1954: 184), Esmond creía que había que luchar en la Segunda Guerra Mundial y sabía que ninguna guerra se gana sin la inmolación de los jóvenes que mueren en ella. La pregunta que torturaba a Jessica y a sus amigos, y a la que no hallaron nunca respuesta fue ¿por qué Esmond tuvo que morir precisamente en el momento en que más deseaba vivir? Una mujer, de la que estaba profundamente enamorado, y una hija, estaban a punto de ir a su encuentro cuando llegó la noticia de su muerte. Allá en el fondo, tanto sus amigos como sus familiares tuvieron que conformarse con aquella tremenda sensación de pérdida, de desperdicio; con la rabia que produce la impotencia. No sabemos lo que Esmond hubiera conseguido de haber sobrevivido pero, si a una edad tan temprana fue capaz de hacer lo que hizo y escribir lo que escribió, no creo que nos equivoquemos si afirmamos que, muy probablemente, las letras inglesas perdieron una de sus voces más privilegiadas.

Sobre esta Edición

La presente edición es traducción fiel del texto original en inglés publicado por Hamish Hamilton en 1937. Se han respetado escrupulosamente aspectos tipográficos como cursivas, visualización de diálogos y sangrado de párrafos. No obstante, se han adaptado a la edición en español convenciones propias de la puntuación o de entrecomillados y guiones. También se han adecuado al sistema decimal las distancias en millas (kilómetros) y yardas (metros). Asimismo, se han respetado aquellas frases o llamadas en idiomas extranjeros y se ha añadido la traducción entre corchetes en el mismo texto. Se ha hecho además lo propio con respecto a los títulos de libros en primera mención. Para una mejor comprensión del texto se han añadido entre corchetes fechas precisas que no aparecen en el original. Ante la imprecisión del autor con respecto a las fechas hemos creído muy útil añadir esa información para el lector, además de la tabla cronológica. En cuanto al aparato gráfico se han incluido los dos croquis del original aunque se han añadido otros mapas explicativos. Además, se han insertado también fotografías que ilustran situaciones varias y que ayudarán al lector a entender mejor el relato.

El texto original va precedido de una amplia introducción elaborada por Antonio R. Celada que a su vez es el traductor de todas y cada una de las referencias que se citan de las distintas obras en Lengua Inglesa. En esta introducción, se ha buscado dar al lector una imagen completa del autor del libro centrándose especialmente en el lado humano del personaje. Siempre se ha tenido presente que el que escribe el libro es un joven de tan sólo 19 años, aunque con una gran preparación académica y un don especial para la correcta selección de datos e incidentes. Sólo de forma puntual se ha insistido en el valor literario del texto al entender que son otros aspectos los que pueden interesar al lector; no obstante, es necesario admitir que el autor maneja la lengua con gran habilidad y conoce los secretos del arte narrativo. Asimismo, por exigencias propias del texto se ha elaborado un corpus crítico considerable por medio de notas explicativas. Aunque la edición de 1971 de Hugh Thomas añade escasas indicaciones (erróneas en ocasiones) para

mejorar la intelección del texto, se han recogido varias de esas anotaciones con explicaciones más amplias y mejor fundamentadas.

Es obligado reconocer aquí de forma explícita el ánimo y el apoyo de Constancia Romilly, única hija de Esmond, que desde un principio ofreció su ayuda y colaboración otorgando el permiso para la edición en español y aportando información muy útil para el texto. Agradecerle también la cesión de los derechos de varias fotografías así como su disponibilidad para cualquier consulta de tipo personal. Me gustaría asimismo reconocer la ayuda inestimable de Severiano Montero, Presidente actual de la AABI (Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales) por su cuidadosa revisión del texto introductorio, sus sugerencias historiográficas y sus indicaciones muy pertinentes sobre la toponimia y la topografía actual del terreno. De igual manera ha sido de gran ayuda la información facilitada por Paloma Olmedo del Rosal sobre aspectos concretos de la batalla de Boadilla. Quisiera, asimismo, agradecer a Landelino Franco su apoyo en el desbroce inicial de contactos muy útiles en el pueblo de Boadilla. Reconocer, igualmente, la valiosa ayuda facilitada por José María García Villar, Archivero del Ayuntamiento de Boadilla, para la localización de fuentes bibliográficas sobre la localidad, algunas aún sin publicar. También, a Juan Gómez Barreiro por su aportación técnica en la elaboración del anagrama de la colección.

Los responsables de la traducción del texto son Antonio R. Celada y Laura González Fernández, ambos Profesores de la Universidad de Salamanca. No obstante, en el primer borrador de la traducción han participado también las siguientes alumnas de la Facultad de Traducción de la misma universidad:

Mª Ángeles Enríquez Corrales
Ángela García el Majbary
Judit Garnacho Pastor
Sonia Martín Gómez
Saida María Morales Morales
Elsa Pardo Gómez
Ana Mª Pérez Moríñigo
Cristina Santesteban Cadarso
María Tavera Alonso
Laura Villasánchez Souto
Elena García González
Paula Rodríguez Alonso

Salamanca, Enero de 2011
El Autor de la Edición
Antonio R. Celada

Esmond Romilly

Boadilla

In Memory

of

HARRY ADDLEY
SIDNEY AVENER
LORRIMER BIRCH
RAYMOND COX
JAMES W. GOUGH
ARNOLD JEANS
MARTIN MESSER

Members of the Thaelmann Battalion of the Spanish Republican Army, killed in action at Boadilla del Monte on December 20th, 1936

Reproducimos aquí la dedicatoria que aparece en la edición original donde advertimos un reconocimiento expreso a los "Miembros del Batallón Thaelmann del Ejército Republicano español, que murieron en la Batalla de Boadilla del Monte el 20 de diciembre de 1936". Es necesario aclarar que, según todas las fuentes consultadas, sus compañeros no murieron el día 20 sino el 19, ya que el 20 es el día en que se suspende la operación y las tropas franquistas se retiran hacia sus posiciones iniciales, quedando únicamente Boadilla del Monte y Villanueva de la Cañada bajo su control.

Prólogo

Esta narración es un relato personal sobre el Grupo Inglés del Batallón Thaelmann[17] de la Brigada Internacional en España. Este batallón era parte de la incipiente Brigada Internacional que tomó parte en la defensa de Madrid en octubre de 1936, y más tarde se incorporó a la XI Brigada Móvil del Ejército Republicano español. En enero de 1937, se formó en Albacete el primer batallón totalmente británico. Durante los tres meses previos a la fecha, hubo dos pequeños grupos de ingleses: uno de 18, que formaba parte del Batallón Thaelmann, y otro de 12, que formaba una sección de ametralladoras en un batallón francés. Este libro se ocupa del primero de ellos.

Este texto no es un documento político y no busca servir de propaganda. Otras personas, más doctas que yo, han presentado al público los hechos reales de la situación en España. Tampoco intento dar una lección de historia sobre esos tres meses en la Guerra Civil española. Este libro cuenta las experiencias de los 18 hombres que fueron mis compañeros en el Batallón Thaelmann. No se pretende idealizar a ninguno de ellos; he procurado mostrar una imagen real de nuestro quehacer cotidiano y las relaciones entre cada uno de nosotros.

Espero haber podido mostrar a un grupo de individuos que no eran en absoluto fanáticos o insensatos, sino gente común procedente de todas las cla-

---

[17] El Batallón Thaelmann fue creado por Hans Beimler en reconocimiento a Ernst Thaelmann (1886-1944), líder comunista alemán que, arrestado tras la llegada al poder de Hitler en 1933, fue confinado en un campo de concentración, donde murió en 1944. El batallón cuya actividad se inicia ya en las primeras semanas del conflicto estuvo formado principalmente por voluntarios alemanes, austríacos, suizos y nórdicos. Se creó el día 7 de agosto y el 29, con más de 100 hombres en la formación, fue enviado a Tardienta y Alcubierre, en el frente de Aragón, bajo las órdenes de Albert Schreiner y Hermann Geisen. Uno de sus miembros más destacados fue el prestigioso novelista alemán, Ludwig (Von) Renn, al que más tarde nos referiremos. El grupo de Esmond fue asignado a este batallón a principios de noviembre cuando muchos de ellos tenían ya experiencias de combate en el frente de Aragón y se integró en la XII Brigada Internacional cuyo comandante fue el escritor comunista húngaro Maté Zalka, conocido como el General Lukácz. Como tal batallón tuvo una actividad muy destacada en la Ciudad Universitaria, en Boadilla y Las Rozas en noviembre y diciembre de 1936, y en enero de 1937 pero a costa de numerosísimas bajas. Cuando dos líneas más adelante el autor dice que el batallón "tomó parte en la defensa de Madrid en octubre de 1936" tendría que decir, en realidad, "en noviembre y diciembre de 1936" ya que en octubre estaban todavía en Albacete.

ses sociales. Aunque la mayoría pertenecía al Partido Comunista, sólo tres de ellos podían calificarse como marxistas ortodoxos. Si hubo alguno que mereciera la etiqueta de héroe, ése fue sin duda Arnold Jeans[18], un hombre cuya muerte pasó bastante inadvertida en Inglaterra. Letón o ruso de nacimiento (nunca se supo con exactitud), fue él quien mantuvo a todo el grupo unido, y se comportó como un líder tanto en la difícil tarea de coordinar la retaguardia, como en el frente. La organización resultaba complicada debido a lo heterogéneo del grupo: Lorrimer Birch era un brillante científico graduado en Oxford, comunista sincero e incondicional; Joe Gough, un humorista de Luton en paro; Tich, un antiguo sargento de los Buffs[19], amable y con una prodigiosa habilidad para la intendencia; y eso sólo por mencionar a tres de sus componentes.

Sería inútil y erróneo idealizar la Guerra Civil española. Esconder los miedos y los defectos de los hombres sería, a mi parecer, la peor clase de insulto. Espero no haberlo hecho. Por muy justa que pueda ser una guerra, será inevitablemente sucia y terrible. Y cuando imperan la ineficacia y una dirección incompetente, el entusiasmo extremo se convierte sin remedio en cinismo, lo que no tiene por qué ser algo malo. Ya que, a la vez que te das cuenta de lo imposible, inútil y vano que puede ser algo, también comprendes que aún merece la pena luchar por ello.

No hay tumbas ni lápidas en Boadilla del Monte. No hubo exequias, banderas, cortejos fúnebres ni cornetas. Los cuerpos de los británicos que allí murieron esa mañana de diciembre permanecieron insepultos a merced de los moros. Mas así como Madrid se convirtió en un símbolo mundial de la defensa de la democracia, también los hombres que fallecieron en Boadilla representan el deseo de prácticamente todo inglés: que la justicia y la libertad prevalezcan.

---

[18] Arnold Jeans (1906-1936) era un ingeniero nacido en Letonia que pertenecía al Partido Comunista de su país y que hablaba varios idiomas. Esmond lo cita mucho en su relato ya que realmente era el que controlaba y cohesionaba al grupo. Había residido en Manchester, Inglaterra, y aparece en los listados de británicos pero obviamente los periódicos de aquel momento no recogían su nombre ya que no había nacido en Inglaterra. Murió en Boadilla el 19 de diciembre.

[19] Antiguo regimiento del Ejército Británico de una larga tradición que participó en la Primera Guerra Mundial con la denominación "The East Kent Regiment". Tenía su origen en la Compañía de Infantería de Thomas Morgan cuyos orígenes se remontan a 1572 y se le otorgaron nombres diversos en distintos períodos históricos pero siempre se le conoció por "The Buffs" debido a la zamarra de piel de búfalo que utilizaban como uniforme. Desde 1961 sufrieron absorciones varias, la última en 1992 cuando fueron integrados en "The Princess of Wales's Royal Regiment".

Capítulo 1

Caminamos hasta el final del largo embarcadero y él me señaló la que una vez fuera la famosa isla prisión; sabía mucho de todo y hablaba mucho, pero su voz y su acento eran molestos, hubiera deseado que me hablara en francés. Iba poniendo una etiqueta a cada uno de los barcos por los que pasábamos. Cuando yo iba a la escuela había muchos libros sobre barcos y aventuras en el mar y se daba por supuesto que era cosa de chicos entretenerse durante horas en los puertos hablando con "viejos lobos de mar". Yo, entre otras cuestiones más prácticas, siempre estuve en contra de esto.

Ahora empezaba a ver las posibilidades románticas que ofrecían los barcos y los puertos. Me fue enseñando los buques de carga y los transatlánticos franceses, los pequeños veleros provenientes de Italia, un carguero de carbón noruego, la esvástica ondeando en un mástil en el muelle nº 6, las banderas rojinegras de los anarquistas ondeando al lado de la roja, amarilla y morada de la República española. Al día siguiente[20] era lunes [¿26 de octubre?]. Mañana, dijo, podríamos subir a bordo de alguno de los barcos, para hablar con los capitanes y quizás encontraríamos a alguien que pudiera hacer algo por ti; pero lo mejor de todo, sin duda, sería ir a los muelles. Yo ya lo sabía, los había recorrido a ratos durante los últimos tres días, y había leído la lista de "llegadas" de barcos en el periódico: "Barco de vapor *Helsingfors*, 4.000 toneladas, Liverpool, carbón y tres pasajeros, con dirección a Rotterdam". Esta había sido mi única diversión hasta aquel momento. (Normalmente se ganaban 27 chelines al mes, pero yo tendría que hacerlo gratis ya que el capitán no tenía autoridad para contratar tripulación extra, etc., y los propietarios no consideraban a los grumetes necesarios, etc., además estaba el factor del consumo extra de comida para el que no

[20] Esmond salió de Londres probablemente el sábado 10 de octubre de 1936 por lo que los detalles iniciales del relato podríamos situarlos entre los días 11 y 25 de octubre. Este lunes al que se refiere aquí sería, por tanto, el 26 de octubre. La nota de Hugh Thomas (1971: 15) en la que sitúa el comienzo del relato en el mes de septiembre se nos antoja, por tanto, inexacta. Su biógrafo Kevin Ingram (1985: 117) dice que Esmond abandonó Londres en dirección a Dieppe "el sábado 19 de octubre", pero no se preocupó de comprobar que el 19 era en realidad lunes y que no cuadra con la distribución de días a los que Esmond se refiere en la página 92. Parece, por tanto que la fecha correcta de salida de Londres habría de ser el 10 de octubre.

había asignación de fondos, etc.) Pero, de todos modos, ¿quién iba a querer ir a Rotterdam?

Pasamos por un bar de marineros de aspecto tosco. Rebuscó en el bolsillo y rápidamente puso una moneda de dos francos en mi mano: "Toma, cómprate un bocadillo, ¿vale?", y me empujó hacia el interior del bar, mientras él se alejaba como si quisiera insinuar que pertenecía a una clase diferente a la de los clientes. Hablamos todavía un poco más. "¿Quieres quedarte aquí en Marsella; hay trabajo abundante y bien pagado, y tú hablas inglés, francés y alemán, ¿no? Creo que puedo ayudarte." Le conté la oferta que había tenido aquella mañana. Había estado observando a la gente que pasaba cerca del Banco de Francia y un hombre joven (de unos veintisiete años) se acercó y me preguntó si quería ganar dos francos; yo le contesté que sí y él me dio una bolsa de papel de estraza, señaló una verdulería cercana, dijo que debía entregar el paquete allí y decirle al hombre que estaba detrás del mostrador que se fuera al diablo. Y eso fue lo que hice, entregué el mensaje tranquila y amablemente, pero rápido, y cuando me hubo dado el dinero me preguntó que si estaba buscando trabajo. De ser así, me dijo, debería reunirme con él en el mismo lugar a las tres en punto.

Ya estaba oscureciendo; supuse que debían de ser sobre las cinco de la tarde, así que me había olvidado de la cita; pero luego, tan sólo media hora más tarde, conocí a mi nuevo compañero. Estaba mirando fijamente al escaparate de una pastelería al final de la calle de la República, que hace esquina con la Plaza de la Joliette. Cuánta hambre produce el escaparate de una pastelería... poco más y me gasto unas cuantas perras. Él me comentó "es un bonito espectáculo, ¿verdad?" Me volví para ver quién era y le contesté que sí, que me comería con gusto el escaparate entero. Como esos viejos caballeros ingleses que hacen muestras de galantería recogiendo el pañuelo de las señoras, entró a la tienda, y salió con una bolsa de dulces de coco.

Mi historia le provocó un torrente de palabras y de risas; "¿Qué clase de tipo era aquel hombre, no lo sabes? Sí, quizás lo que él quería era un chico. Hay muchos de esos en esta ciudad que buscan chicos para los ricos, o quizás para los árabes." Y continuó con una descripción minuciosa de los varios deleites y atracciones de Marsella, intercalando una serie de insinuaciones y preguntas personales. Comencé a pensar que había sido poco sensato quedándome con aquel tipo en lugar de acudir a la cita. Por sus bromas y risitas pude comprobar que encontraba divertido que yo fingiera no entender alguno de sus comentarios pero creo que tenía buenas intenciones e intuía perfectamente que yo no tenía ninguna intención de entregarme a los árabes. Sus

ofertas de empleo se reducían a sugerirme que debía familiarizarme con la tripulación tan pronto como llegara al puerto e invitarles a gastarse su dinero en algún cabaret o burdel cercano. "Sí, te pagan bien, no tienes que pagar nada por comer y dormir, y te dan, cómo se dice, un franco por cada diez que gasten."

Justo en ese momento nos percatamos de la presencia del lujoso buque *Mar Caspio*, con rumbo a Valencia con 600 voluntarios a bordo para el ejército de la República española.

* * *

No me gustó Marsella, pero no me fue tan mal. Estuve allí cinco días y cinco noches (debo agradecérselo a la organización benéfica católica cuya luz brilla en la Rue de la Juliette, donde te puedes quedar una semana sin tener que pagar nada). Al llegar, mis pertenencias eran dos francos, un florín inglés, una bicicleta en mal estado, un macuto que contenía cinco camisas y alguna otra cosa, como una toalla, un jersey, una cuchilla de afeitar y un cepillo de dientes. Además llevaba *Eyeless in Gaza* [*Ciego en Gaza*] y *South Wind*[21] [*Viento del sur*], y una novela de Sinclair Lewis[22] sobre una chica rica con un buen coche a quien perseguía por media Norteamérica un hombre pobre en

---

[21] *Eyeless in Gaza* [*Ciego en Gaza*] es una obra de Aldous Huxley (1894-1963) que acababa de publicarse en 1936 y *South Wind* [*Viento del Sur*] es de Norman Douglas (1868-1952) que se había publicado en 1917. Ambos son autores británicos. Douglas era poco conocido pero Huxley había adquirido ya una gran reputación pues en 1932 había publicado con gran éxito *Brave New World* [*Un mundo feliz*]. Parece relevante aclarar aquí que Esmond hubiera elegido *Ciego en Gaza* como su libro de lectura por aquellos días ya que uno de los temas que trata es precisamente el pacifismo. Pocos meses después, en julio de 1937, Huxley contesta al sondeo/simposio "Los escritores se pronuncian con respecto a la Guerra Española" ("Authors Take Sides on the Spanish War") con un rotundo: "La elección en estos momentos es entre militarismo y pacifismo. En mi opinión, la postura pacifista me parece absolutamente necesaria". Como ya hemos observado en la introducción, ésta es la postura que Esmond critica a los intelectuales británicos de aquel momento.

[22] Muy probablemente Esmond se está refiriendo aquí a la novela *Free Air* de Sinclair Lewis (1885-1951), un popular novelista norteamericano que recibió el Premio Nobel en 1930. En esta obra, publicada en 1919, Lewis explora el tema de la libertad y las posibilidades que el automóvil puede ofrecer a la sociedad norteamericana de la posguerra. Claire Boltwood y su padre recorren en coche la enorme distancia entre Nueva York y Seattle para visitar unos primos, exponiéndose a los riesgos típicos y las penalidades asociadas al vehículo de motor en aquel entonces. En Minnesota sufren una avería y un mecánico de nombre Milt Dagget les saca de aquel serio apuro. Fascinado por la muchacha les sigue detrás para protegerles. Claire, que está intentando evitar a Geoffrey, un pretendiente de la alta sociedad neoyorkina bastante mayor que ella, termina enamorándose y casándose con Milt.

un coche destartalado. (Era una edición en rústica que un mes después usé como papel higiénico). Cuando me fui, además de todas estas pertenencias, tenía también cinco francos extra.

La primera noche no sabía nada sobre aquella luz de la Rue de la Joliette, y un hombre me encaminó hacia un pequeño café en la Place d'Aix, donde el precio de la habitación era de un franco y medio. Realmente nunca había sabido a qué se refería la gente cuando usaba la palabra "puerca" hasta que conocí a la hija ya longeva de la anciana dueña del lugar. De la palangana que había en el dormitorio salía una peste vomitiva. Era un sitio horrible, pero tenía *Ciego en Gaza* para leer. Maldije la imprudencia que me había llevado hasta allí. Mi falta de cautela me había impedido darme cuenta de que si dejaba mi chaqueta en un ángulo determinado sobre el manillar de la bicicleta era probable que lo que sobresalía del bolsillo de la pechera se cayera tras haber recorrido un cierto número de kilómetros. Desgraciadamente, así ocurrió y algún ciudadano afortunado que pasó por la carretera desde Valence a Orange se enriqueció con 600 francos, un billete de una libra, una billetera, varias cartas, un carnet del Partido Laborista y un pasaporte británico. Una pérdida lamentable, ya que España estaba aún muy lejos; tanto que decidí que sería mejor ir en bicicleta tan rápido como pudiera hasta Marsella, que estaba a 190 kilómetros. Al haber nacido dentro del radio de las campanadas de las Bow Bells[23], siempre me he sentido a gusto en las grandes ciudades. Aunque no dudé ni por un momento en que alcanzaría mi objetivo, fue un suceso lamentable y no era así como había planeado mi viaje. Me había imaginado a mí mismo pasando unos días en algún lugar como Perpiñán, comiendo y viviendo cómodamente, antes de embarcarme en la vida militar y malvivir del rancho.

Hasta aquel momento, mi viaje desde Dieppe (donde había comprado una bicicleta por 100 francos) había sido agradable y sin incidentes; pedaleaba lo suficientemente rápido durante el día como para asegurarme un buen descanso después de una buena cena en los pequeños pueblos donde me hospedaba durante el trayecto. Mi principal recuerdo del viaje es el frío intenso que pasé en la bicicleta por las noches. Entre Chartres y Orleans sobre las ocho de la tarde me sorprendí a mí mismo elucubrando sobre las molestias físicas que sentía y la "dureza" del camino, y volví a soñar en poder sentarme

[23] El autor utiliza aquí esta expresión para autodefinirse como típicamente urbano, de la gran ciudad. Según la tradición, para ser considerado un verdadero londinense había que haberse criado dentro del radio de acción de las campanadas de la Iglesia de St Mary-le-Bow que está muy céntrica. Él había nacido en Pimlico Road, muy cerca del Palacio de Buckingham y de la estación Victoria.

de nuevo en una oficina ante el fuego y con una máquina de escribir delante. Así que me paré, bebí dos tazas de café caliente con cuatro copitas de coñac y cambié de opinión rápidamente. Me sentí maravillosamente fortalecido y entonado, y listo para aguantar lo que fuera.

* * *

En Marsella aún estaba de camino hacia España.

Así que seguía pensando en mis cosas. Siempre había encontrado el arte de vender bastante fácil, ya que tengo una inclinación natural hacia la exageración y se me ha criticado a menudo por mi fácil disposición a la palabrería excesiva, y a hablar y hablar. Mi educación llegó hasta un nivel de certificado escolar en un famoso colegio privado (Wellington College), pero acabé de forma súbita e imprevista, y decidí que era preferible mantenerme con mi propio trabajo, al no tener un conocimiento especializado de ningún tipo. Como tampoco me caracterizo por un exceso de honestidad o escrupulosidad, era, supongo, inevitable que tarde o temprano terminara vendiendo algo a alguien. Pertenezco a esa inmensa clase de trabajadores no cualificados, pero con acento de colegio privado.

Las primeras cosas que vendí fueron producto de mi propio esfuerzo y fabricadas por mi. Pero obviamente no es esto lo que podría considerarse como una "venta"; tampoco lo era la venta de mis servicios como trabajador llevando muebles de un sitio para otro. Sin embargo, las medias de seda eran algo auténtico. Ahí puedes sorprender tanto a los estafadores como a sus víctimas, a los trabajadores no cualificados y, por supuesto, a los compradores (aunque no es bueno tener compasión del comprador). Si había algo que me hacía sentir antisemita era el fraude de las medias de seda, ya que mi empresa, como casi todas las demás, estaba dirigida por judíos. Había allí un individuo cuya exclusiva misión era la de entusiasmarnos con la idea, así que aquéllos que habían mostrado un gran recelo y muchas reservas sobre el tipo de trabajo de venta puerta a puerta por comisión, se marchaban aspirando a ganar £10 a la semana y aparecían a las 8:45 en punto a la mañana siguiente.

Tras comprarme un sombrero (se me daba muy bien crear una determinada imagen) y con mi pequeño bolso negro con muestras bajo el abrigo, llamaba a las puertas de los hogares más prósperos por los caminos de Kent. "Buenos días, ¿podría decirle a su señora que el señor Romilly quiere verla?

Ah, buenos días, señora Burblebotham, me gustaría mostrarle ciertas ofertas de propaganda de la Industria Textil Británica; no sé si Usted acudió a nuestra exposición en la Manchester House pero sabemos que hubo mucha gente que no pudo asistir. Creo que fue el Capitán Mackenzie quien me mencionó su nombre diciendo que podría estar interesada en este tipo de promoción, así que como pasaba en coche por aquí, pensé venir a visitarla, con la esperanza de encontrarla."

(Para ese entonces yo ya estaba en el salón.)

"La cuestión por la que estoy aquí con Usted tiene que ver con prendas de calcetería; por favor, ni se le ocurra pensar que voy a intentar venderle medias de seda o algo por el estilo. Lo que nos proponemos, con la intención de publicitar el género, es hacer una demostración de estas medias a prueba de carreras, cien por cien británicas, fabricadas por trabajadores británicos con material proveniente de gusanos de seda, e intentar probar que esta industria se mantiene a un buen nivel para competir con industrias extranjeras."

Y así seguía la demostración. No puedo recordar cada detalle, pero sé que la media no se deshilachaba, que tenía una plantilla sin costuras, doble elástico superior, un zurcido a prueba de descosidos, y que la demostración acababa con un enérgico tira y afloja con el posible cliente. Tras esto había que averiguar sus tonos favoritos, su talla, si era partidaria de larga, corta o media pierna y entonces concluir: "Ahora señora, como he dicho, no pretendo venderle un par de medias de seda; no llevo ninguno conmigo ahora mismo aunque usted quisiera comprarlo. Pero ha visto con sus propios ojos la calidad de esta calcetería, ha visto nuestra preciosa variedad de tonos para todas las ocasiones; no sé cuándo estaría pensando Usted en pedir unas medias, ¿podríamos decir que de aquí a un mes? Y lo que le sugiero es enviarle una docena de pares de prueba, en sus tonos preferidos, de manera que pueda compararlos con la marca que usa actualmente... ¿Diríamos que seis de color marrón oscuro y seis de color carne? Muy bien, señora, si Usted firma aquí, le daré el recibo por el depósito. Como ve, el agente comercial está autorizado a cobrar un chelín por par sólo como depósito. Sí, aquí tengo cambio. Gracias, que tenga buen día..."

"Un chelín por par sólo como depósito". Aquel chelín, obtenido en las salas de estar de todo Kent con el sudor de la frente es la suma total de lo que un trabajador no cualificado llegaba a obtener por su trabajo.

* * *

El señor John Girton era metodista y abstemio. Era un editor modesto, siempre dispuesto a dar a hombres jóvenes una oportunidad en su empresa. La gente trabajaba para él entre 6 y 18 meses haciendo cualquier cosa; gran parte del tiempo trabajaban a cambio de nada, los nuevos, claro. Cuando le conocí, estaba, como todos, muy impresionado; creí que pronto estaría ganando £500 al año, luego £1.000 al año; aquello de que por el momento tenía que trabajar sólo por la comisión y el resto para su beneficio, no me importaba demasiado. El lema del señor Girton era: "un buen chico puede vender un mal producto, pero un mal chico nunca venderá un buen producto". Él se creía un trabajador cualificado ya que sabía todo lo que hay que saber sobre el mundo editorial, sobre la venta de prensa, sobre imprenta e impresores, cuadernos y fabricantes de cuadernos, papel y comerciantes de papel; pero se ganaba el dinero vendiéndose a sí mismo. Vendía una idea a hombres con capital, pero sin cerebro, a quienes, con su inteligencia, su conocimiento y su capacidad, podía ayudar a aumentar el capital.

Para cualquier entusiasta con un capital de entre una y £10.000 que pensara que sería una buena idea publicar un periódico sobre su pasatiempo favorito incluyendo sus personales puntos de vista, el señor John Girton era una bendición. Encarnaba al Mundo de los Negocios y sus Métodos, conseguía los mejores precios, sabía quiénes eran los mejores hombres para obtener publicidad y cómo lidiar con los vendedores de prensa. Y el personal del señor Girton, generalmente hombres jóvenes que esperaban con entusiasmo el momento (siempre en unos pocos meses) en que el señor Girton "no viera motivos por los que" no deberían estar obteniendo unos ingresos considerables, sudaban la gota gorda todo el día, y a veces también toda la noche.

Me recorrí Londres entrevistando a propietarios de garajes, encargados de restaurantes y cines, peluqueros, salones de belleza, floristerías, agentes de la propiedad inmobiliaria, agencias de detectives privados, intentando convencerles para que se anunciaran en un pequeño diario que estábamos preparando sobre acontecimientos que tenían lugar en Londres. Nadie podría haber estado más satisfecho que yo cuando convencí a un propietario de un garaje de que firmara un contrato de 10 chelines por 26 tiras a doble columna de dos pulgadas. Por ello recibí £3 de comisión. El señor John Girton tenía un magnífico plan para dividir Londres en distritos, y publicar, en ese diario, una lista de los proveedores más útiles (garajes, alquiler de coches, deportes, fruterías, etc.) de cada distrito cobrándoles a cada uno una pequeña cantidad. "Trabajaremos en el proyecto hasta que veamos que podemos sacarle unas

£60 por semana, entonces tendremos que decidir si se añaden cuatro páginas más para mapas y otras cosas. De todos modos, aumentaremos su comisión al 20%, así que para Usted serían £15 por semana para comenzar." Este plan duró dos semanas. Luego se puso en marcha otro.

Así fue como de vendedor de medias de seda pasé a ser un experto aunque modesto publicista. Pronto conocí la jerga de los compradores de espacios publicitarios, de "contras" y de falsas cifras de tiradas, de peleas con los impresores y con los fabricantes de cuadernillos a precio de subcontrata. Llamar a las secretarias de gente importante para saber cuándo puedes telefonear y comer con alguien que se ha anunciado en tu periódico era más divertido que llamar a los timbres de las residencias de Kent.

Cuando fui a España, había tenido un trabajo como éste durante nueve meses (el periodo más largo de tiempo en el que estuve haciendo lo mismo) y estaba ganando £5 a la semana, que parecía mucho dinero. Menciono los pormenores de este trabajo para que se entienda por qué acabé luchando en una guerra. Si este fuera un libro político expondría lo que pienso sobre la lucha en España, y sería razón suficiente para que deseara participar en ella. Las razones serían las mismas que las de los otros miembros ingleses del Batallón Thaelmann. Pero no creo que nadie haga nada por un único motivo claro y lógico (en este caso, político). Por mucho que me solidarizara con la causa del pueblo español, sin duda si mi situación en Londres hubiera sido completamente satisfactoria, no habría ido más allá de un sentimiento de solidaridad. Asumo que se da por sentado que todos los que se unían a la Brigada Internacional tenían "convicciones políticas"; pero estas no eran necesariamente las únicas razones por las que se fueron.

Ese trabajo de nueve meses al que me refiero fue para un periódico sobre cine cuyo objetivo era (y, sin duda, sigue siéndolo) "ofrecer una visión crítica sobre las mejores películas y programas de radio". Sus propietarios eran quienes elaboraban los documentales que promocionaban el trabajo de los distintos Ministerios gubernamentales.

El director de la unidad era bien conocido en Wardour Street y en Bloomsbury. Aquí me referiré a él como MacIntosh. En el pequeño círculo de sus empleados y admiradores había asumido una posición casi heroica. Como a Sir Oswald Mosley[24] se le conocía como "el Líder" o "el Jefe" (la única persona que me he encontrado a quien se conociera por ese apelativo fue el antiguo director y fundador del colegio mixto de Bedales, y los dos hombres tenían mucho en común). Siempre suele haber cantidad de jóvenes que desean

[24] Véase nota explicativa número 7 en página 20.

trabajar todo el día, llevando pesadas cámaras o abriendo puertas para así poder tener la oportunidad de aprender los métodos del Jefe.

Todo esto lo aprendí durante mi primera semana y lo descubrí por la forma respetuosa en que se mencionaba su nombre; por cómo ante una palabra de elogio del gran jefe se iluminaban las caras o se nublaban de consternación por un reproche. El señor MacIntosh defendía sus opiniones sobre cualquier tema con firmeza, y sabía bien cómo expresarlas por lo que eran aceptadas sin rechistar por sus discípulos. Como todos los grandes hombres, a menudo tendía a expresarse en parábolas. Una escena muy común era verle sentado en la cabecera de la mesa con algunos de sus fieles, todos en silencio, esperando a que hablara el Líder. Escogía un párrafo del periódico de la noche, lo leía en voz alta, hacía un comentario mordaz, y sólo después podía empezar la conversación general.

El Líder no sólo era brillante, se enorgullecía además de ser fuerte; es decir, estaba preparado para hablar con cualquiera compartiendo una pinta de cerveza "tanto en bares públicos como en salones". Cuando una propuesta llegaba a su unidad (podría ser filmar la vida de un pequeño pueblo pesquero), él era quien primero se entrevistaba con los personajes locales. Como todos los grandes hombres, como todos los dictadores, el Líder tenía sus detractores. Los había tan ingratos que insinuaban que a veces subía corriendo rápidamente tres tramos seguidos de escalera para que su rostro acusara el esfuerzo y diera la impresión de tener un trabajo importante entre manos.

Para el lanzamiento del periódico, había contratado un editor, una secretaria, un ayudante de editor y yo mismo para conseguir publicidad. Trabajábamos a veces 14 horas al día como se espera de dóciles discípulos. Fue por entonces cuando me tocó a mí unir a esos dos grandes hombres: el Líder, y mi antiguo jefe, el señor John Girton. ¿Quién mejor que el señor Girton para convertir un periódico en un éxito financiero?

De este modo durante algunos meses pude observar el duro trabajo de dos superhombres. Cuando se conocieron, era el Líder quien se las daba de modesto, era quien escuchaba, fascinado, mientras el Hombre de Negocios exponía su grandioso plan que consistía en enviar una copia de *Film Review* a cada clérigo del Reino Unido.

Al principio, tanto el periódico como mi trabajo me resultaban divertidos. Siempre había sido un buen periódico, con muchos colaboradores de primera clase y yo aspiraba seriamente a incrementar los ingresos por publicidad. Por un lado, tenía la perspectiva del Líder acerca de una producción respetada y admirada por la *élite* del mundo del cine y todos los que seguían a la *élite*,

y por otro, la visión del Hombre de Negocios que vislumbraba una gigantesca compañía editora con ventas e ingresos disparándose y yo sentado detrás de una mesa con atractivas secretarias que me hacían todo el trabajo. Pero las cosas no resultaron así.

Es interesante hacer constar que, por término medio, se lanzan cada semana dos nuevos periódicos, y que sólo uno de veinte sobrevive más de un año como máximo. Cuando un periódico se pone en circulación, si no es algún tipo de producción técnica, centrada, por ejemplo, en la venta de artilugios del interior de los automóviles o en la venta al por menor de betún, hay que conseguir que lo compre una cantidad suficiente de gente como para que a los anunciantes les merezca la pena publicitar sus productos captando la atención de los lectores.

El señor Girton dibujó unos gráficos. Los gráficos mostraban dos curvas crecientes (anuncios e ingresos de ventas) y una decreciente hasta encontrarse con las otras dos, ésta última representaba los costes. El punto en el que se encontraban estaba unos meses más adelante. Los gráficos estaban colgados para admiración de los discípulos en la oficina del Líder.

Por fin llegó el día esperado y, aunque todas las curvas se habían disparado en direcciones equivocadas, el gráfico se había olvidado. El Hombre de Negocios ahora hablaba de una ingente "campaña de gastos", de panfletos y folletos para publicar, de vendedores de periódicos por toda Inglaterra a los que repartir carteles, de publicidad con anunciantes. Iba a ser un Nuevo Comienzo, el primero de muchos. El Hombre de Negocios convenció al Líder y el Líder a su vez convenció a los discípulos.

Sólo uno de ellos tenía motivos para la intranquilidad. Era aquel cuya generosidad había permitido que se fundara el periódico, no obstante, parecía alegrarse una vez más de poder prestar este nuevo servicio al Líder. El propio Líder estaba satisfecho. Todos en Wardour Street hablaban de su periódico; Wardour Street hablaba de él.

Mi peor momento llegó cuando me enteré sobre algunas cuestiones económicas del mundo editorial. Llegué a la conclusión de que *Film Review* terminaría costándole a alguien unos cuantos miles de Libras al año si lanzábamos el proyecto a gran escala. Conocía a ese alguien y me caía muy bien. Así que escribí un largo informe para tratar de demostrar que el periódico no tenía posibilidades de éxito.

La respuesta de todos los discípulos fue unánime: "Nunca nada sobre lo que el Jefe haya puesto la mano ha fallado jamás". Pero las ilusiones de aquellos dos superhombres se estaban desvaneciendo día a día así que presenté mi renuncia.

El último periodo no había sido lo que se dice satisfactorio y el personal había aumentado enormemente. Por la parte editorial, había un editor, un ayudante de editor, un dibujante, una secretaria, y un número considerable de empleados permanentes cuyos nombres figuraban en la lista de pagos semanales. Luego, además, estaba el personal de la sección de negocios: el Señor Girton (entre bastidores, por supuesto, ya que éste era sólo uno de sus muchos proyectos), el contable, yo mismo, el gerente responsable de la difusión, algún que otro parásito encargado de optimizar los negocios y el ordenanza. Yo me había convertido en subdirector ya que había mucho que dirigir con todos aquellos proyectos en los que nos habíamos metido. Con los calores de agosto, el retraso de los planes y la elevación de los costes, se apoderó de nosotros una cierta desmoralización. Los editores continuaban contratando los servicios de expertos a diez guineas como si la cosa no fuera con ellos. En nuestra sección, el gerente responsable de la difusión sudaba la gota gorda al poner la dirección en los paquetes de la "lista de envíos gratuitos" para toda Europa. Yo tecleaba en la máquina de escribir mis ocurrencias llamando la atención sobre el valor de *Film Review* como una plataforma publicitaria de primera clase. El ordenanza traía los periódicos y el té a las cinco en punto. A las seis, suspendíamos el trabajo y discutíamos en la taberna más cercana sobre el historial de aquellos dos superhombres.

Antes de agotar el plazo de mi renuncia, hice algunos tímidos intentos por buscar otro trabajo. Tuve la feliz idea de abrir un club nocturno. Con la ayuda de un socio, llegamos a pagar un depósito de £5 para arrendar dos sótanos en Hart Street e imprimimos las tarjetas especiales de invitación para la ceremonia de inauguración. Íbamos a decorar la pared con dibujos surrealistas, una chica que tenía una cafetería nos vendería algunas sillas y mesas muy baratas y varios artistas negros del cabaret echarían una mano. Escribí a todo aquel que pensé que podría ayudarnos y recibí alguna promesa de apoyo económico. Puede que fuera la perenne influencia del Gran Hombre de Negocios la que me hizo ser tan optimista. Desgraciadamente, descubrí que, por mucho que uno pueda lograr derrochando optimismo, eficacia y prestigio, era vital disponer de un capital sólido de al menos £100 que yo no tenía. Disponía únicamente de la paga de mi última semana, es decir, £5 y no era suficiente. Una pena, cuando lo tenía todo planeado, desde cómo sortear la ley hasta la disposición de las mesas y la ubicación del grupo musical.

Durante las vacaciones de verano comencé a darle vueltas a la idea de ir a España. Mi principal objeción era el miedo a no ser útil, seguía pensando que el tipo de voluntario que necesitarían era el que tenía experiencia militar. Yo

ni siquiera sabía cómo cargar un fusil. En Wellington College, me había significado como pacifista, y había rechazado unirme al O.T.C.[25] (Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales), así que carecía incluso de esa experiencia. Ahora que estaba resuelto a ir definitivamente, decidí no contarle mi plan a nadie, por miedo a ser enviado de vuelta a casa de forma ignominiosa. Le dije a todo el mundo que me iba a Bélgica a trabajar en una granja.

Mi trabajo acabó un viernes. El miércoles di una fiesta en mi apartamento y subasté la mayor parte del mobiliario. En total tenía £9 en el momento de mi partida, habiendo pagado lo que no pude dejar a deber. El sábado por la mañana [10 de octubre] llegó por correo una carta certificada. La abrí ansiosamente. Era una "notificación de desahucio" formal del abogado de mi casero. Esa noche cogí el tren que enlazaba con el barco para Dieppe. Diez días después estaba en Marsella; en tres semanas, en el frente.

[25] Véase nota explicativa número 3 en página 17.

Capítulo 2

Fuera del comedor del barco había un anuncio en francés: "Turnos de guardia: 7-9, franceses; 9-11, alemanes; 11-13, italianos; 13-15, yugoslavos; 15-17, belgas; 17-19, polacos; 19-21, flamencos; 21-23, rusos; 23-1, franceses; 1-3, alemanes; 3-5, polacos; 5-7, belgas".

Dos hombres cada vez recorrerían por turnos las cubiertas, vigilando y comprobando que la gente no se agrupara. Embarqué a las cinco en punto aquella tarde [¿27 de octubre?] con un italiano y dos jóvenes polacos; fueron mis compañeros durante toda la travesía. A la mañana siguiente, y durante todo aquel día, el pequeño bote de remos iba y venía trayendo pasajeros. Llegaban en taxis, cargando con un macuto o una única maleta. Algunas personas ociosas observaban indiferentes cómo dejaban la orilla. Parecían excursionistas de fin de semana.

Por suerte yo llevaba algunos libros conmigo ya que tardamos dos días en zarpar. La única interrupción durante el día eran las comidas: desayuno a las 6.30, comida a las 10.30, cena a las 17.30. Los distintos grupos se establecían según sus respectivas nacionalidades. Yo me pasaba todo el tiempo intentando ayudar para conseguir ser aceptado en algún grupo y, al final, me quedé con los polacos y los italianos. Llegué a compartir cama con uno de los polacos. Tenía el rostro simpático y candoroso de un chaval de 15 años, pero ya tenía 28 y había trabajado en las minas de carbón en Francia durante siete años. Me enseñó un pasaporte polaco y me contó que ahora era ciudadano francés, ya que había cumplido dos años de servicio militar en ese país.

— ¿Es muy duro? — pregunté (hablábamos en francés entre nosotros).

— Es terrible, pero útil—.

— ¿Crees que todos éstos han hecho el servicio militar? — indagué. En ese momento yo era muy consciente de mis carencias. En la oficina de Marsella me habían preguntado qué servicio militar había realizado. Les dije que había estado en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de mi colegio. No era verdad. Había renunciado a unirme a ellos en Wellington College, pero temía que me rechazaran si admitía mi impericia. Nunca llegué a saber para qué podrían servir los numerosos formularios que rellenamos en

España, ni se me ocurría pensar, en aquel momento, qué pretendían con aquello y me inquietaba que me descubrieran. Tomé la decisión de convertirme en un ávido aprendiz. Esa fue la única vez que recuerdo cuán arrepentido estaba de no haberme unido al cuerpo de oficiales en la escuela. No necesitaba haberlo hecho, desde luego; no hay ninguna diferencia en absoluto entre hombres entrenados o no entrenados, lo que importa es que los soldados de tropa se presenten voluntarios y que los *oficiales* tengan experiencia militar.

El polaco fue mi principal compañero de viaje. Además había dos chicos alemanes que residían en Toulouse, uno de 20 años y otro de 23; dos de sus hermanos habían sido asesinados por los nazis. Nos saludábamos con un movimiento de cabeza cada vez que nos encontrábamos en la cubierta. Me sorprendió ver cuántos alemanes había. Después de los franceses, formaban uno de los mayores contingentes. Un belga me contó que había desertado del servicio militar. El francés a cargo de todos nosotros era un joven bastante competente. Tenía 25 años, era alto y rubio, y pertenecía, según me dijo, a la Ejecutiva Central de la Internacional de Juventudes Comunistas. Era muy cordial conmigo y me confesó que nunca hubiera pensado encontrarse con ingleses en el barco. Me preguntó si era estudiante, y pareció un poco defraudado cuando le contesté que no. Al decirle que era miembro del Partido Laborista se mostró encantado y me trató con más consideración, ello reforzaría el espíritu del *Front Populaire*. Incluso dijo que esperaba que hubiera algunos liberales cuando llegáramos a España. Pronto me vi inmerso en un debate con un grupo de comunistas franceses. Me preguntaban cómo se compatibilizaban los principios socialistas del Partido Laborista con su aceptación de la "No-Intervención". Por supuesto, no pude contestarles a eso.

También había allí algunos tipos duros: antiguos legionarios extranjeros y hombres que habían estado en la cárcel por sus ideas políticas. Casi todos ellos, por lo que yo pude deducir, eran de clase obrera.

Al dejar Marsella no hubo despedidas emotivas, ni vítores, ni salvas ceremoniosas. Cuando el barco levó anclas se armó un verdadero barullo al entrar a cenar en el comedor. "Camaradas" dijo el joven francés, "os lo ruego, debemos tener disciplina. Comportémonos como revolucionarios. Cada grupo debe elegir un jefe que sea responsable de todos. Mañana distribuiremos cupones para la comida. No os peleéis por los mejores sitios para dormir, hay hombres enfermos y deberían elegir primero". Fue una cena bastante buena, mejor que todo lo que había probado en Marsella. Mientras comíamos, la multitud hambrienta que hacía cola fuera nos exhortaba a darnos prisa y ter-

minar para que les tocara su turno. Compartí una cama estrecha con un joven minero polaco y dormíamos con las cabezas en los extremos opuestos de la cama.

Fuera del puerto de Marsella el *Mar Caspio* echó el ancla otra vez, y no nos pusimos en marcha hasta las cuatro de la madrugada [¿del día 29?]. El mar estaba picado y el día no era especialmente agradable. Ya por la noche se había dado la orden de apagar todas las luces. Yo estaba emocionado ya que aquello le daba un significado a la palabra guerra. Hasta ahora habían sido unas vacaciones. Vimos las luces titilantes de los pueblos del litoral catalán, el *Mar Caspio* iba pegado a la costa. A las diez en punto avistamos Barcelona, proyectaba un resplandor de luz como el parque de atracciones de Blackpool. A la mañana siguiente [¿día 30?] nos levantamos a las cinco y permanecimos de pie en la cubierta. Hacía un día estupendo y nos deleitamos con las vistas de la campiña catalana. *"Quel pays!"* —dijo el farmacéutico gordito de Toulouse—, "¡pero arruinado por la burguesía!"

A las diez pasamos junto a tres destructores franceses y británicos anclados a las afueras de Valencia. Todo el mundo gritaba dándonos la bienvenida y cantaba *La Internacional*. Algunos marineros de los barcos franceses saludaban agitando las manos; en el destructor británico un oficial nos observaba con un telescopio. Al principio no había nadie en el muelle. Después comenzamos a ver pequeños puntos negros, como un enjambre de moscas en la distancia. El enjambre creció. Aparecían más figuras de dos en dos y de tres en tres para rellenar los huecos hasta que distinguimos la enorme multitud que había venido a recibirnos. Los vivas y los saludos duraron una hora. El joven francés nos echó otro discurso: "Camaradas, habréis de guardar un orden perfecto, por favor. Dejadme pediros a aquellos de vosotros que sois comunistas, y en particular a los comunistas franceses, que deis ejemplo. Sed los últimos al ir a comer, los primeros en ayudar a los demás. Mantened vuestros grupos. Demostrad a nuestros camaradas españoles que tenemos entusiasmo pero también disciplina".

Yo estaba algo preocupado. Mi amigo polaco había desaparecido, y ahora estaban convocando a las distintas nacionalidades. Me pegué al farmacéutico francés, miembro del grupo de comunistas franceses de Toulouse. Por fin llegó nuestro turno de desembarcar. Hacía mucho calor. Nos esperaba un camión en el que echamos nuestros abrigos y mochilas. El desfile se perdía de vista por la carretera, entre banderas deshilachadas con consignas garabateadas en blanco, un hombre aquí y otro allá desfilaba y trataba de que el resto marcara el paso. La multitud venía con nosotros, empujándose por las aceras

o mezclándose con las tropas. Un montón de vivas, y siempre el lema *"No Pas-ar-án", "No Pasarán"*. Ésas eran las palabras que prevalecían entre los gritos del gentío. Los franceses, dirigidos por un cabecilla, gritaban "*Vive le Front Populaire*", "*Vive la République*"; después coreaban el "No Pasarán" acompañando a la muchedumbre.

Ese es el único recuerdo que tengo de Valencia, una enorme multitud vitoreando, una marcha calurosa y agotadora por las interminables calles, lemas y carteles y banderas militares e insignias por todas partes. Algunos de los franceses gritaban "*Les Soviets partout! Les Soviets Partout!*" [*¡Hay rusos por todas partes!*]. Otros les reprendían: nada de sectarismos.

Llegamos a un cuartel, y formamos en la gran plaza abierta. Desde el balcón se daban discursos. Una banda tocó *La Internacional*, después el himno nacional español, después *La Marsellesa*. "Lo primero en el orden del día, y lo más importante" indicó el orador, "la comida". Aplaudimos efusivamente.

Después de comer continuaron los discursos. Nos presentaron a alguien que supuse era el jefe supremo de todo, André Marty[26], el famoso revolucionario francés y representante comunista. Nos comunicó que se había organizado una obra de teatro para nosotros aquella tarde. "Y después de cenar esta noche, un tren especial os llevará a Albacete, para que os unáis a la Columna Internacional". Esta fue la primera vez que oí ese nombre, la primera vez que supe que formábamos parte de un contingente organizado de voluntarios extranjeros.

Tras los discursos esperamos en el patio durante otra hora. Había algunos fusiles viejos esparcidos en los cobertizos y observé atentamente a los hombres que los cogían y practicaban su puntería. Decidí confesar mi ignorancia, y le pedí a un francés de aspecto amable que me explicara el funcionamiento de aquel artilugio. Me enseñó cómo sujetar la culata bien apretada contra el hombro, y cómo retroceder empujando y cómo tirar del cerrojo. Considero este momento como el primer paso de mi educación militar. Ahora sabía cómo disparar un fusil mientras no tuviera nada dentro. También había un

[26] André Marty (1886-1956) fue un marino, militar y político francés, dirigente del Partido Comunista. En 1936 cuando era miembro del Comité Ejecutivo de La Internacional Comunista se le encargó la organización y el reclutamiento de las Brigadas Internacionales. Fue comisario político y hombre conflictivo entre sus propios compañeros en Albacete. Fueron muchos los que criticaron sus métodos violentos y le apodaron "el carnicero de Albacete" por haber ordenado presuntamente numerosos fusilamientos de civiles y de brigadistas. Este es un tema que ha suscitado gran debate y últimamente Rémi Skoutelsky (2006: 339-44) lo ha intentado presentar en otros términos. Nunca participó en combate alguno pero era un maestro de la arenga militar. A partir de 1937 fue ampliamente cuestionado dentro del Gobierno Republicano español y abandonó España en 1939 para ir a Moscú. En 1953 fue expulsado del Partido Comunista.

gimnasio donde varios hombres estaban levantando pesas y escalando cuerdas y haciendo lanzamiento de peso. Me di cuenta entonces que yo estaba en muy baja forma.

La función de variedades fue mejor que la mayoría de los espectáculos londinenses de clase alta de este tipo, a pesar de que se había organizado a última hora.

Todo el mundo estaba conmovido por nuestra recepción y ansioso por preservar un espíritu de buena voluntad. Cuando parte de la audiencia empezó a aplaudir al tenor mientras subía de nota, el resto miramos alrededor y conminamos silencio con un ruidoso "Sss-sss". Después un español nos informó de que siempre aplaudían en mitad de actuaciones como aquélla. Una multitud nos siguió todo el camino hacia el teatro y de vuelta.

Antes de cenar se nos avisó de que el vino era fuerte. Esto no supuso un problema para el pequeño farmacéutico francés: se bebió dos botellas enteras y aún estaba preparado para guiar a toda la compañía al combate. No se enteraría de nada de lo que ocurrió después durante la noche. Un legionario extranjero muy duro y fuerte, que también formaba parte del grupo de Toulouse, se hizo cargo de él. El jefe era un hombre angustiado, de unos 30 años, que se parecía bastante a un chico que había conocido en el colegio. Tenía la cara rechoncha y el trabajo le agobiaba, especialmente después de tomar vino. El mayor problema era mantener al grupo unido. Nos encontró sitio a todos en cinco filas de cuatro asientos cada una, pero siempre perdía a alguien en otra sección.

A las diez de la noche marchamos hacia la estación y subimos a un tren especial. Era tal multitud que superaba a la de nuestra bienvenida en Valencia y nos bloqueaba el camino. El tren esperó un largo rato en la estación antes de arrancar y había besos para todo aquel que sacara la cabeza por la ventanilla. Nos aprendimos nuevas consignas: *"Viva las señoritas españolas"* y *"Viva Vino Blanco"*. Durante la primera hora, el tren paró en todas las pequeñas estaciones del trayecto, y en cada una encontrábamos la misma multitud, las mismas palabras de ánimo, el mismo bosque de puños cerrados cuando nos íbamos. Esta fue la parte agradable del viaje.

El resto del trayecto, cuando cesaron los vítores y el griterío, ya no fue tan atractivo. Nos pasamos ocho horas en asientos de madera y con todos los compartimentos abarrotados. Las secuelas de aquella opípara cena se materializaron en una caterva de hombres sudorosos apestando a ajo, tirados en el suelo bajo los asientos y durmiendo en los portaequipajes. Los asientos nos los turnábamos. Yo sufrí continuos ataques de diarrea durante toda la noche.

Cuando llegamos a nuestro destino [¿día 31?], el día era frío, deprimente e invernal. En la refriega al formar en la estación perdí a mi grupo, y me asignaron al de los rusos. Fuimos al cuartel y nos tiramos a dormir en unos colchones. Mi diarrea continuó hasta el mediodía. Aquella noche en la cena me enteré de dónde estábamos. Albacete, a mitad de camino entre Madrid y la costa.

Pasé cuatro días con los rusos en Albacete. Era gente curiosa, amable e interesante. En total eran catorce y todos procedían de Paris. Pertenecían a una asociación rusa de *émigrés*, antes conocida como Blancos[27], y que ahora estaban ansiosos por volver a su patria. "A." (decidí llamarlo A. porque nunca pude deletrear ni pronunciar su nombre) hablaba inglés perfectamente. Le habían asignado a la división de transporte del Ejército Blanco de Kolchak durante la Revolución Rusa, y después consiguió trabajo de chófer y mecánico en una empresa americana en París. "Nos dieron la oportunidad hace seis años", me contó, "de recuperar la ciudadanía rusa pero yo no la pedí. Si lo hubiera hecho, muchos de mis conciudadanos habrían impedido que consiguiera trabajo. En aquel entonces, yo carecía de madurez suficiente como para saber qué estaba pasando. Así que ahora es una buena oportunidad". Había visto a A. por primera vez en el tren desde Valencia cuando charlaba en inglés con un italiano que había vivido muchos años en América. A este hombre le llamábamos el gángster italiano.

El jefe del grupo ruso se llamaba Sokolinoff. Me dijeron que había sido un cabecilla cosaco y a mí se me parecía a un personaje de *Ana Karenina*. Además había también un par de tipos ya mayores altos y renqueantes. Estaban un poco locos. Podrías haberlos tomado por ancianas babeantes. Pero el más loco y extraño de todos ellos era Nono. Nono era enorme, gordo y viejo. Su rostro tenía una expresión aniñada y atolondrada y montaba en cólera si se sentía provocado. Cuando esto ocurría podías ver cómo se mordía los labios para enzarzarse rápidamente en un discurso violento, pero a no ser que estuvieras muy cerca no entendías nada de sus balbuceos. Nichol era probablemente el único miembro normal de aquel grupo. El primer día, mientras deambulaba por el cuartel, le vi exhibir sus músculos y le pregunté con mucho respeto por la fórmula utilizada para conseguir esa musculatura. Me explicó que había trabajado durante diez años en una fábrica francesa donde tenía que levantar continuamente toda clase de bultos y paque-

[27] Tras la Revolución Bolchevique, las distintas fuerzas que estaban en contra de la revuelta se fueron organizando en grupos militares diferentes apoyados por los países occidentales. A estos grupos se les conocía como "ejércitos blancos" y uno de los más conocidos fue el liderado por Kolchak.

tes, y también me dijo que era boxeador profesional. El y A. eran mis mejores amigos.

También en nuestro grupo, aunque con un temperamento muy diferente al resto, estaba el pequeño letón. Era tan charlatán y alegre como silenciosos y apagados eran los rusos. Conmigo era muy simpático y me invitaba a menudo a acompañarle a comprar vino o dulces. Siempre andaba mascando cacahuetes y decía que adoraba a Inglaterra y a los ingleses. "Pero ves tú, no me dejaron entrar. Cuando llegamos a Southampton yo dar saltos de alegría, sabía que me gustaría Inglaterra, aunque nunca haber estado allí y pensé que podía hacer más, cómo se dice, negocios con los ingleses. Pero la policía no dejarme entrar. Así que tuve que volver a Letonia".

Al principio me interesaba mucho su historia pero acabé muy harto de escuchar una y otra vez las distintas versiones que me daba sobre los mismos acontecimientos. Su falta de dominio completo del inglés hacía que sus relatos se alargaran interminablemente. Algunas veces me ponía tan furioso que terminaba interrumpiéndole: "Sí, bueno, ¿y después qué?" o "Ah, ya veo, así que ese año tuviste mucho éxito en los negocios, muy interesante..." Era muy agradable y muy generoso, pero no era el compañero ideal y tenía aspecto de cobaya. Nono le odiaba.

La segunda noche se nos permitió salir del cuartel desde las 6 hasta las 12. El pequeño letón me sugirió ir a comer al pueblo y acepté encantado. Dondequiera que fuésemos, Nono nos seguía a trompicones a unos diez metros. "Está loco," decía el pequeño letón, "no se qué poder hacer con él, nos sigue a todas partes". Finalmente Nono se unió a nosotros y me invitó a un trago. Por lo que decía, parecía que desconfiaba del letón, y se preocupaba por mi bienestar. No había bebido pero daba la impresión de estar borracho todo el tiempo: se reía a carcajadas y decía que le parecía que en realidad el pequeño letón no sabía inglés, todo era apariencia. Fue una noche extraña.

Pasamos la mayor parte de aquellos días descansando, esperando, informándonos sobre la gente de nuestra sección, formando en la carretera y haciendo marchas desde el cuartel donde dormíamos hasta el cuartel donde comíamos. Luego otro rato de espera y después lo más importante del día: un plato de sopa seguido de un plato de picadillo y algunas veces una granada de postre.

El segundo día hicimos una marcha hasta una zona amplia de campo abierto a las afueras de la ciudad. Pensé que íbamos a empezar la instrucción o las maniobras pero una vez más nos limitamos a esperar hasta que un francés de uniforme nos echó otro discurso. Nos dijo que sabía que todo el

mundo estaba impaciente por llegar al frente, insistió en que era muy consciente de que todos queríamos comenzar ya con los preparativos. Dejó caer que habríamos de tener en cuenta que habían tenido que encargarse de todos los preparativos: hacerse cargo de la comida, la ropa, la organización; no debíamos, por tanto, protestar si teníamos que esperar hasta las cinco para comer. En Albacete éramos más de 1.100; aquí, en este cuartel, éramos menos de 700. Y sí, sabía también que algunos estaban haciendo servicios de intendencia, que otros trabajaban en la cocina, que había varios enfermos. La situación era lamentable. Culpó, sobre todo, a los jefes de cada grupo: ellos eran los responsables de que cada individuo recibiera las órdenes precisas. Si no estaban capacitados para realizar su trabajo entonces habría que relevarlos y elegir a otros. Con la mirada puesta en el futuro, dijo estar seguro de que todos los camaradas se esforzarían para que esto no volviera a ocurrir. Muy pronto tendríamos equipamiento y fusiles, y entonces empezaría el entrenamiento propiamente dicho. De momento no contábamos con estos útiles, pero ¿significaba esto que íbamos a seguir holgazaneando? No, y él sabía que estábamos de acuerdo en que no debía ser así. Mañana por la mañana, a las siete en punto, nos reuniríamos en este mismo lugar para comenzar un riguroso entrenamiento físico.

A la mañana siguiente me alegré al descubrir que dicho entrenamiento no era tan riguroso. Nos dividimos en grupos y practicamos ejercicios varios, lo primero que se nos vino a la cabeza. Los rusos jugaban a saltar el potro casi todo el tiempo. Hacer marchas o ejercitarme con ellos me provocaba una risa tonta, casi histérica. Nunca llevaban bien el paso. Nono marchaba con fuerza y energía, y aunque, por unos minutos, coincidía con el ritmo de algún otro, su compás era diferente y era inevitable que quedara pronto desfasado. Sokolinoff y Nichol intentaban introducir algo de elegancia pero los rezagados terminaban imponiendo su ritmo al final. Durante los ejercicios jadeaban y resoplaban y sudaban; eran como piezas de una vieja maquinaria oxidada.

Apuntaron los nombres de todos los que no teníamos experiencia militar. Pensé que lo mejor era confesar, a pesar de que me entristeció comprobar que éramos apenas unos 50 en todo el grupo. El pequeño letón estaba conmigo. Nos juntaron en un mismo grupo y nos hicieron practicar la marcha, girar a la derecha y dar media vuelta. Hubo una larga discusión sobre los diferentes métodos para girar: francés, inglés y alemán. Nunca nos poníamos de acuerdo sobre cuál era el correcto.

Al día siguiente me tocó con los rusos hacer el servicio de fajina. Limpiamos la plaza, todo el cuartel y el comedor. Me alegraba tener algo en

lo que trabajar y me esforcé por limpiar la basura y las letrinas con entusiasmo. Estaba deseando hacer bien este trabajo, sentía que por fin me estaba ganando algo, que estaba haciendo algo útil. Me sentía muy eufórico. Tras las penosas molestias del viaje en tren desde Valencia, pensaba en todo aquello como un proceso de endurecimiento necesario. Los rusos significaban para mi un alivio, al menos parecía que había gente igual de incompetente que yo. De todos modos, me resultaba gente extraña, de ahí que acogiera con agrado la tarea de las letrinas. Un francés ya mayor, de gesto agradable, que hacía la inspección con André Marty me dijo: "la gente joven piensa que la guerra es algo romántico o algo espantoso; se imaginan bayonetas, cargas y coraje pero están equivocados. Esto de fregar platos, barrer y clasificar las prendas de vestir, esto es la guerra".

Más tarde esa misma mañana trabajamos en la cocina. La persona al cargo, el responsable de la cocina y de los preparativos diarios de las comidas, y por lo tanto alguien muy importante, era un francés de unos 35 años. Destacaría dos aspectos principales en su carácter: por un lado habría de parecer siempre preocupado, inquieto y enfadado, con aires de importancia, por otro habría de arreglárselas para lucir en todo momento en la boca una colilla de menos de media pulgada. Yo le mostré todo el respeto que parecía exigir pero debo reconocer que no me resultó un tipo agradable. Al final de aquel día me encontraba exhausto.

A las nueve en punto estábamos sirviendo el segundo turno de la cena. Si te tocaba llevar la sopa, te dolía el brazo cuando llegabas al final de la mesa. Las palabrotas y peticiones de porciones más grandes se sucedían sin cesar pero el ambiente era agradable. Entonces se apagaron las luces. Unos segundos de silencio, los inevitables arranques de humor y vuelta al parloteo de antes. En la puerta, un hombre gritó:

"¡Silencio, ataque aéreo!".

Esta vez reinó un silencio absoluto durante al menos un minuto, después, gradualmente y en susurros, la charla comenzó de nuevo; los murmullos subían y bajaban de tono. La mayor parte del ruido provenía de los que decían: "Sss, sss, disciplina, camaradas, disciplina". En ese instante yo no pensaba en la crueldad, en las atrocidades o en el horror de los bombardeos aéreos; me sentía totalmente desconcertado. Esto era lo más cercano a una guerra que había visto desde que apagaron las luces del barco en la costa de Cataluña. Allá fuera, en la oscuridad, todos miraban hacia arriba pero no se podía ver ni oír nada.

A. estaba muy borracho. Iba en el centro de la fila delantera de nuestro grupo según marchábamos de vuelta al cuartel. Nos íbamos tambaleando pri-

mero por una acera y luego por la otra. Los rusos llevaban botellas de ese vino español tan fuerte. Descorcharon una botella, la pasaron de unos a otros y el resto lo tiraron al suelo. Fue una noche emocionante. Los autoproclamados guardianes de la paz vigilaban que nadie fumara. "Apaga esa cerilla inmediatamente", y un centinela venía corriendo con la bayoneta calada, amenazando al ruso que estaba encendiendo un puro. Jugábamos a los soldados.

Aspecto que ofrecía el patio del cuartel de Albacete donde Esmond pasó alrededor de diez días. [Fotografía tomada del libro *Las Brigadas Internacionales. Imágenes para la historia.* (Cortesía del CEDOBI)].

Capítulo 3

Westmount, provincia de Quebec, Canadá, comenzó como un barrio de Montreal. Se extendió rápidamente a principios de este siglo, estableció su propio ayuntamiento, central eléctrica y depuradora de aguas y se convirtió en una ciudad independiente. El registro de nacimientos de la localidad de Westmount se remonta a 1911. William James Gough, nacido el 28 de enero de 1911, es el primer nombre que aparece en él.

En el colegio público Walter Street Council School de Luton, Bedfordshire, donde los padres de William James Gough se instalaron poco después de su nacimiento, éste se hacía llamar "ciudadano número uno de Canadá". Para sus padres, era Jamie. Yo pensaba que se llamaba Joe. Joe empezó trabajando como carnicero. A sus 21 años, sus manos, su expresión y su rostro permanentemente enrojecido sugerían este tipo de oficio. Pero cuando terminó su periodo de aprendizaje no logró encontrar trabajo en el gremio, así que se dedicó al acabado del metal en la fábrica de automoción Vauxhal Motor Works.

La vida social y política de Joe era más importante para él que su trabajo. El club de debate de la Vauxhall Works y la sociedad musical constituían sus principales centros de actividad. Sus armas eran, en el primer caso, el comunismo, y en el segundo, el contrabajo. Los dos iban a la par. En 1935, ahorró dinero suficiente como para irse de vacaciones a Rusia; sus convicciones comunistas se vieron acrecentadas a su vuelta: se quedó impresionado con los cantos y bailes que tenían lugar al aire libre en los parques de Moscú. Al año siguiente, Joe viajó a Alemania. Llevó consigo varias insignias y emblemas fascistas ganados en peleas callejeras con los camisas negras de Luton, y vivió prácticamente gratis durante cinco semanas, haciendo autostop y pernoctando en albergues juveniles. Todo esto ocurrió después de que su empleo en Vauxhall Motor Works concluyera, aunque sus compañeros todavía le hacían ir a tocar el contrabajo una noche por semana. Poco después de comenzar la Guerra Civil española decidió alistarse y consiguió suficiente dinero como para llegar a París. La persona a la que más le preocupaba dejar era a su madre, pero nunca dudó de que un día iba a regresar a Luton luciendo un

uniforme de general español y que les bajaría los humos a los funcionarios de la Concejalía de Asuntos Sociales de su localidad.

* * *

Harry Adley era tan pequeño de estatura que sus compañeros rápidamente empezaron a llamarle Tich. Todo empezó cuando ejercía de Sargento en los Buffs[28], en la [Primera] Guerra Mundial. El nombre perduró pues continuó siendo Tich cuando se convirtió en jefe de grupo en el Batallón Thaelmann, en España. Durante los cuatro días que duró la mayor matanza de la historia, la batalla de Somme, miles de ingleses quedaron allí muertos o agonizantes en tierra de nadie. Tich logró protegerse metido en la carcasa de un obús, incapaz de moverse ya que tenía un trozo de metralla incrustado en el muslo. Permaneció allí durante esos cuatro días. Tras la guerra regentó un restaurante en Dover. "Harry's" se convirtió en un lugar muy conocido; tanto el establecimiento como su dueño se hicieron muy populares. Tich puso toda su capacidad organizativa en dicho empeño. Además cocinaba. Su socio era Arthur Ovenden[29], su mejor amigo, quien, con 17 años, se había ido a aquella guerra como piloto. Ambos eran comunistas, aunque el impulso de ir a luchar a España no fue algo repentino sino que se lo pensaron muy bien antes de decidir si su experiencia y sus servicios iban a ser de alguna utilidad para el pueblo español. Se llevaron sus propias botas y su propio uniforme con ellos. Conocieron a Joe en París y les cayó bien. Joe estaba loco, por supuesto, pero era inglés, y les daba un respiro de tantos franceses, alemanes y polacos como había en el tren hacia Marsella. Había otros dos ingleses allí pero se mostraron muy reservados durante todo el viaje, así que era normal que Joe se les uniera. Messer[30], el de la barbilla cuadrada y barba pelirroja, era comunista, pero no sabían nada acerca de Norman[31].

---

[28] Para más información, ver nota 19 en página 80.

[29] Arthur Ovenden nació en Folkestone, Inglaterra, en 1899, y fue uno de los primeros voluntarios en llegar a España junto a Harry Adley ("Tich") durante agosto de 1936. Ambos eran veteranos de la Primera Guerra Mundial. Arthur sobrevivió y regresó con Esmond a Inglaterra pero Harry murió en Boadilla el 19 de diciembre.

[30] Martin Messer (¿???-1936) nacido en Glasgow y residente en Londres. Luchó en el Cerro de los Ángeles y en la Ciudad Universitaria donde fue herido el 1 de diciembre. Murió en Boadilla el 19 de diciembre.

[31] Lo más probable es que Esmond se refiera aquí a Philip Norman, natural de Londres que estuvo en España desde principios de noviembre de 1936 hasta finales de diciembre de 1936. Abandonó a los Thaelmann tras la decepción del Cerro de los Ángeles pero regresó justo antes de la batalla de Boadilla.

Éste era amigo de Messer y era católico, por lo que no contaba con el mismo tipo de credenciales. Además, estaban Jerry y Aussie.

* * *

A Aussie[32] no le gustaba Francia. Era un vagabundo australiano, de treinta años, que aparentaba cuarenta. Realmente se llamaba Whateley pero para nosotros era Aussie. En el caluroso agosto de 1936, solía dormir en los bancos de los bulevares de Montparnasse. No tenía amigos. Había conseguido empleo en un buque de carga en ruta desde Méjico a El Havre, pues le habían dicho que encontraría trabajo allí. No hablaba francés, aunque ahora tras seis meses vagando por caminos y durmiendo en los bancos de los parques podía entender bastante. Pero nadie tenía tiempo para malgastarlo con un hombre que no sabía el idioma. Así que Aussie echaba de menos Méjico, quería regresar con aquellos campesinos generosos cuyo credo les prohibía negar el alimento a los transeúntes sin dinero. Llamaba a las puertas de las casas en Francia y recibía grandes trozos de pan, de centeno, pan negro, pan en abundancia pero siempre pan. Aussie había pasado diez años en Méjico. Poseía toda la amabilidad de los españoles pero nada de la inteligencia fría y rápida de los franceses. Había una guerra en España: estaba bastante claro para él que se trataba del eterno conflicto entre el campesino y el terrateniente, el trabajador y el capitalista. No necesitaba leer ningún libro para llegar a esa conclusión.

Pero en aquel banco de Montparnasse en agosto, Aussie había tocado fondo. Lo sabía. Sabía que en un mes o dos ya no se preocuparía ni siquiera de conseguir pan. El espíritu que le había impulsado a viajar desde Australia a Inglaterra, y luego a recorrer 400 kilómetros por los pueblos indios de Méjico ya había muerto. La gran sofisticación de los cafés parisinos era demasiado para él. Pensaba en volver a Inglaterra. Pero pronto sería invierno. Inglaterra y los ingleses no le auguraban buenas perspectivas cuando hacía frío. Le iría incluso peor que en París.

Así que Aussie se presentó en la sede de una sociedad de beneficencia católica y les dijo que quería ir como voluntario a luchar por el pueblo espa-

[32] Su nombre real era Richard "Dick" Whateley (1906?-1943) y había nacido en Melbourne, Australia. Fue repatriado en julio de 1937 y murió de neumonía en septiembre de 1943.

ñol. La asociación le dio diez francos y un billete de tren para Marsella. Allí fue donde conoció a Jerry[33].

Jerry se apellidaba Fontana. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda: los había perdido en una explosión en una fábrica de municiones en América. Tenía un empleo como estibador en Marsella. Pagaban bien pero Jerry pensaba que los servicios médicos acabarían costándole una fortuna si continuaba allí ya que era demasiado frágil para desarrollar aquel trabajo. A Jerry no le iba ningún tipo de política excepto la de cuidar de sí mismo. Sin embargo, cuando conoció a Aussie, consideró que no era mala idea eso de ir a España, así que se las arregló para subir al mismo barco en el que iban Aussie, Joe, Tich, Babs, Norman y Messer a Valencia junto con otros 2.000 voluntarios. Esto ocurrió cuatro días después de que yo me fuera, cuando yo ya estaba en Albacete. Jerry se hizo con unas cuantas pesetas durante el viaje pero no habló mucho. Aussie tampoco soltó prenda en todo el trayecto.

* * *

Lorrimer Birch[34] era comunista. Su comunismo lo demostraba todos los días de la semana. Nunca había conocido el hambre, la opresión o la lucha. Se había licenciado en Cambridge, tenía 24 años, trabajaba para un químico dedicado a la investigación, era un buen científico y vivía en Hampstead. Asistió a mítines callejeros, manifestaciones, desfiles y refriegas con fascistas. Birch no tenía muy claro que su trabajo en Hampstead fuera algo importante así que con el permiso de sus colegas decidió irse a España. Sus padres vivían en Australia. A sus amigos les dijo que su hermana estaba enferma y que tenía que ir a verla. Era un plan elaborado. Guardaba un diario de aquellos días donde relataba los detalles del engaño, la reacción de su chica a la que no le importó que se fuera y la indecisión sobre si viajar en un tren que sólo

[33] Jerry en realidad se llamaba Ettore Fontana. Era un americano de ascendencia italiana que había sido deportado y que se unió al grupo de voluntarios en Marsella donde trabajaba como estibador. En algunos listados aparece como desertor pero por la información que ofrece aquí Esmond simplemente pidió permiso para marcharse y le concedieron irse a trabajar a una fábrica de munición de Barcelona (ver p. 226).

[34] Lorrimer Birch (1912-1936) había nacido en Londres y había llegado a España en septiembre de 1936. Era un marxista ortodoxo y miembro del Partido Comunista británico. Ex-alumno de Cambridge, trabajaba como científico y cuando llegó a España ayudó a formar la Centuria "Tom Mann" en Barcelona. Luchó en el Cerro de los Ángeles, en la Ciudad Univeristaria y en Boadilla donde murió el 19 de diciembre.

ofrecía primera y segunda clase. Su diario relata también que pensó mucho sobre la posibilidad de si escribir o no su testamento antes de partir. En el viaje hasta Francia y después hasta la frontera española, empleó todo su tiempo en aprender español. Luego pasó dos días en la pequeña villa de Cerbère hasta que sus ideales comunistas le empujaron a traspasar la frontera.

Cuando llegó a Barcelona (a principios de septiembre), Birch se convirtió en uno de los primeros miembros de la Centuria Inglesa Antifascista "Tom Mann". El comandante de ésta era un hombre de Stepney llamado Nat Cohen. Los otros eran Bill Scott[35], irlandés y ex-miembro del IRA; Raymond Cox[36], un joven oficinista de Southampton; David Marshall[37], un chico de 23 años que había sido voluntario en el Comité de Ayuda Social y que llevó ejemplares de las obras de Keats, de Swinburne y de Shelley a Barcelona; y Sydney Avenger[38], un estudiante judío de la Universidad de Londres a quien llamaban Long Sid debido a su volumen y estatura. Bill era irlandés, con lo que el caso era diferente, pero los otros tres aceptaron de buen grado el liderazgo de Birch. Lo mismo hizo Jock Gillian, un conductor de camiones de Gorbals, Glasgow. A Birch le agradaban todos. Aguantaba las groserías de Jock y la torpeza de Sid y el carácter irlandés de Bill. Y todos ellos respetaban a Birch y lo admiraban.

Estos hombres eran todos comunistas y todos, en mayor o menor medida, se encontraban bajo la influencia de Birch, y reconocían sus cualidades de liderazgo y organización. Keith Watson y Donovan eran los únicos que no compartían los ideales comunistas. Don era irlandés, y esto hacía que su caso fuera también diferente. Keith Watson se pasaba de cínico y se reía de Birch.

---

[35] Bill (William) Scott (1900-1988) era un irlandés nacido en Dublín. Fue miembro del IRA (Ejército Republicano Irlandés), del "Irish Republican Congress" y del CPI (Partido Comunista de Irlanda). Luchó en el Cerro de los Ángeles y la Ciudad Universitaria. Estuvo en España desde septiembre de 1936 hasta finales de marzo de 1937 y murió en Louth, Lincolnshire, Inglaterra, en 1988.

[36] Raymond A. Cox (c????-1936) había nacido en Southampton. Contamos con algunas anotaciones de su diario donde reseña impresiones muy interesantes sobre el grupo y las fechas exactas de los momentos más significativos. Sabemos que Esmond, a su vuelta, fue a visitar a la familia (1985: 146) por lo que muy probablemente fuera él quien le entregara dicho diario (ver fotografía en pág. 180). Murió en Boadilla el día 19 de diciembre.

[37] David Ronald Marshall nació el 27 de marzo de 1916 (tenía, por tanto 21 años, no 23) en Middlesbrough, cerca de Newcastle (Inglaterra). Llegó a Barcelona el 4 de septiembre de 1936. Herido el 13 de noviembre en el Cerro de los Ángeles, fue hospitalizado en Villena (Alicante) y repatriado en enero de 1937. Luchó en la 2ª Guerra Mundial y es autor de *The Tilting Planet*. Murió el 19 de octubre de 2005.

[38] Su nombre real era Sidney Avner y había nacido en Londres en 1915? Era miembro de las Juventudes Comunistas (YCL) y llegó a España en agosto de 1936. Luchó en el Cerro de los Ángeles, en la Ciudad universitaria y en Boadilla donde murió el 19 de diciembre.

Siempre andaba yendo y viniendo a Barcelona y no se tomaba ninguna de las reglas o normas lo suficientemente en serio.

No obstante, Birch era comunista antes que nada y formaba parte de su credo el colaborar de buen grado con gente que no le agradaba: tenía muy claro que sus ideas comunistas no tenían por qué interferir en la imparcialidad de sus opiniones. Su mejor amigo en Barcelona era Arnold Jeans. Jeans era el hombre misterioso del grupo; le faltaban todos los dientes de adelante, lo que introducía un toque cómico en su conversación. Hablaba inglés con un ligero acento extranjero y también sabía otros cinco idiomas. Nadie podía decir con seguridad si era ruso o letón o polaco. Se sabía que había vivido la Revolución Rusa cuando era un niño, que contaba con un pasado revolucionario, que le habían encarcelado, que había sido deportado de diferentes países y que tenía seis pasaportes en su poder. Por aquel entonces, no hablaba mucho ni se hacía notar pero Birch sabía que en realidad también era comunista.

Birch quería imponer una cierta disciplina pero insistía más en ejercer un control democrático. Fue él quien inspiró las Reuniones de Grupo, que pronto se convirtieron en el único acontecimiento importante durante todo el tiempo que pasaron en Barcelona. Los encuentros podían durar de dos a cinco horas y comenzaban con el presidente leyendo el orden del día, que habitualmente rezaba de la siguiente manera: Número 1, disciplina; Número 2, los camaradas franceses; Número 3, propaganda; Número 4, el asunto de Keith Watson; Número 5, deberes del comisario político. "Ahora pueden hacer sugerencias acerca del orden en que se deben tratar estas cuestiones". A esto sigue un debate de diez minutos. Como Keith y Donovan[39] no eran miembros del partido, Birch solía celebrar una sesión preparatoria con la facción comunista antes de cada Reunión de Grupo para decidir qué actitud debían tomar como tal facción. Keith hacía un montón de comentarios ingeniosos pero los que los apreciaban eran pocos. Birch se reía y Dave Marshall también. Prácticamente todo se reducía a eso, a reírse ya que también Don lo hacía aunque los comunistas no acababan de gustarle. Bill solamente sonreía.

Al igual que la mayoría de los irlandeses tranquilos, Bill Scott tenía una personalidad muy afable, y una forma tan sentida de decir cosas graciosas que las hacía aún más divertidas. A Birch le agradaba Keith y su experiencia urba-

[39] Keith Scott Watson (1911?- ¿???) y John "Paddy" Donovan (¿???-1971) no llegaron a sentirse identificados ni con el grupo ni con la misión encomendada, por lo que abandonaron tras el desastroso ataque al Cerro de los Ángeles. Keith regresó a Madrid y consiguió una carta de recomendación de Ludwig (Von) Renn para trabajar con Sefton Delmer para el *Daily Express*. Donovan, que dejó a los Thaelmann para regresar a Barcelona y unirse al POUM, había nacido en Dublín aunque, al igual que Keith, residía en Londres donde murió en 1971.

na sobre lo que Barcelona tenía que ofrecer en cuestión de ocio. A todo el mundo le caía bien Bill. Había sido miembro del Ejército Republicano Irlandés así que le eligieron responsable político.

La Centuria "Tom Mann" permaneció seis semanas en Barcelona. Hicieron algunos ejercicios de entrenamiento de tiro con ametralladoras y se lo pasaron bien. Se encontraban impacientes por ir al frente y a principios de octubre solicitaron dejar Barcelona para unirse a la sección internacional en Albacete. Su líder [Nathan Cohen] decidió quedarse. Unos meses más tarde le hirieron al encabezar un ataque en el frente de Huesca. Fue entonces cuando Lorrimer Birch fue elegido jefe del grupo.

Miembros de la "Tom Mann Centuria" en septiembre de 1936. Sosteniendo el estandarte, en ambos extremos, están Sydney Avner y David Marshall, que más tarde se unirían al grupo de Esmond. Delante de pie, aparecen Nat Cohen, Ramona y Jack Barry. Agachados están Tom Wintringham y George Tioli. (Fotografía tomada del libro *Los Internacionales. English Speaking Volunteers in the Spanish Civil War* de Antonio R. Celada, Manuel González de la Aleja y Daniel Pastor García, p. 22).

Capítulo 4

Cada mañana se colgaba en las paredes del cuartel la primera página del *Mundo Obrero*. Junto a ella, una reproducción de un artículo de un periódico ruso que anunciaba en titulares de cinco pulgadas que el peligro que acechaba a Leningrado en 1918 era mayor que el que se cernía sobre Madrid en aquellos momentos. Los alemanes habían colgado un comentario titulado "Disciplina". "Ensalzamos la disciplina". En francés había una exhortación para evitar que nos declararan inútiles para el servicio por coger enfermedades en los burdeles. No había mucho más que hacer, por lo que leíamos todos aquellos carteles todo el tiempo. Sin embargo, ahora había signos de cierta actividad. A algunos hombres se les habían dado fusiles y equipos, y al tercer día ya había 400 en formación en la plaza. Estaban muy bien equipados. Además de su equipaje reglamentario, llevaban un buen número de cacharros, cucharas y cuchillos colgando de los cinturones.

A la mañana siguiente [¿día 5 de noviembre?], el pequeño letón se dirigió a mí muy nervioso. "Ves, ya te decía yo que aquí había ingleses", dijo mientras apuntaba a un pequeño grupo de personas en la plaza que destacaban por su uniforme caqui, "pregúntales si puedo ir yo también. Yo también quiero ir con los ingleses", continuó. Birch y Marshall fueron los primeros a los que me dirigí. "¿Puedes darnos alguna información sobre este lugar?", preguntó Marshall.

Les pregunté si todos eran ingleses y cuántos había. "Hay dos grupos, uno inglés y otro escocés", dijo uno. "Veo que él es escocés", respondí refiriéndome a Jeans, que parecía ser el jefe pero me equivoqué con respecto a su acento. Me dijeron que habían elegido a Birch como jefe.

—Bien, ¿qué demonios va a pasar aquí?—, preguntó Birch. —Parece como si nos fueran a tener otra vez esperando aquí como ya sucedió en Barcelona—.

—Sí, habríamos estado mucho mejor en Barcelona—, se quejó Bill, el irlandés.

Me vi con Keith a la hora del almuerzo. Teníamos unos cuantos amigos en común en Londres. —¿Eres uno de los fieles?—, me preguntó.

—¿Fieles? ¿Qué quieres decir?—, pregunté.

—Miembro del Partido Comunista, quiero decir, ya sabes, ver la luz divina—.

Le contesté que pertenecía al Partido Laborista.

—Es una religión—, continuó —vas a terminar hasta arriba en las próximas semanas. ¿Te has unido ya a nuestro grupo?—

Le hablé de los rusos. — ¿Crees que yo podría unirme a ese grupo también?—, preguntó al final. —Nono suena a gloria—.

Después de comer vi a Sokolinoff pasar a toda velocidad por el patio con un fusil al hombro. Se acercó a tres de los rusos y les transmitió un mensaje. Fui a ver qué pasaba, parecía ser que todos tenían órdenes de coger pertrechos y munición. Quizás aquello quería decir que se dirigían al frente. "¿Qué hacemos? ¿Dónde lo conseguimos?", le pregunté.

—Esto no es para ti— dijo Sokolinoff, —sólo para los que hayan sido soldados—.

—¿Pero a dónde vais entonces?—, pregunté, — ¿No vais a hacer la guardia?—.

Me respondió simplemente "Madrid". Me eché a reír con sólo pensarlo. Imaginé que debían dirigirse al campo de entrenamiento. De todas formas decidí que no me dejarían atrás ahora que por fin pasaba algo (los últimos cuatro días habían sido demasiado largos). El pequeño letón no estaba muy entusiasmado pero le convencí para que averiguara qué estaba ocurriendo exactamente, y más tarde fuimos al almacén a recoger el equipamiento y los fusiles. Allí nos encontramos con una larga cola; todos fuimos rechazados ya que no había más equipos.

Más tarde, me encontré con Birch, Jeans y Marshall en la calle. Yo estaba con el pequeño letón, quien les saludó efusivamente. "¿Hay alguna posibilidad de decirle en letón que se vaya a tomar por el c...?" dijo Birch en voz baja. Esa tarde me llevé mis cosas y me uní al grupo de los ingleses, que tenían tres cubículos para dormir. "Por supuesto que tendrás que ser elegido, ya sabes, antes de unirte oficialmente a nosotros, pero no habrá ningún obstáculo. Esta noche hay Reunión de Grupo y lo formalizaremos entonces", añadió Birch.

Saber que habían recibido entrenamiento con ametralladora en Barcelona me tenía consternado. Al día siguiente, en el patio de armas, apareció ya por escrito la especialidad de cada uno. Alguien sugirió que debíamos reclamar nuestro estatus de servidores de ametralladoras totalmente entrenados por lo que yo no tendría de qué preocuparme. Lo que allí apareciera escrito no tenía por qué cambiar nada.

La Reunión de Grupo (y todas las reuniones posteriores) era el acontecimiento más importante. Con Birch como ponente y Marshall apoyando la moción, fui elegido miembro de forma unánime y recibí las felicitaciones de todos. Los dos temas principales de discusión en aquella reunión fueron la disciplina y la cuestión sobre la nacionalidad a la que debíamos unirnos. Éramos diez y estaba claro que no podíamos arreglárnoslas por nuestra cuenta. Estuvieron todos de acuerdo cuando hubo que elegir entre Francia o Alemania. Una mayoría de diez a uno optó por los alemanes. Ese uno era yo. Hubo duras críticas sobre los hábitos de "nuestros camaradas franceses" en Barcelona. El idioma fue el único argumento que se me ocurrió pero Jeans hablaba un perfecto alemán, por lo que podía hacer de intérprete. Jeans no habló mucho en la reunión. Birch, Keith, Bill y Marshall fueron los que más hablaron. No era difícil ver que la idea de estas reuniones se debía a la inspiración de Birch ya que siempre estaba hablando sobre el orden del día, sobre la elección de presidentes, y siempre andaba proponiendo acuerdos (aunque cuando yo me reía de todo aquello, él se reía también). Pasamos entonces a debatir el asunto de la disciplina.

Hubo un largo debate en torno a la cuestión de si el jefe debía tener poder para establecer los castigos. Finalmente se acordó elegir un tribunal de tres personas que decidieran esta cuestión después de que el jefe presentara acusación por mala conducta. Elegimos a Keith como uno de los miembros. Dijo que sería positivo que él fuera uno de ellos, ya que era uno de los mayores infractores y, por tanto, se podía confiar en él para encargarse de los otros a conciencia. (Y me habló de su última falta: "Ya sabes lo autoritaria que puede ser esta gente. Durante el viaje en tren hasta aquí, conocí a una chica muy agradable, así que me senté junto a ella en su compartimiento. Todo iba bien hasta que se acercó ese pedazo de tonto, Sid. Ese tipo estirado que se mete siempre donde no le llaman, vino a entrometerse y me dice: 'Eh, no puedes sentarte ahí, tienes que estar en nuestro compartimiento'. Así que le dije 'que te den por el c...', ¿y qué crees que hicieron? Me pusieron bajo arresto militar. ¡Arresto militar! Me fastidia toda esa cursilería de *estar en un estado de guerra* simplemente porque ellos no habían encontrado a nadie con quien liarse...").

Keith, Don y yo compartimos un cubículo. "Don ronca un poco" me advirtió Keith "pero es mejor que estar con Jock". Jock, que oyó el comentario se vengó adecuadamente, primero recriminándole y luego echándole un cubo de agua encima. Jock y Sid eran los alborotadores del grupo, sobre todo Jock. Esa noche pensé para mis adentros que era muy afortunado al tenerlos

como compañeros. En el fondo, temía que fueran a ser mucho más duros, más peligrosamente eficientes. Intenté clasificarlos. Era fácil hacerlo con personas como Birch, Keith o Marshall, también con Jock y Ray, que era paciente, amable y servicial. Lo puse con Birch y Marshall. En primer lugar, todos rondaban los 22 años. Sid era algo diferente. Después estaban Bill y Donovan, de Belfast y Dublín. Don me caía bien, aunque parecía estar un poco loco. Bill era un hombre eficiente, lo consideraba uno de los cabecillas. Por supuesto, era imposible establecer una categoría para Jeans.

A la mañana siguiente [¿día 6?], fuimos a visitar por turnos al comisario político. "Esto es para probar la solidez de nuestras convicciones políticas", dijo Keith. El comisario político había sido nombrado para supervisar todas aquellas cuestiones no relacionadas con lo militar. Se encargaba de los uniformes, la comida, las bajas del cuartel, las quejas, etc., y también de cuestiones políticas. El pequeño letón se unió a nosotros, aunque probablemente Keith y yo fuéramos los únicos que deseábamos que formara parte de nuestro grupo. Yo pensaba que lo haría más divertido, pero cuando vio al comisario le dijo que pertenecía a un partido, un "partido" que realmente no era más que una ciudad en Letonia. Jeans dijo después que tenía un historial turbio, y sobre esta base nos deshicimos de él. Tres meses más tarde, aún permanecía en Albacete comprando dulces y café con leche (siendo la leche un verdadero lujo), por lo que no debió desenvolverse demasiado mal.

El comisario era alemán. Nos preguntó nuestros nombres, edad, empleo de nuestros padres, si sabían que estábamos en España, a qué partido político pertenecíamos y, finalmente, preguntó "¿Por qué habéis venido a España?". Esta pregunta era fácil. El cartel que había en el cuartel tenía la respuesta: "Para acabar con el fascismo".

Estuvimos de guardia ese día y, por primera vez, me dieron un fusil. Birch me enseñó a cargarlo, me explicó cómo sacar el cartucho del cañón y ponerlo en la recámara. Yo aún no sabía cómo meter el cargador o cómo desmontarlo para limpiarlo. Se suponía que debíamos detener a cualquiera que saliera del cuartel y pedir la documentación a todos los que entraban. Yo estaba con Sid. "Hay que averiguar a cuántos podemos detener y mandar de vuelta. ¿Oíste al comandante felicitar a los ingleses por ser los mejores centinelas?", dijo.

Por la noche seguimos de guardia. Se unieron ya los alemanes que habían llegado aquella tarde. Birch había conocido a algunos en Barcelona pues habían formado parte de la Centuria Thaelmann y había luchado en el fren-

te de Huesca. Habían reconquistado Tardienta[40] y lograron entrar en Huesca. Se unieron a otros alemanes que habían venido en barco y ahora eran casi tan numerosos como los franceses. Estuvieron cantando en el cuarto de la guardia hasta medianoche (magníficas voces de bajo y tenor, por cierto). Uno de sus oficiales nos trajo las últimas noticias: "Toledo había sido reconquistada por las tropas del gobierno. Rusia estaba a punto de declarar la guerra a Alemania. Mil rebeldes se habían rendido en el frente de Madrid".

No obstante, otros rumores decían que Madrid había caído. No les dimos demasiado crédito. Todo este tiempo, los periódicos ingleses aseguraban que los rebeldes iban a entrar en Madrid. Para nosotros, aquello no era tan importante, tan real. Madrid no era en aquel momento el tema más común en los titulares de los periódicos de todo el mundo. Sabíamos perfectamente que si Madrid caía, la guerra continuaría[41]. Nunca imaginé que iríamos a Madrid. Aquel frente era uno de tantos.

Cuando Keith se fue a hacer la guardia, Sid se quedó en su colchón. Keith regresó al terminar su servicio y se puso muy furioso durante unos minutos. "Búscate otro lugar", murmuró Sid, pero Keith le golpeó en la pierna con la culata del fusil. Al día siguiente tuvo lugar una reunión para tratar el asunto y a Keith se le acusó de "agresión con arma de fuego". Incluso Ray comentó "Es algo serio, ¿sabes?". Keith y Sid nunca se llevaban bien.

Aquel día [¿día 8?] pudimos darnos un baño, fue la primera vez desde que llegué de Inglaterra. Birch me dijo que podíamos ir después al Café de Albacete ya que le habían dicho que allí había algunos ingleses. Aquello era motivo de chiste entre nosotros. Todos los días nos preguntaban si habíamos oído hablar de los 40 ingleses del campo de entrenamiento o del batallón irlandés de Madrid, así que le dije: "Seguro que son letones". Pero allí estaban, había nueve tomando café cuando llegamos. Un grupo muy diferente al nuestro, pensé. Mayores y más duros. Uno de ellos, el más corpulento y musculoso, fue el que se hizo cargo de la conversación que se reducía principalmente a quejarse de todo, de las condiciones y de la organización. Se llama-

---

[40] Interesante destacar que Esmond recuerda perfectamente este topónimo por lo que podemos deducir que sus compañeros lo repitieron con frecuencia en las conversaciones de aquellos días y probablemente mencionaron varios nombres del grupo de ingleses que murieron allí como la escultora, Felicia Browne que, como ya mencionamos en la Introducción (ver nota 11), murió el 28 de agosto de 1936.

[41] Como ya mencionamos en la Introducción resulta extraño que Esmond haga esta reflexión aquí. No parece tener una información correcta ya que Madrid sí estaba en esos momentos en los titulares de los periódicos de medio mundo. Más aún, la batalla de Madrid, según todos los analistas, era tan importante que si Madrid caía, muchos pensaban que la guerra se acabaría rápidamente.

ba Ovenden, aunque todos le llamaban Babs. No me di cuenta al principio de que los miembros de ese grupo poseían una de las mejores cualidades para sobrevivir en cualquier ejército: la habilidad para injuriar a todo el mundo y quejarse de todo: "Lo que hemos estado haciendo aquí es perder el tiempo, comer y esperar al rancho siguiente. Luego han comenzado con ese juego tan divertido que consiste en sacarnos de la cama a las seis de la mañana para desfilar y escuchar a un gordo cabrón desgañitándose en un idioma que no entendemos. Así que cuando intentaron levantarnos esta mañana, simplemente nos quedamos en la cama".

El más llamativo del grupo nuevo era un joven de barba pelirroja al que recordaba haber visto en la taberna Fitzroy [en Londres]. Se llamaba Messer. Los que más me interesaban de todo el grupo eran Norman y él. Norman vino a vernos esa noche y le pedimos que nos pusiera al tanto sobre los demás. "Veamos", dijo, "empecemos con Babs y Tich. Babs era piloto, tenía el título de piloto por haber estado en la guerra o algo así, creo que está un poco harto de que le fastidien tanto. Tich y él eran soldados, ya sabéis, siempre hacen sus propios planes para todo. Y luego está Messer, que está conmigo".

— ¿El de la barba?—, pregunté.

—Sí, ese es. También está el pequeño americano con el que nos topamos en Marsella, Jerry, le llamamos; y el tipo que vino con él, Aussie, que es algo raro. Hay otro tipo, pero he olvidado su nombre, creo que es estudiante, un tío un poco cursi. Y luego, por supuesto, está Joe—.

— ¿Es ese tío con tan buena planta, de cara roja y gafas?—, preguntó uno.

Norman suspiró. "Bueno, os contaré lo que sé sobre él. Cuando vino aquí se trajo un uniforme completo de camisa negra que, según él, había robado del cuartel general fascista en Luton. Se ha comprado un traje nuevo para volver a casa y recorrer de esa guisa la calle mayor de Luton. ¿Te imaginas? Tiene una colección asombrosa de brazaletes, anillos y demás, dice que son para las señoritas españolas. Va coleccionando más y más pertrechos, cuchillos, trozos de cuerda y vendas viejas".

Norman nos contó que él mismo había estado conduciendo camiones durante los últimos días. "Conocí a un amigo tuyo", comentó, "el tipo con quien trabajo, un conductor ruso. Un hombre increíble, no puede resistirse a la bebida, siempre que salimos tenemos que parar para beber algo. Estoy tan dispuesto a vivir de gorra como cualquiera pero ese tipo es un gorrón de marca mayor. Aún así, es un mecánico fantástico. Cuando llegaron aquellos camiones desmontó todos los motores ya que las instrucciones estaban escritas en ruso. Era el único que podía entenderlas. Dios sabe qué hubieran

hecho sin él". Los camiones rusos nuevos que retumbaban por las calles cargados de ropa y municiones se habían convertido en un espectáculo familiar en Albacete.

Sólo vi a A. una vez más. Nos bebimos una botella de vino y recuerdo que dijo: "Todo esto es muy interesante. Algunos hombres quieren ir ya a luchar en seguida. Son tontos, hay mucho que hacer aquí". Nunca volví a ver a los otros rusos.

* * *

Al día siguiente [¿día 9?] era mi octavo día en Albacete. Nos dijeron que hiciéramos el macuto y nos fuéramos a otro cuartel donde se encontraban los demás ingleses. Esta vez me fijé en Joe en seguida. Me dijo: "Necesitas un corte de pelo, tengo unas tijeras arriba, si subes rápido y las traes, te doy una pasada ahora mismo".

—No sé si esta gente vendrá con nuestro grupo o no, o si me aceptarán como líder—, dijo Birch. Mientras él me contaba esto, yo intentaba seguir atentamente la historia que Norman estaba contando.

André Marty estaba allí de pie con un pequeño grupo en un balcón. Se parecía a la escena del cuartel de Valencia. Su discurso duró media hora, y tomé notas para traducirlas a los otros después. Entre otras cosas, dijo: "El pueblo español y el ejército del pueblo español aún no han acabado con el fascismo. ¿Por qué? ¿Por falta de entusiasmo? Mil veces no. ¿Por falta de coraje? Yo digo diez mil veces no. Aún así no han vencido. Les hacen falta tres cosas, tres cosas esenciales para alcanzar la victoria, tres cosas que debemos tener y tendremos. La primera es la unidad política; la segunda, mandos militares; la tercera, disciplina".

Explicó aquellos temas con todo lujo de detalles. Señaló que aquéllos que venían a luchar a esta guerra no eran comunistas, socialistas, republicanos o radicales. Eran antifascistas. Cuando habló sobre mandos militares, presentó al hombre regordete de su izquierda, con su historial de lucha en el Ejército Rojo de Rusia y China, el general Emilio Kleber[42]. El rugido de los aplausos

[42] Emil Kléber (1896-1954), llegó a ser conocido como "el defensor de Madrid" y estuvo al mando de la XI Brigada Internacional. La campaña de prensa que le convirtió en el salvador de Madrid generó cierto resentimiento entre los militares españoles y el general Miaja terminó destituyéndole. Su nombre real era Manfred (Lazar) Stern y había nacido en el seno de una familia judía en Woloka, un pueblecito de la Bukovina, provincia del antiguo imperio austrohúngaro cercana a Ucrania. Cuando servía como capitán en el ejército imperial

dio la bienvenida a Kleber, que dio un paso adelante y saludó con el puño cerrado en alto. Perdí el hilo de la siguiente parte del discurso, tras la presentación del comisario político de la Brigada.

Después anoté: "Los hay que están muy impacientes, que querrían ya marchar al frente, sin el entrenamiento y las armas adecuadas. Yo os digo que aquéllos que difunden esas ideas, por buenas que sean sus intenciones, son unos criminales. Nos estamos preparando para una guerra, no para una masacre. Cuando la primera Brigada Internacional entre en acción, sus hombres habrán de estar debidamente entrenados, portarán buenos fusiles y estarán debidamente equipados". Me perdí el resto del mensaje hasta el final que terminó así: "Camaradas, esta noche os vais al campo de entrenamiento. Si queréis ser buenos soldados en esta lucha, entrenaros bien, aprended bien".

Nos contaron que los miembros del Batallón Thaelmann estaban deseosos e impacientes porque los ingleses entraran a sus filas. Vitoreamos a los Thaelmann y a los camaradas alemanes. "Tres vivas por los camaradas ingleses que han venido a luchar con nosotros", añadió su jefe.

El batallón se dividía en compañías, las compañías en pelotones de 30 hombres, y los pelotones en grupos de diez. Formamos el tercer pelotón de la primera compañía con una docena de flamencos y unos cuantos alemanes. El jefe del pelotón era un prusiano alto y fuerte con cara de mafioso llamado Paul [Wolf] , y por encima de él estaba Max [¿Doppler?], el capitán de la compañía, un hombre más pequeño, más aseado y menos greñudo, pero más prusiano si cabe. Jeans era nuestro intérprete.

"Paul quiere que temporalmente sea el jefe del grupo inglés debido a las dificultades que tenemos con el idioma. Es decir, sólo si todos estáis de acuerdo...", nos dijo. Hubo algunos murmullos, pero todos parecían estar de acuerdo. "Debe haber dos grupos. Formad ahora para comprobarlo", continuó Jeans. Birch era el jefe del segundo grupo, y Keith, Don y yo nos las arreglamos para permanecer juntos. Jeans nos dijo que no sacáramos nuestro equipo hasta después de la cena. Había comenzado a llover un poco y caminamos chapoteando en el barro casi un kilómetro hasta una cocina enorme, donde se servía sopa y carne sobre unas grandes mesas apoyadas en caballe-

---

fue capturado en 1917 por los rusos y enviado a Siberia. A la caída del Zar fue liberado y, como muchos otros judíos austrohúngaros, se unió a la Revolución Rusa. Más tarde, huyó a Canadá (él afirmaba haberse naturalizado canadiense), donde se enroló con la Fuerza de Expedición canadiense y volvió a Rusia, y allí, durante la guerra civil, se pasó al bando soviético alistándose en el ejército. Desde Rusia viajó a China en 1932 y luchó con las fuerzas comunistas contra Chiang Kai-Shek. En 1935 retornó a Moscú y en septiembre de 1936 llegó a España. Trabajó para la Komintern y para la inteligencia del Ejército Rojo pero, tras Brunete, en 1937 fue llamado a Moscú y deportado a un campo de concentración soviético.

tes. Se respiraba un buen ambiente, como si fuera el último día del colegio. Joe llevaba la voz cantante de nuestro grupo. Cuando arrancamos con *Tipperary*, Chris se quejó: "Por el amor de Dios, dejad de cantar esa estúpida canción, es burguesa e imperialista. ¿Creéis que va a gustarle a nuestros camaradas alemanes?" Sin embargo, a ellos les gustó y siempre nos pedían que la cantáramos de nuevo. Chris[43] era un estudiante de Oxford.

Durante la cena hubo otro pequeño incidente. Don estaba bebiendo demasiado y parecía dispuesto a arrojar más bolitas de pan que nadie por la mesa. Mientras se servía otro vaso, Jeans le dijo: "¡Bah! Eres un idiota, Donovan, te vas a emborrachar del todo". Alargó la mano y tiró al suelo la botella de vino. Entonces Don le tiró su plato de arroz con carne a la cara. Ambos se disculparon en seguida, pero la tensión en el ambiente siguió notándose un buen rato. Después de todos los preparativos, esa noche todavía no nos fuimos.

A la mañana siguiente [día 10], estábamos equipados con uniformes de gruesas chaquetas caqui y pantalones de pana marrón, fusiles, cinturones, botas, calcetines, platos, cuchillos, cucharas, tazones y todo tipo de ropa interior. Los pantalones eran de talla única, y además muy grande, así que, o nadábamos y nos revolcábamos dentro, o cortábamos 20 pulgadas de las perneras. Yo estaba como intranquilo con todas aquellas pertenencias y muy preocupado por si las perdía. Antes de irnos nos dieron además una manta.

Tras una caminata sofocante hasta la estación, con la manta y el macuto deshaciéndose continuamente, tuvimos que esperar una hora hasta que llegó el tren. Al final, cinco de nosotros nos apiñamos en un pequeño compartimiento. Don se había hecho con dos botellas de vino blanco y unas albóndigas, así que nos acomodamos para disfrutarlas. Paul golpeó las puertas gritando furioso algo en alemán. Sonreímos, así que Jeans volvió para interpretar el mensaje y nos dijo que a partir de aquel momento fusilarían a todo aquel que fuera encontrado borracho. Jeans parecía sentirse a disgusto con todo aquello, y dijo que creía que su presencia parecía molestar un tanto a Don, así que la próxima vez iba a mandar a Birch a dar las órdenes. Salí a hablar con Birch al pasillo. "El alboroto que ha formado Don es ridículo", dijo él.

---

[43] Se refiere aquí Esmond a Christopher Thornicroft (1915-2001) nacido en Worthing, cerca de Brighton que trabajó como mecánico y en los servicios sanitarios. Estuvo en España desde el 12 de septiembre de 1936 hasta finales de 1937 cuando fue repatriado con tifus. Luchó con los Thaelmann en el Cerro de los Ángeles, en la Ciudad Universitaria y después en Jarama y en Brunete.

Estación de Villacañas (Toledo) donde llega el grupo de Romilly el día 11 de noviembre de 1936. Pocos días después, el 16 de noviembre, como muestra la imagen tomada al día siguiente, el edificio sería bombardeado. (Fotografía: Cortesía de la familia Porrero-Aparicio).

Llegamos al pequeño pueblo de Villa Franca [Villacañas][44] a las seis de la mañana [día 11]. Durante el final del trayecto estuve preguntándome cómo haría para abrocharme y juntar todos mis pertrechos cuando llegáramos a nuestro destino. Yo, al contrario que Keith, lo conseguí. Se le había roto la hebilla del cinturón, el punto clave. Una vez que pasa eso, las cartucheras se resbalan del cinturón, los tirantes se desprenden y se te caen los pantalones, así que debes elegir entre dejar que se te caigan o soltar el fusil. Todo esto le ocurrió a Keith. Don y yo sudamos la gota gorda para recogerlo todo, pero antes de que estuviéramos listos el resto de la compañía ya se había largado al cuartel.

Tras el desayuno, Tich nos aleccionó sobre los fusiles. "Tú sabes sobre el tema, ¿no es así, Tich?", le preguntó Jeans. Tich contestó: "Por supuesto, en el Ejército Británico nos enseñaban a cuidar las armas y lo primero que te enseñaban era cómo mantener limpio el fusil". Al interesarnos por esto, nos comentó "Cuando uno está en las trincheras, digamos que una hora antes de que suene la sirena por la mañana, se procede a la inspección de los fusiles y a aquéllos que no los han limpiado no se les dispensa su ración de ron".

A mi lo que me resultaba más difícil era el percutor. Cada vez que intentaba levantarlo, salía disparado y me hacía daño en el dedo pulgar. Me tranquilicé cuando Tich me dijo "mejor déjalo, hijo, no querrás fastidiarlo todo con el aceite y demás". Birch protestó y dijo que era necesario engrasar el percutor; yo, en cambio, nunca más volví a desmontar el fusil después de aquello.

---

[44] Una vez más Esmond confunde los topónimos. Según la descripción de Luigi Longo (1966: 76) en realidad llegaron en tren hasta Villacañas, (a 58 kilómetros de Chinchón) en la provincia de Toledo y desde allí fueran trasladados en camiones hasta Chinchón. También en la provincia de Toledo (cerca de Alcázar de San Juan) hay una Villafranca de los Caballeros pero la línea de tren de Albacete a Madrid no pasa por allí y está a 101 kilómetros de Chinchón por lo que difícilmente podrían haberse apeado en esa localidad. Alexei Eisner (1972: 75-107) hace una descripción mucho más detallada tanto del viaje como de los enfrentamientos en el Cerro de los Ángeles pero no nos ofrece el nombre concreto del pueblo en el que los brigadistas se apean. Sí ofrece una descripción amplia de los alrededores de lo que él denomina como "apeadero", incluyendo una alusión a una iglesia cercana que se corresponde con la actual Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, por lo que no hay duda alguna de que se apean en Villacañas.

A las once en punto atravesamos la ciudad y nos dirigimos hacia un terreno llano colina arriba. Era una ciudad de calles estrechas, empedradas y embarradas, con viejos y niños observándonos boquiabiertos. Cuando nos detuvimos, Jeans nos dijo que íbamos a practicar algunas maniobras, que uno de nuestros oficiales había sido coronel en el Reichswehr[45], y que nos enseñaría las últimas técnicas que usaba el ejército alemán.

Pronto se presentó una dificultad y parecía ser él el único que conocía la respuesta. El secreto era la formación triangular en forma de flecha. El batallón se dividiría así durante el ataque, y luego las compañías, hasta llegar a unidades de tres. Había otra división: de cada grupo de diez la mitad sería un pelotón de ametralladoras ligeras, y el resto iría delante del pelotón para protegerlo y cubrirlo con fuego de fusil. Practicamos estas maniobras durante una o dos horas.

— ¿Y qué hay de los tanques enemigos?—, preguntó uno. — ¡Acercaos lo máximo posible!—, fue la respuesta.

Las maniobras, que siempre fallaban debido a la mala coordinación y a la falta de comprensión del plan general, pararon de repente al llegar un motorista a toda velocidad con un mensaje para Max.

—Lo siento. Quería que todos vosotros tuvierais un período de instrucción exhaustiva de al menos dieciséis días. Lo siento. Nos vamos al frente inmediatamente—, añadió Max antes de que le interrumpieran los vítores de los hombres. —Iréis en camiones. No sabemos dónde está el enemigo. Si los camiones se detienen, salid en seguida, buscad refugio en la casa más cercana y estad preparados—.

Tras escuchar este mensaje, lo único que podía sentir era un gran entusiasmo. La perspectiva de la "instrucción" me gustaba menos. Sin embargo, mi ánimo decayó en cuanto comenzamos. Decayó porque tuve otro violento ataque de diarrea. Estábamos todos apiñados, más de 20 hombres con sus equipos en camiones para un máximo de 15, imposible estirarse o agacharse, bamboleados por el pésimo estado de las carreteras y zarandeados por un viento cortante que afectaba aún más mi estómago.

Se me debía estar poniendo la cara verde, porque alguien se inclinó hacia adelante para pedir a Paul, que iba sentado delante con el conductor, que me cambiara el sitio. Se estaba mejor delante. Antes de salir habían repartido latas de pescado, pan y granadas, y el hedor de toda aquella comida me hizo vomitar.

---

[45] Parece que el oficial es el coronel Ludwig (Von) Renn (ver nota 57), al que Esmond se referirá más tarde. El Reichswher era el nombre del ejército alemán tras el Tratado de Versalles. Al llegar al poder, Hitler lo convirtió en la poderosa maquinaria bélica conocida como Whermacht.

En lo que alcanzaba la vista tanto por delante como por detrás, había una hilera interminable de camiones por la carretera. Al pasar por algunas pequeñas poblaciones durante el trayecto, una multitud de hombres, mujeres y niñas se juntaban en la plaza y gritaban: *"¡Salud! ¡Salud!"; "¡Salud! ¡No pasarán! ¡No pasarán!"*. Era un espectáculo conmovedor pero yo estaba demasiado ocupado con mi estómago como para poder responder a aquellas entusiastas ovaciones. Al final ya no pude contenerme. El conductor se detuvo a un lado de la carretera, y los demás camiones rugían al adelantarnos. Media hora más tarde el conductor volvió a detenerse por mí culpa cerca de un cortijo. Seis veces tuve que parar a lo largo de aquel día.

Un camión similar a éste, utilizado para el transporte y la evacuación, es al que se refiere Esmond en este pasaje. [Fotografía: Cortesía del Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración. Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (F/00938)]

En la trasera del camión, los ánimos con los que salimos por la mañana habían desaparecido por la tarde. Cuando los camiones atravesaban ya la fría noche, estábamos apiñados, cansados, helados y no parábamos de quejarnos. Los "camaradas flamencos" habían bebido mucho vino por el camino, y uno de ellos en particular, un hombre atractivo, rubio y de ojos azules, estaba tumbado en el suelo, aumentando la incomodidad de los demás. Las instrucciones con respecto a la inminencia de un ataque enemigo ya las habíamos olvidado (los errores del traductor tuvieron mucho que ver). A nadie le importaba nada salvo el frío y la incomodidad. Cerca de medianoche llegamos a Chinchón, una localidad dispersa con un pequeño mercado. Los camiones pararon y descargaron sus exhaustos fardos. En la oscuridad era difícil distinguir entre equipajes, mantas o fusiles. Di la vuelta a uno de los bultos que había al lado del camino, pensando que era el mío. "Ni se te ocurra tocar eso, hijo de p... ", gritó alguien. Al final, encontré mi equipaje. Esperamos media hora en la calle. "Por el amor de Dios, haz algo", dijo Keith. "¿Quién se viene a buscar un sitio dónde dormir ahora mismo? Esta noche me niego a seguir. Encontraremos por ahí una

casa que nos servirá". "No harás nada de eso", se oyó la voz serena pero autoritaria de Tich. "Este es un ejército, muchacho. Puedes ir tú si quieres, pero creo que todos los demás tendrán la sensatez de esperar aquí hasta que Jeans regrese".

Finalmente nos encontraron un lugar donde dormir. "He conseguido una cama", dijo Keith, "una especie de hamaca que encontré ahí dentro. Es mejor que la uses tú si estás enfermo".

—Estoy bien—, dije —ya he colocado mis cosas en el suelo, estaré bien—. Entonces tuve que salir pitando de nuevo y crucé la carretera hasta una taberna llena de humo donde había unos hombres bebiendo anís. Entré corriendo, cargado con el fusil para estar seguro de que no lo perdería, y balbucí unas palabras:

—*¿Dónde está el excus... el excusado?*—. Cuando salí me sirvieron leche caliente y lamentaron mi estado, lo que me hizo sentir mejor. Dormimos unas dos horas. A las tres de la mañana [día 12] nos despertaron, y caminamos pausadamente hasta la plaza para meternos en los camiones de nuevo. Vi a Birch con una caja de munición en la mano y discutiendo acaloradamente. A su lado, Jeans le decía: "¡Deberían haberla traído entera! Sabe Dios cómo vamos a repartirla ahora". Volvimos donde estábamos alojados y nos dieron 150 balas a cada uno. Los cartuchos estaban en sus cartucheras, así que se planteaba también la dificultad de conseguir que cupieran en la bolsa de munición. Y encima nos dieron más cartucheras extra con 50 cartuchos para echarlas al hombro. "No podemos llevar ya tantos bártulos aunque lleguemos a necesitarlos", dijo Joe. Íbamos cargados como mulas. Yo ya tenía suficiente con lo que llevaba. No podía imaginar nada peor que llevar más plomo encima. En el camión nos dieron algo de jamón pero nada de beber.

—Es muy sencillo. No es que no quieran darnos la comida que necesitamos. He oído que el camión de los víveres está todavía de camino porque se equivocaron de destino. Ha habido sabotaje por parte del alto mando español[46]. Por eso no había nada listo para nosotros. No sabían que veníamos. Cuando lleguemos al frente, tendremos comida como Dios manda—, nos explicó Jeans.

Max se soltó con un discurso del que sólo entendí algunas palabras: "*Genossen, Genossen, allen treuen!*" [*¡Camaradas! ¡Camaradas! Todos leales*].

---

[46] A este contratiempo se refiere Luigi Longo cuando escribe: "El jefe del sector es el coronel Casado, quien no se preocupa por explicarnos el sentido y los detalles de la operación para la que hemos sido llamados... No nos inspira ninguna confianza este coronel, que nos parece escéptico, incrédulo, indiferente a la operación que iniciaremos bajo sus órdenes. Me aseguran que es republicano únicamente porque en el momento de la rebelión se encontraba en territorio republicano y no ha podido reunirse con Franco" (1966: 78-79).

Nos dijeron que iba a haber un gran choque de infantería: tendríamos a los polacos a nuestra derecha y a los españoles a la izquierda. En el camión, todos empezaron a intercambiarse las direcciones de hermanas, madres y esposas. Era difícil no sentir cierto dramatismo. "Tú agáchate y deja que disparen los demás", me dijo Keith.

Pero fue una falsa alarma. Volvimos a nuestro alojamiento a las cinco de la mañana y dormimos profundamente unas horas en un suelo de piedra.

Al levantarme por la mañana [día 12] me sentía mejor. Vi a Norman en el lavabo a las diez en punto y nos saludamos efusivamente. "¿Han llegado ya los periódicos?", preguntó. Más tarde, Keith, él y yo fuimos a beber anís a una pequeña taberna en la plaza. Norman se mostraba alegre y cínico. Nos enseñó a cantar *You're in the army now, O you're in the army*[47]. "Una sandez esto de la guerra", comentaba. "Te sientas en la trinchera, asomas la cabeza y al mínimo descuido te la llenan de plomo". Nos bebimos un tercer vaso de anís, sólo costaban diez céntimos cada uno. Él silbaba y seguía hablando: "Lo que daría yo por despegar desde aquí en un bonito avión de *Imperial Airlines* y viajar en primera clase hasta Croydon, y luego hasta ese bendito Londres envuelto en niebla".

Ese día la palabra "disciplina" estaba presente en todas partes. Cuando tratamos en profundidad algunos temas después del almuerzo, Bill nos dijo: "ahora os contaré mis impresiones, señores, por si sirven de algo: creo que Paul y los demás camaradas alemanes nos han aceptado pero no van a tolerar ni el más mínimo conato de desobediencia ni tonterías por el estilo de parte del grupo de los ingleses".

—Eso es autoritarismo prusiano—, se quejó Keith aunque estaba en minoría.

Durante la cena tuve una conversación con Chris. Era el que menos me gustaba del grupo y me dijo: "Veo que el mayor problema al que nos enfrentamos es tener que aguantar a camaradas que no nos gustan. Eso siempre es difícil". Hablamos largo y tendido sobre ello y acto seguido empezó a caerme mejor.

Antes de irme a dormir, Marshall me cortó el pelo. Me sentí mejor después. Preguntamos a Jeans si creía que sonaría la alarma aquella noche.

---

[47] Se trata de una canción de la Primera Guerra Mundial en la que se ironiza sobre la figura del soldado y del héroe. El grupo de Esmond está empezando a caer en la cuenta de que una cosa son las promesas y el romanticismo, y otra muy diferente la dura realidad del frente. La letra de la canción, "ahora ya estás en el ejército"... [pero no es lo que soñabas], contextualiza perfectamente el sentimiento de recelo del grupo y rezuma un trasfondo cínico y cáustico. Hay una versión moderna de *Status Quo*.

"Seguramente no", respondió, aunque todo era posible. Jeans estaba pendiente de todo, prácticamente las 24 horas al día, y asistía a reuniones del Estado Mayor, haciendo de intérprete de alemán, polaco o yugoslavo durante horas. Se le notaba muy cansado pero era muy eficiente. Esa noche compartió una pequeña antesala con Keith y conmigo. Había un crucifijo en la pared y una docena de velas encubiertas bajo la alfombra. Eso era lo más destacable en aquella habitación.

Paul Wolf (a la izquierda), jefe alemán del pelotón de Esmond (se le menciona con frecuencia en el relato), junto a Bernabé (comisario de guerra español). Ambos pertenecían al Batallón Thaelmann. [Fotografía: Cortesía del MINISTERIO DE CULTURA, Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca. PS-Fotografías, caja 28, lámina 2292, nº 8].

André Marty (ver nota 26, p. 96) junto a Luigi Longo (ambos en el centro) y otros dirigentes de las Brigadas. [Fotografía tomada del libro *Las Brigadas Internacionales. Imágenes para la historia.* (Cortesía del CEDOBI)].

Capítulo 5

La cama sobre el suelo resultaba cómoda. Lo iba pensando a medida que me iba dando cuenta de que aún era de noche y que en la habitación contigua hacían mucho ruido. Keith parecía una bruja vieja. Los dos pensábamos en una sola cosa: ponernos el equipo lo más rápidamente posible. La primera parte era fácil; sólo había que abrochar unos cuantos botones y ponerse los jerséis y el abrigo. Después venía el cinturón. Ese paso era más problemático. Tal vez habría sido mejor ponernos primero los tirantes y abrocharlos después al cinturón, pero si lo hacíamos así corríamos el riesgo de que se salieran las cartucheras. Luego llegaba la parte más complicada de todas. Los tirantes ya estaban sujetos a las tres cartucheras, las dos de delante y la de detrás, así que intenté ponérmelos sin desabrocharlos del cinturón. Ahí sufrí mi primer revés. Los tirantes estaban tan tensos que me fue imposible, así que tuve que desabrocharlos de las cartucheras y pedir a Keith que me ayudara con la de atrás. Marshall ya había llegado, aportando un cierto optimismo a la situación. Después llegó Jock y dijo: "¡Válgame Dios!, ¿pero todavía no estáis preparados? Ya sabéis que los fascistas no esperan".

—¡Por Dios, Jock, quítate de en medio!—, exclamó Keith. —Si quieres hacer algo útil, enrolla esas mantas en vez de hacerte el gracioso—.

—Enrolla tú tus p... mantas, me cago en la p... —Normalmente, cuando Jock utilizaba esas palabras (que era casi todo el tiempo), las pronunciaba medio escupiendo y sacando los labios hacia fuera.

Yo cogí mi manta, que estaba extendida en el suelo y la enrollamos como si fuera una salchicha. Me alegré de que enrolláramos la mía primero ya que eso significaba que Keith iría detrás de mí. Por suerte, encontré un trozo de cuerda en el bolsillo y, mientras Keith sujetaba la manta, até los extremos. Este paso suponía a menudo un obstáculo a la hora de prepararme ya que, al no tener nada a mano, me tocaba esperar a que estuvieran preparadas el resto de las cosas y buscar entonces algún cordón viejo en condiciones. En cuanto a la manta, casi todo el mundo la envolvía con cuidado como si fuera una pelota y la sujetaba a la mochila para llevar a la espalda las dos cosas a la vez. Pero la única vez que probé ese método, se deshacía constantemente y no me

gustaba llevar todo el peso junto, así que normalmente optaba por llevar la manta aparte sobre el hombro izquierdo.

Cuando ya estuvimos todos listos y yo me hube asegurado de que tenía el fusil adecuado, me sentí más optimista. Ya no estaba preocupado. Enseguida nos dispusimos a formar filas fuera del cuartel. Hacía mucho frío. Como de costumbre, hubo un poco de confusión inicial hasta que cada uno se colocó con su grupo. Ray y Lorrimer estaban forcejeando con la ametralladora ligera y sudando tinta para encontrar a voluntarios que llevaran la munición. Y ojalá hubiera sido yo uno de ellos porque poco después Jeans llamó a dos hombres y los pobres volvieron tambaleándose cargando unas cajas cuadradas llenas de munición para los fusiles. Keith y yo cogimos una caja entre los dos. Daba igual cómo la llevaras, te hacías heridas de todas las maneras. La podías coger del asa pero la cuerda estaba tan raída por el uso que te cortaba las manos. Otra posibilidad era cogerla por la apertura de la parte superior pero era de metal, e irregular. La verdad es que lo mejor era que la llevara una sola persona sobre el hombro pero era una carga tremenda y se necesitaba la ayuda de otro hombre para levantarla.

Anduvimos unos 400 metros hasta llegar a un lugar donde servían café caliente con coñac, pan y jamón. Tuvimos que esperar un buen rato y me di cuenta de que Messer no estaba. Norman me dijo que le dolían mucho las muelas y se había quedado de guardia en el edificio. Jock comenzó a cantar. La originalidad no era su punto fuerte así que eligió una conocida canción sobre un héroe que se tiraba a una doncella y... como no se lo había hecho nunca antes con nadie, ya sabes. Joe seguía disponiendo de ollas y cazuelas de todo tipo, como siempre ("puede que necesites éstas, chaval, pueden pasarse días sin que toméis algo caliente").

Norman se puso a contar historias sobre dos gallinas y después cantó una balada muy divertida sobre un forastero que, en una tarde de bochorno, entró en un bar y demostró que estaba más que a la altura de la camarera del lugar, que era conocida por su habilidad y pericia en todo el distrito. Norman me caía bien.

Nos reunimos fuera y nos presentaron al comisario político del Batallón Thaelmann, Hans Beimler[48], que dio un discurso que Jeans iba traduciendo frase a frase. Y otra vez fui testigo del toque cómico que Jeans daba a todo lo

[48] Hans Beimler (1895-1936), comisario político del Batallón Thaelmann, había sido diputado comunista del parlamento alemán (1932-33). Encarcelado y torturado por los nazis, consiguió escapar del campo de Dachau en mayo de 1933 y huir de Alemania al año siguiente. En agosto de 1936, llegó a España vía Moscú y organizó, a principios de ese mes, el batallón al que Romilly se incorporaría en los primeros días de noviembre. Beimler moriría en el frente de la Ciudad Universitaria en Madrid el 1 de diciembre de 1936.

que bisbiseaba entre aquellos dos dientes delanteros que le quedaban. Beimler nos habló del papel que desempeñó como líder revolucionario en Alemania y de su preparación para el cargo que iba a asumir. Su currículum era admirable. Enseguida le clasifiqué mentalmente en la categoría de «comunistas de verdad». Se trataba de una definición estrictamente personal que yo asignaba de manera instintiva. Para encajar en esa definición, uno tenía que ser una persona seria, de rigurosa disciplina, miembro del Partido Comunista, interesado en todos los aspectos técnicos de la guerra y además no actuar con egoísmo, miedo o un arrojo temerario.

Alguien miró el reloj. Eran las tres menos diez [día 13][49].

Nos pusimos de nuevo en marcha y a mí me dio la impresión de que estábamos recorriendo la ciudad entera. Parecía que nunca íbamos a llegar a nuestro destino y recuerdo haber pensado que habría sido mucho mejor si hubiéramos ido directos a los camiones después de comer. Mientras subíamos por una colina, sólo podía pensar en una cosa: la caja de munición que llevábamos. Intenté cargarla sobre mi hombro pero no pude. Keith también lo intentó y tampoco pudo. Justo en ese momento, unas manos la cogieron por detrás. Era Flem, otra vez borracho, que se echó la caja al hombro sin problemas. Nunca había visto a nadie tan fuerte como aquel tipo. Para él, aquella caja era como si nada. Se pasó todo el camino riéndose y haciendo bromas sin prestar atención a nuestros tibios intentos por quitársela. La verdad es que era muy amable.

Al fin llegamos a la plaza donde esperaban los camiones y, al igual que en otras ocasiones, no había sitio para todos. A Jeans, Ray, Keith y a mí nos separaron de los demás y montamos en un camión con el segundo pelotón. Por suerte pude encontrar un asiento en la parte delantera y así recostarme sobre lo que había detrás. En nuestro camión íbamos 24, todos cargados con mantas y cartucheras, y topándonos con la bayoneta del de al lado, renegando y maldiciendo. Sin embargo, los que se llevaron la peor parte fueron los que iban en el medio ya que dependían de la amabilidad del vecino si querían recostarse y no ir erguidos en el asiento todo el tiempo. Lo cierto es que podríamos haber ido bastante más cómodos si hubiéramos amontonado todos los fusiles en una

[49] Como ya hemos mencionado en la Introducción, Robert Colodny (1970: 74) apunta el día 12 como la fecha probable del ataque al Cerro pero no parece ser el caso. También algunas fuentes señalan que ese fue el día en que hirieron a David Marshall pero en el diario de Raymond Cox podemos leer textualmente "13th Nov. Attack on Fort. David Marshall wounded in foot" (es decir, día 13 de noviembre. Ataque al fuerte. David Marshall herido en un pie). La precisa descripción que Luigi Longo hace del momento crucial del "bautismo de fuego" (1966: 80) señala claramente también el día 13 como la fecha de ese momento, por lo que no cabe duda al respecto.

esquina y las mochilas en otra; y habríamos ido más calentitos si unos cuantos hubieran extendido sus mantas en el suelo, pero como no sabíamos cuándo íbamos a llegar nadie quiso arriesgarse a deshacer su equipo.

El día anterior, cuando nos ordenaron ponernos en marcha a causa de una falsa alarma, me puse un tanto melodramático (como casi todos) ante la idea de ir al frente por primera vez. Ahora que de verdad íbamos hacia allí, solamente podía pensar en tener la espalda cómoda, en si no sería mejor quitarme el macuto y usarlo como almohada. Estaba agobiado con la idea de que el cinturón pudiera reventar y no dejaba de vigilar mi fusil.

Cuando llevábamos una media hora de viaje la hebilla de mi cinturón reventó de verdad. Traté de volver a abrocharlo al tiempo que intentaba desesperadamente sujetar todo lo que colgaba de él pero fue inútil. Jeans lo vio y me prestó una correa, raída y vieja, para usarla en su lugar pero yo estaba seguro de que no aguantaría tanto peso. Me levanté para reorganizar todo y, tras un movimiento brusco, se escurrieron del cinturón la bayoneta y dos cartucheras y cayeron a la carretera. Me sentí como si hubiera provocado una catástrofe. Paramos y recogimos mis cosas y ya después, poco a poco, fui quedándome dormido con la cabeza colocada bajo las piernas de alguien, que me vinieron muy bien para resguardarme de aquel frío tan penetrante.

Por fin, llegamos a nuestro destino, el pueblo de MELILLA[50], a las nueve. Era una preciosa mañana soleada. Durante la noche, nos habíamos centrado en descansar y mantenernos calientes dejando para la mañana siguiente las especulaciones. Si antes de ir al frente alguien me hubiera preguntado cómo pensaba que sería, no me habría quedado más remedio que admitir que no tenía ni la más remota idea. Nunca me habría imaginado llegando a un pueblo tranquilo en una mañana soleada. Todos salimos del camión, estiramos las piernas y nos reunimos con los otros ingleses.

Hicimos un descanso de media hora en una carretera estrecha que salía del pueblo. El terreno era accidentado, parecido a algunos parajes de las colinas de Sussex. El equipo de la ametralladora estaba compuesto por cinco hombres: uno disparaba, otro la cargaba, otro traía más munición cuando se necesitaba y los otros dos tenían que marchar por delante, manteniendo una

[50] Nombre ficticio que, según Alexei Eisner (1972: 102), se trata de La Marañosa, una localidad a 39 kilómetros de Chinchón. Luigi Longo es más preciso y dice que avanzaron con los faros apagados durante "las pocas decenas de kilómetros que nos separan del punto de reunión. Ese punto es La Marañosa" (1966: 79). Kevin Ingram apunta que podría tratarse de Vaciamadrid (1985: 127) y Hugh Thomas (1971: 65) habla de Villaconejos, a tan sólo 9 kilómetros al suroeste de Chinchón pero son suposiciones equivocadas. No sabemos por qué Romilly utilizó nombres ficticios en estos pasajes. Puede que nunca supiera el nombre real de esos sitios o puede que cuando redactara el texto los hubiera ya olvidado. Sí utiliza, no obstante, el nombre real de Chinchón.

distancia de unos 20 metros, para proteger al equipo con los fusiles. Yo era uno de esos dos; Birch disparaba, Ray la cargaba, Marshall traía la munición y Chris iba conmigo, tal como se había planeado. Todos hacíamos preguntas. Jeans cogió un mapa y nos amontonamos a su alrededor para averiguar qué iba a ocurrir.

Fachada de la Iglesia restaurada de Perales del Río, convertida apresuradamente en hospital de campaña y centro de mando (Fotografía: el autor)

Justo en ese momento escuchamos por primera vez los estallidos y explosiones del frente. Era un sonido bastante armonioso, el ruido sordo del fuego de artillería en la distancia. Por la carretera, detrás de nosotros, venían cuatro tanques avanzando lentamente así que nos apartamos hacia la cuneta para dejarlos pasar. Parecían bastante destartalados y los habían cubierto de ramas para camuflarlos. Estaban equipados con unas armas de cañón largo, conocidas como «pom-poms» por el ruido que hacían al disparar.

—Tenemos que atacar un pueblo que hay por aquí y tomarlo esta misma mañana—, dijo Jeans con el mapa en la mano. —Puede que los fascistas estén en las granjas que hay de camino. Nuestros aviones estuvieron sobrevolando el terreno ayer y no vieron a nadie pero es posible que hayan llegado por la noche. El Batallón Edgar André[51] va ya avanzando por el río y llegará al pueblo a la vez que nosotros. Los tanques van por esta carretera. Irán despacio para que podamos seguirlos—.

—¿Dónde está el pueblo?—

—Entonces, ¿vamos por esta carretera detrás de los tanques o qué?—

—¿A cuánto está el pueblo?—

—¿Y qué pasa con nosotros tres?, estamos en el otro grupo, ¿obedecemos las órdenes de los flamencos o qué?—

[51] Este batallón, formado mayoritariamente por alemanes, austríacos y escandinavos, fue bautizado con el nombre de Edgar André (1894-1936) en honor a este socialista (en el SPD hasta 1923) y comunista (en el KPD desde 1923 hasta su muerte) que fue ejecutado por orden de Hitler el 4 de noviembre de 1936.

—¿Dónde está este río?—

—¿Se puede saber dónde demonios estamos?—

—¿Sabes si vamos a comer algo antes de empezar? No hemos probado bocado desde lo que nos dieron en Chinchón—.

—¿Va a participar en esto todo el batallón o sólo nuestra compañía?—.

La avalancha de preguntas terminó cuando oímos el zumbido de unos motores de avión.

—*¡Fliege, Deckel*— (Esta expresión *"¡Aviones, Cuerpo a tierra!"*, utilizada para avisar de la aproximación de bombarderos, pronto formó parte de nuestro vocabulario).

Croquis que aparece en la edición original donde tanto por la situación como por las distancias podemos fácilmente deducir que MORENO (NORENO) es Perales del Río y MELILLA La Marañosa. Lo que Esmond denomina "Fortress" es el Cerro de los Ángeles. La línea de puntos indica el recorrido de su grupo y la línea negra continua parece simular el Arroyo del Culebro.

Rápidamente nos separamos y nos tiramos bajo los árboles pero los aviones pasaron muy lejos. Eran tres. Dibujaron tres círculos en el aire y, en cada vuelta, siempre en el mismo punto, expulsaron tres nubes de humo. La escena era preciosa y aunque parezca extraño no daba miedo sino que transmitía una sensación de paz. Alguien llamó a Jeans para que fuera a una reunión con Paul.

—Son nuestros aviones bombardeando las posiciones enemigas—, dijo Jeans cuando volvió.

A Norman y a Don los separaron del grupo para que nos siguieran por detrás con la munición (¡y no me daban ninguna envidia!). Los demás salimos de la carretera y comenzamos a avanzar en forma de V, tal y como habíamos practicado en VILLA FRANCA [Villacañas]. Según avanzábamos, las colinas iban creciendo ante nosotros, así que estábamos ampliamente cubiertos. Aun así, caminábamos con cautela, deteniéndonos y echándonos al suelo cada diez metros. Yo marchaba entre Ray y Marshall, que iba un poco por detrás. Bill Scott avanzaba a mi misma altura pero unos metros más a la derecha. Durante todo el camino seguimos deteniéndonos cada poco para comprobar que cada uno mantenía su posición y que había contacto a ambos lados de la formación con los otros pelotones.

El sol pegaba muy fuerte. Las mantas y las mochilas las habíamos dejado en el punto de partida. Después de media hora de marcha subiendo y bajando colinas dimos media vuelta y nos volvimos ya que al parecer habíamos tomado una dirección equivocada.

—Que todo el mundo coja su equipo—, dijo Jeans.

Recogimos todo y partimos, esta vez caminando en tres filas o más bien tambaleándonos en tres filas. El calor era agobiante y todo el mundo estaba de mal humor. Me pregunté si siempre íbamos a tener que combatir cargando con las mantas y las mochilas. Tenía la impresión de que todo se me estaba cayendo; los tirantes, el cinturón, los pantalones, la bandolera.

—Me gustaría saber dónde puedo presentar mi renuncia a este ejército—, era la voz de Jerry, el pequeño americano.

Pensé que todo aquello se parecía bastante a un día de maniobras de los O.T.C[52]: sofocante, agotador y desagradable. Lamenté no haberme llevado una cantimplora con agua pero eso habría supuesto cargar con otro trasto más al cuello.

Esperamos a que los rezagados alcanzaran a nuestro grupo que iba delante. Íbamos dejando las colinas a la izquierda y acercándonos al terreno cenagoso de la ribera del riachuelo. Esta vez tuvimos suerte y nos libramos de la paliza de subir las colinas pero, a cambio, tuvimos que enfrentarnos a una carrera campo a través con obstáculos (sobre todo setos y tierras labradas).

—Espero que la guerra no sea así todo el tiempo—, dijo Tich. Parecía doblegado por el equipo que llevaba, como si fuera un botones muy menudo cargando con un montón de maletas pesadas.

---

[52] Como ya explicamos en la Introducción (ver p. 17, nota 3) se corresponde con las siglas en inglés de "Officers´ Training Corps" (Cuerpos de Entrenamiento de Oficiales).

Enseguida llegamos al obstáculo principal, el río[53] (o más bien un arroyo turbio). Jeans quiso dar ejemplo y saltó el primero pero, claro, tenía unas enormes botas de goma. Babs también tenía botas y siguió tras él. Fue una suerte que no cruzó nadie más porque justo en ese momento nos comunicaron que no debíamos haber cruzado.

—Que todo el mundo tenga preparado un cartucho en la recámara—.

La orden fue pasándose de uno a otro.

—Es posible que haya nidos de ametralladoras en las granjas de más adelante. Cuando os llegue la orden, avanzáis diez metros y os echáis al suelo de uno en uno empezando por la derecha—.

Conseguimos cumplir la orden de forma satisfactoria, aunque Aussie, que estaba atándose las botas y no había oído las instrucciones, se quedó atrás y tuvo que volver alguien a buscarlo. El ambiente que se respiraba seguía siendo como el de un día de maniobras.

Unos 400 metros más adelante, pasando tres sembrados cenagosos, pudimos ver las granjas. Al principio mantuve la cabeza bien agachada detrás de un pequeño montículo de tierra, ante la posibilidad de que el enemigo estuviera cerca pero la verdad es que lo que más nos rondaba por la cabeza era el asunto de las mantas. En cuestión de minutos la gente empezó a caminar sin esconderse, agachando la cabeza de vez en cuando durante un minuto, por pura formalidad. Chris tenía una cantimplora con agua y al fin conseguí que me la pasara. La incliné hasta que casi estuvo en posición vertical pero aun así no cayó nada.

—¡No la termines, hombre!— Pero no había nada que terminar.

A mi lado estaba Tich, que me ayudó a ponerme los tirantes. Luego yo le ayudé con los suyos. Uno o dos compañeros ya se habían librado de las mantas.

El "día de maniobras" continuó durante una hora más. Primero tomamos las granjas y después el pueblo. En las granjas no encontramos ni una sola alma; en el pueblo, un perro sarnoso y un gato muerto.

Mientras inspeccionábamos las casas, alguien encontró algo de pan y un jamón a medio terminar. Al fin nuestros esfuerzos se vieron coronados por el éxito y pudimos deshacernos de las mantas, los macutos y la munición, y descan-

[53] Parece que se está refiriendo aquí al Arroyo el Culebro, una corriente fluvial que discurría entre los términos municipales de Getafe y Pinto y que iba a parar al Manzanares. Podemos suponer por los detalles de esta descripción que el grupo de Esmond llega hasta Perales del Río siguiendo la línea que hemos trazado por el noreste (ver mapa p. 63). En cualquier caso, las descripciones topográficas son hoy fácilmente reconocibles pero no las direccionales que resultan muy imprecisas. Por ejemplo, cuando un poco más adelante habla de la posición de su ametralladora "a unos 1.200 metros al suroeste" en realidad quería decir al noreste. Pocas líneas después admite no tener ni idea de dónde se encuentra y ya al final del capítulo dice que MELILLA (La Marañosa) y NORENO (Perales del Río) se encuentran a 6 millas de distancia (unos 10 kilómetros) cuando la distancia real es de 6,2 kilómetros.

sar como es debido. ¡Qué maravillosa sensación de alivio! Supongo que ir a la guerra es fundamental para apreciar de verdad qué es eso de descansar y no hacer nada. Se experimenta una sensación infinita de alivio en los hombros, fatigados y doloridos por donde van los tirantes. Es un placer distinguir entre las diferentes clases de alivio que hay: al quitarse los tirantes, que te cortan la piel; al descargar el peso, que te deja magullado; al librarse del equipo; al dejar de caminar.

No me fijé mucho en el pueblo, constituido únicamente por unas cuantas casas dispuestas a lo largo de la carretera. En una pared, al lado de la esquina, podía leerse una inscripción en letras descoloridas que decía "NORENO"[54], y debajo una flecha y las palabras "Madrid, 10 kilómetros".

Ahí empecé a entender algo de lo que estaba pasando. Las líneas enemigas se encontraban entre Madrid y ese pueblo así que nuestro siguiente movimiento era el ataque al fuerte. En NORENO contábamos con varios centenares de hombres, todos ellos del Batallón Thaelmann. Un grupo estaba atacando las colinas desde la granja; otro desde nuestra posición inicial; otro por el oeste, donde habíamos visto avanzar a los tanques (por cierto, esa fue la última vez que vimos a los tanques aquel día).

Babs y Joe estaban discutiendo: "No seas tan imbécil, intentar atacar un fuerte sin artillería es una locura, si es que eso es un fuerte, claro. ¿Qué crees que vas a hacer, llamar a la puerta y entrar?"

—Si nosotros vamos a atacarlo esta tarde, supongo que empezarán a bombardearlo ya mismo. O a lo mejor vamos a atacarlo por sorpresa por la noche. De todas formas es sorprendente que no haya tanques aquí—, dijo Tich, que se había unido a la conversación.

Él no iba a salir de su asombro en repetidas ocasiones durante los meses siguientes, pero su comportamiento, calmado y reconfortante, siempre tenía un efecto beneficioso, al menos en mí, para hacernos pensar que estábamos tan organizados como el Ejército Británico, cosa que podríamos haber creído de verdad si no hubiera sido por algunos errores muy obvios.

---

[54] Como ya mencionamos en la Introducción (ver p. 63), en el texto utiliza el topónimo "NORENO", mientras que en el croquis que él mismo ofrece en la edición inglesa y que reproducimos en la p. 132 aparece "MORENO" lo que demuestra que realmente o no lo recordaba o le preocupaba poco el tema de la precisión toponímica. Por la situación y la distancia no cabe duda de que se está refiriendo a Perales del Río que se halla a 12 kilómetros de Madrid pero sorprende que en la breve descripción que hace no hable nada de la Iglesia cuando era uno de los edificios más impresionantes del pueblo y que la noche en la que él se perdió fue utilizada ya como centro de atención de los heridos y puesto provisional de mando. Asimismo, lo sitúa por el lado suroeste cuando realmente se encuentra al noreste. En varios pasajes reconoce su falta de olfato orientativo por lo que hemos de suponer que no recuerda muy bien los detalles. Como ya hemos mencionado, Luigi Longo relata la llegada con precisión "ocupamos sin un disparo, Perales del Río. Nos acercamos con cuidado a las primeras casas: prudencia inútil. Tan sólo encontramos a las mujeres del pueblo que nos ofrecen de beber. Les preguntamos donde están los fascistas, nos responden: 'allá', señalando el Cerro" (1966: 80).

En cuanto a mí, como no sabía nada sobre la guerra, no había nada que realmente me sorprendiera.

Al fin, pudimos dejar las mantas y los macutos en el pueblo. Yo me sentía mucho mejor que antes ya que no tenía que preocuparme por mis pertenencias.

Cuando salimos de NORENO aún calentaba el sol. A Keith no lo pudimos encontrar. Se había ido a deambular por ahí con la esperanza de encontrar un par de botas decentes en alguna de las casas, así que nos fuimos sin él. Cuando ya habíamos cruzado uno de los campos, pudimos ver el fuerte. Parecía que estaba muy lejos.

— ¡Avanzad en filas, diez metros cada vez!—.

— ¡Manteneos agachados, manteneos agachados, con la cabeza bien agachada!—.

Aquello era algo nuevo pero unos segundos después el "día de maniobras" llegó a su fin.

Ssss, ssss, ssss... parecía como si ráfagas de viento silbaran entre la hierba, eran descargas cada vez más rápidas y desagradables.

El ataque al fuerte del que habla aquí Esmond tenía por objetivo tomar el Cerro de los Ángeles (llamado "Cerro Rojo" por los republicanos). Como puede verse en esta fotografía actual manipulada era un montículo natural con edificaciones sólidas pero no era un fortín. Pocos días antes, los sublevados lo habían fortificado de forma rudimentaria pero no era "una fortaleza" convencional. El monumento erigido en 1929 en honor del Sagrado Corazón de Jesús (a la izquierda del Convento de las Carmelitas Descalzas) había sido dinamitado por milicianos durante el verano por lo que la vista que Esmond tenía del Cerro podría ser algo similar a la que se muestra aquí (Fotografía: el autor)

Ssss, ssss, ssss, ssss... era como si el viento susurrara entre las hierbas. Nos encontrábamos en una tierra labrada, a campo abierto. Yo me puse a escarbar en la tierra como un loco para hacer un montón delante de mí. No se cuánto tiempo estuve en la misma posición, podrían haber sido diez minutos o media hora. De repente escuché:

— ¿Quién está ahí adelante? ¡Eh, tú!—

Miré a mi alrededor, manteniendo la cabeza bien agachada. Era Bill Scott, que estaba unos quince metros detrás de mí.

— ¡Aquí estamos muy expuestos!—, gritó. — ¿Quién es ése que está a tu lado?—.

Yo empecé a gritarle al que estaba a mi derecha, acurrucado en el suelo. Era Jerry, que no estaba dispuesto a arriesgarse para unirse a nuestra conversación. Desde donde yo estaba no podía ver a nadie más pero sí escuchaba voces en inglés y alemán. Nos quedamos esperando nuevas órdenes. Tras las primeras balas enemigas, se podía percibir a nuestra izquierda un zumbido constante de disparos. Empecé a sentir frío.

—Creo que voy a disparar unos tiros—, gritó Bill. Un instante después se escuchó un estruendo ensordecedor. Eran sus disparos. A continuación, oí cómo recargaba el fusil y otro disparo. Me resultaban mucho más turbadores sus disparos que las balas que volaban sobre nosotros. En el fondo me hubiera gustado que lo dejara pero me dio una idea. Decidí disparar yo también mi primera bala.

—Están demasiado lejos. No se ve nada—, dijo Bill.

Eché un vistazo rápido por encima de mi montón de tierra para asegurarme en dónde estaban sus posiciones, apunté con mi fusil con un ángulo de 45° y apreté el gatillo. El resultado fue un chasquido. Furioso, vacié la recámara. Creía haberlo hecho todo bien y lo intenté con otro cargador pero tampoco obtuve resultados.

—Espero que antes de que acabe el día se den cuenta de que la mitad de estos fusiles son una mierda— dijo Bill.

Oímos la voz de Jeans, que nos dijo que nos levantáramos y corriéramos hacia el límite de la finca en la que estábamos, que la pendiente nos protegería. Todos estaban allí, esperando y sin aliento por el esfuerzo realizado. Eran las cuatro de la tarde y ya empezaba a refrescar. La verdad es que la experiencia de mi primer ataque no había sido tan mala como había imaginado. Permanecer tumbado y sentir las balas pasar por encima de mí me proporcionaba una extraña sensación de seguridad, como si hubiera encontrado una nueva y poderosa arma de protección en el mismo suelo. Pero claro, en ese momento ignoraba que lo que habíamos visto hasta entonces no era nada. Si hubiera sabido algo sobre la guerra habría apreciado el silbido, parecido al viento, de esas balas que venían de tan lejos que eran relativamente inofensivas. No tenía nada que ver con la vibración terrible y mortífera de un disparo a quemarropa.

En esos momentos en lo único que pensaba, con preocupación, era en arreglar mi fusil antes de avanzar de nuevo, así que se lo dejé a Tich. Él sacó el percutor, ajustó algo y me dijo que ahora funcionaría perfectamente.

—¿Hasta dónde habéis llegado?—, preguntó Birch (Bill y yo habíamos sido los últimos en abandonar el campo abierto).

—Dios sabe—, dijo Bill; —ni siquiera sé si éramos la avanzadilla o la retaguardia. Para mí que éramos los únicos que íbamos en la dirección correcta hacia el fuerte—.

Nos pusimos de nuevo en marcha y me uní al equipo de la ametralladora. Íbamos despacio, avanzando de dos en dos, corriendo a refugiarnos de un lugar a otro. Al principio todo fue bien pero después la cosa se puso fea ya que cada vez había menos sitios a cubierto. En un momento dado, el peligro tomó forma definitiva. Hasta entonces sólo habíamos oído silbar las balas en el aire. Ahora, mientras estábamos tendidos en el suelo, las podíamos ver impactar en el suelo y pulverizar la tierra a nuestro alrededor. Birch iba justo detrás de mí con la ametralladora ligera, renegando y maldiciendo.

—Pregunta a Jeans si tenemos que montar este trasto cada vez que paremos—. El mensaje fue enviado pero la respuesta nunca llegó porque en ese preciso momento recibimos nueva orden de avanzar.

Al mirar al frente, me sorprendí al ver aquella fortificación con más claridad. Nos encontrábamos a unos 1.200 metros al suroeste pero parecía que estaba mucho más cerca. A nuestro lado, tanto por el oeste como por el sureste de la misma, se podían ver los fogonazos y oír los disparos de fusiles y ametralladoras. Yo me sentía emocionado y ofuscado hasta que una bala impactó a mi lado, en el suelo. Jeans retrocedió trotando (esa es la única manera de describir a una persona que intenta correr sorteando multitud de obstáculos y cargando con un peso considerable) y agachando la cabeza, sin prestar atención alguna a los disparos. Todos los demás estaban tendidos en el suelo. Nos dijo que nuestros tanques estaban atacando la posición por el lado oeste y que ahora las órdenes eran que preparáramos la ametralladora en posición de fuego continuo para el combate antes de que anocheciera; los demás teníamos que tomar posiciones unos cientos de metros más adelante. Yo excavé un hueco con mi bayoneta para permanecer cerca de la ametralladora. Justo en ese momento, unas cuantas balas perdidas pasaron cerca y después, tras muchos forcejeos, discusiones y juramentos se oyó el ra-ta-ta-ta de nuestra ametralladora. A todos nos sorprendió un poco que funcionara.

—Buen trabajo—, gritó Chris.

—Este cacharro está demasiado duro— dijo Birch a voces.

— ¡Por el amor de Dios!, dijo Chris mirando alrededor, — ¡estás disparando al cielo en vez de al fuerte!—

—¡Bobadas!—

El efecto de los disparos era sorprendente y desagradable a la vez. De repente nos encontramos en medio de una tempestad de balas. Birch continuó disparando unos minutos más pero después la ametralladora se recalentó y él, Ray y Marshall no pudieron seguir. Recuerdo que mi cometido era «cubrirlos» pero, por desgracia, no podía distinguir figura alguna a la que disparar. Apunté con mi fusil colocando la mira a una distancia de 1.000 metros y disparé cinco cartuchos seguidos (era la primera vez en toda mi vida que disparaba un fusil pero no tuve mucho tiempo para reflexionar sobre ese gran momento). Pensé que era muy injusto que el enemigo pudiera verme a mi y que yo no pudiera verlo.

En ese momento escuché un grito detrás de mí. Unos diez metros más allá de la ametralladora había dos tambores de munición en el suelo y al lado un alemán, agarrándose la pierna y gimiendo de dolor.

Ray retrocedió arrastrándose hasta él. La bala había penetrado en su muslo izquierdo. Yo también fui para ayudar. Le dolía mucho pero podía moverse. Los disparos ya habían cesado y reinaba el silencio.

—Estoy bien—, dijo, —no es nada, de verdad—.

El alemán consiguió mantenerse en pie mientras yo le sujetaba por la espalda y volvimos hacia atrás, él saltando a la pata coja y apoyándose en mí. Ya era de noche. No veíamos a nadie aunque cada poco parábamos y yo gritaba: "*¡Sanitas!, ¡Sanitas!*" No teníamos forma alguna de orientarnos en aquel lugar salvo intentar recordar la ruta que habíamos seguido para llegar hasta allí, además de conocer la orden de alejarse del fuerte, cuyo perfil todavía se distinguía en la oscuridad. El alemán estaba agotado así que tuvimos que parar para que descansara en el suelo. Tenía sangre en el labio, se lo había mordido para evitar gritar de dolor por la herida. Justo en ese momento oí unas voces hablando en francés. Eran unos veinte hombres, que se llevaron al alemán de vuelta a NORENO, donde seguramente habría un puesto de socorro o un medio de transporte para llevarlo de vuelta al cuartel. Señalaron en qué dirección se encontraba el pueblo. Les pregunté qué había pasado y me respondió uno de ellos, muy nervioso: "Estábamos en el otro lado... Dios mío; estábamos sólo a unos 300 metros del fuerte y ¿quieres saber qué ha pasado? Pues... nos han disparado desde el otro lado; eran balas de ametralladora. Han matado a seis de los nuestros y no hemos podido traer a los heridos. ¿A quién estaban disparando? No lo sabemos; es horrible, no sabemos nada, no hay organización, no hay nada..."[55].

[55] A esta falta de organización se refiere Luigi Longo cuando escribe: "Ahora saltan a la vista, en forma trágica, las terribles deficiencias organizativas de nuestra brigada improvisada... buscamos, no siempre con éxito, los puestos de mando de los batallones, que tampoco están ligados con sus compañías... carecemos de enlaces y la brigada ni siquiera dispone de un caballo o de un metro de cable telefónico para comunicarnos rápidamente con las diversas unidades y los servicios" (1966: 82).

Pensé que ahora que sabía dónde se ubicaba todo, me sería fácil volver a nuestra posición. Tras caminar durante lo que me pareció una hora, me di cuenta de que ya estaba cerca del fuerte pero no se oía sonido alguno, ni de disparos ni de voces. Había salido la luna. Yo estaba seguro de que ya me encontraba muy cerca de donde habíamos colocado la ametralladora. Después de deambular sin sentido otro rato, de repente, se me ocurrió una idea genial. Mentalmente, situé el pueblo en el extremo sur de una brújula y el fuerte en el norte (mi idea no se ajustaba a la realidad pero era la única manera en que podía hacerme una idea) y luego pensé que no habíamos ido desde el pueblo hacia el norte en línea recta sino en diagonal, dirección noreste. En ese caso, me encontraba en la esquina equivocada. Empecé a caminar seguro de mí mismo hacia mi objetivo pero la seguridad no me duró mucho; de repente me acordé de las palabras del francés y me vino a la mente una idea espantosa. ¿Y si había llegado justo al otro lado de la posición del enemigo? ¿Y si...? Hasta entonces no me había dado cuenta de que, dado que la operación en la que participábamos era un ataque y que el enemigo podía haber estado entrando y saliendo de NORENO hasta nuestra llegada, podría encontrarme con enemigos en cualquier parte. Supongo que di por sentado que, como estábamos atacando su fuerte, el enemigo estaría allí pero eso era absurdo. Era imposible que el enemigo estuviera dentro del fuerte a menos que contara con líneas de comunicación con sus otras tropas (la mitad del país era suyo). ¿Había de suponer que yo estaba en esa mitad? Entonces pensé en algo más agradable; a lo mejor ya habíamos tomado el fuerte. Sin embargo, la versión del francés no permitía creer en esa opción.

Me senté bajo un árbol. En ese momento me di cuenta de varias cosas; tenía frío, estaba agotado y llevaba bastante tiempo sin probar bocado. Pero aun así en lo único en que podía pensar era en que tenía que encontrar a mi grupo como fuera. Estaba perdido y esa era la peor de mis desgracias.

Entonces ocurrió un milagro. Escuché los pasos de alguien que se aproximaba: "¿Hay alguien ahí?" pregunté. Ese alguien hablaba en inglés, con acento del condado de Kerry, en Irlanda. Bill Scott se alegró tanto de verme como yo de verlo a él.

—¿Estaba grave el tipo aquel?— preguntó. Y luego comentó: —Creo que hemos llegado bastante adelante porque casi los podíamos ver moviéndose por ahí aunque no con mucha claridad. Les he disparado unas cuantas veces pero nada, creo que era demasiado difícil para mí. Luego ha venido un alemán y han dado órdenes pero no lo he entendido—.

Bill también se había perdido. —Los demás se han vuelto al pueblo, estoy seguro— añadió —por lo que parece, han recogido todo para pasar la noche. Será mejor que nosotros volvamos también—.

Yo estaba totalmente de acuerdo. Además, la seguridad con la que Bill hablaba del regreso resultaba muy reconfortante; me sentía más que dispuesto a ponerme en sus manos. La verdad es que ir acompañado sonaba mucho mejor, sentí que la situación era más prometedora ahora. Me acordé de que mi manta estaba en NORENO y que allí había casas donde podíamos refugiarnos y descansar.

Pero aquella noche no encontramos las mantas, ni NORENO, ni tampoco refugio o descanso alguno. El primer bajón de moral me sobrevino cuando empecé a discrepar del sentido de la orientación de Bill. La cosa era así: caminábamos en una dirección determinada hasta que uno de los dos aseguraba que sabía cómo llegar aunque resultaba ser justo en la dirección contraria. Entonces dábamos media vuelta y nos poníamos en marcha otra vez, con nuevos bríos. Después de un rato las energías se desvanecían y se repetía el proceso.

—Nos podríamos guiar por las estrellas—, murmuró Bill, —lo que pasa es que no sabemos dónde está el norte y dónde el sur—.

Con el paso del tiempo Bill estaba cada vez más abatido.

—Dios sabe si podemos toparnos con una pandilla de moros ambulantes—, decía otras veces.

En un momento dado nos topamos con unas filas de trincheras bastante profundas. Yo quería parar allí y descansar un poco pero Bill pintó un cuadro tan sombrío con moros y fascistas regresando al amanecer (o en cualquier momento) para ocupar lo que obviamente eran sus posiciones que la idea dejó de seducirme. Justo en ese momento comenzó a escucharse el sonido intermitente del fuego de artillería. De dónde procedía o a quién iba dirigido... no teníamos ni la más remota idea. Sólo sé que hizo que todo pareciera más trágico y que, junto con las trincheras, me hizo recordar historias de la Gran Guerra [la Primera Guerra Mundial] y así, por primera vez, me di cuenta de que estábamos en medio de una guerra moderna, pasando la noche en tierra de nadie. Las trincheras podrían describirse, cuanto menos, como extrañas o casi fantasmales, por la desolación que allí reinaba, aunque los platos viejos de campaña revelaban que hacía poco alguien había estado allí.

Oímos unas voces y escuchamos atentamente para averiguar en qué idioma hablaban. Si era alemán o francés, todo iría bien. Salimos de las trincheras y avanzamos con cuidado en la dirección de las voces pero cada vez eran menos perceptibles.

—Tienen que ser de los nuestros—, dije. Cualquier cosa me parecía mejor que seguir con aquella horrible incertidumbre y deambular sin rumbo fijo. Además, pensé, teníamos que encontrar a alguien antes de que amaneciera.

— ¡Ssss, ssss! Ahora se oye mejor. ¿Quién es?—

Sonaba como italiano; debían ser del Batallón Garibaldi[56]. Aunque también podrían ser españoles pero ¿de qué bando? Estaba seguro de que en este combate no había habido tropas españolas. Tenían que ser los fascistas. Bill me agarró del brazo y dijo "¡Por el amor de Dios! A ver si nos vamos a meter en un avispero de fascistas". Nos dimos la vuelta y pasamos otra vez por las trincheras. Ahora estaba seguro de que caminábamos en dirección paralela a la carretera que iba de NORENO a Madrid pero en el lado fascista. Nos sentamos bajo un árbol con los fusiles preparados. Aquello no tenía nada de heroico.

Pasó un tiempo que me pareció un siglo y entonces vimos, a lo lejos, unas luces que se acercaban. Dos puntos brillantes que avanzaban con precaución.

—Tiene que ser un camión—, dijo Bill. —Al menos eso significa que debe haber una carretera por aquí cerca—.

No más allá de unos 400 metros encontramos la carretera (o más bien un camino enfangado) y nos tumbamos a un lado, sobre la hierba. Allí estuvimos debatiendo, entre susurros, sobre lo que debíamos hacer y de qué lado podría ser el camión. El vehículo pasó. No habíamos hecho nada. Dos minutos después, mientras mirábamos cómo el camión desaparecía a lo lejos, aparecieron cuatro hombres en la carretera que venían en la misma dirección. Iban hablando. Juraría que era francés. Nos pusimos en pie y comenzamos a andar hacia ellos. Parecían bastante harapientos, al igual que nosotros. Yo aguzaba la vista en la oscuridad todo el tiempo para distinguir su uniforme. Era igual que el nuestro.

"¡Alto! ¿Quién está?" gritó uno de ellos cuando nos encontramos. En mi mente se agolpaban y mezclaban un sinfín de ideas. Por una parte, estaba seguro de que eran de los nuestros, aunque no del todo ya que el "Alto" en español me había hecho dudar. Por otra parte, la orden no parecía ir muy en serio, de lo contrario no se habrían dirigido hacia nosotros sin tomar precaución alguna cuando nos vieron en un principio y, además, nadie nos estaba apuntando con ningún arma. La orden parecía más bien una idea repentina de alguno de ellos que quería averiguar quiénes éramos. Nosotros lo ignora-

[56] El Batallón Garibaldi, compuesto por italianos, se fundó en octubre de 1936 y luchó junto al Batallón Thaelmann, al Edgar André y al André Marty, en la XII Brigada Internacional, de aquí que Esmond se refiera en este pasaje a posibles italianos o franceses como parte de su grupo. Llevaba el nombre de Giuseppe Garibaldi (1807-1882) uno de los personajes claves en la creación del Estado Italiano que se funda en 1870.

mos, nos comportamos como si no tuviera importancia y los examinamos de cerca. Eran franceses, y también se habían perdido.

Desde que comenzamos nuestra andadura para encontrar al grupo y al pelotón, la pandilla se fue duplicando e incluso triplicando, y así continuó a lo largo de la noche, hasta llegar a contabilizar unos 50. A medida que el grupo aumentaba en número, disminuía el "consenso" a la hora de dar el "Alto" y admitir a nuevos grupos de dos o tres hombres. Pero en lo que nunca llegamos a estar de acuerdo fue en el "refugio" al que debíamos volver. El número creciente de hombres supuso un nuevo tropiezo en nuestras relaciones que se sumó al desacuerdo creciente, y es que la mitad de los hombres sospechaba que la otra mitad eran enemigos y lo único que les impedía admitirlo era el cansancio y el abatimiento generalizado. Debía de estar a punto de amanecer, o eso pensaba yo aunque, en realidad, eran las tres de la madrugada.

Al fin encontramos otra carretera donde había un grupo de 30 hombres, unos sentados y otros tumbados en la cuneta, y una amalgama de ametralladoras, tambores, cajas de munición y fusiles amontonados. El grupo estaba a las órdenes de un oficial germano-polaco al que habían asignado la tarea de reunir a todo aquel que hubiera perdido su batallón. Recordé haberlo visto en Chinchón hablando con Van Renn[57] y Beimler. Pensé que debía de pertenecer al Batallón Edgar André, que también estaba compuesto por alemanes.

La primera persona en la que me fijé fue Keith, que parecía como una cabritilla inquieta y así se lo dije en voz alta. De esta forma, durante medio minuto los tres nos olvidamos de aquel panorama tan deprimente y estuvimos riéndonos. Keith, que se quedó atrás al comienzo del ataque, había tenido un día más ajetreado que el nuestro.

—¿Han tomado el fuerte?—, pregunté.

—¿El fuerte? Nunca van a poder tomar esa posición. Yo he estado con algunos de los franceses y Dios sabe lo que tuvieron que dejar atrás. Y no me extraña, viendo cómo empezaron a dispararles esos cabrones chiflados.

---

[57] Esmond se refiere aquí a Ludwig (Von) Renn (1889-1979) el prestigioso novelista alemán que en aquel momento comandaba el Batallón Thaelmann. Era de familia noble y había sido oficial del ejército del Kaiser durante la Primera Guerra Mundial. Su nombre real era Arnold Friedrich Vieth Von Golßenau hasta que en 1930, tras ser agredido y encarcelado por los nazis, se unió a los comunistas y comenzó a utilizar el nombre del protagonista de su novela *Krieg (La guerra),* publicada en 1928. Se trata de una obra antibelicista que llegó a cosechar un gran éxito en su momento y donde narra sus experiencias en la Primera Guerra Mundial. En 1932 asistió en Járkov al Congreso Internacional de escritores revolucionarios y antifascistas, y ese mismo año fue encarcelado. Tras su liberación en 1935 huyó a Suiza y al año siguiente vino a España. El oficial germano-polaco que menciona como jefe del grupo podría ser Moritz, un voluntario al que Eisner se refiere como el "judío polaco de Prusia Oriental" (1972: 85).

Aguantaron lo que pudieron... Los flamencos, desde el otro lado, les tiraron algunas granadas y con eso terminaron. A las cinco ya se habían ido.

El capitán ordenó a Keith y a Bill que llevaran una camilla a no sé dónde. Fue la última vez que los vi aquella noche. Del resto de hombres, no conocía a ninguno. La mayoría eran franceses y polacos. Nos quedamos descansando cerca de la carretera una hora y media, mientras otros hacían guardia vigilando cualquier movimiento. Ni siquiera la mitad de nosotros tenía mantas pero los que sí tenían las compartieron, de manera que hubo una manta para cada dos o tres personas. Para mi sorpresa, pudimos mantenernos calientes durante la noche y conseguí dormir.

Todavía era de noche [día 14] cuando nos dieron la orden de levantarnos y ponernos en marcha. Teníamos que llevarnos todas las ametralladoras y la munición disponible, lo que significaba tener que cargar con todo lo que cada uno pudiera hasta que ya no aguantara más, y luego pasárselo a alguien que no llevara nada. Comenzamos nuestra marcha por la carretera, caminando en filas de tres. Después de un rato ya no había fila alguna, sino una hilera de gente que se extendía cerca de un kilómetro.

En aquellos momentos no tenía ni idea de que estábamos regresando a MELILLA por la carretera principal, que bordeaba las colinas de NORENO. Teníamos unos diez kilómetros de camino. A menudo llegaba una orden para que los que iban adelante se detuvieran y así pudieran reengancharse los rezagados. Muchos hombres, que veían que no podían seguir, se apartaban del camino y se tendían en la cuneta y cuando pasaban los de la cola se unían de nuevo al grupo. A mí me dolía cada músculo y cada hueso pero después de una hora de camino ya no sentía dolor alguno, simplemente tenía el cuerpo totalmente entumecido y estaba a punto de desvanecerme. Entonces me acordé de que un día, cuatro años antes, había tenido esa misma sensación de mareo y adormecimiento, al final de una carrera campo a través cuando bajaba por el largo paseo de los jardines del Wellington College. Sentí que ya no era la misma persona de entonces. Mis sensaciones y sentimientos, si es que tenía algunos, eran totalmente diferentes; y pensé que así me iba a sentir ya siempre.

Cuando llegamos a MELILLA (aún no sabía si había visto ese pueblo antes), tuvimos que esperar un buen rato hasta encontrar un lugar donde dormir. Yo me había hecho amigo de dos noruegos que hablaban inglés. Uno de ellos tenía una manta y, cuando al fin encontramos un sitio, se ofreció a compartirla conmigo. La luna y las estrellas ya casi no se veían por lo que pronto se haría de día. Al final logramos dormir hacinados sobre un suelo de piedra. Dormimos con el equipo puesto, con lo que ocupábamos más sitio y se hacía aún más difícil taparnos con la manta.

Capítulo 6

Ya había clareado y comenzamos a salir [día 14] como pudimos por la ventana para buscar los batallones. Estaba preocupado al no ver ingleses o alemanes por ninguna parte; me sentí un inútil por haberme perdido y quería una oportunidad para demostrarme a mi mismo que no era un inepto.

Entonces vi a Jeans asomándose por la ventana.

—Vamos por ahí a ver si encontramos algo de comer—, dijo. Al parecer ocho personas (de un total de 14) habían desaparecido. Supongo que yo debería haber estado preocupado por lo que podría haberle ocurrido pero no fue así. Estaba profundamente aliviado de oír que yo no había sido el único en "perderse". Descarté la posibilidad de que cualquiera de ellos pudiera haber muerto o estar herido. En realidad, yo no pensaba en "la guerra" sino más bien en que debía intentar hacer lo correcto y no llamar la atención sobre mi incompetencia.

Como no encontrábamos nada que comer, Jeans cogió del suelo un trozo de pan revenido y lo comimos. Una parte estaba cubierta de una fina capa de rocío helado.

Los desaparecidos empezaron a llegar. Joe, Tich y Babs habían pasado una noche excelente en camas con sábanas y mantas de abrigo en la granja que habíamos "conquistado" cerca del pueblo.

—Madre mía—, gritó Joe exultante para que todos pudieran oírle, — ¡no había de qué quejarse! Encontramos allí media docena de españoles, todos jóvenes, sabes. Yo creo que pensaron que éramos fascistas al principio, pero dije "Genossen" y "Camaradas", y en seguida cayeron en la cuenta. Nos preguntaron si teníamos hambre y nos sentamos a comer ¡huevos fritos y café!—.

Tanto detalle era más de lo que podíamos esperar. Los otros nos contaron otras cosas.

Chris, por ejemplo, dijo: —Creo que he cogido la maldita gripe—.

Birch: —Ojalá hubiéramos hecho ese ataque nocturno del que Paul hablaba—.

Jerry: —Supongo que ya era totalmente de noche cuando el sol se escondió—.

El sol ya había salido de nuevo y estábamos bastante animados. Pasamos la mayor parte del día tumbados en diferentes posiciones en las colinas a las afueras del pueblo, desde donde habíamos iniciado el ataque el día anterior. Subieron camiones con víveres, y tuvimos provisiones generosas de huevos cocidos, pan, mantequilla, carne enlatada, vino y café; también había bastantes granadas; yo me comí por lo menos doce. El pueblo me recordaba a las colinas de Sussex durante una visita festiva de excursionistas. El gran acontecimiento del día fue un ataque aéreo, en torno al mediodía.

Una vez más vimos cómo bombardeaban NORENO; de nuevo resultó ser una vista magnífica: tres aviones dando vueltas a su alrededor, sólo que esta vez eran bombarderos enemigos. *"¡Fliege, Decke!"*, gritaron al oír el primer sonido de los motores, y nos apuramos a esconder las mantas y las latas que había por allí. Bill, Keith, Don y Norman todavía no habían aparecido por lo que supusimos que aún estarían en NORENO. Los aviones desaparecieron pero diez minutos más tarde oímos de nuevo su zumbido; ahora estaban justo encima de nosotros. Cuando lanzaron las bombas sobre MELILLA, las explosiones y las vibraciones eran tremendas. Estábamos todos juntos, en grupo.

—No deberíamos estar así, todos juntos en un solo grupo—, gritó alguien.

—¡Quietos! ¡Quietos! ¡Mantened la calma!— Era la voz de Paul, intentando desesperadamente atraer la atención de varias personas que corrían por los alrededores.

Los aviones habían dado la vuelta, se nos estaban acercando y ahora estaban justo encima de nosotros. Totalmente tumbado, con la cara apoyada contra el suelo, me cubrí la cabeza con las manos instintivamente para protegerme. Oí un largo y agudo silbido, a continuación ¡bum, bum, bum! Tres detonaciones ensordecedoras, cada una más fuerte que la anterior; no debió de transcurrir ni medio segundo entre la primera y la tercera. Permanecí tumbado, muy quieto. Parecía imposible haber sobrevivido a aquello. Entonces oí a Jerry decir:

—¡Maldita sea! Esos tipos de ahí arriba han visto que no nos han dado y están regresando... No necesito compañía esta vez—. Y corrió hacia un árbol alejado unos cientos de metros.

Pero el ataque había acabado, y pudimos hacer balance de los resultados. Nadie estaba herido, aunque a cuatro o cinco personas les había caído tierra, palos y piedras encima. A cincuenta metros, un agujero enorme en el suelo mostraba dónde había caído una de las bombas. En el pueblo, había caído una en la calle, otra en un hospital improvisado donde cuatro personas habí-

an muerto y diez habían sido heridas. Pregunté a Birch cómo eran los aviones. Con más valor que yo, los iba observando todo el tiempo hasta que desaparecían los pequeños reflejos plateados. Eran grandes Junkers alemanes, con esvásticas claramente visibles en la cola, aunque volaran a buena altura.

Poco después apareció Bill. Tenía cortes en la cara por los vidrios rotos del bombardeo sobre NORENO. Keith y él habían pasado la noche en una casa en el pueblo aunque las bombas habían caído en la calle. A Keith se lo habían llevado en ambulancia, él había regresado con unos franceses en camión, y pensaba que NORENO estaba siendo evacuada. Donovan había vuelto herido. Norman todavía estaba desaparecido.

Vimos estallar proyectiles todo el día alrededor del fuerte, con impactos directos de vez en cuando. Cambiábamos continuamente de formación en posiciones diferentes para estar preparados en caso de ataque, de tal forma que nunca tuvimos la oportunidad de dormir al sol.

Por la tarde, nos preparamos para un ataque nocturno. Caminamos poco más de un kilómetro por aquella carretera que ahora ya resultaba familiar. Yo estaba junto a Aussie y Jerry; Aussie me prestó su impermeable, ya que hacía mucho frío y yo no tenía ni abrigo ni manta. Sid había perdido casi todo el día antes: apareció sin abrigo ni chaqueta, sin fusil ni munición. (Estos dos últimos habían sido ya reemplazados.)

Aussie exponía sus teorías filosóficas a su manera, de forma entrecortada.

—De alguna manera, una batalla puede venirle muy bien a cualquiera—, decía. —No importa quién seas o de dónde vengas. Puede que hayas ido a Oxford o puede que seas un vagabundo: un hombre como yo, que se ha educado a sí mismo. Aquí todo da igual, puesto que pueden matarte de un momento a otro... No obstante, éste es un buen grupo, tengo que decirlo, es bueno estar con un grupo como éste cuando uno se encuentra en una situación difícil—.

Salimos de la carretera, hacia la izquierda, aunque no me percaté de ello ya que el corte del terreno era prácticamente el mismo que el que habíamos atravesado el día anterior. Nos enteramos en ese momento de que no había planes de atacar aquella posición de nuevo pero se esperaba que nos encontráramos durante la noche con posibles patrullas enemigas entre NORENO y MELILLA. Nuestras fuerzas habían evacuado NORENO por la mañana por dos razones. Una, porque los fascistas tenían la carretera controlada bajo el fuego de sus ametralladoras ya que habían avanzado hacia una cima alejada unos cientos de metros de la posición inicial. Otra, porque se habían detectado concentraciones de tropas enemigas avanzando campo a través desde el norte (es decir, desde la

dirección de Madrid). Habíamos estado preparados todo el día para un ataque directo de infantería. El ataque aéreo podría haber sido el preludio. Las patrullas habían hecho guardia en las colinas que se elevaban sobre NORENO, frente al fuerte, pero los fascistas no habían dado signos de entrar en el pueblo. Se desconocía qué efecto podía haber tenido el bombardeo de artillería sobre el fuerte. Nuestra tarea esa noche era la de "tomar contacto" con el enemigo.

Actuábamos en secciones o pelotones, cada unidad estaba compuesta por unos treinta hombres y habría de emprender caminos con direcciones diferentes. El contacto era difícil para cualquiera de estas unidades en caso de encontrar resistencia durante un avance. Habíamos quedado en gritar las palabras *"Viva la"* como contraseña, con la palabra *"República"* como respuesta. Una columna española debía llegar a NORENO y enviar patrullas por la carretera de Madrid.

Estuvimos tranquilos la primera parte de la noche [día 14]. Avanzamos un poco, nos acomodamos bajo nuestras mantas (bueno los que tenían mantas) y dormimos con dos centinelas vigilando. Birch, Ray, Sid y yo pasamos frío. De vez en cuando intentábamos cubrirnos bajo la manta de Joe, pero no se encontraba de buen humor ya que había tenido una discusión con los alemanes a causa de las raciones.

—Si nos encogemos un poco, uno detrás del otro, estaremos bien, Sid es tan grande que puede ponerse fuera—, dijo Birch.

Yo me puse entre él y Sid. Sid estaba silbando y quejándose del frío viento que azotaba su cara. Teóricamente, yo debería haber sido el que saliera mejor parado, pero se me congelaban ciertas partes de los brazos, las piernas y las orejas. En el siguiente descanso, me tapé con la manta de Harry. Entre tanto, sirvieron un guiso y café. Me di cuenta de que mejor habría hecho guardándome la cuchara y el plato de campaña, ya que, para cuando me prestaron una, el guiso se había enfriado y estaba grasiento. Joe era el que mejor lo tenía en este caso, puesto que tras la acción de ataque, todavía tenía todos los cacharros, tenedores y cucharas colgando de su cinturón.

Yo nunca logré conservar ninguna de esas cosas. Por suerte, los objetos fáciles de perder como cinturones, bayonetas y platos se encontraban en cualquier sitio, abandonados por otros. La manta fue lo que decidí mantener a toda costa; el sudor de llevarla a todas partes bajo el sol abrasador no era nada comparado con el quebranto de no tenerla por la noche.

Descansamos antes de subir a una cima a las tres en punto [día 15]. Cuando nos acercábamos a la cumbre, se ordenó absoluto silencio. A continuación Jeans susurró: —Todos listos, tumbados en posición de combate—.

La cima era una trinchera natural. Mirando detenidamente sólo vi el cielo al principio; después, al levantar la cabeza un poco más y mirar alrededor, distinguí el contorno de un edificio detrás de nosotros a la izquierda. Habíamos dejado el fuerte a nuestras espaldas.

Se podían oír por todas partes susurros de entusiasmo.

—¿Ves a esa gente?—.

—¿Dónde?—.

—Ahí abajo—.

—No veo nada—.

—¡Mira, ahora! ¡Deprisa!—.

—No seas tan tonto, no son más que una pareja de caballos perdidos—.

—¡Ssss, ahora! ¡Silencio!—.

Ahora todos pudimos ver con claridad. Era una noche despejada, la luna estaba casi llena y la cima sobre la que estábamos dominaba otras crestas más bajas hacia delante. Lo que vimos salió de repente de la oscuridad hacia una zona elevada. Uno, dos, tres hombres, a caballo, trotaban hacia nosotros; después otros tres. Las gorras rojas destacaban en la oscuridad. Alguien susurró: "¡Moros!" Parecían estar muy cerca, pero nuestra posición elevada hacía engañosa la distancia. En aquel momento, el primer grupo quedaba ya fuera de nuestra vista tras las colinas. Dos alemanes escudriñaron por encima para ver qué camino tomaban. Habían dado la vuelta hacia la derecha, por un camino que pasaba al pie de la zona elevada. A un kilómetro a nuestra derecha, este camino cambiaba de dirección de forma abrupta, pasando entre nuestra colina y la otra. El segundo pelotón estaba en esta otra colina. Contamos hasta 18 de ellos en grupos de tres, y cada grupo se hallaba a unos 50 metros de distancia.

Al pie de nuestra colina se detuvieron todos menos los tres primeros. Éstos continuaron por el sendero. Nadie cuchicheaba nada ni se movía. Esperábamos con un nerviosismo que cortaba la respiración, deseando que no vieran ni oyeran nada. Tras una espera interminable, alguien susurró al grupo inglés la orden de quedarse, mientras que el resto del pelotón cruzaba a la derecha. Nos dijeron que la patrulla mora al completo había desaparecido.

—Dispara, y dale duro a la primera cara negra que veas. Esa es la idea, chico—, murmuró Joe.

—Dispara antes de que te den la orden y lo echarás todo a perder—, dijo Tich, que había oído el comentario.

—Pues claro, pedazo de loco—, dijo Babs respaldando a su amigo.

La quietud se rompió con un estrépito, y por otros tres más a continuación, a intervalos de diez segundos. Medio minuto de silencio y después esta-

lló un tremendo alboroto: las colinas empezaron a arder con los fogonazos y los disparos de los fusiles. El contraste con la anterior quietud era asombroso, aquello era como un infierno. Duró diez minutos, pasando alguna bala cerca de nosotros de vez en cuando. Después, el tiroteo se volvió más intermitente. Habíamos trepado con dificultad hasta la cima misma de la colina, listos para llenar de plomo a cualquiera que viéramos volver por el sendero. Un caballo sin jinete volvió galopando y se oyeron varios disparos antes de darnos cuenta de qué se trataba. Pasó por entre todas las balas y siguió su camino sin parar.

—Ya no volverán por aquí jamás; regresarán por la parte alta de las colinas—, dijo Jeans.

En realidad vimos a cuatro sin sus caballos. Juraría que uno de mis disparos había alcanzado a uno de ellos, aunque todos se atribuían docenas de muertos. Era casi seguro que los cuatro habían muerto. Joe quería ir a por dos caballos que quedaron por allí, pero no le dieron permiso. Habiendo "establecido contacto" con el enemigo, nos retiramos a toda prisa. Pero nuestra retirada se complicó ya que el segundo pelotón, eufóricos ellos por su éxito con los moros, abrió fuego sobre nosotros durante un rato. Nadie resultó herido.

Pasamos los dos días siguientes [15 y 16] en una cantera; estaba más o menos a un kilómetro del fuerte (pero no del lado del enemigo donde habíamos encontrado a los moros). Tich se acercaba ahora al frente con más frecuencia, al ser el único que sabía cómo asegurar nuestra posición. Asimismo, fue elegido de forma unánime encargado de la intendencia, y quedó a cargo de racionar toda la comida y designar a quienes debían traerla. Era un trabajo arduo, ya que los camiones de comida estaban a un cuarto de hora andando. En aquellos momentos, las raciones se repartían a intervalos irregulares, pero había al menos un guisado caliente al día. Es decir, al principio estaba caliente, pero para cuando llegaba, tanto el cocido como el café estaban casi siempre fríos.

Compartíamos la cantera con los flamencos que comían demasiado. Nuestra relación con ellos se enfrió a causa de la comida.

Joe compensaba las carencias con sus propios esfuerzos. Dado que el suministro no era demasiado bueno, a menudo la iniciativa privada tomaba el relevo en la distribución de existencias. La palabra usada para esta forma de abastecerse era "organizar". Uno siempre estaba "organizando" unas latas más de carne, u "organizando" mantas extra, u "organizando" utensilios de cocina. Birch era el único que no estaba en absoluto de acuerdo con el principio de "organizar"; Jeans, Tich y Ray tampoco lo estaban al principio, pero a ellos, como a todo el mundo, les pareció bien "organizar" por el bien del grupo.

El bombardeo aéreo fue harto frecuente durante aquellos tres días. Todos sabíamos que los descansos al sol eran poco duraderos y que a la mínima te despertarían bruscamente para que tanto tú como tus cosas desaparecieran de la vista con rapidez. Uno tuvo lugar mientras Jerry y yo habíamos ido a por las raciones. Cerca del camión de comida estaban esparcidos cientos de latas brillantes y varios recipientes de café que brillaban al sol. Los hombres que repartían la comida se marcharon de allí tan pronto como pudieron, al igual que hicieron todos los que estaban recogiendo raciones. Jerry y yo tuvimos la misma idea: como los bombarderos casi nunca acertaban con el objetivo exacto (normalmente las bombas caían a varios cientos de metros) supusimos que verían todas las latas y quizá el camión, apuntarían hacia allí y no darían en el blanco. Mientras tanto, nos haríamos con un saco, meteríamos una buena cantidad de mercancía, y recibiríamos una bienvenida de héroes al regresar. De hecho, no cayó ninguna bomba a menos de ocho kilómetros del camión, así que nuestro plan salió perfecto. Transportamos la cafetera en un palo, sujetando cada uno un extremo, y esto, con toda la comida en el saco, y los bolsillos repletos de huevos duros y granadas, suponía una carga tremenda. Nuestro esfuerzo cayó en saco roto ya que antes de que regresáramos al frente, Ray vino a decirnos que nos retirábamos. Tuvimos que abandonar allí mismo la mayor parte de la comida.

Se nos dio todo tipo de explicaciones a la orden de retirada, como que se esperaban duros ataques, y se nos ordenó que nos replegáramos diez kilómetros hacia mejores posiciones. De hecho, nos iban a relevar. La noche anterior no había habido ninguno de los habituales "ataques" desde el fuerte ya que los fascistas lo habían evacuado. Max nos informó de forma oficial que el Batallón Thaelmann debía regresar a Chinchón para reorganizarse. En el viaje de vuelta, de unos treinta y dos kilómetros por un paisaje precioso, todos estaban con un ánimo excelente. Por mucho que uno haya podido disfrutar del frente, siempre se agradece el momento de dejarlo al pensar en la comodidad, en el calor y en el cese de los tiroteos.

En MELILLA pudimos ver a las nuevas tropas (todos españoles) que nos iban a reemplazar. Nos marchamos [día 16] entre un ambiente de griterío, vítores y palabras amistosas. En el camión, Jeans y yo repartimos nuestras provisiones de granadas. Los flamencos habían conseguido vino y terminaron borrachos una vez más, pero nuestras diferencias se olvidaron pronto cuando Joe sacó dos latas de carne de vacuno y exclamó: "Oídme, camaradas flamencos, tomad esto; *is fleisch, gut!* (¡es carne, de la buena!)". Jeans me empezó a caer mucho mejor. Me contó que una vez había intentado aprender francés,

además de las otras lenguas que hablaba. Se había alojado en una pensión en el sur pero todos con los que allí confraternizaba eran refugiados rusos, por lo que no había aprendido nada de francés.

De vuelta a los barracones en Chinchón, Birch y yo juntamos las camas para tener más calor, utilizamos dos impermeables como colchón y nuestras mantas y abrigos para cubrirnos. Discutimos un poco sobre Keith y Norman. Bill nos había dicho ahora que no pensaba en absoluto que Keith estuviera herido[58]. En el transcurso de la discusión, Birch admitió que sólo había intentado llevarse bien con él por cuestión de principios. Birch tenía principios muy sólidos.

—Me preocupé mucho al comprobar que tenía mucha influencia sobre ti—, dijo.

—Bobadas—, contesté. —¿Me estás diciendo que no te gusta sólo porque tiene sentido del humor y porque no es tan comunista como tú?—.

—Es por su actitud y comportamiento en general, no por sus opiniones. Tú no lo has conocido tanto como nosotros—.

Estaba molesto con Birch por asumir que yo me había dejado influir por alguien pero contento por la amistad que mostraba ese comentario. Al día siguiente, tras nuestro primer ataque, Norman tampoco había aparecido.

Cuando fuimos a la ciudad, Jeans dijo, "Paul ya no querrá saber nada de este pelotón si Keith y Norman regresan en cualquier momento e intentan unirse de nuevo a nosotros—. Ambos habían sido amigos especiales para mí, pero daba por sentada su marcha; supongo que las condiciones en las que nos encontrábamos hacían que uno se adaptara a cualquier cambio de amigos o de circunstancias. No volvimos a mencionarlos. Disfrutamos del vino en abundancia, nos emborrachamos como es debido, y sentimos que estábamos comportándonos como debían comportarse los que acaban de volver del frente.

---

[58] Sorprendentemente, como ya hemos hecho constar, Esmond no menciona aquí a David Marshall que sí fue herido de bala el día 13 y tuvo que ser evacuado. No sólo Lorrimer Birch aparece aquí preocupado por la influencia ¿nociva? que Keith S. Watson ejerce sobre nuestro autor. En el diario de Raymond Cox, el día 9 de noviembre, podemos leer: "Romilly está siendo muy influenciado [por Keith] y ambos están adoptando una [preocupante] posición anti-partido [comunista]".

Capítulo 7

Tuvimos una reunión de grupo en Chinchón [día 16] pero nada de esto parecía ahora importante. Estas interrupciones tendían a resultar molestas cuando estabas limpiando el fusil o recogiendo tus cosas. El primer punto a tratar era si deberíamos seguir con las reuniones de grupo o no, y la reunión la presidía Bill quien empezó diciendo:

—Creo que todos nuestros camaradas deberían pensar seriamente sobre este asunto. Cuando Max anunció que partíamos para Madrid, declaró expresamente que estaba a favor de discutir lo del cambio de planes. Si no habláramos de este tipo de cosas nos pareceríamos cada vez más a los fascistas... Probablemente muchos camaradas piensen que nos mereceríamos un buen descanso, tal y como nos lo habían prometido—.

Birch estaba furioso por el simple hecho de estar discutiendo el tema y dijo que eso nos granjearía mala reputación entre los alemanes. Jeans parecía cansado y no habló mucho. Había venido a comunicarnos las nuevas órdenes para ir a Madrid. A Tich le gustó que Max anunciase que íbamos a luchar en trincheras bien construidas. Sidney provocó algún problema por no prestar atención al desarrollo de la reunión.

—No creo que el camarada Sid pueda contribuir en nada a esta reunión, por lo que sugiero que se le pida que se marche— propuso Bill. (Nunca se sabía si Bill hablaba en serio o en broma).

La discusión continuó durante una hora. El veredicto final fue que tendríamos que haber tenido un descanso adecuado pero que todos estábamos dispuestos a seguir las nuevas órdenes con entusiasmo.

—Antes de terminar— añadió Birch, —me gustaría decir que nunca debería haberse celebrado esta reunión. Jeans acaba de decirnos que le va a comunicar a los alemanes que el grupo inglés piensa que deberían habernos dado un descanso. Creo que no tiene ningún derecho a hacer eso...—.

Esto originó otra trifulca y Babs exclamó: "Vale, hay muchas formas de hablar sobre alguien y... Jeans lo hace lo mejor que puede. Tiene que trabajar duro, traducir y transmitir las órdenes. He visto cómo se portó ese hombre en el frente y es todo un genio, vale por diez de vosotros, os lo aseguro...".

Mucho después de la reunión, Babs continuaba balbuciendo cosas como ésta: "Jeans es un comunista de pura cepa".

—También lo es Birch—, le respondí. —Sólo que estaba en contra de toda esta historia de las reuniones.

Incluso Birch se asombró ante mi arrebato. Me dijo que pensaba que Jeans estaba siendo un poco difícil, al no querer traducir todo lo que habíamos acordado. Yo estaba de acuerdo. De forma comprensible, se negaba a traducir nuestra queja colectiva cuando él no la aprobaba. Chris era el único, aparte de él, que hablaba alemán, aunque no de forma fluida. Habíamos estado juntos, frente a la ventana, tirando cigarrillos y granadas a los niños que había en la calle. La mejor forma de comer una granada es chupar todo el jugo que tiene y escupir el resto. Chris había cogido un resfriado considerable y parecía abatido. Cada vez me caía mejor. Me contó que la primera noche del ataque, una granada había explotado unos centímetros por detrás de él cuando llevaba la munición.

Encontré la mochila de Keith y saqué dos juegos de ropa interior limpios y cálidos. Los anarquistas se los habían proporcionado en Barcelona. Ya no pensaba en Keith, Norman o Donovan; simplemente ya no estaban, eso era todo. Por la mañana había tenido lugar una acalorada discusión sobre el ataque y todos nos levantamos a escuchar y a tomar parte en ella; pero cada vez que Jeans o Chris comenzaban a traducir unas frases, se oía un sonoro "Ssss", para que otro alemán pudiera adelantarse y decir lo que pensaba. Alguien dijo que era vergonzoso que no hubiera habido camilleros y otro que debería cambiarse todo el sistema disciplinar. Alguien más anunció que la segunda noche una compañía entera se había retirado por el rumor de que la caballería mora se acercaba. Resulta que cerca de 15 flamencos habían decidido que querían regresar a casa. Los dejamos en Chinchón y después los enviaron de vuelta a Bélgica. Tanto Max como Van Renn dijeron que el grupo de ingleses se había encontrado la primera noche en una posición muy desfavorable pero que lo habían hecho muy bien. Me sentí muy avergonzado ya que sabía que el peor momento de todos fue cuando Bill y yo nos perdimos. Jeans, Birch, Chris y Ray eran los que merecían aquel cumplido.

Ahora Jerry destacaba en el grupo por sus bromas. Jock nunca aportaba nada más original que las coplillas picantes a las que nos tenía acostumbrados. Joe era el que más gritaba y sus requiebros retóricos se basaban en metáforas rumbosas con las que trataba de transmitir sus sentimientos. Por ejemplo, podía decir: "Ven aquí, Jock, pedazo de filete crudo, gordo cabrón, maldito caballo lisiado, holgazán redomado", y Jock, por su parte, se limitaba a

responder con obscenidades manidas y vulgares. Messer usaba menos exuberancia lingüística pero a menudo expresaba el estado de indignación en el que se encontraba mediante frases breves y entrecortadas que invocaban a la virgen y otras deidades. Él y Jerry compartían la misma "cama" en Chinchón y tenía mucho que decir sobre algunos de los hábitos nocturnos de Jerry.

—Qué dices, hombre, eres tan retorcido que ni siquiera puedes acostarte a derechas—, decía Jerry. Su acento era lo que hacía del comentario todo un éxito. Jerry y Messer eran buenos amigos. Se les consideraba como a un solo ser, lo mismo que a Tich y Babs, aunque ellos estaban más unidos porque habían venido juntos y eran antiguos soldados. Yo andaba principalmente con Birch, aunque me llevaba muy bien con Bill, con Messer y con Aussie, a quien le gustaba hacer las cosas solo. Solíamos considerar a Joe y a Jock en el mismo grupo, aunque nunca se podía asegurar qué iba a hacer Joe. A todo el mundo le gustaba Ray, era muy popular, a nadie le caía mal.

Entramos [día 17][59] en Madrid en medio de un ataque aéreo y vimos cómo derribaban dos aviones. Pasamos por las afueras y nos alojaron en Fuencarral, un pueblecito a unos kilómetros al norte. Madrid no era una ciudad muy vistosa. No había más que raíles de tranvía y barricadas por doquier. Podría parecerse a cualquier parte de Londres cuando hay calles levantadas y obras por todas partes, con hornillos para que los obreros se calienten la comida. Aquella visión tuvo en mí un impacto tremendo.

Era nuestra primera noche en el nuevo cuartel, nos despertaron

Ruinas tras los bombardeos en la calle Quintana de Madrid. [Fotografía tomada del libro *La lucha en torno a Madrid*, (Monografía nº 2) compilado por J.M. Martínez Bande].

[59] Durante la noche del 16 y el día 17 los bombardeos sobre el centro de Madrid (Gran Vía, Convento de San Jerónimo y Convento de los Trinitarios) se sucedieron provocando gigantescos incendios. Ese día los aviones de los sublevados lanzaron octavillas instando a la gente a rendirse. Pero además, como apunta Vicente Rojo "La acción aérea continuó el 18 y el 19 y fue tan brutal, que motivó la protesta del cuerpo diplomático cuyas embajadas, sobre todo la de Turquía, sufrieron graves daños" (1967: 91). Deducimos de aquí que los bombardeos ya no eran selectivos y que cualquier objetivo podía ser atacado.

a la una de la madrugada [día 18] y nos montaron en camiones. Tras un viaje agotador, y apretados como sardinas en lata, resultó que nos habían llevado al frente equivocado. De regreso al cuartel, hubo fuertes discusiones sobre si se debían conservar los mismos lugares que teníamos antes para preparar las "camas" ya que no había espacio suficiente para que todos estuviéramos cómodos.

Al día siguiente, Messer fue al dentista. Contó que mientras estaba allí hubo un gran ataque aéreo y que un tranvía había sido alcanzado: todos los ocupantes habían muerto o estaban heridos.

Hubo que esperar mucho tiempo hasta que recibimos los víveres; cuando llegaron, todo lo que había eran dos huevos crudos por persona y pan. Chris tenía un hornillo de acetileno así que los cocimos. En aquel momento se encontraba muy enfermo y se quedó atrás. En Fuencarral, Aussie y yo compramos un poco de vino que sabía delicioso y dulce como el zumo de uva. Tras esto, me quedaban seis pesetas; había perdido cerca de once por un agujero en el bolsillo de mi pantalón. Me compré tres puros, a una peseta cada uno.

—Son rusos—, susurraba la gente del pueblo cuando nos veía pasar por la calle.

—¿Qué dices, camarada?—, gritó Joe. Somos ingleses, ya sabes, *English*... ¡*Rule Britannia, God save the King*... ingleses!

—Cierra el pico, imbécil, que no estás con las chicas-scout de Luton—, replicó Messer.

Por la tarde [día 18], ocupamos la posición de reserva. Estábamos en un valle rodeado de colinas altas. Jeans pensaba que tendríamos que permanecer allí al menos ocho días. Dijo que los fascistas estaban en el frente de la universidad, prácticamente rodeados e incomunicados; el plan era no hacer nada por el momento para darles la oportunidad de rendirse o intentar una retirada. Mientras tanto, y ya por fin, podíamos hacer un poco de instrucción. Bill, Messer y yo preparamos una "cama" juntos tras un árbol[60] , pero estábamos en pendiente y aquello resultaba muy incómodo.

—No me gusta nada este sitio—, dijo Bill. —Cualquier bala perdida que venga en esta dirección puede alcanzarnos—.

---

[60] En realidad se encontraban en una posición al norte del antiguo puente de San Fernando, entre los altos de Buenavista y del Club Puerta de Hierro y el río Manzanares, una zona con terreno ondulado y bien cubierta por arbolado. El grupo de Esmond llegó allí el día 18 de noviembre por la tarde cuando ya llevaban allí diez días los primeros internacionales y lo primero que hacen es adecentar un lugar en el que poder dormir unas horas. La misma escena entrañable la describe Luigi Longo en los siguientes términos: "Apenas han llegado y ya deben acomodarse para pasar ahí la noche, entre los árboles, excavando y construyendo techos con ramas y follaje, haciendo menos duro el suelo con hojas y hierbas secas amontonadas" (1966: 91).

—No hay peligro—, respondí yo.

—Sí claro—, replicó Bill, —vosotros estáis estupendamente protegidos detrás de mí—.

—Este tío está loco—, increpó Messer.

A un kilómetro más o menos de nosotros había seis armas pesadas. Me sobresaltaba con cada explosión. Era como si alguien cerrase un libro de golpe en tus narices. Birch sugirió que cavásemos una letrina y a continuación añadió que, al día siguiente, deberíamos celebrar una reunión para asuntos políticos. No hicimos ninguna de las dos cosas. Por cierto, esta fue la única mención a una letrina que recuerdo durante toda la guerra. Al principio, esta carencia no era muy importante, pero cuando pasábamos unos cuantos días en la misma posición, toda la parte de atrás quedaba cubierta de recuerdos. Casi todo el mundo sufría diarrea en algún momento, lo que empeoraba las cosas todavía más. Por suerte, casi nunca pasábamos más de dos o tres días en la misma posición.

El primer día hubo calor y pude disfrutar al sol de un puro y de una novela, pero los ocho días de espera no fueron tales. Aquel primer día tranquilo fue también el último. La segunda tarde escuchamos ya un estruendo continuo de disparos de ametralladora y fusil por delante de nosotros. Los rebeldes estaban combatiendo en la Ciudad Universitaria y las descargas de artillería comenzaron alrededor de las siete de la tarde. Sobre nuestras cabezas volaban los obuses que se lanzaban desde ambos lados y nuestras armas disparaban en una proporción de una contra cuatro frente a las del enemigo. Cerca de media noche hubo un momento de calma.

Habíamos estado agazapados en el valle hasta que nos dieron la orden de avanzar. Fuimos por una carretera, en fila india, dejando unos diez metros entre cada hombre, mientras las balas silbaban por entre las copas de los árboles sobre nuestras cabezas. Descansamos unas horas en una gasolinera fuera de servicio[61]. Justo después del amanecer, cuatro batallones de la Brigadas Internacionales y dos compañías españolas lanzaron un contraataque desde el norte contra los rebeldes.

Mientras esperábamos la llegada del alba en la gasolinera, Jeans tradujo las instrucciones y algunos consejos que le había transmitido el Alto Mando. Todo me resultaba muy lioso pero recuerdo que había una parte sobre cómo enfrentarse a los tanques. Jeans explicó:

---

[61] Por la descripción que hace aquí el autor, parece que el día 19 muy temprano abandonaron la posición de retaguardia, al norte del antiguo puente de San Fernando y avanzaron hacia Puerta de Hierro, donde se hallaba la gasolinera que aparece en el croquis (ver p. 159), y después caminando se acercaron hasta unos 100 metros de la línea de fuego. Las órdenes que tenían eran las de avanzar lentamente protegiéndose entre los arbustos y en caso de bombardeo tirarse al suelo y ocultarse pero sin correr.

—Si un tanque ataca el edificio en el que os encontráis, no salgáis corriendo. Muchos murieron ayer por hacer eso. Ahora hay un nuevo método[62] para enfrentarse a los tanques, usando botellas llenas de gasolina en llamas. Se llena la botella de gasolina más o menos hasta la mitad y todo lo que hay que hacer después es lanzarla bajo el tanque—. (Este asunto de las botellas de gasolina y los tanques siguió discutiéndose más tarde en diversas ocasiones pero no sirvió para nada ya que nunca vimos una botella con gasolina y muy de tarde en tarde disponíamos de cerillas). Otra parte de la "exhortación" que me pareció un poco extraña era que, por lo visto, debíamos disponer de picos y palas para aumentar la moral de las tropas españolas. Debió de ser un error de traducción.

—Bien, ahora que ya hemos acabado con esto—, continuó Jeans, —tengo que daros una noticia. Está sacada del Boletín Internacional del Batallón Thaelmann—. La noticia que leyó era muy sorprendente[63]. Alemania e Italia habían reconocido el gobierno del General Franco, bajo el pretexto de que tenía el control de Madrid. Portugal lo hizo a continuación. Se indicaba que nuestra lucha desde ese momento tendría un efecto decisivo en el futuro de las relaciones internacionales.

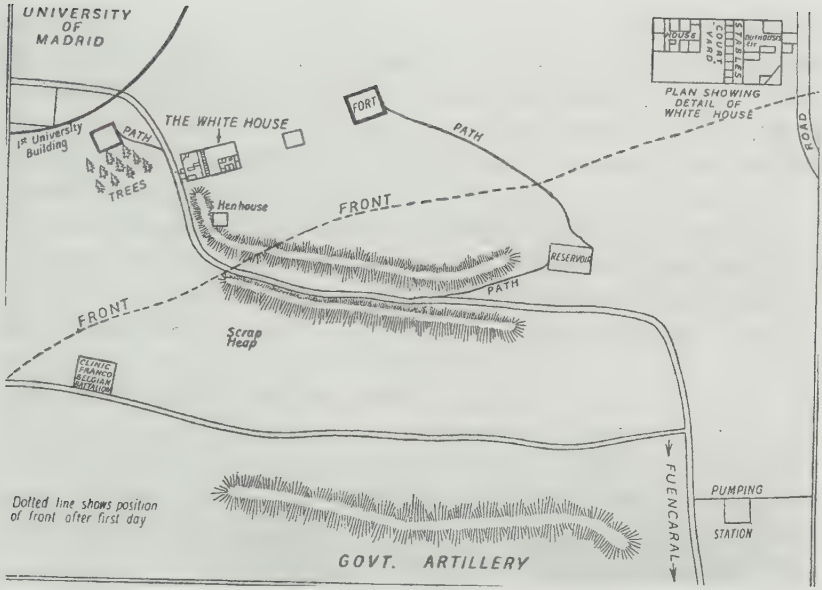
A las cinco en punto de la mañana [¿día 19?] seguíamos esperando, agazapados en una zanja al borde de la carretera. Estaba lloviznando aunque no por ello nuestros ánimos habían decaído. Yo estaba nervioso y creo que la mayoría de los demás también. Descubrí que mi fusil se había encasquillado pero una vez más Tich estaba allí para arreglarlo. Nuestro objetivo inmediato era una especie de fortificación cercana [¿Palacio de la Moncloa?] a la Casa de Velázquez (más o menos a un kilómetro de la Universidad de Madrid).

A Tich le ordenaron que se adelantara con seis hombres para hacer un reconocimiento. Íbamos avanzando todos juntos unos cuantos metros y nos tirábamos al suelo con los fusiles listos y sin el seguro. Joe iba detrás de Tich, después Babs, Ray y yo, con Messer al final. Reinaba una extraña calma aunque el sonido de las ametralladoras se oía a lo lejos. Mientras corríamos a toda velocidad por una vaguada poblada de árboles, advertí el brillo intenso de la escarcha. Justo frente a nosotros había un estanque rectangular que medía unos 70 metros de largo por unos 45 de ancho. Algunas balas pasaron casi rozándolo y nos tumbamos a la orilla. Al otro lado había un montículo que nos protegía del fuego.

---

[62] En este pasaje Romilly se refiere a la técnica conocida como "Cóctel Molotov" que fue empleada de forma sistemática por las tropas moras, mostrándose muy eficaz contra los T-26 soviéticos utilizados en el ataque republicano de finales de octubre a Seseña.

[63] Esmond destaca aquí la relevancia de esta noticia porque entendía que la guerra desde ese momento (el reconocimiento de Alemania e Italia se produjo el 18 de noviembre de 1936) ya dejaba de ser una contienda civil entre españoles para convertirse en un conflicto de carácter internacional.



Croquis que aparece en la edición original. En él podemos observar la posición del grupo en el frente de la Ciudad Universitaria con un plano ampliado muy útil de la Casa Blanca. Lo que ahí denomina "FORT" podría ser el Palacio de la Moncloa. Debajo a la derecha está el estanque que menciona en su descripción pero no aparece la Casa de Velázquez. Abajo a la izquierda sitúa el "Clínico" que realmente podría ser la Facultad de Medicina y a la derecha la gasolinera. En cualquier caso, se trata de un croquis orientativo muy poco preciso, y la actividad más importante del grupo de Esmond tiene lugar alrededor de la Casa Blanca.

—¿Dónde diablos quiere llevarnos este tipo? — murmuró Messer. —Está loco, todos en esta unidad están locos. No puedes andar por ahí caminando a tientas e invadiendo el terreno del otro—.

En pocos minutos llegamos hasta el muro del edificio y allí esperamos, conteniendo la respiración. Allá dentro no se movía ni un alma. El otro grupo al mando de Alex con ocho alemanes llegó también al mismo tiempo. Alex entró y a continuación dio órdenes a dos hombres para que lo siguieran. El resto esperamos tras el muro, al otro lado.

Nadie dijo ni una palabra, mientras Alex derribaba una puerta con la culata del fusil; después, con la bayoneta calada, guió al grupo hacia el interior. Había unos cuantos fusiles, cubiertos de barro en su mayor parte, cartucheras, gorras cubiertas de sangre y otros signos de la reciente ocupación. Dentro, Alex encontró amontonados los cuerpos de veinte soldados republicanos. Las marcas de las balas y las granadas mostraban la intensidad del ataque de los rebeldes. Limpié el barro de mi fusil.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí. Tras cada impacto de los disparos de ametralladora que venían por la derecha, del lado del estanque, el yeso de las paredes se desprendía. Las balas, no obstante, golpeaban demasiado alto y estábamos protegidos. Después oímos varias sacudidas muy fuertes, pudimos ver el humo de la explosión de los proyectiles a unos 100 metros y luego un fuerte impacto seco y directo. Una lluvia de ladrillos, piedras y tierra casi enterraron a cuatro de los nuestros pero nadie salió malherido. Una de nuestras baterías dotada con tres armas comenzó a bombardearles de forma incesante. Alex dio la orden de retirada.

Retirarse no fue tan fácil. A unos cientos de metros de la posición, Alex apostó dos hombres tras un árbol para que vigilaran el camino. Desde su posición veían el palacete [Palacio de la Moncloa], y el estanque a la derecha. Nuestros problemas comenzaron cuando recorrimos el camino de vuelta junto al estanque. Nos quedamos a merced de potentes disparos que podían alcanzarnos a corta distancia desde el otro lado. Las balas pasaban a toda velocidad y se metían en la tierra a más profundidad de la que nunca antes habíamos visto.

—¡Rápido! ¡Más rápido!—, gritó Alex. Él y los dos alemanes que le seguían habían alcanzado ya el fondo de la vaguada así que la elevación del terreno los protegía. Mientras esperábamos tumbados boca abajo, les oímos abrir fuego sobre el enemigo. Entonces pude oír perfectamente el ra-ta-ta-ta de una-dos-tres-cuatro ametralladoras distintas, y parecía que eran de las nuestras. Me di cuenta de que todo el batallón debía haberse acercado hasta apostarse detrás de nosotros.

— ¿Estás bien, Romilly?—, me preguntó Ray, que estaba unos metros por delante de mí. —Pasa el aviso de permanecer totalmente inmóviles y aguardar nuevas órdenes—.

— ¿Vale, Messer?—, inquirí yo. Pero no hubo respuesta.

Había empezado una refriega de verdad y por lo visto estábamos en medio. Las balas pasaban rozando el estanque y a veces salpicaban al caer en el agua, por debajo de su objetivo. Entonces oímos disparos que venían de nuestra retaguardia y un par de balas pasaron silbando por encima de nosotros en dirección enemiga.

— ¡No disparéis!—, gritó alguien. Eran los que estaban apostados arriba. Me escogieron para que me deslizara hasta ellos, explicarles lo que estaba pasando y traerlos de vuelta. Fue un recorrido aterrador. Pronto me di cuenta de que podían descubrirme y tuve que ir todo el camino arrastrándome sobre el estómago. Vi a Messer arrodillado cubriendo el cuerpo de un alemán.

Otro yacía en el suelo a unos cuantos metros de distancia; un vistazo rápido y me di cuenta de que estaba muerto.

—Sabe Dios si conseguiremos llevarnos a este tipo de vuelta, o incluso si volveremos nosotros—, dijo Messer. — ¿Sabes que esos fascistas regresaron al fuerte poco después de que nosotros lo abandonáramos? ¡Estate quieto, por el amor de Dios, van a verte desde allí!—

Puede que nos quedásemos allí diez minutos o una hora. En ese momento ya había bastante luz. En el valle, el ruido de las explosiones de mortero en las trincheras se sumaba al de los fusiles y las ametralladoras. Una simple ojeada y se percibían signos de movimiento en el fuerte. De pronto, la refriega perdió intensidad tan inesperadamente como había comenzado. Volvimos a gatas, arrastrando al herido con nosotros.

Mapa de situación de los frentes el día 20 de noviembre de 1936. La línea continua refleja las posiciones de los sublevados y la discontinua la de los republicanos aunque los ataques que describe Romilly tienen lugar dentro de la línea controlada por los franquistas. Como puede observarse el Hospital Clínico es el último edificio de la cuña que consiguieron consolidar los sublevados. También pueden observarse con claridad las posiciones del Palacete (Palacio de la Moncloa) y la Casa de Velázquez.

Hacia las doce de la mañana el Batallón Thaelmann había logrado repeler el ataque de los rebeldes cerca del estanque y trataba de tomar de nuevo el fuerte junto con el Batallón Garibaldi. Sin embargo, a la derecha, al otro lado de la carretera de Fuencarral los fascistas avanzaban y de hecho cortaron el cruce cerca de la gasolinera. Nuestras líneas de reserva, las que se había quedado en la zona más alta[64], entraron entonces en acción y los rebeldes tuvieron que retirarse, sufriendo muchas bajas. Esa noche, en la gasolinera se rindió una partida de catorce moros.

Al caer la tarde, las llamas del promontorio fortificado y de las casas de la izquierda se podían ver a varios kilómetros a la redonda. Una parte del Batallón Garibaldi intentó una carga de bayoneta y fue rechazado. Nosotros pasamos la tarde en la carretera, como línea de reserva.

Llegaron dos camiones con sopa y café calientes. "¿Muchachos, habéis oído? Tendremos una ración especial de ron y nos van a dar termos para el café" comentó Ray. Pasamos una noche peliaguda al borde de la carretera ya que era imposible atrincherarse como es debido, y de todas formas, estábamos demasiado cansados. Las mantas estaban empapadas así que Messer y yo decidimos quedarnos levantados casi toda la noche, por lo que Jeans nos pidió que hiciésemos el turno de guardia. Había tres hombres de guardia cada turno. Uno tenía que mantenerse en contacto con el batallón español a nuestra derecha (se habían atrincherado en el camino que llevaba hacia el estanque). Los otros dos tenían que patrullar el camino de la izquierda que, a unos cientos de metros de donde nos encontrábamos, hacía una curva muy cerrada a la derecha.

En la esquina, nos detuvimos al lado de la carretera y pudimos otear el frente. En medio de la noche, el incendio parecía apenas a unos 50 metros de distancia. "Vamos", propuse yo, "veamos qué diablos es eso". Nos acercamos sigilosamente hasta que pudimos observar el contorno de las casas en llamas. No pudimos comprobar si había alguien allí pero desde luego no podía vernos.

Cuando llegó el turno de Bill, me dijo: "Los riñones me están matando. ¿Puedes buscar a alguien que me sustituya para la guardia?". Al día siguiente, Bill volvió al hospital de Fuencarral ya que estaba muy enfermo y nunca volví a verlo. Me dio mucha pena.

Una vez le pregunté qué pensaba de esta guerra y qué relación encontraba con la que había tenido lugar en Irlanda. "No hay punto de comparación,

[64] Según la descripción que se nos ofrece parece que esas líneas de reserva estarían apostadas aproximadamente en la zona de la Facultad de Filosofía y Letras.

te lo digo así de claro", contestó. "Esta es una guerra en toda regla. En Irlanda sólo había escaramuzas, algo así como interceptar algún transporte en alguna parte o intervenir en un ataque sorpresa a un cuartel para liberar a los presos. Además siempre era algo interno y cercano; alguien, quizás algún soldado inglés, que quería armar un lío y que abría una puerta o algo así. Después, te ibas a casa, a tu chimenea, y nadie andaba detrás de ti, pues todo el mundo estaba metido en lo mismo, ¿entiendes?"

Más tarde, oí que Bill Scott se había unido a un batallón español y había luchado con ellos varios meses antes de regresar a Irlanda.

A la mañana siguiente [¿día 20?], atacamos de nuevo el fuerte y los edificios de la granja. Formamos en una vaguada[65], entre la carretera y los promontorios que había frente a nosotros. Cuatro tanques remontaron la carretera. La artillería rebelde se había mantenido activa todo este tiempo y, de vez en cuando, sus proyectiles formaban grandes nubes de humo cerca de la carretera; pero los tanques continuaban su avance, traqueteando despacio. Los vimos desaparecer en la curva. Después escuchamos el pom-pom de sus cañones, que demostraba que el ataque estaba en pleno apogeo.

Reinaba un suspense aterrador. Recuerdo haber leído libros sobre la guerra, pero por primera vez la expresión "lanzarse al ataque" tenía algún significado para mí. Sentí una urgente necesidad de aliviarme, pero decidí que no había tiempo. "¡Calad las bayonetas, todos listos!", gritó Jeans. Los italianos estaban agazapados y preparados en el promontorio de al lado. Nos cubrirían con fuego de fusil. Detrás del camino, cuatro ametralladoras comenzaron a disparar sus ráfagas.

— ¡Adelante! Corred unos diez metros, tiraos al suelo, esperad el siguiente avance y disparad todos a las ventanas—, gritó Jeans.

Por fin llegamos al muro de la Casa Blanca[66]. Fue un avance difícil. Nos mantuvimos cerca de la carretera y al principio las balas pasaban por encima de nosotros sin alcanzarnos. Después había un espacio de casi cincuenta metros, que hubo que correr de tres en tres. Algunos alemanes cayeron por el camino. Aquello era como ver una película americana y observar cómo matan a la gente mientras corre.

---

[65] Parece que Esmond se refiere aquí a la zona baja situada entre la actual Facultad de Ciencias de la Información y la Escuela de Ingenieros de Caminos.

[66] Aunque Kevin Ingram, su biógrafo, indica que la Casa Blanca (ver foto en página siguiente)se corresponde con la Casa de Velázquez (1985: 134) no es el caso. Por lo que describen otras fuentes y por lo que deducimos del croquis del plano de nuestro autor (ver p. 159) se trata de una Casa de Labor, una granja con alberca, que se encontraba a poca distancia del Cuartel de la Guardia Republicana [Guardia Civil] y del Palacete de la Moncloa.

Aspecto que ofrecía la Casa Blanca durante los días que luchó allí el grupo de Romilly. (Fotografía tomada del panfleto *Madrid honra a Hans Beimler* publicado en noviembre de 1936 por el Comisariado de las Brigadas Internacionales en Madrid).

Todos los ingleses llegamos sanos y salvos. La mayoría de los disparos provenían de la Casa Ro ja [¿Palacio de la Moncloa?]. En el exterior del muro había cuerpos de soldados moros y algunos todavía gemían de dolor. Las ametralladoras del Hospital Clínico[67] estaban pasando una buena factura a los defensores. Nadie podía escapar por el camino que había detrás.

Entramos en un patio. Era como una granja de gran tamaño, con una serie de establos, talleres y armerías que se situaban en apartamentos separados a cada lado. Tuvimos que detenernos por culpa de un ataque mortífero de ametralladora procedente del segundo cobertizo a nuestra izquierda. El grupo comandado por Alex estaba tomando al asalto el edificio de la Guardia Nacional [Guardia Civil][68] que se encontraba a la derecha. Un alemán sacó del bolsillo una granada de mano, le extrajo la anilla con los dientes; se levantó en medio de las balas que zumbaban a su alrededor y la arrojó. Tras la explosión nos precipitamos todos dentro. Cuatro moros que habían estado disparando desde detrás de un caballo muerto yacían ahora allí sin vida. Un obús cayó en el cobertizo de al lado. Pudimos comprobar a través de la ventana que uno de nuestros tanques

[67] Teniendo en cuenta que estos combates se están desarrollando el día 20 de noviembre, en realidad debía tratarse de los edificios de la Facultad de Medicina y de Farmacia, y no del Hospital Clínico ya que éste fue el edificio donde se hicieron fuertes los franquistas desde el 17 de noviembre. Así pues, la mayor parte de las veces que se mencione el Hospital Clínico como edificio controlado por los republicanos, en realidad Romilly se está refiriendo al complejo de las Facultades de Medicina y de Farmacia.

[68] Esmond utiliza aquí la expresión Guardia Nacional para referirse a la Guardia Civil que, tras la rebelión, permaneció fiel al gobierno republicano y fue rebautizada como Guardia Nacional Republicana.

Escena típica de labores de excavación y fortificación con los cobertizos (o el gallinero) de una granja destruida como fondo. Esmond menciona estos trabajos en varios pasajes del relato [Fotografía: Cortesía del Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración. Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (F/00939)]

se había acercado al exterior por la derecha. De forma intermitente, disparaba a los establos y a las casitas que había al otro lado del camino. Salió un hombre y nos hizo señas con los brazos. No entendíamos el mensaje así que esperamos en el establo junto a los cadáveres de los moros y el del caballo. Una sacudida tremenda hizo que el muro a nuestra derecha se viniera abajo hecho pedazos.

—¡Cuidado!—, gritó Birch, empujándome con él al suelo. Una figura se precipitó por una apertura entre el amasijo de ladrillos y madera que nos separaba del cobertizo de al lado. El hombre estaba muerto. El cuerpo quedó colgado sobre los escombros, haciendo de parapeto entre ambos edificios. La cabeza se inclinó despacio hacia delante y la gorra roja cayó al suelo.

Alcanzamos el muro del final, después de atravesar a gatas otros ocho cobertizos. Los moros dejaron al menos cien muertos en aquella granja. La mayoría no habían muerto por herida de bala: habían sido destrozados por proyectiles o sus miembros amputados por granadas de mano. La granja medía unos 45 metros de ancho. Dos vacas sarnosas deambulaban sin rumbo. Estaban heridas, pero tenían una piel demasiado dura para las balas. En medio del barro observé una pequeña fogata que chisporroteaba: eran dos cadáveres en llamas.

Joe y Babs estaban en la casita situada al otro lado del camino. Había sido la residencia del comandante de la Guardia Nacional [Guardia Civil]. Encontramos restos de comida, cortinas, una cama y una butaca, pero todo estaba destrozado. No había nadie en la casa. Joe y Babs se detuvieron un momento para mirar sus rostros en el espejo que colgaba de la pared, unos segundos después el cristal se rompía en pedazos golpeado por las balas.

Vimos unos cuantos moros que corrían por la carretera hacia la Universidad. Abrimos fuego. Todos nos sentíamos como embriagados ante la idea del enemigo en retirada. Yo disparé como un loco, sin pararme a apuntar, estaba desesperado por descargar tantos tiros como fuera posible; por primera vez en la guerra tenía un blanco claro.

Tomamos los establos y la casa del guarda. La fortificación y la casita roja que estaban justo al lado seguían en poder de los fascistas. Uno de nuestros tanques había sido destruido en la carretera por el impacto directo de un obús fascista. Al comienzo de la tarde el enemigo reunió sus fuerzas y nos quedamos aislados entre la posición fortificada a un lado y los primeros edificios de la Universidad al otro[69]. El fuego de ametralladora de ambos bandos hacía que cualquier movimiento pareciese imposible. Ni siquiera era seguro cruzar la granja de un lado a otro sin rodear el muro por detrás. Evacuamos las dos casitas al otro lado del camino tan pronto como las ocupamos. No importaba cómo intentásemos atacar, nos encontraríamos en medio de fuego cruzado y tampoco podía llegar ningún tipo de refuerzo porque estaban atacando la carretera. El camino que iba entre el gallinero y la granja era nuestra única vía de comunicación y, durante casi 20 metros, nos exponíamos a las ametralladoras situadas en la fortificación.

Así que esperamos en el gallinero. "Podríamos matar alguno de estos bichos y darnos una buena comilona" comentó Joe. "Probablemente estén envenenados", respondió alguien. Simplemente pensar en eso fue suficiente para que los dejáramos en paz.

Más tarde Max pidió voluntarios. Birch, Ray, Messer, Tich, Ovenden y yo, junto a otros tres alemanes, nos armamos con palas. Esperamos detrás del muro de la Casa Blanca, con la carretera unos cuantos metros a nuestra izquierda. "Cada uno, por turnos, correrá hasta detrás de un árbol y se pondrá a cavar", ordenó Max. Debíamos cavar una línea de refugios a la izquierda de la granja en frente del edificio de la Universidad [Escuela de Ingenieros Agrónomos].

Hans fue el primero, corrió y se tiró detrás de un árbol a unos diez metros al otro lado de la carretera. Después fue Tich; creímos que lo habían herido cuando cayó en el mismo sitio, pero después se volvió a levantar y continuó arrastrándose hasta llegar a un árbol más lejos. Karl [Adler][70] fue detrás pero, tan pronto como empezó a cruzar el camino, una bala le atravesó la frente. Alguien recogió

---

[69] A juzgar por la descripción aquí ofrecida, se habían quedado atrapados entre la Escuela de Ingenieros Agrónomos, a la izquierda, y la zona fortificada del Palacete de la Moncloa, a la derecha.

[70] Según comprobamos en el diario de Raymond Cox, Karl Adler era un alias del jefe de grupo que sucedió a Alex cuando éste fue herido por lo que en realidad debió morir después, el día 24 de noviembre. Es a su funeral al que llevan al grupo de Romilly desde Fuencarral en vez del de Louis Schuster. Creo que aquí nuestro autor confunde la secuencia de los hechos.

su cuerpo que dejó una mancha roja en medio de la carretera. Sentí nauseas. El enemigo tenía algunos tiradores de primera y esa tarde muchos de los hombres que sobrepasaban unos metros las líneas de seguridad acabaron con una bala en la cabeza. Messer y Ray llegaron sin problemas; Ray tenía un trayecto bastante más largo. Me di cuenta de que yo tendría todavía cerca de diez metros más. La pala era pesada y engorrosa; después de una carrera a toda velocidad por la carretera, avancé dando tumbos el resto del recorrido.

Fue peor cuando alcancé mi árbol. Las balas volaban por todas partes, silbaban por entre las ramas a pocos centímetros de mi cabeza y a ambos lados del árbol que tenía delante. Levantaban la tierra alrededor o hacían un ruido sordo al chocar contra la corteza. La pala era demasiado pesada. No podía usarla sin levantarme, así que arrancaba la tierra con las manos y maldecía cada vez que las raíces me hacían daño. El polvillo del barro empezó a endurecérseme en la nariz, los párpados y los dientes pero al cabo de cinco minutos ya me sentía mejor. Había logrado construir una pequeña barrera de tierra como protección. Alguien había salido corriendo (era Schiemann, el alemán a cargo del grupo) así que yo no era el que estaba más lejos de ponerse a salvo.

—Guíate por las órdenes que te lleguen de la izquierda—, gritó Ray.

—Pásalas en inglés además de alemán— le respondí.

Pronto recibimos la orden de disparar a las ventanas de las casas de enfrente. Parecían cercanas. Mi fusil estaba prácticamente hundido en el barro. Acabamos con algunos enemigos que estaban fuera de la protección del muro. Cualquiera que fuese nuestro objetivo, nunca me creí que siete hombres con fusiles y unos montones de tierra como protección pudieran hacer mucho daño al enemigo. Entonces ellos empezaron a disparar con morteros desde las trincheras. Dejé de disparar y esperé, quieto en el suelo, escuchando el estrépito de los fusiles enemigos y el ra-ta-ta de las ametralladoras que nos azotaban. La primera bomba cayó entre mi posición y la del alemán a mi izquierda. Era como si nos estuviera atacando la artillería, sólo que el fiuuuu, fiuuuu se oía mucho más fuerte.

— ¡Retroceded! ¡Retroceded!— gritó Schiemann mientras se retiraba más allá de mi posición. Poco más tarde ingresó en un hospital con shock traumático. Yo permanecí allí reflexionando sobre todo aquello y establecí algunos puntos por orden de prioridad: primero, no quería morir; segundo, no creía que eso fuera a ocurrir. Pensé que una bala me daría en el brazo o en el hombro, que el brazo se me entumecería completamente y no sentiría demasiado dolor. Luego pensaba que por fin me despertaría en una cama de hospital y ya no habría bombas ni tanques, ni sonarían los obuses, los aviones o las

balas. Pero había una pequeña pega. Quizás no me dejaran regresar así que decidí que sería mejor que la bala nunca llegara a alcanzarme.

Max dio la orden de retirarse uno a uno: "Recordad limpiar el barro de las botas", gritó Ray. Esperaba que pasase bastante tiempo antes de que llegase mi turno. Casi todos ejecutaron su retirada por etapas, dejándose caer tras un árbol cada diez metros. Yo decidí correr sin parar hasta el final, sabía que, de hacerlo por etapas, me iba a producir una tremenda zozobra. No me preocupé por la pala. A pocos metros de la carretera me resbalé y me caí de cabeza. "Parece que le han dado", oí decir a Joe. Yo también lo pensé al principio, pero en realidad me había caído en el agujero de un obús.

—¿Dónde está mi fusil? — grité. Lo busqué a tientas y lo encontré. El agujero del obús ofrecía bastante más protección que el árbol en el que estaba antes. Me sentía bastante a salvo y disparé cinco tiros.

—Buen disparo, así se hace, chico— dijo Joe. Todos estaban de pie, con Max y Alex, tras el muro de la granja. Casi no me había parado a apuntar, pero parece que uno de mis disparos le había dado a un fascista que llevaba munición. Pocos segundos después pensé que se me había roto el tímpano, parecía que se había producido una explosión ensordecedora justo encima de mí. Pensé que sería otro mortero de trinchera, sin embargo era uno de nuestros tanques que se había situado justo detrás de mí.

Max nos dio la mano para felicitarnos. Engrasamos nuestros fusiles con aceite en la sala principal del edificio que ocupaba la Guardia Nacional [Guardia Civil]. Había muertos en la habitación, en el pasillo y apilados en las escaleras. Nadie se preocupó de moverlos. Se estableció un puesto de ametralladora detrás de una ventana en la primera planta, dominando la casita roja y el fuerte. Cada diez minutos descolgaban a alguien herido por aquella ventana.

—Chicos, hay cinco tanques fascistas en camino—, dijo Jock. El rumor se extendió rápidamente. Todos nuestros tanques excepto dos se habían retirado.

—Eres un puñetero insensato—, dijo Birch, —contar una historia como esa. ¿Piensas que eso va a hacer algún bien?—.

—Por lo que a mí respecta, creo que ya hemos hecho bastante por hoy—, dijo Messer. —Habrás hecho suficiente cuando un moro te meta la bayoneta por el culo y entonces te darán la VC [Victoria Cross][71]. Cuando llegué aquí me dijeron que esto era una revolución, pero sólo es una jodida guerra—, replicó Jerry.

[71] La "Victoria Cross" fue instituida por la Reina Victoria el 29 de enero de 1856 para reconocer las acciones heroicas de la Guerra de Crimea. Sigue utilizándose hoy en día como la mayor distinción militar al valor que se concede tanto en Gran Bretaña como en algunos otros países miembros de la Commonwealth.

Jeans entró y dijo: "Quieren tres voluntarios para formar una brigada antitanques con granadas de mano".

Birch estaba dispuesto, pero nadie más dijo nada. Afortunadamente cambiaron las órdenes, no había ningún tanque enemigo a la vista. Roímos un poco de pan que algunos habían metido en las cartucheras. Me parecía que el día había durado ya demasiado. No podía recordar más allá de los momentos que pasamos en la gasolinera y eso había sido el día anterior por la mañana. Esperaba que oscureciese pronto ya que no quería continuar luchando más aquel día.

Hablamos de "moral". Dije que creía que la comida caliente era el punto más importante. Trajeron algo de sopa en un camión a las cinco en punto, cuando ya estaba oscureciendo. La comimos en el exterior de la casa bajo una llovizna incesante. Todos estábamos agrupados y ya nadie disparaba.

—Si nos atacaran ahora—, susurró Babs a Tich, —estaríamos acabados. ¡Dios mío!, ¿es esto todo lo que queda de nuestro pelotón? —.

Se pasó a formar los grupos, los pelotones y las compañías. La Primera Compañía tenía apenas dieciséis hombres; Paul estaba herido y Arnold comandaba ahora todo el Tercer Pelotón. Tich era el responsable de nuestro grupo, el único de todas las compañías que no había sufrido bajas. Como de costumbre, los servidores de ametralladora eran los que más hombres habían perdido. La lluvia era ahora más fuerte, pero no tenía ningún efecto sobre los incendios que permanecían activos. Me sorprendía que los muros y las puertas no se vinieran abajo pero es que cada parte del edificio ardía de forma independiente. Nadie se preocupaba por eso. Las hogueras y el hedor provenientes del edificio en llamas producían un ambiente insalubre y decadente. No encuentro palabras para describir aquella combinación extraña de cadáveres, hogueras crepitantes y llovizna.

Llevamos de vuelta a algunos de nuestros muertos en camillas y varios hombres se ocuparon de enterrarlos en una fosa común. Evacuaron la granja y el edificio de la Guardia Nacional [Guardia Civil] y retornamos a la posición que habíamos tenido en la carretera la noche anterior.

A la mañana siguiente [¿día 21?], Jeans nos dijo que el Alto Mando, a saber quiénes eran y dónde estaban, estaba orgulloso del grupo de los ingleses.

Ludwig Von Renn (ver nota 57, p. 143), segundo por la derecha, en compañía de Ernest Hemingway, el cineasta Joris Ivens y Hans Kahle (jefe del Batallón Edgar André). [Fotografía tomada del libro *Las Brigadas Internacionales. Imágenes para la historia.* (Cortesía del CEDOBI)].

Capítulo 8

Tich afirmó que pensaba que seguramente nos enviarían refuerzos al día siguiente. Se equivocaba. Pasamos otros cinco días atrincherados en la carretera, en el transcurso de los cuales nos bombardearon, nos lanzaron proyectiles, nos dispararon con ametralladoras desde el aire, nos quedamos prácticamente congelados, nos visitó un periodista inglés y nos instruyeron en el uso de morteros de trinchera. Otros quehaceres incluían construir refugios subterráneos y aprender cómo y dónde se debía evitar construirlos, además de resistir en nuestras posiciones durante un ataque que duró desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Era la primera vez que cavaba [¿día 22?]. No me gustó. De hecho, pocas cosas pueden ser más molestas que cavar. Abrirse paso en el terreno con el pico no está tan mal pero la parte desagradable es quitar la tierra con la pala. En un principio, según lo planeado, debía de haber una defensa por cada dos hombres como mínimo. Finalmente, la pereza y la aversión general hacia este trabajo dieron lugar a la construcción de no más de dos refugios completos en total. Ambos eran demasiado pequeños. Mis compañeros eran Joe, Jock, Sid, Birch y Jerry. Joe encontró un trozo de chapa y la colocamos a modo de tejado sobre el nuestro. Resultó ser un cobertizo cómodo para dos personas. Ni siquiera a Jock, veterano del Ejército Territorial británico[72], se le ocurrió en ningún momento sugerir que improvisáramos algo para disparar a través del parapeto. Se dio la orden de que los hombres durmieran con los cinturones de munición atados.

—No sé qué vamos a hacer con Jerry—, manifestó Joe. —No es que ese pequeño cabrón no haya trabajado pero tendremos que hacer turnos para que cada vez duerma un hombre fuera, eso es todo—.

Como todos estábamos de servicio en diferentes momentos, apenas se podía dormir más de una hora seguida.

---

[72] El Ejército Territorial (TA) en Gran Bretaña lo formaban grupos de voluntarios, a tiempo parcial, a los que se le encomendaban misiones especiales y durante el tiempo que duraba su misión percibían el mismo salario que sus compañeros del ejército profesional. Tenían el compromiso de entrenar 27 días al año y el Ministerio de Defensa disponía de una partida presupuestaria especial para estos voluntarios.

En el recodo de la carretera, en el giro hacia la Casa Blanca, establecimos un puesto de vigilancia. Para llegar hasta allí, había que recorrer unos noventa metros, a menudo bajo fuego enemigo. Lo mejor era esperar hasta que una bala pasara silbando por encima y luego salir corriendo. La comunicación directa con el edificio del Hospital era imposible. En un momento dado, todos estábamos seguros de que estaba ocupado por el enemigo. Nadie supo nunca con seguridad quién estaba allí dentro. "Mejor pensar que esos tipos son neutrales", dijo Jerry.

Al cabo de dos días, y tras una violenta escaramuza en la vaguada entre una patrulla alemana y otra italiana, supimos por fin que los altozanos más cercanos frente a nosotros estaban ocupados por una compañía italiana. Esto significaba, en cierto sentido, que nosotros formábamos una línea de reserva pero, con respecto a todo lo que se movía por la carretera, estábamos en una posición de primera línea.

Los italianos mantuvieron un fuego constante durante todo el día y toda la noche, lo cual era un fastidio ya que el enemigo siempre respondía y todo tipo de metralla nos alcanzaba continuamente. Mi opinión coincidía con la de Messer cuando se quejaba de que era de lo más injusto que nosotros recibiéramos las balas dirigidas a los italianos. Nunca conseguimos establecer una contraseña satisfactoria con ellos.

Tras la escaramuza mencionada anteriormente, un grupo de alemanes trajo de vuelta jubilosamente a cinco "prisioneros", y anunciaron que sus hombres habían rodeado a una patrulla enemiga. Lo que tenían rodeado era nuestra propia posición de primera línea, y sus detenidos eran hombres del Batallón Garibaldi por lo que, al darse cuenta, se quedaron muy decepcionados. El responsable del grupo italiano le dijo al intérprete que la próxima vez que su trinchera se viera rociada de balas procedentes de los alemanes les devolverían el saludo. Las relaciones mejoraron tras este incidente y apaciguamos a los italianos llevándoles botellas extra de ron por las noches.

Los refugios situados a nuestra derecha, los que se extendían hacia el estanque, estaban mucho mejor construidos que los nuestros. Parecían una fila de tiendas de pieles rojas; no es que yo hubiera visto alguna jamás, pero me imaginaba que tendrían un aspecto parecido así que tratamos de copiarlas pero sin mucho éxito.

En ocasiones, todo quedaba en silencio en el frente durante más una hora. Uno podía pasearse sin correr peligro alguno por la carretera de atrás. Una mañana se presentaron tres oficiales para pasar revista a la posición: Alex [Maaβ], Willie y Beimler (el comisario político). En cuanto a temeridad se

refiere, Willie tenía la misma reputación que Alex. Mientras nosotros luchábamos en las caballerizas él ya lideraba el ataque al cuartel de la Guardia Nacional [la Guardia Civil] y lanzaba granadas de mano en cada habitación de la primera planta. Era la clase de hombre que caminaría delante de un tanque para animar al conductor en el ataque.

Todos oímos pasar su bala. Escuchamos su silbido durante varios segundos; era del tipo que los expertos denominan "bala gastada". Pero no fue el caso. El pequeño grupo de la carretera la oyó, se detuvo y miró en la dirección de la que provenía el sonido. La oímos durante toda su trayectoria y también al dar en el blanco, mientras Willie se apretaba el estómago y se desplomaba en el suelo. Mucho después oímos que lo había alcanzado en el pulmón. Así acabó la misión de Willie en la guerra. Murió en un hospital de Barcelona.

Fue el día anterior al ataque cuando Jeans nos avisó de que un periodista inglés se había acercado a vernos. "Hay un corresponsal del *Paris-soir* y alguien de un periódico inglés[73], puede que sea un fascista así que debéis tener cuidado con lo que decís", nos previno.

Al principio, todo el mundo se mostraba muy reservado pero tras cinco minutos todos estábamos dispuestos a disculpar a Sefton Delmer por la política informativa del *Daily Express;* sólo queríamos saber noticias de Inglaterra. "¿Qué salía en la portada en el *Express* antes de su viaje?", le pregunté yo.

Nos contó que su editor había dudado si enviarle o no la semana anterior, ya que parecía seguro que Madrid iba a caer. Escuchamos perplejos su comentario acerca de que estábamos ocupando el sector decisivo de la defensa de Madrid. Joe se encontraba en su elemento.

—Solía aprender técnicas de ataque observando los *Terriers* los domingos por la tarde—, explicó al periodista. —Aquí no hay nada de lo que quejarse excepto de la comida de los rusos y de los soldados alemanes de vez en cuando—.

---

[73] El corresponsal del *Paris-soir*, al que se refiere aquí Esmond era el francés Louis Delaprée (1902-1936) y el inglés era Sefton Delmer (1904-1979) un periodista británico que tuvo el honor de ser el primer reportero de ese país en entrevistar a Adolfo Hitler. Delmer cubrió aspectos importantes de la ascensión de Hitler al poder y recibió un trato especial por parte del grupo que rodeaba al Führer. Muchos británicos pensaban que era simpatizante de los nazis y, al contrario, muchos nazis cercanos al poder sospechaban que era un agente secreto al servicio de los británicos. Durante la Guerra Civil española se distinguió como un experto corresponsal del *Daily Express*, visitando ambos lados del frente. Aunque en Londres vestía de forma elegante, en Madrid vestía ropa vieja y desgastada para fingir una falsa simpatía por la República y pocos se fiaban de él en la Oficina de Prensa Extranjera. No hay duda de que Jeans conoce la fama de Delmer y previene a los voluntarios sobre la posibilidad de que sea un simpatizante de los fascistas. En 1961, publicó la primera parte de su autobiografía, *Trail Sinister*, y allí menciona su encuentro con Esmond en Madrid.

Birch le miró con el ceño fruncido, pero esto no preocupó a Joe, quien siguió hablando: "Puedes decir a la gente de Luton (de ahí soy yo, ¿sabes?) que, en breve, me pasearé por la Calle Mayor con mis medallas y espero que el Concejal de Asuntos Sociales esté allí para verme".

—Creo que todos conocéis a Keith Scott Watson— afirmó Delmer.

Nos contó que Keith estaba trabajando con él en Madrid. Le pedí que le diera recuerdos de mi parte y que le dijera que me acercaría a visitarle si algún día nos daban permiso. Delmer nos preguntó si había algo que nos apeteciera especialmente, y antes de irse prometió traernos periódicos, chocolate y cigarrillos.

Cuando se fue, colocamos a Joe en el banquillo de los acusados, con razón, por la forma en que había hablado. Birch actuaba de fiscal de sala pero me sorprendió comprobar que Messer también estaba muy harto de él. Me dio la impresión de que estaban armando demasiado alboroto por tan poca cosa.

Hubo varias alarmas esa noche, en la que todos permanecimos preparados, tropezándonos los unos con los otros en la angosta trinchera. Hubo fuego continuo sobre el puesto de vigilancia. Sobre las ocho, Joe y yo estábamos de guardia juntos. Cada dos minutos uno de nosotros sacaba la cabeza para echar un vistazo por entre las balas.

—¿Qué pasa?—, pregunté. —¿No te parece que alguien se acerca?—

Joe sacó un poco la cabeza para mirar y luego gritó en la noche: "¡Oye, tú, ¿quién eres?, Alto! ¡Venga, Alto!"

Quitó el cerrojo de seguridad y apretó la culata del fusil contra el hombro.

—Espera un momento—, susurré, —puede ser uno de los nuestros—.

—Primero se dispara; luego se pregunta, así es como se hacen estas cosas, muchacho—, respondió Joe.

Su disparo hizo que toda la línea entrara en acción. Diez minutos después, oímos a alguien gritar: "Ingleses, volved".

Era Messer intentando decirnos que era hora de cambiar de guardia. Sus palabras, no obstante, causaron un cierto pánico en la carretera y los hombres, nerviosos, se pasaron más de una hora desafiándose mutuamente y masculando *fascisti*, *faschisten*, "fascistas".

Justo antes del amanecer [¿día 23?], un avión nos sobrevoló dos veces lentamente en círculos, y soltó una carga de bombas en la carretera, entre nuestra posición y la Casa Blanca. Lo vimos regresar y observamos cómo su luz descendía tras las líneas enemigas; parecía que había aterrizado a una distancia de apenas un kilómetro más allá del fuerte. Pensamos que los rebeldes no

iniciarían un ataque directo a nuestra posición por razones de estrategia militar. Más bien, intentarían forzar a nuestros hombres para que abandonaran el Hospital[74] al tiempo que presionarían sobre nuestro flanco derecho donde el terreno era más favorable.

Poco después de la incursión del avión, comenzaron a bombardear el Hospital. Uno de los proyectiles alcanzó la carretera pero algunos, para nuestro disgusto, cayeron cerca de nosotros. Evacuamos el puesto de vigilancia diez minutos antes de que un artefacto de seis pulgadas lo agrandara. Era la primera experiencia real de bombardeo que vivíamos y sólo puedo compararla con la sensación de encontrarme en un mar encrespado, esperando a que rompa cada nueva ola, confiando en que lo haga antes de llegar a nosotros o que pase de largo. Permanecimos tres horas en los refugios y el camión de la comida no se acercó hasta nosotros en toda la mañana. Después aparecieron dieciocho *Junkers* y bombardearon nuestras posiciones de tiro. Tras este incidente, el armamento pesado que se encontraba detrás de nosotros permaneció un buen rato en silencio.

Durante todo ese tiempo yo creí vivir una plácida ilusión, la de que todo ese bombardeo y lanzamiento de proyectiles no nos afectaría de forma directa. De algún modo, nunca llegué a creerme realmente que el enemigo se estaba ocupando de *nosotros*; sólo estábamos jugando a soldados, sólo éramos aficionados. Parecía imposible que allí, más allá de aquella silueta fortificada, alguien estuviera planificando cómo destruirnos, cómo eliminarnos o, por utilizar la palabra más sencilla y expresiva de todas, cómo matarnos. Delmer había comentado que ocupábamos la posición más destacada pero no podía ser. En realidad nosotros, sólo nos preocupábamos de comprobar que teníamos las mismas raciones de comida que los flamencos, de pelearnos entre nosotros y de organizar Reuniones de Grupo. Aquello no era posible, tenía que haber una equivocación.

Yo reflexionaba sobre todo esto mientras esperábamos de pie, mirando fijamente por encima del parapeto a los italianos situados en los promontorios de enfrente, aguardando a que se produjera el ataque. Lo ocurrido después esa mañana terminó casi antes de que nos diéramos cuenta. No dimos la suficiente importancia a las conocidas palabras "*Fliege, Decke!*". Mientras las íbamos gritando de unos a otros, aparecieron justo sobre nosotros tres pájaros gigantes que fueron arrojando metralla sobre la vaguada

[74] Aunque como ya hemos mencionado, el autor suele confundir el Hospital Clínico con las Facultades de Medicina, Estomatología y Farmacia puede que en este pasaje se refiera al momento en que los Thaelmann recuperan el Instituto Rubio, un ala del Hospital Clínico y parte de la Casa de Velázquez.

que había más abajo. Alguien, incluso, se acomodó el fusil en el hombro como para disparar pero se marcharon tan rápido como llegaron. Fue una gran suerte que no alcanzaran a ninguno de nosotros, ya que todos los disparos fueron a parar a la hondonada, justo entre los batallones Thaelmann y Garibaldi.

Se dio la orden de efectuar un avance general descendiendo por la carretera hacia la derecha, de forma que no nos viéramos sorprendidos por un ataque de tanques desde la Casa Blanca. Nos trasladamos a refugios mejor elaborados donde los alemanes habían construido puestos de tiro en toda regla. Jeans se movía deprisa de uno a otro, comprobando que todos habíamos encontrado un lugar y encaminando a Sid, que aún no había conseguido un sitio. Instalé un peldaño de tiro utilizando mi mochila y una caja de munición vacía. Luego me senté a leer un libro sobre esnobismo en Estados Unidos. El bombardeo se iba apagando, pero cada vez se escuchaba más ruido de fusiles y ametralladoras. Alguien que necesitaba hacer sus necesidades tuvo que aliviarse en su propio refugio ya que la carretera de atrás se hallaba sometida a fuego continuo.

El ritmo de los disparos fue haciéndose cada vez más intenso. Dejé el libro y me senté con el fusil sobre las rodillas. Me preguntaba qué hora sería. Hubo una pausa en la batalla justo antes de que oyéramos los primeros comentarios que pasaban de boca en boca: "Las tropas españolas a nuestra derecha se están retirando".

Nos encontrábamos en una mala posición. Era imposible alejarse más de medio kilómetro carretera abajo; al retirarnos detrás de los cerros, nos encontramos bajo el fuego directo desde la Casa Blanca y desde el fuerte. No sabíamos qué estaba ocurriendo. Jeans había ido a enterarse. Nosotros sólo podíamos quedarnos donde estábamos y esperar. Tuve miedo.

Los disparos comenzaron de nuevo. Ahora se oían más fuerte y más cerca. Uno era más consciente de las balas. Hacían un ruido sordo al golpear el terraplén bajo nuestras barricadas. Los hombres del Batallón Garibaldi regresaron, algunos heridos, otros arrastrando las ametralladoras. Solos o en grupos, les vimos descender la ladera que conducía a la vaguada. Varios voluntarios se abrían paso orilla abajo con camillas y consiguieron traer a algunos de los heridos. No se podía hacer nada por ellos: sólo dejarlos en las trincheras. Habría sido una locura intentar llevarles por la carretera; algunos se quedaron en el exterior, al descubierto.

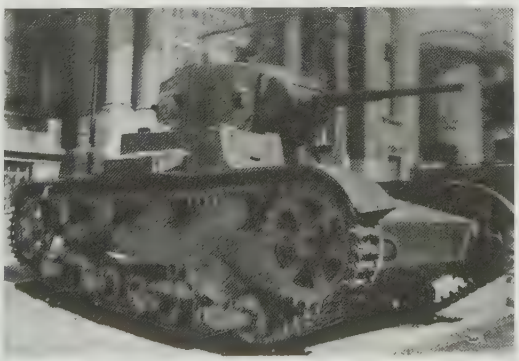
Lo único que conseguía ver era una imagen borrosa del promontorio al echar vistazos rápidos sacando la cabeza por el parapeto. Posteriormente, con

el reciente alboroto creado al unírsenos los italianos en la carretera, supimos que se había evacuado la línea del frente. La habían mantenido mientras eran atacados de cerca con bombas, morteros de trinchera y andanadas continuas de ametralladoras. Luego los disparos comenzaron por el flanco derecho y alcanzaban ya su angosta trinchera. La única salida para ellos fue la evacuación y el *sauve qui peut* [*sálvese quien pueda*]. Se amontonaron en nuestros refugios aunque no cundió el pánico ni observé señal alguna de retirada desordenada. Ahora que el peligro era real, que se había pasado de los rumores a los hechos y el ataque era una realidad, todo el mundo estaba más tranquilo. Incluso se respiraba una calma excesiva en la transmisión de órdenes, en los comentarios acerca de cómo debíamos colocarnos o al relatar la cantidad de munición con la que contábamos.

Jeans volvió, y cerca de 40 hombres se agruparon detrás de él. Era difícil permanecer en el terreno empinado que se extendía a la derecha. Ahora todo estaba bastante claro. Había que resistir en aquel tramo de escasos 400 metros de carretera en llano.

—Mantened la cabeza baja— indicó Jeans. —Que nadie dispare hasta que no se dé la orden. Hay cuatro ametralladoras detrás de nosotros. Si aparece un tanque enemigo, nadie se moverá hasta que la brigada antitanques se deshaga de él—.

A las varias preguntas formuladas de forma atropellada, nos contestó: "Nuestra línea se ha roto a un kilómetro más abajo, pero nuestras ametralladoras todavía dominan la carretera. Dieciseis tanques rusos vienen en camino, si tenemos que retirarnos a la otra carretera de atrás, ellos nos servirán de protección". Entre los vítores de todos, Joe comentó: "¡Vaya!, ya era hora de que aparecieran esos tipos, tras haber oído hablar tanto de ellos".



Tanque soviético (Modelo T26) al que Esmond se refiere con frecuencia. (Foto tomada del libro *La marcha sobre Madrid*, (Monografías nº 1) compilado por de J. M. Martínez Bande)

Éramos cerca de 200, todos apiñados. Quizá pasara media hora, tal vez más. Todo comenzó con dos bajas de los nuestros en un refugio cercano por

ráfagas de cercanía. Después, una verdadera granizada de plomo cayó sobre nosotros. Yo estaba tumbado boca abajo. Metíamos cartucho tras cartucho hasta que las recámaras y los cañones de nuestros fusiles empezaron a echar humo. Nunca apunté a un blanco determinado ni miré hacia arriba para ver a qué le estaba disparando. Nunca oí la orden de abrir fuego ni vi al enemigo. Nunca supe dónde estaba exactamente aunque de estas cosas se hablaría después. Me daba vueltas la cabeza, estaba ebrio con el olor a pólvora. Recuerdo a un joven español a mi lado, preguntándose qué estaba pasando y cómo había llegado hasta allí, pero no había tiempo de averiguarlo. Era una locura, una confusión indescriptible. De forma automática hincaba los codos sobre la tierra, magullándome con las piedras para apoyar el fusil en el hombro, apretaba el gatillo, descorría el cerrojo para volver a ponerlo en su sitio y vuelta a apoyarme en los codos de nuevo.

Nunca supimos cuánto había durado aquello; cuánto tiempo había pasado antes de que Alex gritara "¡Adelante!", y se precipitara el primero dando traspiés ladera abajo, agitando una bayoneta cubierta de lodo en la mano. Jock, Birch y Messer no dejaron de hablar durante los días siguientes acerca de los moros que habían apresado (yo no me dediqué a eso). Todos habían conseguido un extraño surtido de cuchillos, bufandas y botas.

—Iba a vestirme de moro y colocarme una barba para asustaros a todos—, nos dijo Jock, —pero Alex no me dejó ya que pensó que os iríais todos corriendo espantados tan pronto como vierais la barba—.

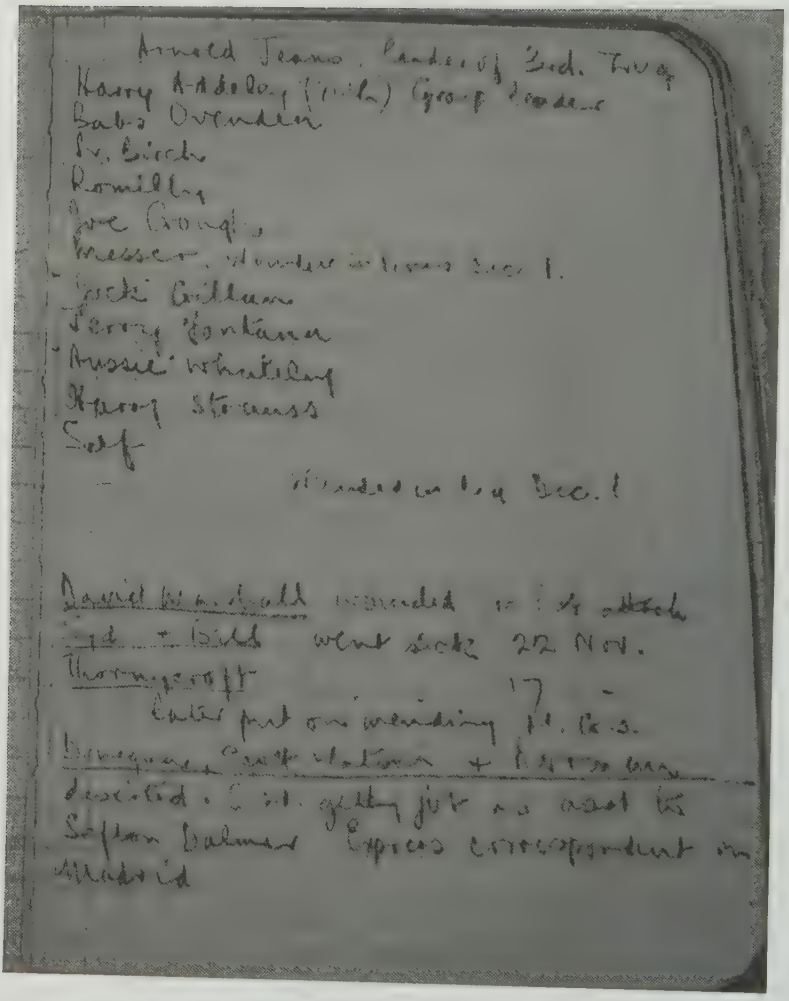
Imaginé que pedirían voluntarios para cavar una tumba para los moros, así que me entretuve con otros trabajos. Ray y yo fuimos a recoger munición a las lomas de enfrente y regresamos victoriosos con tres cajas que habíamos encontrado escondidas en uno de los refugios. Cuando esa noche el camión nos subió sopa caliente, carne, latas de pollo, huevos, queso y café con leche, estábamos demasiado cansados, demasiado emocionados como para comer y dormir. Sólo queríamos hablar sobre todo lo que había ocurrido.

El ataque fascista había fracasado y los moros no pudieron cruzar la carretera. La presencia de los tanques rusos pudo haberles disuadido, aunque nunca vimos u oímos nada de ellos y más de un escéptico de entre los nuestros ponía en duda su existencia. En todo caso, no pudieron cruzar la carretera en ningún momento. En varios lugares alcanzaron las líneas republicanas al otro lado del estanque, tras lo cual intentaron emprender un ataque directo a nuestras posiciones con el fin de dejar libre el paso para un avance carretera abajo, y al mismo tiempo rodear el edificio del Hospital [Facultad de Medicina]. Habían ocupado la línea de los italianos (a unos 300 metros

más allá), pero no pudieron establecerse en sus trincheras ni tratar de cruzar la hondonada. Todos los que osaron abandonar el refugio tuvieron que enfrentarse al fuego incesante que provenía de nuestras líneas. En repetidas ocasiones, su grupo de expertos tiradores provocó alguna víctima entre los servidores de las ametralladoras situados detrás de nosotros. Cada vez que eso ocurría redoblábamos los disparos mientras alguien retrocedía sigilosamente para ocupar el lugar del que había caído.

Había leído relatos varios de ataques en periódicos que narran experiencias de soldados que ceden terreno "palmo a palmo", y todo ello me sonaba romántico y espectacular. Puede que así vuelva a verlo otra vez. Pero en aquel momento, todo era borroso, confuso. No sabía lo que estaba ocurriendo. Probablemente, mi única preocupación era mantener la cabeza agachada.

Aspecto que ofrecía uno de los muros de la Facultad de Filosofía y Letras cuando el grupo de Esmond llegó a las inmediaciones del edificio a mediados de noviembre de 1936. [Fotografía: Cortesía del Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración. Fondo Medios de Comunicación del Estado. F/00939].



Una de las páginas del diario de Raymond Cox donde figuran los nombres de los componentes del grupo durante los días que permanecieron en el frente de la Ciudad Universitaria. Señala a Arnold Jeans como jefe del pelotón y a Tich como jefe de grupo. El nombre de Romilly aparece en 5º lugar y a continuación menciona la baja de Messer al alcanzarle una bala perdida (ver p. 210). Debajo, anota incidencias varias sobre compañeros que ya no están en el grupo como Marshall que fue evacuado tras la herida sufrida en el Cerro y Keith Scott Watson que se había quedado en Madrid como ayudante de Sefton Delmer. [Copia digital nº 5598. Cortesía de Steve Cox, sobrino de Raymond].

Capítulo 9

A la mañana siguiente [¿día 24?], muy temprano, ocupamos la Casa Blanca y los establos. No encontramos resistencia y los cadáveres que pudiesen haber dejado los fascistas en la ofensiva anterior habían sido retirados. Todo estaba muy tranquilo[75]. Si nos asomábamos con cautela podíamos ver las ventanas de los edificios universitarios ya que no había signos de actividad. Pequeños grupos de alemanes paseaban tranquilamente por la carretera. Las dos casitas estaban vacías, igual que el primer edificio de la Universidad [¿Escuela de Agrónomos?], esa casa que recordaríamos tan claramente, desde cuyas ventanas nos habían llovido las balas mientras nos escondíamos tras los árboles. Parecía que todo eso había sucedido muchos años atrás. Regresar a la Casa Blanca era como volver a la escuela.

En total habríamos estado allí una semana. Era una posición más peligrosa que la de la carretera pero pensé que se compensaba con creces ya que era mucho más cómoda. Teníamos colchones para dormir y, lo más importante, estábamos resguardados. Hubo muchos incidentes tanto el primer día como la primera noche. Doce hombres resultaron muertos y otros tantos heridos en un intento de tomar la posición. Alex ideó el plan. La casita roja estaba desierta así que nos agrupamos en el interior de la Casa Blanca y nos repartieron dos granadas de mano a cada uno. Eran de esas que tienes que encender con una mecha y arrojarlas en cuanto empiezan a chisporrotear. Nos dieron cigarrillos para poder encender las granadas con la yesca. El tabaco a Joe le producía vómitos.

Se suponía que teníamos que encender las granadas de mano, arrojarlas en dirección a la posición fortificada y después correr hacia adelante a la mayor velocidad hasta llegar al muro de la casita roja. Una vez allí, teníamos que tomar posiciones cubriendo las ventanas y los huecos abiertos para disparar hacia el fortín. Todos sabíamos que aquello iba a ser un fracaso, los ingleses, al menos, lo sabíamos.

---

[75] Conviene recordar aquí que es precisamente el 23 de noviembre cuando tiene lugar la reunión de Leganés a la que asisten Franco, Mola, Saliquet y Varela. Allí se toma la importante resolución de desistir del ataque frontal a Madrid que cambiaría el curso de la guerra. En esa decisión se basan las teorías de algunos analistas para destacar la gran importancia que tuvieron los primeros voluntarios internacionales al dilatar de forma decisiva la caída de Madrid.

—Es la idea más disparatada que he oído jamás—, dijo Messer y le contó a Harry, el suizo gordo que dirigía el segundo grupo, lo que pensaba.

—Por supuesto que ezztoz alemanes eztán chalados—, contestó Harry con su fuerte acento. —Quieren acabar cuanto antezz y morir—.

Les dejé y me di cuenta de que todo el mundo pensaba más o menos lo mismo que ellos. El panorama no era nada halagüeño.

Unos minutos más tarde, escuché la voz de Messer: "Estos tíos me ponen enfermo. Si no os gusta el plan, decídselo vosotros mismos. ¿Por qué no se lo decís a Alex? ¿Creéis que se lo voy a decir yo por vosotros? De entre todas las pandillas de cobardes con las que me he topado...".

Alex fue el primero. Apenas llegó a recorrer unos diez metros. Birch y yo pudimos rescatar su cuerpo. No había camillas ni servicio de ambulancias. Corrí de vuelta hasta el gallinero e hice señas a la tropa que estaba en nuestra antigua posición. Pero nadie quería ir más allá. Les maldije y regresé para demostrarles que apenas si disparaban desde aquel lado.

Lo peor comenzó cuando pusimos a Alex en la camilla. Éramos cuatro: Birch, Messer, uno de los hombres de la Cruz Roja y yo. Cada uno agarró un extremo. Empezamos a caminar despacio, con el fusil colgado del hombro para que el enemigo viera claramente lo que estábamos haciendo desde las ventanas del fortín. El hombre de la ambulancia llevaba la bandera de la Cruz Roja en el brazo. Al principio creímos que una de las balas se había extraviado, pero el silbido de otra, dos segundos después, nos hizo aligerar el paso. Al final dejamos caer la camilla y a su ocupante.

— ¡Más despacio, imbécil!—, le dijo Birch a Messer en voz baja. —Vale, déjame que la coja yo. ¡Suéltala ya de una vez, hombre!—

Agarró las dos manillas delanteras y avanzó a un ritmo constante. Messer intentó relevarle, pero Birch le insultó para que soltara la camilla.

Tras las paredes del gallinero, los que estaban en la ambulancia fueron a nuestro encuentro y se llevaron a Alex a un lugar seguro. Mientras estaba sentado tratando de recobrar el aliento, Birch y Messer discutieron sobre cómo debería haberse transportado la camilla.

—Bueno, yo me doy la vuelta— dijo Birch finalmente. —Creo que nadie nos ha dado permiso para echarnos una siesta—.

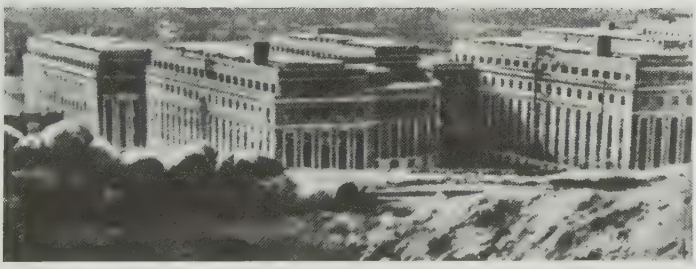
Regresó por la zona peligrosa, sin molestarse en correr ni apresurarse. Messer se encogió de hombros y yo también me mostré de acuerdo.

Como todos habíamos supuesto, el ataque a la casita roja fracasó esa noche y el enemigo siguió en ella fortificando las ventanas con barricadas. Nosotros abrimos unos boquetes en los cobertizos del corral y tomamos posiciones tras las

ventanas. Había una zona de unos diez metros donde la única protección que había era una barricada de poca altura hecha con sacos terreros. Allí, alguien había colocado un trozo de papel con el dibujo de una calavera y dos huesos cruzados y, en la parte inferior, había escrito: "Cuidado con las balas de Hitler".

Otra sección del Batallón Thaelmann atacó la posición fortificada desde el lado contrario durante todo el día pero también fracasó.

Éramos 50 en la Casa Blanca aquella noche. Además de Alex, cuatro oficiales murieron o resultaron heridos, y un joven alemán llamado Oswald asumió el mando. En el extremo izquierdo del muro construimos una barricada que atravesaba la carretera. Los establos no estaban fortificados. Tanto estos, como las dos casas al otro lado de la carretera, y el edificio principal de la Universidad [Escuela de Ingenieros Agrónomos], eran tierra de nadie. Desde las ventanas de arriba había una vista magnífica de la Universidad y podíamos abrir fuego contra cualquiera que viésemos aproximarse o alejarse.



Una vista impresionante del complejo de edificios de las Facultades de Medicina y Farmacia según aparecían durante los días que estuvo allí el grupo de Esmond. (Foto tomada de *Crónica de la guerra española,* Tomo III, p. 23)

La primera noche formé parte de un grupo cuya misión era patrullar los establos. Harry estaba al mando. Le pregunté qué se suponía que estábamos haciendo, dónde estaría el enemigo, y quién era nuestro enlace.

Él me respondió en su jerga particular: "El enemigo podría atacarnos de dos formas, o bien con tanques, aviones y obuzes durante el día o quizás ezos moros nos aborden sigilosamente durante la noche. A ezo es a lo que debéis estar atentos. Suelen ser muy silenciosos así que, si veis a uno, disparáis en seguida y hacéis mucho ruido para asustarle".

Era una noche gélida así que me envolví bien en la manta. No me entusiasmaba precisamente la posibilidad de encontrarme con uno de esos "negros".

Al día siguiente [¿día 25?] todo estaba tranquilo, aunque sabíamos que el enemigo se encontraba a sólo unos cientos de metros de distancia. Ya comenzábamos

a notar los efectos de la falta de sueño y descanso apropiado tras ocho días de combates. Nos sentíamos pesados, pegajosos y sucios, como se siente uno después de conducir muchas horas pero infinitamente peor. Nos preguntábamos continuamente cuándo nos relevarían por lo que eso se convirtió en el tema principal de nuestras conversaciones. En el interior de la casa aún se percibía el desagradable olor que desprendían los cadáveres, a pesar de que ya se los habían llevado de allí y los habían enterrado. Todos estábamos de acuerdo en que éramos un grupo demasiado pequeño como para enfrentarnos al ataque del enemigo y nuestros ánimos estaban más bajos que nunca. Los alemanes habían sufrido muchas bajas en aquellos ocho días. Habían muerto más de cien hombres y casi todos los antiguos jefes habían caído en combate. Nuestro grupo sentía una cierta culpabilidad por haber escapado de forma milagrosa sin que nadie hubiese muerto.

La segunda noche Tich estaba de guardia. Nuestra patrulla era la responsable de proteger el lado derecho del edificio de la Guardia Nacional [Guardia Civil]. En el extremo del muro, dos hombres estaban tumbados detrás de una barricada, a unos 15 metros del enemigo que se hallaba en la casita roja, mientras otro hombre vigilaba la zona baja. Detrás, Birch, Aussie y yo hacíamos juntos la guardia y compartíamos un colchón para nuestros ratos de descanso. "Podríamos quitarnos las botas, ¿no os parece?", dijo Aussie mientras nos tumbábamos. "Uno necesita descansar de vez en cuando".

Los tres nos echamos a reír pero, ante nuestros reparos, el ajado rostro de Aussie forzó amablemente una sonrisa de desconcierto, reflejando una cierta timidez entre la comisura de los labios. Aunque se dejó las botas puestas, tardó más de diez minutos en prepararse cuando por fin llegó nuestro turno de guardia. Debíamos hacer tres turnos de dos horas cada uno, de ocho a diez, de dos a cuatro, y otra vez de siete a nueve de la mañana.

Las horas de sueño eran muy apreciadas. No puedo recordar ningún otro momento en mi vida en el que haya disfrutado tanto pensando en poder dormir. Cuando notabas aquella mano en el hombro y oías a alguien que te decía "Empieza tu turno de guardia", deseabas que fuera un mal sueño y poder seguir durmiendo placenteramente. Pero cuando eras tú el que regresaba del turno, tiritando de frío, perdías la paciencia con los que mostraban ese comportamiento. Jerry era el peor de todos; no es que fuera lento, como Aussie, sino que simplemente se hacía el dormido.

Cuando a las dos en punto, llegamos a trompicones hasta el pasadizo, Tich estaba embozado en la manta y acurrucado como un búho gordinflón.

—Bebe un trago—, dijo Aussie acercando una botella de brandy a sus labios

—Eso es lo que deberían hacer todos—, contestó Tich.

Aussie también echó un trago y después parecía más animado. "La mitad de esta gente no aprecia esto", me susurró. "¿Tienes una petaca por ahí? Llénala, hombre, llénala".

En la esquina derecha de la casa, donde se suponía que teníamos que estar vigilando, vimos que las barricadas eran poco operativas, así que me dispuse a llenar sacos terreros y a apilarlos para formar una verdadera fortificación. Pronto me cansé de estar tumbado con los codos apoyados contra el suelo así que decidí sentarme en una silla con el fusil colocado sobre las rodillas. Birch me echó la bronca en un primer momento, explicando lo peligroso que podía ser, pero yo consideré que la comodidad era más importante.

Birch estaba preocupado por lo descuidado que estaba todo y preguntó: "¿Qué demonios pintan aquí estas granadas de mano si no tenemos cerillas? Le pregunté a Tich y me respondió que efectivamente no había cerillas así que se lo dije a Jeans. Mira cómo hemos encontrado la barricada, sin nada".

Después de explicar el asunto de la granada de mano unas cuatro o cinco veces, Jeans dijo a Birch que no se tomase las cosas tan en serio.

—Mira cómo está Aussie ahora—, siguió diciendo. —Se quedará medio dormido cuando esté aquí haciendo guardia... Por Dios, ifíjate a dónde apuntas con ese fusil!— Resultó que tenía razón respecto a su comentario sobre Aussie.

Cada media hora cambiábamos posiciones. Uno de los tres se paseaba de acá para allá mientras los otros dos vigilaban. Aussie se acomodó tumbándose boca abajo. Le hablé y no obtuve respuesta. Su fusil colgaba muerto apuntando hacia el suelo. Estaba dormido. Nos reímos de eso durante un buen rato y, evidentemente, no se lo contamos a Birch.

El siguiente incidente de aquella noche sucedió unos minutos después. Tich llegó corriendo y nos dio instrucciones en voz baja para que abriésemos fuego racheado de frente. Completamos diez ráfagas de disparos sin que el enemigo contraatacara. Alguien había visto a dos de ellos acercarse sigilosamente con dos granadas de mano. Disparamos otras diez ráfagas. Unas cuantas balas agujerearon la pared justo encima de nuestras cabezas. Volví para indagar qué había pasado y me encontré a un emisario del grupo de ametralladoras españolas, que estaban en el gallinero justo detrás de donde estábamos nosotros. Venía a pedirnos disculpas por la descarga accidental de ametralladora que habíamos recibido.

Esa noche no se produjeron más tiroteos y en nuestro "sector" todo se mantuvo tranquilo. Sin embargo, en el otro extremo del muro sí había motivos para la preocupación. Un francés se me acercó y me pidió que interpreta-

se un mensaje para el comandante. Estaba muy nervioso y dijo que había visto un tanque aproximándose carretera abajo. Se lo conté a Tich y éste entró para despertar a Jeans. Le informé, haciendo que sonase lo más interesante posible, e imitando la forma tan expresiva de encogerse de hombros del francés (*"Ah, ça, vous savez, ça c'est formidable; ça, ce n'est pas bon, qu'est ce qu'on peut faire donc?"* [*Bueno ya sabes, es estupendo, esto no me gusta pero ¿qué se puede hacer?*]).

El comandante respondió con otro mensaje: "Es muy poco probable que un tanque nos ataque de noche. Manténganme informado si hay alguna novedad".

Un tanque fascista apareció en la carretera de la Ciudad Universitaria a la mañana siguiente. Iba deprisa y parecía un escarabajo gigante; había ametralladoras en lo alto y pudimos diferenciarlo de los nuestros en seguida porque carecía del alargado cañón antiaéreo. Pensamos que esto sería el comienzo de un ataque, pero nada más abrir fuego con nuestras ametralladoras, el tanque dio la vuelta y desapareció de nuestra vista. Este episodio nos levantó muchísimo la moral. Después de aquello no volvimos a ver ningún tanque fascista.

Hubo rumores de que aquel día iba a producirse una carga a bayoneta calada sobre el fuerte [¿Palacio de la Moncloa?]. Birch le dijo a Jeans: —Apúntame como voluntario. ¿Lo harás? No quiero quedarme al margen—. Se dirigió también a mí y me preguntó: "¿Te vas a apuntar?".

Le respondí que no, que esperaría y vería qué sucedía si se necesitaban más voluntarios.

—Dios sabe por qué no pueden enviar un tanque y bombardear ese lugar para que podamos entrar en la primera casa—, dijo Birch.

—El terreno está demasiado embarrado—, contestó Tich. — ¡Creo que a los conductores de esos tanques no les gusta la idea de quedarse atascados ahí fuera!—

Una compañía española había aparecido durante la noche y había ocupado el primer edificio de la Universidad [¿Edificio de Estomatología?] al otro lado de la carretera. Después del suceso del tanque, fuimos un poco más precavidos al acercarnos para conocerlos. La única manera relativamente segura era ir arrastrándose por detrás de las barricadas. No entendíamos por qué los fascistas no disparaban desde los otros edificios de la Universidad. A lo largo del día no vimos ni un solo indicio de acción, a pesar de que los españoles acribillaban continuamente sus ventanas a balazos.

Envidiábamos el ritual de la comida de los españoles. Ellos mismos cocinaban todo en grandes ollas y servían deliciosas comidas calientes hechas con

hígado y panceta. Nuestra comida estaba enlatada y cada noche un camión nos la llevaba para el día entero. "Claro que podría prepararla yo mismo", dijo Tich, "como hacía con los Buffs[76] en la Gran Guerra [Primera Guerra Mindial]. Podría administrar una cocina de campaña como Dios manda. Por lo que a eso se refiere, podría cocinar para toda la compañía".

Todos estuvimos de acuerdo. Insistíamos sin cesar con los alemanes. Aquella semana en la Casa Blanca pudimos experimentar ampliamente las dotes de Tich como cocinero y organizador. Le dimos nuestras raciones de huevos, jamón crudo y pan, y él preparó comida caliente con todo eso. Además, nos calentaba el café. Durante esos siete días, los tejados con cubiertas de madera continuaron ardiendo sin parar. Aunque a veces se descolgaba una viga ello no afectaba a la progresión constante del fuego.

Un día se produjo un intenso bombardeo. "*¡Fliege, Decke!*". Tras media hora viendo aviones volar en círculo sobre nuestras cabezas, tuve la desagradable impresión de que se había acabado la calma anodina y silenciosa de los días anteriores. Todo parecía muy bonito cuando arrojaban las bombas en la lejanía, en los cerros que estaban detrás de nosotros. Se asemejaban a pájaros que dejaban caer cuidadosamente pequeñas cantidades de excrementos desde los árboles. Pero al acercarse, el primer obús provocó una fuerte conmoción. Estalló levantando una nube de humo y tierra, y lanzó trozos de metal ardiendo por toda la carretera. Los del grupo de ametralladoras que estaban detrás de la barricada se arrastraron buscando resguardo en el muro. Todos nos amontonamos en la parte trasera como si, por tener una pared sólida entre nuestras espaldas y el enemigo, no corriésemos peligro.

Yo estaba al lado de Babs. "Nos va a alcanzar", murmuré mientras oía los silbidos cada vez más agudos y cada vez más cerca.

— ¡Ese! ¡Ese va dirigido al abastecimiento y al transporte, si es que todavía queda algo!

Babs tenía razón. El obús pasó por encima de nosotros. Por tres veces escuchamos cómo varios de ellos, de los de seis pulgadas, impactaban en los establos y en la Casa Blanca. Cada estallido iba seguido, unos segundos después, por el estruendo provocado por los destrozos, al colapsar las puertas, las paredes y las mesas.

Birch quería saber si estaban utilizando metralla o explosivos de gran potencia. "Eso son explosivos de gran potencia", dijo Tich. "Si hubiese sido metralla, los compañeros que están en aquella barricada se habrían dado cuenta".

---

[76] Ver nota 19 en página 80.

El bombardeo prosiguió de forma esporádica durante todo el día. Acabamos acostumbrándonos al bang-bang-bang ya tan familiar del duelo de artillería que estaba librándose sobre nuestras cabezas. Después, se produjo una violenta sacudida debido a una explosión cerca de la casa. Ya no nos dispararon más y reconstruimos la barricada de la carretera. Aplaudimos con entusiasmo cuando tres de sus obuses cayeron uno detrás del otro entre el fortín y la casita roja, y el cuarto impactó contra sus muros. Nos habían dicho que el enemigo allí fortificado estaba desesperado y que podría retirarse o claudicar durante la noche. Recibimos la orden de estar listos para disparar si intentaban retirarse bajo el fragor de un bombardeo, pero en ningún caso podíamos disparar si se presentaban para rendirse.

El sexto día estuvo nublado. Me alegré de que no hubiera sol ya que ello significaba también que no habría aviones fascistas. Jeans anduvo de acá para allá aquella mañana, controlando que los fusiles de todo el mundo estuviesen limpios. Iba acompañado de tres oficiales alemanes y españoles, a quienes quería impresionar con nuestro sentido de la eficacia.

Joe se puso derecho, se ruborizó y sonrió. "¡Buenos días, coronel!", gritó, y saludó dando un taconazo. "Bueno, soldados, el... hem...hem... hum... General desea dirigirles unas palabras... hem... hum..."-

— ¡Deja de hacer el tonto, Joe!—, alguien exclamó, — ¡Nos haces sentir como si estuviéramos en catequesis—.

Atacamos ese mismo día [¿día 26?]. A las diez en punto, una ligera llovizna envolvía en niebla el campo. Las armas pesadas permanecían en silencio mientras las tropas republicanas avanzaban por el lado derecho de la zona fortificada. Las ametralladoras del enemigo comenzaron a disparar sin cesar cuando la niebla se hizo más espesa, pero, según nos informaron, a medio día nuestros hombres habían rodeado el fortín. Jeans se llevó una patrulla a inspeccionar las ruinas de la casita roja. Estaba vacía. A las cuatro, la niebla se disipó un poco. Una bandera blanca colgaba de una de las ventanas de la fortificación. Los italianos, parte del Batallón Garibaldi, que la habían rodeado, se abalanzaron hacia adelante, increpando al enemigo para que arrojara las armas. Una hilera de ametralladoras situadas a unos veinte metros abrió fuego de forma incesante.

Nos enteramos de todo esto dos horas más tarde, mientras permanecíamos agachados tras las ventanas de la casita roja, esperando órdenes, sin saber nada de lo que estaba ocurriendo al otro lado. Los intensos disparos contra esa casita, donde no había unas buenas barricadas, nos impedían ver lo que estaba sucediendo. Éramos seis. Cada vez que alguien pedía instrucciones a gritos, la respuesta era: "¡Permaneced en silencio!"

Cuando anocheció, regresamos sigilosamente. Ray nos contó lo que había ocurrido: "Van a volver para recuperar los cuerpos de unos cuantos italianos esta noche", dijo.

A las tres de la mañana [¿día 27?], nos relevaron. Caminamos casi un kilómetro en fila india por la vaguada; después fuimos por la carretera hasta el túnel del cruce, donde nos esperaban los camiones. Ya era de día cuando se pusieron en marcha y los alemanes cantaban. Habíamos venido apiñados en el viaje hasta el frente pero ahora apenas quedaba una docena de hombres en algunos camiones. Cerca de la carretera, las cruces de madera señalaban el lugar donde habían enterrado a muchos alemanes. Cuando los camiones pasaron rugiendo por delante, los hombres se levantaron para ponerse firmes, y apretando los puños exclamaban.

—"Rot Front"— [¡Frente Rojo!]

La Casa de Velázquez tras los violentos ataques en los que participó el grupo de Romilly [Fotografía:, Cortesía del Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración. Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (F/00800)]

Ese mismo día [¿día 27?], después de que nos fuésemos, el enemigo atacó la Casa Blanca. El edificio de la Universidad fue evacuado bajo un bombardeo de artillería que duró tres horas. Los aviones arrojaron más de una tonelada de bombas explosivas. Aparecieron varios tanques y obligaron a los defensores a replegarse de habitación en habitación. Cuando anocheció, la Casa de Velázquez había caído y, de nuevo, las escaleras estaban repletas de cadáveres. En aquellos pequeños edificios en ruinas, de una extensión similar a la de una granja inglesa, la lista de bajas había aumentado considerablemente.

General Paul Luckácz (1896-1937) cuyo nombre real era Máté Zalka. Fue un escritor y revolucionario de origen húngaro que estuvo al mando de la XII Brigada a la que estaba asignado el Batallóm Thaelmann mientras Esmond y su grupo lucharon en los distintos frentes. [Fotografía/Postal: Cortesía del MINISTERIO DE CULTURA, Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca. Sección: Colección Armero-Tarjetas, Album 13 (1206-1531, nº 1515].

Capítulo 10

Nos dimos un baño en Fuencarral [¿día 27?] en una tina con agua helada y no había forma de que el jabón hiciese espuma. Fue toda una experiencia gélida e insufrible. Yo además tenía un doloroso sarpullido en el hombro aunque no pensaba que fuese por los piojos sino por el roce de las correas.

Más tarde, Tich se empeñó en que estuviéramos elegantes para el funeral. Birch y yo éramos los peores. Nuestras guerreras eran las que menos botones tenían, los pantalones estaban rotos y con manchas de barro.

—Tendrás que arreglarte un poco—, dijo Tich. —Ahora Joe tiene la aguja y el hilo pero podrás usarlos cuando termine—.

En aquel momento me hubiera gustado que Tich no se hubiera comportado como un antiguo sargento mayor de intendencia del Ejército Británico, pero después, en circunstancias normales, lo agradecía ya que él era quien me cosía los botones y me arreglaba siempre todo lo que necesitaba arreglo. Tiempo después, hablé del asunto con Babs, le comenté que suponía que Tich lo había hecho en parte por buena voluntad y en parte porque le parecía ofensivo que cualquier miembro de nuestro grupo tuviese un aspecto descuidado.

—No, no es eso—, me contestó Babs. —Tich te aprecia mucho y se da cuenta de que, para él, coser unos botones es poca cosa, mientras que para ti es un verdadero problema, algo que obviamente te resulta muy fastidioso—.

Repartieron un nuevo paquete con ropa interior, una camisa, jerséis y una bolsita con jabón y utensilios de afeitado. Quizás lavasen nuestra ropa vieja. No lo sé, puesto que nunca volvimos a ver nuestras prendas. Siempre que volvíamos para descansar del frente nos daban ropa nueva, recibíamos equipos nuevos porque acostumbrábamos a amontonar nuestros macutos en cualquier parte y a perderlos. A mi regreso a Inglaterra me di cuenta de que durante la guerra había dejado diferentes cosas, primero en Marsella, después en Albacete, en Chinchón, en Fuencarral, algunas más en La Playa de Madrid, otras en el Palacio de Alfonso[77], en Majadahonda y en alguna trinchera

[77] Entendemos que Esmond se está refiriendo aquí al Palacio del Pardo y lo denomina como "el Palacio de Alfonso" porque le informarían de que Alfonso XII lo utilizó en ocasiones varias y allí murió el 25 de noviembre de 1885. Durante la guerra civil, el Palacio fue Cuartel General de una División del Ejército Republicano y allí se alojaron parte de los miembros de la XII Brigada Internacional que combatieron en la zona. Otra parte, como el Batallón Garibaldi, se alojó en el acuartelamiento de Zarco del Valle también en el complejo del Pardo.

en Boadilla, además de una maleta entera en el camino de vuelta, en Barcelona.

El entierro de Louis Schuster (un famoso revolucionario alemán y comisario político de nuestra compañía) tuvo lugar en la Mezquita[78] Mora de Madrid. Nos llevaron en camiones hasta allí y por el camino contemplamos una batalla aérea. Todo el mundo salía de sus casas para mirar y aclamar a los pequeños cazas rusos de alas rojas que luchaban contra los bombarderos pesados del escuadrón alemán y sus escoltas de cazas. Los alemanes fueron interceptados, dieron un giro completo, lanzaron sus bombas y regresaron. Después resultó imposible seguir la escena con claridad. Los aviones sobrevolaron la zona de forma regular durante una hora. Oímos los disparos de ametralladora y vimos un avión estrellarse. No tuvo nada de especial, todo terminó muy deprisa, sólo avistamos un trozo de metal en llamas como si fueran fuegos de artificio pero no llegamos a ver cómo alcanzaba el suelo. Más tarde nos dijeron que habían derribado dos aviones enemigos. Lo más impresionante fue ver a los dieciocho cazas rusos sobrevolar veloces y en perfecta formación, bajando en picado y remontando el vuelo bruscamente, como saludando a la población que los aclamaba.

El funeral no transcurrió de forma muy ordenada. En la última salva, los disparos no sonaron al unísono y la canción alemana fue interrumpida por un gramófono en el que sonó la Internacional seis veces consecutivas. Sin embargo, pese a estos fallos, o quizás gracias a ellos, siempre recordaré la escena: la grandeza de la mezquita acentuada por la insignificancia de los hombres que asistían a la ceremonia, en pie, algunos en posición de firmes, otros cambiando nerviosamente de postura. Del discurso de Max sólo comprendí unas cuantas frases: "Camaradas... hemos venido aquí, a España... Camaradas hasta el último día, hasta el último hombre... estamos luchando contra la Alemania de Hitler. La verdadera Alemania, la del pueblo alemán, recordará a aquéllos que lucharon y murieron aquí..."

Pensé en todos aquellos hombres, exiliados. Para ellos realmente no había rendición ni retorno. Estaban luchando por su causa pero también por un

[78] Parece difícil pensar que en Madrid en esos momentos hubiera una mezquita. Creemos que el funeral pudo haberse celebrado en la Iglesia Evangelista del Salvador en la calle Noviciado. Al ser un templo de estilo neo-mudéjar puede que Esmond creyera que se trataba de una mezquita. El edificio fue construido en 1919 por José Espeliús, a imitación de un alcázar musulmán, y es de proporciones sobrias con decoraciones "arabizantes". Pero además, creemos que Esmond no sólo yerra en cuanto a la denominación del templo sino que también confunde al personaje. Según consta en el diario de Raymond Cox, el funeral al que asistieron (probablemente el día 27 de noviembre) no era el de Louis Schuster sino el de Karl Adler, también alemán que había muerto el día ¿24? En esos días, Louis Schuster, cuyo nombre real era Fritz Vehlov, era todavía el comisario político adjunto del batallón y comisario de la compañía. El comisario político del batallón era Beimler y los dos murieron el día 1 de diciembre. En cualquier caso, la escena en la que aviones nazis bombardean la ciudad en el momento del funeral de un voluntario alemán adquiere un patetismo especial.

hogar en el que vivir. Recordé lo que me habían contado sobre la vida de los exiliados, apenas subsistiendo en Amberes o en Toulouse, perseguidos por las leyes de inmigración, acosados implacablemente (incluso en Inglaterra) por los Servicios Secretos nazis. Ellos se lo jugaban todo en esta guerra.

Estos hombres habían sido la primera línea del socialismo alemán; algunos (veteranos de la [Primera] Guerra Mundial) habían vivido dos revoluciones en la Alemania de posguerra. Habían conocido los horrores de los campos de concentración nazis. Con razón, el Batallón Thaelmann tenía fama de ser la mejor unidad de combate de las Brigadas Internacionales. Hacia finales de año los efectivos del batallón fueron sustituidos por compañías francesas y belgas y ahora sólo deben de quedar unos pocos de todos aquellos hombres jubilosos que dejaron Albacete en octubre [noviembre]. Esa tarde, durante las exequias de Schuster, no conseguía hacerme una idea ni elucubrar sobre el futuro de aquellos hombres; sin embargo, por primera vez, pude hacer mía la tragedia inherente a la situación de aquellos voluntarios alemanes, una tragedia casi tan grande como la propia guerra española; un drama que ni las fiestas regadas con cerveza ni su carácter desabrido podían ocultar.

Tras el funeral, esperábamos que nos dieran un permiso en Madrid. Este deseo se convirtió en el tema principal de la conversación durante el camino de vuelta. Esa noche, recibimos nuestra primera paga desde Chinchón: 100 pesetas por persona. Nos explicaron que se nos pagaba el salario normal de las tropas en activo del Ejército Español, es decir diez pesetas al día.

—Muchacho—, dijo Jerry. —Te juro que esta tarde he visto algo por lo que daría las 100 pesetas, de la primera a la última. Si me dejan ir a esa ciudad no voy a tener prisa por volver—.

Al día siguiente [¿día 28?] nos dieron un permiso. La mayoría del batallón se fue a la ciudad en camión, antes que nada, a darse un baño. Birch y yo nos fuimos por nuestra cuenta, en tranvía. Yo pensaba que si lográbamos encontrar a Sefton Delmer y a Keith podríamos darnos un baño en mejores condiciones y además posiblemente conseguiríamos algo de comida y bebida gratis. Los tranvías estaban abarrotados y nuestros fusiles colgados al hombro obstaculizaban el paso de la gente constantemente, así que nos bajamos a medio camino e hicimos señas a un espléndido Rolls-Royce que enarbolaba una bandera anarquista y nos llevó el resto del camino.

Al final dimos con Delmer que nos ofreció unos vasos de un brandy bastante malo y un baño excelente en el hotel Gran Vía. Fue un baño magnífico, hasta tal punto que después pensaba tanto en él como en los huevos con

panceta: un sueño ideal cuando las condiciones eran especialmente malas. Birch dijo que no quería ver a Keith.

—Dejando a un lado lo que piense de él personalmente—, explicó mientras yo iba quitándome la ropa, a la espera de que terminara de bañarse, —parece que ignoras el hecho de que trabaja para un periódico fascista—.

—¿De veras crees que el *Daily Express* es fascista?— respondí. —Admito que es sensacionalista, lo que perjudica a ambos bandos; pero no tienes más que compararlo con el *Daily Mail* o el *Morning Post*...—

Así continuamos la discusión hasta que él empezó a secarse los pies y yo a lavarme el cuello y las orejas. Mis argumentos principales eran que la censura del gobierno era muy eficaz, que no habían prohibido el *Daily Express* y que no habían expulsado de España a sus corresponsales; y, si bien el periódico tenía una política reaccionaria, al menos era democrático. Birch contestó que eso era lo más dañino ya que no mostraba abiertamente una política fascista y que esa era la marca típica de la hipocresía del capitalismo inglés. Pusimos fin a la conversación para no comenzar a discutir.

Birch me comentó que el grupo inglés le desmoralizaba y sentenció: "Por lo que veo, parece que todos quieren volver a casa, o al menos la mayoría".

Me di cuenta de que Birch no sólo esperaba que los demás alcanzaran un nivel casi imposible y que era extremadamente crítico con ellos (cosa que yo siempre había sospechado), sino que además se sentía seriamente decepcionado y abatido. Me impresionaba su sinceridad sin fisuras. Se notaba que nunca iba a poder permitirse simpatizar con aquéllos que no fueran capaces de mantener el listón a su altura. Me preguntaba si podía haber alguien más que se mantuviera tan impasible. Ya el primer día había sido demasiado para Keith y Norman. Bill había cambiado completamente tras los tres o cuatro primeros días de acción. Su rostro había adquirido esa expresión confusa, la del flemático que intenta animarse encerrándose en sí mismo. Había visto la misma expresión en la cara de Max cuando dejamos la Casa Blanca. Max, al que todos considerábamos el ejemplo perfecto del militarismo prusiano, estaba ahora desolado. Messer y yo estábamos de acuerdo en que la guerra no era para nosotros e incluso Ray andaba diciendo que tenían que habernos relevado un par de días antes. Babs, Tich, Jock y Joe parecían ahora menos enteros; en realidad, Jeans era la única persona que podía compararse con Birch aunque no era tan insensible.

Al final me di cuenta de que mis suposiciones con respecto a Birch eran totalmente erróneas. Él había demostrado ser más "humano" que nadie aunque también se equivocaba y, en realidad, en ese mismo momento estaba

infravalorando a muchos compañeros. El hecho de que refunfuñáramos, nos quejáramos y maldijéramos (aunque es cierto que parecía que ocupábamos la mayor parte de nuestro tiempo en esas tres cosas) no significaba que estuviéramos desmoralizados. Sólo pretendíamos demostrar que la democracia era algo real en el Ejército Republicano.

* * *

Esa noche [¿día 28?] cenamos en el hotel Gran Vía. La comida fue decepcionante; nos enteramos entonces por qué los periodistas consideraban el rancho del ejército como un lujo. Nos presentaron a una delegación de seis diputados británicos que estaban de visita en Madrid. Keith también estaba allí. A medida que se agotaba el brandy, se iban desgranando todo tipo de historias; un miembro del Partido Conservador demostró una gran elocuencia a la hora de exponer sus teorías sobre cómo el General Franco hubiera podido tomar la carretera de Valencia, o más bien, de cómo él mismo lo habría hecho si hubiera dispuesto de una compañía de caballería.

Uno me dio su dirección en Londres y me dijo que fuera a verle si algún día necesitaba trabajo. El brandy hizo hablar también a Birch quien soltó un largo discurso sobre comunismo a un miembro del Partido Laborista, al que se dirigía como "camarada". Hacia las diez y media éramos los únicos que quedaban en el restaurante. Los refugiados, que pasaban allí la noche envueltos en mantas sobre el suelo, estaban empezando a llegar. Me di cuenta de que esa noche se nos había hecho demasiado tarde para volver al cuartel y además no teníamos los fusiles. Los habíamos dejado en la sala de prensa en el edificio de Telefónica.

Birch seguía discutiendo sobre política cuando llegamos. Colocó un cartucho en la recámara y blandió su fusil por toda la habitación al tiempo que exclamaba: "Ésta es la única forma de tratar con ellos: la fuerza". Pensamos que sería divertido seguir adelante e intentar dormir en la Embajada Británica pero Birch se dio cuenta rápidamente de que esto ensombrecería nuestro pundonor de luchadores antifascistas y señaló que, además, sería una acción bastante sectaria. Así que regresamos al hotel y el diputado que me había dado su dirección para que mantuviésemos el contacto nos ofreció compartir su dormitorio. Subimos haciendo ruido, mientras nuestro anfitrión nos pedía incesantemente que guardásemos silencio, como si

tuviese un interés especial en que nadie supiese que pasábamos la noche en su habitación[79].

A la mañana siguiente [¿día 29?] el diputado insistió en que bajásemos a desayunar cinco minutos antes que él para que nadie pensase que habíamos pasado la noche en la misma habitación. Desayunamos una taza de café con leche y un panecillo, servidos por un camarero flaco y con aire melancólico. Otro miembro de la delegación nos dio tres cajas de bombones ("los últimos de Valencia") así como whisky y cigarrillos *Players*. El Ministerio de Guerra había puesto a su disposición un coche, que requisamos para que nos llevase de vuelta a Fuencarral. Tich fue la primera persona que vimos. No parecía aprobar la situación, pero se volvió mucho más amable cuando le ofrecí el botín para que lo repartiera entre todos.

Jerry y Messer habían regresado diez minutos antes. Habían pasado la noche en un cuartel anarquista y cuando Jerry vio el coche en el que habíamos venido le pidió al chófer que lo llevase a Madrid. Nos dijo que "abandonaba". No me sorprendió mucho y deseé que pudiera dejar atrás la guerra. No estaba hecho para ella. "No se puede evitar tomar aprecio a ese pequeño canalla", dijo Babs.

Jerry era popular y podía salirse con la suya en un buen número de situaciones. Birch y Jeans fueron los únicos que no tuvieron buenas palabras de despedida. Jeans me comentó: "Esta gente no parece darse cuenta de los problemas que causa... ¿Quién va a sacarlos del país? ¿Cómo van a comer? Ayer le dije a Jerry que la única forma de irse era caminando. Hay una gran escasez de gasolina, parece que no saben lo que es una guerra...".

Al día siguiente Jeans me pidió que saliera un momento para hablar conmigo. "No quería comentar delante de todos lo que tenía que decirte", comenzó, "pero voy a ser muy claro. Sólo me habían pedido que investigase

---

[79] Philip Toynbee más tarde, en *Friends Apart* [*Mundos aparte*], recrea esta misma anécdota pero la sazona con detalles que Esmond aquí no desvela. Según esa información, el diputado en cuestión intentó sin éxito intimar con Esmond y Birch, y Romilly, sabiendo, como de costumbre, sacar provecho de lo inesperado, consiguió que éste prometiera que, a su regreso a Inglaterra, declararía en público y sin reservas su apoyo a la República o de lo contrario Esmond y su amigo denunciarían públicamente su comportamiento (1954: 96). El diputado, que moriría después luchando en la Segunda Guerra Mundial, mantuvo su parte del trato y Romilly consiguió lo que pretendía. Suponemos que Esmond silencia aquí esos detalles que había contado ya a su amigo Philip, en la convicción de que nunca iban a publicarse. Hay más ocasiones en las que Esmond cuenta anécdotas de este estilo como por ejemplo el enfrentamiento que él y Toynbee tienen en un bar cerca de Picadilly al que ya nos referimos en la Introducción (ver p. 28) y el desagradable encuentro inicial con W. H. Auden (ver p. 30) La ambigüedad con la que trata en estas páginas (ver p. 82) sus contactos con tipos sospechosos en el muelle de Marsella o la escena en la que sugiere haber sido "tanteado" por un paseante anónimo en un parque público de Ottawa (1985: 208) son otros ejemplos.

y lo descubriese, pero prefiero preguntártelo directamente a ti. ¿Eres sobrino de Mr. Baldwin[80]?"

Después de que le aclarase las cosas sobre el familiar del que parecía haberme vuelto una especie de prolongación, me comentó que habían recibido varios telegramas sobre mí de mis padres y de otros, y que estaban relacionados con el Ministerio de la Guerra en Madrid y añadió: "En todo caso, la cuestión es que si quieres volver a Inglaterra ahora mismo puedes hacerlo".

Por muy contento que estuviese al dejar la Casa de Velázquez, no albergaba en ese momento el más mínimo deseo de volver a Inglaterra. Eso fue todo lo que llegué a saber de aquel asunto.

Cada vez quedaban menos cosas que comprar en Fuencarral y sólo se podía encontrar café en dos sitios, aunque las provisiones se agotaban antes de las once. No había leche ni vino. El anís debía de ser la única bebida disponible. En Madrid se podía comprar vino, pero no era el sitio más emocionante para pasar unos días de "permiso". A partir de las cinco y media todo quedaba a oscuras ya que nadie encendía la luz por miedo a los ataques aéreos. Una vez Birch y yo nos vimos atrapados en una estación de Metro durante un ataque aéreo y, aunque intentamos salir a la calle, una multitud presa del pánico que hacía imposible la circulación nos lo impidió. El miedo a la asfixia era mayor que el miedo a las bombas, las mujeres gritaban y los hombres en las escaleras forcejeaban por entrar en el refugio.

Mientras se oía el rugido de los motores de la aviación, recordaba aquella multitud reunida en torno a la estación de Metro en nuestro primer día. Cuando una bomba incendiaria estalló sobre el refugio "antibombas" murieron doscientas personas y todavía estaban extrayendo cuerpos de los escombros. En ese momento, se escucharon 12 explosiones (12 detonaciones, cada una de ellas seguida de gritos de histeria) y después silencio. El suspense era aún más aterrador, no podíamos ver sino un denso muro de hombres y mujeres presas del pánico. De nuevo, el rugido de los motores, ahora más cerca, y nos preparábamos para la siguiente explosión, una deflagración terrible. Y luego otro estruendo aún más atronador, debía de tratarse del punto culminante. Poco a poco el rugido se fue atenuando y el ataque concluyó.

Fui con Aussie a un cuartel anarquista donde nos dieron jamón con huevos, vino blanco y brandy de verdad. José nos enseñó su manifiesto titulado "La Organización de la Indisciplina" que encerraba una doctrina admirable.

---

[80] Stanley Baldwin (1867-1947) fue un político destacado del Partido Conservador que ostentó en tres ocasiones el cargo de Primer Ministro en Gran Bretaña. La última vez desde 1935 hasta 1937. Cuando tiene lugar esta conversación entre Jeans y Esmond es, por tanto, una autoridad tan conocida como Churchill, de ahí probablemente el equívoco de Arnold Jeans.

Pronto nos hicimos buenos amigos y prometieron venir a visitarnos a Fuencarral. Pensé que sería divertido dejarles discutir un rato con Birch. José y sus amigos hicieron que nuestro permiso en Madrid fuera más entretenido. Creo que sin ellos no hubiéramos sabido qué hacer. Cuando nos gustaba uno de sus cigarrillos nos daban diez paquetes, para no llegar tarde al cuartel se apropiaban de un Rolls-Royce que nos acercaba. Los anarquistas hacen el saludo antifascista del puño cerrado levantando la mano izquierda, y todos llevan llamativas gorras o bufandas rojas y negras. Todos los conductores de los camiones de la Brigada Internacional eran anarquistas.

En Fuencarral, en el cuartel, siempre había algo sobre lo que discutir. En primer lugar estaba Oswald que acababa de ser ascendido a Oficial Jefe de Compañía y aunque todos admiraban su valerosa actuación en la Casa Blanca, sus modales agresivos lo hacían bastante impopular entre los ingleses. Nos parecía excesiva su obstinación por imitar los ademanes de un sargento mayor prusiano. En una de las Reuniones de Grupo, Babs propuso que se recomendase la elección de otro más veterano y experimentado. "Yo no puedo aceptar órdenes de un hombre como ése", dijo. "No puede controlar su genio. Parece creer que éste es un ejército capitalista, intentando que todos nos cuadremos y saludemos o hagamos cualquiera de esas estupideces".

Al final, designaron a Walter como Capitán de nuestra compañía, un hombre que le caía bien a todo el mundo.

Otra historia era elegir un "responsable político". En aquel momento, había problemas a la hora de hacer llegar nuestras quejas, porque no sabíamos alemán y porque Jeans (al comandar el pelotón) no quería molestar a los oficiales cada dos por tres con los problemas de los calzoncillos de Jock o las pesetas falsas de Sid. Pero esos asuntos (por muy triviales que parecieran en aquel momento) eran importantes para nosotros.

Más importante aún era el problema de nuestras relaciones con el resto del batallón. Mucha gente pensaba que no había suficiente contacto con los alemanes. Ahora ya sabíamos con seguridad que había otro grupo de ingleses, cerca de una docena, que formaban una compañía de ametralladoras en el batallón francés "La Marsellaise" y que habían estado apostados en el edificio del Hospital[81] durante el último combate. Jeans investigó la posibilidad de que nos uniéramos a ellos, pero por el momento parecía imposible.

El propio Jeans, Birch y gente como Ray y Jock estaban muy contentos de permanecer como un pequeño grupo inglés dentro del Batallón Thaelmann.

[81] En realidad se trataba del grupo de Cornford que luchaba con la Comuna de París en la XI Brigada y que no estaban apostados en el Hospital Clínico sino en la Facultad de Filosofía y Letras.

Joe, Aussie, Messer y yo hubiéramos preferido estar en un regimiento español; Tich y Babs nos apoyaban hasta cierto punto, pero les interesaba más la posibilidad de unirse a los otros ingleses ya que no hablaban otras lenguas. Muy a menudo, cuando era necesario un contacto entre el Batallón Thaelmann y los otros batallones franceses, Jeans traducía los mensajes del alemán al inglés y yo lo hacía del inglés al francés.

Le habíamos contado a todo el mundo las peripecias de nuestra noche con el diputado inglés. Joe estaba encantado con que hubiera una delegación inglesa en Madrid y quería que la próxima vez fuésemos todos a Madrid para ver al diputado.

—Yo no estoy dispuesto a andar por ahí con el gordo ese de Joe—, me comentó Birch. Joe no dejaba pasar oportunidad alguna de lanzar sus retóricos dardos ofensivos contra Birch ya que había una cierta enemistad entre ambos. Afortunadamente, a mí me había dejado en paz durante algún tiempo y había conseguido llevarme bastante bien con él. Birch y Messer eran mis mejores amigos, aunque entre ellos no tenían mucho que decirse.

Joe, Tich, Jeans, Babs y Ray habían cenado todos con los diputados otra noche [¿día 27?] y Joe nos contó sus impresiones:

"Bueno, ya os imagináis, cuando ese James[82], el Teniente Coronel de las Fuerzas Aéreas (ja, ja, ja), nos preguntó qué íbamos a beber, yo pedí un brandy doble; chico, es lo mejor que puedes tomar en una noche fría como aquélla. Después, cuando nos marchábamos, vi un coche con una enorme bandera del Reino Unido. Joder, dije, me gustaría saber qué están haciendo aquí. Así que di el alto al conductor. Y un tipo me mira y me pregunta con ese acento de Park Lane, ya sabéis, uno de esos de sombrero de copa y esas cosas '¿Qué haces aquí, chaval?' y yo le contesto: 'Oh, acabo de terminar mis estudios en la universidad, sólo estoy aquí de vacaciones'. Entonces le pregunté qué hacía él allí y me juego lo que sea a que era el Embajador Británico o alguien así".

Nuestras relaciones con los periodistas ingleses en Madrid fueron cambiando de forma gradual. Al principio, estaban encantados con nosotros los voluntarios que no sólo éramos una fuente de noticias frescas sino que además podíamos ofrecerles mucha información sobre la batalla en la Ciudad Universitaria. Eran generosos con la bebida y los cigarrillos, pero pusimos a prueba descaradamente los límites de su generosidad cuando comenzamos a

---

[82] Se refiere aquí Joe al Teniente Coronel del Ejército del Aire ("Wing Commander"), Sir Archibald Henry James (1893-1980) que fue diputado del Partido Conservador por Wellingborough desde 1931 hasta 1945. Más tarde, ya durante el gobierno franquista sería Primer Secretario Honorífico en la Embajada Británica en Madrid desde 1940 hasta 1941.

aprovisionarnos a su costa. Jock era el mayor culpable ya que siempre regresaba borracho tras pasar una hora en Madrid. Birch también disfrutaba aceptando bebidas de los periodistas pero no los tenía en mejor consideración que a los fascistas.

El Partido Comunista español organizó una fiesta para el Batallón Thaelmann. Bebimos cerveza vaciando la botella de un trago y disfrutamos de unos sabrosos bocadillos de carne de ternera. Después, Messer, yo, Birch y Aussie nos fuimos a buscar algo de diversión en otro sitio. Nos dirigimos al Metro pero, tras una deprimente espera, un policía vino y nos dijo que después de las siete no había mucho que hacer en la ciudad, así que nos fuimos a casa.

Entonces decidí escribir una carta a mi hermano [Giles]. Hubiera preferido escribir un artículo para enviar a casa pero me resultaba imposible concentrarme durante el tiempo necesario. No me salían más que unas pocas palabras. Era más fácil escribir una carta. Creo que escribí algo sobre el mal olor que despedían los moros muertos, pero esa fue la única nota desalentadora. Mi hermano se uniría al batallón inglés formado en Albacete en enero. Mientras yo estaba en Barcelona sufriendo de disentería, él viajaba junto con otros voluntarios ingleses desde París a Perpiñán y de ahí a Barcelona y Valencia.

En general, Fuencarral era aburrido, pero las noches eran cómodas. No teníamos colchones, sin embargo los bancos y las mantas de la escuela servían bien como catres y nunca nos levantábamos antes de las nueve de la mañana.

El domingo [¿día 29?] tuvimos prácticas de tiro. Max era el encargado, puesto que ahora le habían dado trabajo como instructor en lugar de comandar el batallón en acción. Nos habían dicho que al día siguiente comenzaríamos un adiestramiento intensivo de ocho días. El Gobierno Español siempre había contemplado a la Brigada Internacional como una fuerza móvil ofensiva para hostigar los flancos enemigos; así que ahora íbamos a tener un adiestramiento apropiado, con "maniobras" incluidas.

Por la tarde Jeans y yo nos acercamos a la armería y allí nos encontramos con Chris. Resulta que era un técnico de primera clase y se pasaba la mayor parte del tiempo reparando ametralladoras. Ahora que se había recuperado, quería dejar su puesto y unirse a nosotros como simple miliciano, pero los alemanes no querían saber nada del asunto. Era demasiado valioso en ese puesto así que le mostré mi fusil.

—Dios santo, hombre, el cañón está rajado—, exclamó. —Volarás en pedazos si lo sigues disparando—. Me dio uno nuevo y con un cuchillo le

hice una inscripción en la parte de madera del cañón. Puse: "Romilly" y debajo "3rd Zug, 1st Kompagnie Thaelmann" [3° Pelotón. 1ª Compañía Thaelmann].

En el camino de vuelta Jeans me propuso ir esa noche a Madrid, a cenar con él y un médico español. Me pareció una idea magnífica. Sin embargo, una hora más tarde nos llegó la orden de levantar el campamento. Jeans dijo que eso probablemente significaba que nos desplazaban a otro sitio para los ocho días de adiestramiento. Hubo quejas sobre la falta de aviso previo ya que todo el mundo tenía sus cosas esparcidas por todas partes. Una vez más tuvimos que soportar la ardua tarea de subirnos a los camiones, cargando con los fusiles, las mantas, los macutos y la munición. El adiestramiento de ocho días no fue más que otra hermosa promesa. A la mañana siguiente, al alba, volvimos a ocupar nuestra antigua posición cerca de la Casa Blanca.

Detalle del cortejo fúnebre de Hans Beimler [ver notas 48 (p. 128) y 84 (p. 206)] a su paso por Valencia. [*Fotografía tomada del libro Las Brigadas Internacionales. Imágenes para la historia.* (Cortesía del CEDOBI)].

Capítulo 11

Esta vez había picos y palas para todos, y un oficial alemán vino a explicarnos cómo cavar una trinchera para mantenernos a salvo de las ametralladoras y los bombardeos. Yo trabajaba con Tich. —Mantén la cabeza agachada—, me decía una y otra vez, —o mientras te estiras cómodamente, una bala te puede atravesar el cráneo, cosa que no me haría ninguna gracia—.

Aspecto que ofrecía el Hospital Clínico tras los duros enfrentamientos en los que estuvo implicado el grupo de Romilly. [Fotografía: Cortesía del Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración. Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (F/00939)]

Fue una mañana horrorosa [¿día 30?], o te congelabas de frío o te empapabas de sudor al cavar. Una hora antes del amanecer llegamos a nuestras posiciones, y entonces nos enteramos de que la última batalla había sido en vano, que habíamos perdido la Casa Blanca. Esperamos media hora en el altozano situado tras el edificio del Hospital [Clínico] mientras ráfagas esporádicas de balas pasaban silbando sobre nuestras cabezas. Después, uno a uno, cruzamos la carretera dejando a un lado los refugios subterráneos que habíamos construido dos semanas atrás, cruzamos la vaguada y subimos la loma que estaba situada enfrente. Allí había refugios, pero eran poco profun-

dos y no estaban terminados. Tuvimos que cavar más para adecentarlos. A las doce en punto, en el momento de más calor, Jeans informó de que intentaría organizar partidas para descansar por turnos durante la tarde, pero cuando terminamos los refugios y las trincheras de comunicación, el oficial regresó y dio instrucciones para construir un parapeto con sacos terreros. Volví y traje una docena de sacos. Algunos ya estaban llenos pero tuvimos que rellenar el resto. El trabajo más duro fue el de levantar los sacos para colocarlos en el parapeto.

El mensajero de la compañía era un muchacho austriaco que había resultado herido en un brazo durante la primera operación y acababa de salir del hospital. Le mandaron llevar un mensaje al edificio del Clínico [Facultad de Medicina]. Lo vimos agazaparse junto a la carretera para luego cruzarla corriendo. Diez metros más allá se puso a cubierto, protegido por la elevación del terreno, y continuó avanzando despacio. Todos nos quedamos mirando cuando inició su regreso. Con los brazos estirados hacia delante, cayó en mitad de la carretera, se dio media vuelta y luego se quedó inmóvil.

Alguien se lanzó hacia donde se encontraba, le sujetó la cabeza y comenzó a arrastrarlo hacia un lugar seguro. También a él le alcanzó una bala y los dos se quedaron tendidos a pocos metros del borde de la carretera. Jeans había estado hablando con Walter. Oyó al herido exclamar *"¡Sanitas, Sanitas!"* y cogió una camilla. El conductor de un camión salió del vehículo y corrió hacia la carretera para sujetar el otro extremo, pero fue abatido en el acto. Jeans trajo a uno de los hombres de vuelta, media hora más tarde llegó un tanque para recoger los cadáveres del conductor del camión y del muchacho austriaco.

No hubo tiempo para descansar aquella noche. Querían que excaváramos una zanja que llegase hasta unos 50 metros del gallinero donde los francotiradores fascistas tenían la base. Sólo había sitio para que trabajase un hombre cada vez en la zanja, mientras otro vigilaba. Cuando empecé a cavar me fijé en la marca desde la que había comenzado el que me había precedido y pensé que nunca podría abarcar tanto. Resultaba tentador tomar descansos de tres minutos, luego de cinco y luego descansar todo el tiempo. Mi compañero era Jock, que estaba hecho para ese trabajo: "¡Ay!, tendrías que haber sido caminero como yo". En media hora había cavado más de lo que yo podría haber hecho en dos, haciendo que la zanja describiera una curva. Después de una hora, aún quedaba por hacer la guardia. Resultaba difícil mantenerse despierto, escrutando la fría noche, envuelto en una manta hasta la barbilla, aunque una petaca de brandy hacía que fuera más fácil de sobrellevar. Sólo

disparé en dos ocasiones aquella noche, a pesar de que algunos insistían en descargas continuas. Entre cabezada y cabezada se oían las descargas y, aunque el enemigo respondía a los disparos, nadie se movió. Por fin pasó la noche y la zanja quedó terminada.

Cuando salió el sol a las ocho en punto [¿1 de diciembre?], estábamos más animados. Nos sentamos a fumar, comer carne de vacuno en conserva y beber café. Éramos doce, entre ellos estaban Addley (Tich), Birch, Cox, Gough, Jeans, Messer, Ovenden (Babs), Whateley y yo; Harry, el suizo gordo, se había unido a nosotros como Jefe del Segundo Grupo del Pelotón Arnold, y teníamos dos nuevos reclutas, un londinense y un americano, que se nos habían unido en Fuencarral, justo antes de la operación. El primero, Dan[83], rondaba los veintitrés años, y era tan alegre y simpático como Ray, pero una semana más tarde tuvo que ingresar en el hospital con apendicitis. El americano era bastante mayor, un tipo duro, como los de los anuncios de las compañías americanas de seguros. Esa misma mañana le alcanzó la artillería del bando fascista en una pierna y volvió al hospital.

Estas dos incorporaciones nos habían venido muy bien para compensar la marcha de Jerry. Keith, Norman y Donovan habían sido olvidados hacía tiempo. Chris estaba trabajando en Fuencarral. Bill y Sid estaban convalecientes en algún lugar de Madrid. Así que sólo quedábamos doce en aquella loma, con parte de una compañía polaca a nuestra derecha. El resto del Batallón Thaelmann estaba disperso entre la carretera y el Clínico, trabajando duro en una trinchera cuyo objetivo era juntar nuestras líneas ofensivas.

Aquel primer día fue cálido y hubo escasa actividad. Jeans solicitó voluntarios para volver a formar un pelotón antitanques. La idea no despertó mucho entusiasmo, pero enseguida empezamos a envidiar a Babs, Ray y Harry, elegidos para aquel cometido, cuando se establecieron en una cueva natural que había formado la inclinación del terreno en un recodo de la carretera. Allí podían fumar, estar calientes e incluso hacer fuego para calentar café y comida. Esto hizo que nos quedáramos sólo nueve vigilando la loma. Con frecuencia, Jeans tenía que asistir a reuniones del Estado Mayor; tres hombres iban en busca de los víveres, otro a la hondonada, a atender la llamada de la naturaleza, con toda seguridad otro par estaba haciendo una visita de cortesía al pelotón antitanques, lo que dejaba a un solo hombre de guardia, y a otro durmiendo al sol para "defender" la loma. En una ocasión no quedó allí absolutamente nadie.

---

[83] Probablemente se refiere aquí Esmond a Daniel Thorburn, un londinense que había llegado a España a principios de noviembre de 1936. No me ha sido posible confirmar a quien se refiere cuando habla de Ray, el americano.

Jeans se marchó aquella tarde a cumplir una misteriosa misión. Se esperaba un asalto al fuerte [¿El Palacio de la Moncloa?] aquella noche y a Birch le afectó mucho la noticia. No hablaba de otra cosa que no fuera cómo hacer para tomar parte en él. Acosó a Jeans hasta que éste tomó lápiz y papel para apuntar su nombre. Pero al final no participó. Veinte hombres bajo el mando de Hans Beimler (comisario político del Batallón Thaelmann), incluido el propio Jeans y Jock, avanzaron cautelosamente hacia la posición a las ocho. Llevaban pistolas y granadas de mano. Cinco minutos después les siguió media docena de componentes del batallón de los Balcanes. Estábamos todos preparados y en alerta, esperando con los nervios en tensión, mirando a veces por encima de los parapetos, pero aún así el repentino y brutal estruendo, y los fogonazos del ataque nos sobresaltaron. No duró más de unos pocos minutos y Jock regresó jadeante.

—Sí, muchachos, era un asalto, ¿no sabíais que íbamos a lanzar uno? Sí, esos... cabrones, la han fastidiado bien fastidiada. Nos acercamos tanto a ellos que podíamos oírles hablar, nos metimos prácticamente en sus trincheras... Sí, ya sabéis, las han estado construyendo justo enfrente del fuerte. Fue entonces cuando esos malditos polacos se pusieron a lanzarnos su metralla desde atrás—. El asalto fracasó y Hans Beimler murió[84]. Su cuerpo recibió sepultura en la Plaza Roja de Moscú.

Este acontecimiento fue un momento decisivo para Birch. Se obsesionó con lo injusto de su exclusión y se volvió agrio, casi cínico.

Así que me hice amigo de Joe, un tipo muy valioso con el que siempre se podía contar a la hora de conseguir tanto suministros extra de comida y café como mantas. Ambos nos encargábamos esa semana del aprovisionamiento. Joe había perdido sus pantalones de pana en algún lugar de Madrid, y ahora se helaba de frío vestido con unos grises de franela fina. La mañana siguiente al asalto [¿día 2 de diciembre?] nos trajeron más equipamiento: cascos de acero, máscaras antigás, y un par de pantalones para Joe. Éste cogió uno de los cascos que tenía dos profundas abolladuras en el lugar donde las balas habían impactado contra el metal y comentó: "Éste irá bien. Me verás desfilar con él por la Calle Mayor de Luton".

---

[84] Como ya se mencionó en la nota 48 (p. 128) era el día 1 de diciembre de 1936 y estaban atacando el edificio del Palacete de la Moncloa donde los franquistas se habían atrincherado. Según Eisner "Beimler se dirigía a las posiciones del Batallón Thaelmann, no se sabía si por la Ciudad Universitaria hacia el Palacete, o viceversa. Le acompañaba Louis Schuster (Fritz Vehlov)... sonaron dos disparos. Beimler cayó como segado... También cayó Louis" (1972: 167). Por la descripción que hace aquí Romilly podría entenderse que ambos murieron por fuego amigo pero Eisner no menciona nada en ese sentido.

Le pregunté sobre la familia que había dejado en Luton mientras nos tomábamos la ración de café con leche de la que se había apropiado para la ocasión. "Mi hermano es bastante hábil", me contó. "Ya sabes, lleva un negocio de su propiedad. Se podría decir que yo siempre he estado saltando de acá para allá. Pero tendrías que haberme visto en la fábrica Vauxhall. Al final me despidieron aduciendo esto y aquello, pero en realidad fue porque descubrieron que pertenecía al Partido [Comunista]. Entonces me fui a Alemania. Pasé por todos aquellos malditos albergues juveniles y por varios recintos hitlerianos... eran todos muy pulcros y a todo el mundo les dije que yo era un fascista. Oh, sí, les saludaba como lo hacían ellos, brazo en alto y demás parafernalia, también incluía todo lo relacionado con Mosley... Sólo uno me dijo una vez: '¿Sabes? Repites tanto que estás a favor de Hitler que creo que tal vez no estés de su lado en absoluto'. De todas formas no lo decía en serio, creo... Vamos, recoge esa lata de café. Parece que oigo de nuevo el *'Fliege, Decke!'*".

"Fliege, Decke!" Era algo que escuchábamos cientos de veces al día, ya nos halláramos descansando, leyendo, charlando o cavando. Una pejiguera continua, mientras observábamos los puntitos en el cielo. Esta vez era el mismo zumbido ascendente que recordaba de la estación del Metro de Madrid, cada vez más y más alto: "Son 18, hay otros tres...". Pasaban justo por encima de nuestras cabezas como murciélagos gigantescos: "21, 24, 30, 36...".

Llegamos a contar 40. Se trataba del mayor ataque aéreo hasta el momento, pero no iba dirigido a nosotros, ni a la artillería ni a las fortificaciones de más atrás, ni a la logística ni a las municiones, ni a los suministros, sino hacia las calles densamente pobladas de Madrid. Y, curiosamente, en ese momento yo estaba contento, contento de que atacaran a mujeres y niños indefensos, con tal de que esos monstruos pasaran de largo. Regresaron tres horas después, mataron a 25 personas en Fuencarral y alcanzaron seis veces el hospital. Entonces entendí por qué los campesinos españoles habían huido nada más atisbar aquellos monstruos. El cielo estaba despejado aquella tarde y nos guarecimos en los refugios, mientras escuchábamos las bombas y alzábamos la vista hacia el humo que se elevaba desde una veintena de puntos diferentes a nuestras espaldas.

—No habrá cena esta noche— anunció Jeans. —Han bombardeado la cocina del cuartel de Fuencarral y es muy complicado salir a la carretera, porque las bombas han abierto agujeros enormes. No tenemos más remedio que pasar la noche aquí. Mañana iniciaremos la retirada—.

Fue una noche penosa, todo el mundo estaba nervioso, a la espera de un ataque y preocupados por si nos quedábamos aislados allí.

Sabíamos que Babs había conseguido una cafetera entera llena de café en el refugio del pelotón antitanques, así que Joe y yo fuimos a hacernos con algo, y ver qué más podíamos recoger. Cuando llegamos a la carretera ya habían sonado los primeros disparos. En la oscuridad podíamos distinguir los fogonazos de los fusiles de nuestra propia trinchera, a continuación el silbido cortante de las balas cruzando la hondonada. Nos agachamos.

— ¿Qué hacen ezos?—, preguntó Harry. —Noz están disparando a nozotros. Eztán locos—.

Esperamos diez minutos, durante los cuales el fuego se hizo más virulento. Yo estaba preocupado. Si había que realizar algún tipo de acción, no había nada peor que estar separados. Pensé en aquella primera y nefasta noche en Chinchón. Los mismos pensamientos nos sobrevinieron a todos. Sólo había siete hombres en la loma así que probablemente se trataba del enemigo que los había matado a todos, y ahora nos estaba disparando. La elevación del terreno describía una curva a la derecha que nos impedía ver qué estaba ocurriendo con los polacos. Cuando disminuyeron los disparos nos arrastramos por la hondonada con cautela. Todos estaban allí. "Han sido descargas de ametralladora a baja altura", dijo Tich. "Vamos a tener que acostumbrarnos a este tipo de cosas a estas horas de la noche".

Así fue, se repitieron regularmente a partir de entonces.

Esa noche le dije a Tich: "Supongo que esta especie de guerra de trincheras es algo parecido a la Gran Guerra [Primera Guerra Mundial], ¿no?"

Él se rió. "Si hubierais excavado las trincheras correctamente, y si tuviéramos cuatro kilómetros de trincheras intercomunicadas, un gran número de zanjas por todas partes y apoyos para disparar, baluartes y alambradas de espino, entonces podría ser".

—¿Cuál ha sido el período más largo que has pasado en el frente?— le preguntamos.

—Por supuesto, eso dependía del lugar en que te encontrabas. Podías estar en una avanzadilla donde no podían llevarte nada y pasarte allí treinta días seguidos, pero siempre encontrabas algún acomodo y sólo tenías que recordar dónde estabas... ¡Eh!... Cox, (de repente, Tich se percató de que todos nos habíamos apiñado a su alrededor para escuchar) ¿no te toca a ti ir a hacer la guardia? Si nos quedamos todos juntos en el mismo punto nos arriesgamos a que nos caiga una bomba encima a todos a la vez—. Y luego continuó: —"Podías pasarte tres meses en un sitio tranquilo y que no pasara nada, pero si asomabas la cabeza te podías llevar un mal recuerdo. En aquella guerra se desarrollaron muchos ataques como éste, pasando justo por enci-

ma, pero la mayoría de las veces cuando llegabas hasta el enemigo te los encontrabas esperándote con las manos arriba".

Enfundados en las mantas para mantener el calor, le hacíamos a Tich, casi susurrando, una pregunta tras otra sobre el frente oeste durante la Gran Guerra [Primera Guerra Mundial]: cuáles eran las diferencias, qué era peor, lo más peligroso, lo más emocionante, lo más duro. De vez en cuando echábamos un vistazo por encima del parapeto en dirección a la Casa Blanca, que se encontraba a unos cien metros de distancia y era claramente visible gracias a la luz de la luna. Nos contó también que, en aquella guerra, contaban con muchas más armas y aviones, con morteros y con muchos más hombres y trincheras. A la vez, sabían cómo defenderse mejor y cómo permanecer a salvo en profundos refugios subterráneos. Además, la organización era mejor y por tanto existía una mayor sensación de seguridad. No había nada de esa lucha frenética con granadas de mano de casa en casa y de habitación en habitación. Todo el trabajo de penetración lo llevaba a cabo la artillería pesada que llevaban detrás. Otro factor importante era que podían hacerte prisionero. Una actitud muy diferente al implacable y despiadado "sin cuartel" que caracterizaba a esta guerra.

—Pero, por otro lado, y en lo que a mí respecta—, aseguró Tich, —esta es una guerra de la que sabemos todo, sabemos por qué luchamos y qué defendemos—. Y añadió: "Carecemos de recursos para organizarnos y de la perfección del Ejército Británico pero disfrutamos de una disciplina más laxa y menos represiva. Recuerdo a un tipo que estaba en nuestra compañía en 1915; se trataba de un prisionero, aunque nunca supimos qué había hecho. Yo me imaginaba quién era ya que estaba cumpliendo sentencia pero se le permitía salir. Andaba suelto en las trincheras. Sólo sabíamos qué pasaba con él cuando volvíamos a descansar, pues en cuanto abandonábamos las líneas de reserva, le ponían las esposas. Cuando teníamos tiempo libre después de formar por la mañana, él tenía que trabajar. Pude ver cómo se desesperaba, siempre con lo mismo, mes tras mes, y una mañana, cuando íbamos hacia el frente y el sargento estaba de espaldas, saltó por encima del parapeto y corrió lo más rápido que pudo. Pensé que quería acabar con su vida, aunque él debió de pensar que podía alcanzar las líneas alemanas y rendirse. Cuando llegó al otro lado, había una decena de alemanes sentados esperando y levantaron las manos al verlo. Así que recibió una condecoración, y por supuesto le anularon la sentencia..."

Pasó la noche, y a la mañana siguiente [¿día 3?] volvió a reinar la calma. La Casa Blanca parecía desierta y Jeans nos dijo: "Tenemos que ser especialmente cuidadosos hoy y observar al enemigo. Nada de disparar porque sí". Le

insistimos tanto para que nos contara qué significaba todo aquello que al final conseguimos que se enfadara: "Lo único que puedo hacer es transmitir la orden, id y preguntad al general".

Una bala perdida hirió a Messer aquel día afeitándole la piel de las pelotas. "¡Todo va bien, chicos!", nos gritó mientras se dirigía al puesto de la Cruz Roja. "Vais a envidiar mi suerte". A raíz de aquello todos nos volvimos más cautos a la hora de caminar por detrás de la trinchera, pero sólo duró unas horas ya que nos cansamos de andar agachados. La ausencia de Messer se hizo notar ya que era uno de los trabajadores más fuertes.

Jerry apareció una hora después. "¿Se puede saber qué pasa aquí?", preguntó. "Yo os imaginaba preparando unos buenos arenques en esa Casa Blanca, ¿qué pasó, os sacaron de allí?"

Le preguntamos qué le había ocurrido en Madrid, por qué había decidido regresar o quién le había obligado a hacerlo.

—No, os aseguro que vuelvo por propia voluntad—, aseveró. —Los tipos de allá arriba me tenían todo el tiempo cavilando, no me dejaban tranquilo ni un segundo, querían saber qué estaba haciendo en cada momento y por qué y todo eso, me volvían loco. Me pusieron a vigilar camiones durante todo el día. Así que pensé que estaba mucho mejor aquí que allí con ellos vigilando los camiones y... aquí estoy—.

Le conté lo que había pasado con Messer. "Bueno, son malas noticias, era un buen tipo", dijo. Messer era el mejor amigo de Jerry, quien compartió el refugio con Aussie aquella noche.

Cuando llegó el segundo turno de Jerry para montar guardia, se negó a levantarse. Escuché la disputa medio dormido. Era Aussie quien hablaba: "Tú tienes que atenerte a las normas, igual que todos. Seguiré yo, pero que sepas que no te estás portando bien". Después Tich, añadió en un tono más bajo: "Bueno, todos tendrán que quedarse un rato más, eso es todo. Sigue ahí un cuarto de hora más, Aussie, y después despierto a Romilly para que te releve. Hablaremos de esto mañana, puedes estar seguro".

Lo hablamos a la mañana siguiente. Tich explicó lo ocurrido y se decidió por unanimidad pedir a Jeans que enviara a Jerry de vuelta a Madrid otra vez.

Jerry nos contó que había estado enfermo durante la noche, que le dolían las muelas, que no podía levantarse y que tenía dolor de cabeza. Prometió que aquella situación no se repetiría. Entonces apareció Jeans y anunció: "Vamos, Jerry, puedes volver a Madrid en el camión de la comida".

—Me habéis malinterpretado—, afirmó. —Esto le podía haber pasado a cualquiera. No es lo que creéis—. Y al final se quedó.

No se produjeron más ataques nocturnos en toda aquella semana, por lo que nos adaptamos a la rutina de comer, dormir, mejorar los refugios, las comunicaciones entre trincheras y la zanja. Contemplábamos también los ataques aéreos y escuchábamos los sordos impactos de las bombas por delante y por detrás de nosotros. La única distracción que tuvimos fue un experimento con un nuevo tipo de mortero. Sólo Jeans y Jock sabían cómo hacerlo funcionar: cuando tiraban del cable nos echábamos sobre los parapetos para observar dónde caía la bomba y así disparar a todo lo que se moviera tras la explosión.

—A esto lo llamo yo buscarse problemas—, dijo Joe. —Empiezas a jugar por ahí con ese cacharro y te pagan con la misma moneda. Tampoco digo que no nos lo merezcamos, qué necesidad había de utilizar ese aparato infernal cuando habíamos estado aquí tan tranquilitos—. Yo estaba de acuerdo con él.

Procurábamos evitar que Jock anduviera por allí fuera experimentando con aquella máquina cada vez que estábamos intentando dormir al sol. Un avión enemigo describía círculos amenazadoramente sobre nuestras cabezas.

—Ahí lo tienes—, le espetó Joe. —Es por tu culpa, Jock. Vamos, ponte de pie y confiesa que lo has hecho, o castigarán a toda la clase—. Sin embargo, lo más cerca que cayó una bomba fue en la hondonada que teníamos detrás.

El tiempo empeoró, se volvió más frío y nos cayó un diluvio más dañino que un bombardeo de artillería. Después de aquello ya no recuperamos el ánimo y comenzamos a hablar del relevo. Harry parecía muy abatido por el mal tiempo. Le pregunté si en Suiza nunca hacía tanto frío y respondió: "Sí, perrro no hay esta humedad tan horrorrosa. Ahorra tengo retorrrtijones en el estómago".

A la mañana siguiente [día 4], el rostro afable y regordete de Harry se contraía de dolor y tuvo que ir al hospital. Todos queríamos ocupar su puesto en el pelotón antitanques, a lo que Babs repuso: "Ya. No os apetecía tanto cuando pensabais que existía una mínima posibilidad de que apareciera un tanque, ¿verdad? Dios dirá qué hacemos si nos topamos con alguno... Os van a temblar las piernas mientras caen las bombas, incluso se os podría caer todo encima. Y otra cosa, ahora nuestros turnos de guardia son más largos: hora y media arriba y tres descansando. Y durante el día hay que hacer algo también, quiero decir que no hay que estar montando guardia todo el tiempo a intervalos regulares, pero alguien tiene que estar ahí alerta, ya lo sabéis. Y el bueno de Harry... ya sé que es un buen chico, pero tenía por costumbre dormirse en cuanto había algo de sol. Eso significa que a eso de las cuatro o las cinco de la tarde yo tenía que darme una vuelta por allí. Puede que a Ray le apete-

ciera dormir o algo así pero no podía ser. Lo mismo hubiera ocurrido si él hubiera estado haciendo algún trabajo y yo de guardia, entonces yo tendría que estar despierto todo el tiempo".

Birch ocupó el lugar de Harry. Ese mismo día Jeans nos comunicó que nuestro relevo llegaría a las siete de la tarde. Pasaron las siete, las ocho y las nueve. Birch, Babs y Ray regresaron de su refugio subterráneo. Nos enteramos de que tanto los polacos como el resto del Batallón Thaelmann se estaban yendo pero nosotros aún no teníamos orden de movernos. Teníamos preparados los macutos y las mantas y allí estábamos de pie, esperando. Unas cuantas balas provenientes de la Casa Blanca hicieron que Jeans exclamara: "¡Por Dios! ¿No hay nadie vigilando?"

—Es tu turno, Birch—, dijo alguien.

—No, no lo es—, respondió el aludido. —Siempre me ofrezco voluntario para todo y ya estoy harto. Además, pertenezco al cuerpo antitanques. Que lo haga otro—.

Capítulo 12

"La Playa de Madrid", donde fuimos a descansar unos días, había albergado en tiempos un elegante club nocturno con habitaciones que los madrileños ricos utilizaban durante los fines de semana. Tenía cuatro bares, un restaurante, un aparcamiento, una pista de tenis, mini golf, un río con canoas y botes a vapor con paletas. Al llegar allí [día 4], el lugar estaba tal y como lo habían dejado los dueños en octubre, cuando se unieron a las interminables colas de gente que se iba a la capital. Había tazas de té, platos y cuchillos sucios, pequeñas mesas cuadradas y sillas al sol, botellas medio vacías de ginebra y anís. Nos alojamos en una habitación que en su día había sido un pequeño comedor. Yo compartía cama con Joe detrás del bar, una cama hecha con dos tablas de una canoa. Al día siguiente nos trajeron unos colchones.

Desayunamos en mesas con manteles, con asientos exquisitos, servilletas de papel, platos y tazas. Tich lo organizó todo. Después de barrer y limpiar durante seis largas horas, la sala de estar y el comedor quedaron muy acogedores. Quizás, antes de la guerra, los hombres de negocios exhaustos por el trabajo llevaban allí a sus amantes para olvidarse de sus preocupaciones en un ambiente de lujo y bienestar. Aunque ahora ya no quedaba nada de aquello, La Playa también supuso un refugio para nosotros. Podíamos sentarnos en una terraza, mientras nos fumábamos un puro, o sacábamos la barca al río, o nos sentábamos alrededor de la mesa con unas tazas de café caliente para jugar al póquer. La experiencia de aquellos días fue lo más cerca que estuvimos de la comodidad y la civilización.

—¿Te vienes a dar una vueltecita en barca?—, preguntó Joe. Arrastramos un viejo bote desde la orilla y fuimos a contracorriente. El agua estaba helada.

Jerry estaba sólo en un pequeño bote a vapor con paletas. "Chicos, ¿habéis visto a Jock?", gritó. "¡Seguro que está borracho!". Miramos alrededor y vimos a Jock jadeando por la orilla como un podenco andrajoso. "Vamos Jerry" le gritó. "Atrévete, te enseñaré a remar".

Jerry se alejó manejándose con destreza. La corriente arrastraba nuestra barca hacia la orilla y temía que Jock nos viera rápidamente. Así fue.

—Ah, eres tú, Romilly—, y se acercó a trompicones hasta nosotros. —Sí, te demostraré que soy magnífico remando—.

Se remangó los pantalones y se metió en el agua, cerrando los puños en el aire, mientras se acercaba a nosotros. Su cara se iluminó cuando vio a Joe detrás de mí. "Tú no sabes manejarla, deja que Jock se suba a la barca y te enseñe".

Creí que se iban a enzarzar en una confrontación de réplicas ingeniosas, pero Joe metió la pértiga de la barcaza en el barro, salpicando a Jock, y mandándonos al medio del riachuelo otra vez. "No sé nadar", me dijo. "Creo que dejaremos a Jock para que lo recoja otro".

Jock se quedó perplejo, con el agua hasta las rodillas. Después, dando un traspié, corrió por la orilla tratando de alcanzar a Jerry.

Cuando volvimos, una hora después, Jock y Jerry estaban envueltos en mantas y la ropa secándose al sol. Jock estaba roncando sonoramente en una esquina de la habitación. Cada vez que se daba la vuelta y empezaba a hablar, le llovían comentarios sarcásticos acerca de su salud.

—Sí, lo empujé al agua—, dijo Jerry con tristeza. —Pero me agarró y me caí con él—.

Birch se dirigió hacia Jock, llevando una taza de café.

—Walter me ha dicho que me haga cargo de él—, dijo. —Así que, nadie se le acerque ni le hable—.

—Tú...—, dijo Joe.

—Ese chico se ha vuelto loco—, comentó Jerry.

En la comida siguiente, Birch propuso una apuesta: se bebería diez vasos de vino sin emborracharse. Yo aposté cinco pesetas. Al final, nos explicó la teoría de la relatividad, y también la relación entre el marxismo y la división del átomo. Como era un científico, el jurado no se atrevía a afirmar si estaba borracho o no. Finalmente, decidieron que Birch había perdido, pero él no estaba de acuerdo. Lo último que dijo esa noche fue que odiaba a los cínicos graciosos. A partir de ese momento, las cosas empeoraron ya que tuvimos una discusión sobre quiénes eran mejores, si los ingleses o los escoceses. Jock fue el que más habló. Birch dijo que tenía relación con los Campbells, así que Jock le respondió que esos eran unos "tíos apestosos" de Escocia. Le recordé que yo había sido Jacobita cuatros años atrás y me puse a su favor. Jock se enzarzó en una disputa airada. Birch estaba muy enfadado. Elegía muy cuidadosamente sus palabras e iba de lo general a lo particular.

Después, dando un paseo, le dije a Birch: "Sabes, espero que no te moleste lo que te voy a decir, pero no deberías dar importancia a las tonterías de

Jock (ni a las mías, ya que sale el tema); parece que piensas que todo el mundo está en tu contra".

—Vete a tomar viento y déjame en paz—, respondió.

Jugamos al póquer y Jerry y yo ganamos 150 pesetas cada uno. Birch perdió todo su dinero y le tuve que dejar 40 para que siguiese jugando. Durante la partida, todos recibimos 200 pesetas como paga e hicimos una colecta para la Cruz Roja. La mayoría dimos 50 ó 75. Birch dio las 200.

Cogí un billete de 50 pesetas que tenía encima de la mesa y que había ganado jugando al póquer y le dije: "Añade esto a la colecta de mi parte y quédate con otras 50".

—Puedes añadirlo como extra si quieres—, dijo. —Yo no las quiero—.

Todos los pelotones se turnaban para hacer guardias de 24 horas, es decir, dos hombres patrullaban alrededor del establecimiento por la noche y uno por el día. Joe y yo hicimos juntos el turno. Hicimos tres tandas de una hora y media esa noche, lo que significa que no nos despertábamos el uno al otro. Jeans se unió a nosotros en el primer turno. Era una noche muy fría así que le dije que me trajese unos guantes de piel si iba a Madrid. Los que nos daban eran demasiado ceñidos y finos y no daban calor.

—Tendremos permiso, ¿no?—, preguntó Joe. —Deberíamos, ¿para qué nos sirven estos cuartos si no lo tenemos? Una idea un poco tonta dárnoslos ahora—.

Jeans nos confesó que la situación militar era muy seria y que los ataques aéreos eran cada vez más temibles. "Acabo de hablar con un alto cargo militar", dijo. "Existe la posibilidad de que en cualquier momento los fascistas entren en Madrid. Puede que Franco sacrifique Burgos para tomar Madrid. Así que, como podéis imaginar, entre eso y los ataques aéreos, ahora quieren que haya el menor número posible de soldados de permiso en Madrid. Ya sabes, Joe, se supone que no deberíamos estar aquí descansando".

—Está bien, sólo hemos estado de descanso un par de días—, interrumpí yo.

—Sí, ya ves—, nos dijo, —tiene que ser culpa de alguien por decirlo de alguna manera. Estamos aquí, en reserva, pero sólo tres días. En cualquier momento nos pueden llamar para ir al frente. Nuestros aviadores han visto claros signos de que los fascistas están moviendo todas sus tropas y camiones para llevar a cabo otro ataque. Se supone que todos deberíamos estar listos en diez minutos. Esta tarde Walter me preguntó dónde estábamos todos y algunos estabais en el río, y Harry estaba dormido en la otra orilla cuando se supone que tenía que estar de guardia... Creo que es probable que nos llamen para ir al frente esta noche—.

Llegamos a la puerta principal y caminamos por la carretera. Nos quedamos de pie, quietos, y escuchamos. En plena noche se oía el fragor de la batalla, el estruendo constante de las ametralladoras en la distancia. Aquel ruido nos hacía sentir la guerra tan cercana como si estuviésemos en medio de la batalla. Había algo siniestro en todo aquel alboroto, así que daban ganas de meterse dentro, acurrucarse al calor y cerrar la puerta. Una ambulancia pasó a toda velocidad a nuestro lado, sin luces.

Aquella misma noche [¿día 5?] nos fuimos de allí y pasamos otros cuatro días en el mismo frente. Para entonces la zona ya estaba muy sucia, llena de latas oxidadas, desperdicios y papel. La hondonada entre la carretera y la línea de frente era un basurero donde tiraban de todo y donde las tropas hacían sus necesidades. No hubo ningún ataque y apenas hizo sol durante esos cuatro días así que regresamos a La Playa [¿día 9?].

—Vamos a jugar un partido de tenis—, dijo Jeans. —Espero que haya una o dos raquetas viejas en algún sitio pues ya he encontrado una pelota—. A las siete de la mañana estábamos en la puerta principal para esperar a los camiones de la comida. Jeans me había dicho que como sabía un poco de alemán, me habían nombrado comisario de abastecimiento de alimentos, lo que suponía levantarse a las siete para recoger las raciones para nuestro grupo.

—Espero que de ahora en adelante nos vaya mejor a todos—, dijo Joe. —Ha habido muchos malentendidos en este asunto. Pero ahora que tenemos un nuevo encargado todo irá mejor. Lo único, ya lo sabéis, es que no debemos andar sisando u "organizando" las viandas; no se pueden hacer las cosas de esa manera—.

Transportamos la cafetera entre los dos, después volví para buscar el pan, la mantequilla y la mermelada.

—Esto sí es comida—, dijo Joe. —Vamos, chico, corta una rebanada, lo pondremos en nuestra despensa privada, detrás del bar—.

Después de la comida salí con Joe a buscar huevos y leche. Cruzamos un puente, trepamos por una valla de alambre de espino y nos dirigimos a una granja que estaba más o menos a un kilómetro de allí.

— ¡Eh!, Usted—, gritó Joe a una anciana que andaba de allá para acá con un cubo de pienso para las gallinas. —Usted "tener" leche, ya sabe, leche, leche, y algunos "*hweevos*"—.

Entramos y nos sirvió una jarra de leche fría y nos llevó al salón donde nos presentó a la familia. Eran media docena de tías y tíos ya mayores. Puso la jarra sobre la mesa y se quedó quieta durante unos segundos. El miedo se reflejaba en su rostro. "Aviones", murmuró. "¡Escuchad! ¡Trimotores! ¡Alemanes!".

Luego escuchamos el zumbido a lo lejos y salimos para mirar al cielo pero no estaban sobrevolando la granja. Simplemente era otro ataque sobre Madrid. Así que volvimos a La Playa.

—Aquella mujer tiene que haber pasado bastante tiempo aquí—, dijo Joe.

—¡Vaya que sí!, sabía que eran Junkers incluso antes de que yo los oyera—.

Un grupo de anarquistas había venido a visitarnos. Discutimos acerca de la guerra, de Rusia, de política y de filosofía. Nos contaron que sus líderes se habían unido al gobierno aunque no estaban de acuerdo con él. Nos dijeron que sólo hasta que acabase la guerra, para ayudarles a ganar y porque era la única forma de que sus soldados pudieran conseguir comida y pertrechos. Pese a todo, envidiábamos el equipamiento que tenían. Era tan "ligero" como "pesado" era el nuestro.

Cuando se fueron, Aussie me comentó: "A esos hombres les ha caído bien Joe. Les ha gustado a todos. Creo que gusta a todos los españoles", se rió. "Pasa lo mismo con los mejicanos, lo único que no puedes decirles jamás es que se callen la boca. Nunca se cansan de hablar. Joe se halla perdido entre ingleses y alemanes pero ya ves, en Madrid, puede decir todas las tonterías que quiera, a ellos les gusta".

Joe, Aussie, Jerry y yo decidimos pasar el día siguiente en Madrid. Jeans nos previno: —No vayáis a hacer ninguna tontería ya que dentro de uno o dos días organizaremos algo importante—. Pero estábamos muy impacientes y cometimos una estupidez.

Por la mañana [¿día 10?], nos llevaron en camiones a Madrid para poder bañarnos y nos escapamos cuando se detuvieron ante un desfile. Preguntamos cómo se iba a la Gran Vía y una chica rubia muy guapa nos acompañó. Fue un tremendo impacto cuando nos dimos cuenta de que nos había abandonado.

—Joe, es por tu culpa—, dijo Jerry. —Todo el tiempo moviendo los brazos arriba y abajo mientras hablas. Se ha asustado. Vaya chica, pagaría 500 pesetas de buena gana por estar con ella—.

—Jerry, ¿cuánto dinero tienes?—, pregunté.

—Suficiente para mis gastos. Tú eres un infeliz al ir repartiendo todo lo que ganas jugando al póquer. Deberías quedarte con toda esa pasta, te vendría muy bien. No te creas toda esa palabrería de que no sirve para nada. ¡Yo me quedo con todo lo que tú no quieras!—.

Nos encontramos con Messer en una cafetería y nos contó todas sus cosas.

—Me lo pasé muy bien en el hospital durante una semana—, dijo. —Café con leche todas las mañanas. El vino y el condumio eran mejores que toda

esa mierda enlatada. Lo llevan los españoles y saben más de cocina que esos alemanes. Ahora tengo que venir aquí todos los días para seguir con el tratamiento. Estoy harto. De hecho, no debería haber venido en absoluto, pero pensé que si venía me enteraría de dónde estabais para así volver a reunirme con vosotros—.

Después vi una figura, serpenteando por entre las mesas, que se dirigía hacia nosotros. Era Keith. Se le notó un poco apesadumbrado cuando vio la cantidad de gente que estábamos allí y dijo: "Os iba a decir que podríais comer aquí pero no sé si sabéis que hay una nueva regla donde se especifica que este lugar es sólo para la Prensa, una orden especial que viene del Ministerio de la Guerra. Ahora están dando bien de comer a los chicos de la Prensa y acaban de echar a dos tipos con uniforme de la milicia".

Tras mantener un tira y afloja con el enjuto camarero y mencionar muchas veces al "camarada que habían herido" nos dieron algo de comer pero no estaba tan bueno como nuestro rancho. Sentado en otra mesa con un grupo de periodistas ingleses se encontraba David Mackenzie[85]. Era miembro de la unidad británica de ametralladoras que luchaban con el Batallón "La Marsellesa". "He venido aquí para desmentir la noticia de que me habían matado", escuché que decía.

Comparamos algunas de las experiencias que habíamos vivido. Ellos habían estado en el edificio del Clínico [en la Facultad de Filosofía y Letras] mientras nosotros atacábamos la Casa Blanca. Me dijo: "Lo sé todo sobre ti porque uno de los nuestros te conoce".

— ¿Quién?—

—John Cornford[86]—.

Había conocido a John Cornford cuando tenía quince años e intentaba fundar en Wellington College un periódico antibelicista para estudiantes. Mackenzie nos contó que su grupo había pedido ser transferido a nuestro batallón ya que pensaban que era más fácil llevarse bien con los alemanes que con los franceses. Yo, aunque opinaba lo contrario, no dije nada.

---

[85] Se refiere aquí Esmond a David MacKenzie, un escocés nacido en Edimburgo que estuvo en España desde el 3 de octubre de 1936 hasta diciembre de 1938. En los frentes de Madrid había luchado con el grupo de John Cornford.

[86] John Cornford (1915-1936) era un joven de familia acomodada, muy conocida en los círculos culturales británicos. Era un comunista convencido y un poeta prometedor cuya carrera quedó definitivamente truncada en la batalla de Lopera el día 27 de diciembre de 1936 cuando cumplía 21 años. Fue de los primeros británicos en visitar el frente de Aragón en agosto de 1936 como periodista para luego alistarse en las filas del POUM y luchar en el frente de Huesca. Tras caer enfermo, vuelve a Inglaterra y regresa de nuevo con un pequeño grupo de compañeros de universidad que son enviados al frente de Madrid. Poco después es trasladado al frente de Lopera donde muere, convirtiéndose en una figura mítica en su país.

Después de la comida Keith me pidió que fuera con él a la Cárcel Modelo[87]. "Hay cerca de allí unas cuantas viviendas abandonadas desde donde puedes ver el Clínico y todos los demás edificios. Siempre he querido ir allí y, además, puede que encontremos algo. El otro día conseguí así una radio".

Una casa en Carabanchel muy similar a la que describe Esmond en este pasaje [Fotografía: Cortesía del Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración. Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (F/00800)]

Keith me enseñó los pases del Ministerio de la Guerra.

— ¿No tuviste ningún problema para conseguirlos?—, pregunté.

—No, bueno, por supuesto ya te conté que tuve una charla con Van Renn, quien se mostró muy comprensivo. Me dio una carta y después fue muy fácil. Delmer está en Inglaterra ahora, así que tengo mucho trabajo—.

Dejamos atrás la prisión, bajamos por unas calles llenas de barricadas y aceleramos el paso al cruzar por una plaza donde había una ametralladora. Por último, subimos hasta la cuarta planta de uno de los edificios que tenía las paredes destrozadas por los obuses. Cogí una tetera, varios paquetes de menta para infusiones, un jersey gris de lana (que hoy llevo puesto) y un cojín de seda. A propósito, este es el único caso de saqueo que he vivido en esta guerra y esos pisos estaban a unos 200 metros del frente de batalla.

Por la tarde, todos estábamos abatidos. "Cuéntales la verdad tal cual, es lo que hay, chico", dijo Joe. "Sólo di que no nos dieron el permiso y que nos lo tomamos por nuestra cuenta", pero sus palabras no me sirvieron de mucho consuelo.

Messer vino con nosotros. Eran ya las diez y estábamos exhaustos cuando regresamos. Un guardia nos dio el alto. Era español. Fue nuestra primera impresión de que algo iba mal. Corrimos desde la puerta a la cafetería y caminamos de puntillas para no despertar a nadie. El lugar estaba vacío y nuestros macutos, cascos, máscaras antigás y fusiles no estaban.

[87] La cárcel Modelo se encontraba en los terrenos donde hoy se levanta el Cuartel General del Aire (antiguo Ministerio del Aire) por lo que efectivamente desde una altura de un cuarto piso sería posible ver el Hospital Clínico en poder de los franquistas en aquel momento.

Joe, Jerry y Messer estaban discutiendo en voz alta. Aussie intervino: "¿Por qué os preocupáis por esto? Esta noche estaremos bien aquí. Estos tipos son anarquistas. Su punto de vista sobre la disciplina es diferente".

Estaba en lo cierto. Aussie le explicó al oficial de mando lo que había pasado y nos dieron comida caliente y mantas para dormir. A la mañana siguiente [¿día 11?], nos dijeron que fuésemos en sus camiones para intentar encontrar a nuestro batallón. La gente del almacén de cocina de Fuencarral sabría dónde estaban. A lo mejor se habían ido al frente... Los españoles bromearon sobre nuestra desdichada situación e hicieron todo lo posible por animarnos.

A las ocho llegamos a nuestro nuevo cuartel general. Se trataba de un palacio[88] hermoso que en su día había utilizado el hijo de Alfonso, y que estaba situado al otro lado de Fuencarral, cerca de Las Rosas [Las Rozas]. Sacamos las viandas de la mañana e intentamos que el asunto no trascendiera más de lo necesario.

—Hola, Tich—, dije. —Mira, he traído algunos paquetes de infusión de menta y Joe ha comprado unas salchichas que podemos cocinar—.

Pero Jeans protestó: "Es una tontería lo que habéis hecho ¿sabes? Te lo diré más claro: dos tipos llegaron así también anoche y la pasaron en el calabozo".

Me sentí aliviado al encontrar el fusil y mis cosas amontonadas contra la pared. (Ocupábamos lo que sin duda en tiempos habían sido las habitaciones de los criados. Había dos habitaciones contiguas, cada una con dos camas y lámparas de araña colgando del techo; era un lugar magnífico).

Intuí que había llegado la hora de la gran bronca pero fue mayor de lo que esperábamos. Empezó en la "celda" (un guardarropa en desuso) en el que nos tuvieron arrestados a los cuatro, junto con otros tres o cuatro alemanes que también se "habían adjudicado" un permiso en Madrid. Dos alemanes se encargaban de vigilarnos aunque el ambiente era bastante amistoso y fumábamos y leíamos los periódicos.

—Bueno, chico—, dijo Joe, —No nos podemos quejar, es lo que esperábamos. Pero a mí no me van a obligar a hacer trabajos forzados por esto—.

---

[88] Como ya hicimos constar en la nota 77, Esmond se refiere aquí al Palacio del Pardo. Kevin Ingram, su biógrafo, apunta de forma errónea que se trata de "la magnífica casa de campo del Duque de Alba en Las Rosas" (1985: 140). Entendemos que Ingram lo ha confundido con La Real Posesión de la Quinta del Duque del Arco (conocida también como Quinta de El Pardo) dentro del actual complejo del mismo nombre. A la muerte del Duque de Arco en 1745, la Duquesa donó esa propiedad a los reyes Felipe V e Isabel de Farnesio, quienes la incorporaron al Real Sitio de El Pardo que hoy incluye además la Casita del Príncipe, erigida en 1784 como pabellón de caza, para uso de Carlos IV. El palacio se encuentra a unos 10 kilómetros de Las Rozas. Creemos además que cuando Esmond menciona al "hijo de Alfonso" quiere, en realidad decir "el padre de Alfonso", es decir Alfonso XII, el padre de Alfonso XIII.

—No fanfarronees—, dijo Jerry. —Supongo que esos tipos nos juzgarán en consejo de guerra, no sabes dónde te has metido con esta pandilla de cabezas cuadradas—.

Uno de los guardias, un fornido prusiano con el que siempre hubo antipatía mutua, oyó el comentario.

Jock, Babs y Messer vinieron a vernos y nos trajeron una lata de melocotones. "¿Qué, amigos, estáis bien?", preguntó Messer. Acabamos de brindar por todo eso con el amigo Richard[89], el nuevo comandante del Batallón Thaelmann. Ya sabes, el espíritu de la disciplina voluntaria y todo lo demás. Luego nos dijo que quería perdonar a los culpables pero resultó que tres de los alemanes ya se habían metido en problemas antes, siempre intentando escapar del frente y todo eso. Fueron los puñeteros de su propio grupo los que dijeron que deberían ser castigados. Richard dijo que no les podía sancionar a ellos sin castigar a todos y así quedó la cosa.

—No va a ser mucho—, dijo Babs. —Una guardia extra, imagino. De todas formas, te has librado de un desfile—.

En este punto, el guardia se acercó y dijo que los prisioneros no podían recibir visitas.

—Hasta luego—, dijo Jock.

Joe se puso rojo. —Hi... de pu...—, murmuró. —Pregúntale quién le da las órdenes y quién le ha pedido que dijese eso—.

El problema no había hecho más que empezar. Tuve una larga discusión con los guardias en francés, lo que puso las cosas aún peor. Un camionero español entró en la habitación buscando una gabardina. Habíamos estado con él en Madrid. Nos dio un paquete de cigarrillos a cada uno y Aussie le enseñó el periódico. Esa fue la gota que colmó el vaso. Los guardias le dijeron que se fuera pero Joe le dio al español una explicación rápida acerca de lo que pensaba del Estado alemán en general. Entendí una buena parte y el resto me lo imaginé. Uno de los guardias fue a por Oswald. Después intentaron encerrar a Joe en un cubículo del tamaño de un armario, en el guardarropa. Llegaron algunos alemanes más y uno de ellos sacó una pistola.

Desde el momento en que el español nos dio los cigarrillos, todo aquello no duró más de dos minutos. Al final nos pusieron doble vigilancia. Los guardias habían cargado los fusiles y el labio de Joe sangraba profusamente porque le habían golpeado con la culata del rifle.

---

[89] Se trata de Richard Staimler (1907-1982), un comunista alemán que sucedería a Ludwig Von Renn como comandante del batallón. Más tarde, desde abril hasta diciembre de 1937, llegaría a ser comandante de la XI Brigada y a partir de los años cincuenta ocuparía altos cargos en la policía y el ejército de la República Democrática Alemana.

Hubo una investigación esa misma tarde. Joe estaba vendado y tan furioso como todos los demás. La investigación limó algunas asperezas. Yo hice de intérprete para el resto. El comandante me preguntó si admitíamos la gravedad de la falta al haber ido a Madrid sin permiso. Contesté que sí. Dijo que ya habíamos sido castigados por ello y que el asunto quedaba resuelto. Después dijo que investigaría sobre quién recaía la culpabilidad del incidente del guardarropa y que se castigaría a todo aquel que fuese culpable de agresión sin provocación. Admitimos que uno de nosotros pudo haber comentado, como fue alegado, que "los alemanes no eran mejores que los fascistas".

—Desde luego—, gritó Joe. —Sin duda eso es lo que quería decir también—. Y después, en un tono más bajo, —Estos miserables teutones que andan por ahí diciendo lo maravillosos que son, y "camarada" por aquí y "camarada" por ahí, y todo lo que saben acerca de cómo combatir. Oyéndoles hablar cualquiera pensaría que ya han ganado esta jodida guerra pero ¡claro! es que han sido los jodidos ingleses los que les han vencido en la otra guerra—. Afortunadamente, nadie escuchó o entendió casi nada de aquello.

Al final Richard dijo que nosotros tres, Joe, Aussie y yo, éramos "buenos camaradas" y que podíamos volver con nuestro grupo pero que Jerry tenía que seguir bajo vigilancia por el momento. Se refirió a Jerry como "el camarada italiano, contra el que hemos oído otras quejas", lo que provocó risas de nuevo. Traduje lo que había dicho y después manifesté que queríamos saber por qué discriminaban a Jerry. Richard se justificó diciendo que eran precisamente los ingleses los que no lo querían pero, al final, le dejó marcharse también.

Hablamos hasta tarde esa noche. La irritación y el malestar general alcanzaron su punto álgido. Hubo dos broncas importantes. Una por el labio de Joe y la otra por Jerry.

Llevaron a cabo la investigación y más tarde tuvimos una reunión de grupo a la que asistieron Walter (el comandante de la 1ª Compañía) y Herbert (el nuevo comisario político para la compañía). Ambos gozaban de popularidad. Walter[90] era un hombre muy menudo, de sonrisa pícara y ceceaba al hablar. Le habíamos conocido durante los dos turnos tranquilos que pasamos frente a la

[90] Creo que Esmond se refiere aquí a Walter Gorrisch, oficial del Batallón Thaelmann y ayudante de Ludwig Von Renn. En 1946, a su regreso a la República Democrática Alemana, publicaría *Um spaniens freiheit (Por la libertad de España)* que en 1956 se convertiría en una película titulada *Mich dürstet (La tierra tiene sed)* y dirigida por Karl Paryla. Escribiría también el argumento de *Fünf patronenhülsen (Cinco casquillos de bala)* otra película rodada en 1960 y dirigida por Franz Beyer. Su tema central es la participación de seis brigadistas en la Batalla del Ebro. Con respecto a Herbert puede que se esté refiriendo a Herbert Seifert, uno de los voluntarios alemanes pertenecientes al Partido Socialdemócrata.

Casa Blanca, y nos llevábamos bien con él. Herbert tenía la misma edad, no más de treinta años, moreno, con greñas y judío. Su nombramiento se confirmó en La Playa pero fue su forma de solucionar este "incidente" lo que despertó la simpatía de todos. En la reunión, nos preguntó si queríamos leer las noticias primero o si preferíamos hablar de temas personales. Escogimos lo primero. Todas las informaciones subrayaban la llegada de 25.000 combatientes alemanes a la España rebelde. En el último punto se daba cuenta de la existencia de informes fiables que afirmaban que habían enviado un gran contingente al frente de Madrid. Después, Herbert dijo que nos pediría a todos nuestra opinión sobre el incidente del golpe que le propinaron a Joe. "¿Podríais identificar a los culpables en una rueda de identificación?", preguntó.

La conversación duró tres horas. Todos participamos. Tich dijo que a toda costa tenían que evitar la división de opiniones entre ingleses y alemanes, pero que, como grupo, pensaban que habían tratado mal a Joe y que por lo tanto habían apoyado la investigación. Birch dijo que estaba disgustado con la actitud de alguno de los camaradas ingleses, que sólo tenía sentimientos de verdadera admiración para todos los alemanes, y que en caso de ruptura, le gustaría luchar como alemán en el Batallón Thaelmann. Pero Herbert y Raymond Cox solucionaron el problema. Ray saltó cuando Jerry terminó de hablar. "Espera un momento, Jerry", dijo. "Lo importante es que Joe ha dicho hace unos minutos que estaba dispuesto a estrechar la mano de su agresor y a hacer las paces. Romilly y Aussie dijeron lo mismo antes. ¿No es así, Joe? Camaradas, tenemos que acabar con esta disputa".

Se había alcanzado el momento crítico y ése fue el final de la trifulca. He hecho una minuciosa descripción sobre este tema porque era importante para nosotros en aquel momento, igual de importante que cualquier batalla, y como es obvio, tenía que haber disputas, entre personas, entre grupos y entre nacionalidades, en un grupo tan diverso como aquel que conformaba una parte de la I Brigada Internacional. Fue el único "incidente" grave que presencié. Después de que se resolviera la pelea, las relaciones mejoraron en gran medida entre nosotros y cuando volvimos de nuevo al frente, todos compartíamos el mismo sentimiento de buena voluntad. La irritación había alcanzado su punto álgido, hubo una explosión, pero al final, todos nos sentimos mejor.

La agradable comodidad de los colchones, las mantas y las acogedoras habitaciones del palacio eran propicias para crear un buen ambiente. En el vestíbulo de fuera había una gran chimenea de madera, y allí nos sentábamos por las tardes para hablar, fumar y asar castañas. Teníamos una ración de huevos crudos y Tich los freía para nosotros en el fuego.

—Bueno, sabíamos a lo que veníamos, pero estaré muy contento cuando todo esto acabe—, dijo.

—Las Navidades están a la vuelta de la esquina, chico, no me importaría sentarme a comer un poco de pastel de Navidad con mi madre. Ella sabe cómo hacerlo—, dijo Joe.

—¿Te gustaría marchar ya de vuelta, Joe?—, le pregunté.

—Sí que me gustaría, aunque no debemos, al menos no hasta que hayamos acabado este trabajo. Sin embargo, no me importaría ir una semana en Navidad—.

La pota con agua estaba hirviendo y bebimos unas tazas de infusión de menta. No estaba muy buena.

—Me pregunto hasta cuándo durará esto—.

—Por supuesto que aquí estamos en una situación distinta a la de los alemanes. Ellos no tienen un hogar al que regresar cuando todo acabe. ¿Qué será de esos pobres diablos?—.

—No tengo ni idea, si te digo la verdad no sé cómo va a acabar esto. Mira el armamento que tienen los fascistas, todos los aviones, tanques y armas de los alemanes. Estamos en un punto muerto preocupante, eso es lo que creo—.

—Pobrecito Harry, está sintiendo ya el sudor frío en sus huesos, no para de hablar de todas esas nuevas tropas que Hitler está enviando—.

—Bah, no puedes creerte todo lo que dicen, es sólo propaganda—.

—Deberías haber oído lo que decían los teutones, ya sabes, "camaradas" y todo esa retahíla de cosas, y cómo están todos encantados y orgullosos de recibir a las tropas de Hitler y darles su merecido. Yo soy menos entusiasta. Esos moros son malos soldados, pero vérselas con tropas alemanas adecuadamente entrenadas, eso es harina de otro costal. Eso nosotros lo aprendimos bien en la otra guerra, ¿no, Tich?—.

—Tipos admirables, estos alemanes, van a darle una buena soba a los muchachos de Hitler—.

—Diría que son...—.

—¿Queda algo de té para mí?— Jeans se abrió paso en el círculo y se frotó las manos delante del fuego.

—Está bien, Tich—, dijo, —Te felicito, ya eres un sargento, así que todos te saludarán en los desfiles—.

Explicó que había una nueva orden por la que tanto las milicias como la Brigada Internacional quedaban abolidas y se nos iba a incorporar a todos en el ejército español. Y comentó: "Lo que significa que tendremos que ser más

rápidos al levantarnos por la mañana; en el ejército español un hombre tiene cuatro minutos para levantarse y asearse".

Este cambio fue el preludio de otras novedades en torno al recrudecimiento de la militarización, la mejora de la disciplina, de la eficacia, de la instrucción y de las maniobras. Todos nos mostramos un poco escépticos. Ya habíamos oído todo eso antes. Babs farfullaba entre dientes. "Toda esa gimnasia por la mañana está bien para vosotros, que sois jóvenes. Yo ya soy demasiado viejo para empezar con ese tipo de cosas. Vine aquí para luchar contra el puñetero fascismo, no para que hicieran de mí un soldado. ¿Qué opinas Tich?".

Pero esta vez sí pasaron algunas cosas. Primero, nos dieron instrucciones sobre las máscaras de gas. No entendí gran cosa y nunca conseguí ponérmela correctamente sin la ayuda de alguien. Jeans nos dijo que, por lo visto, había cuatro tipos de gas. Creo que dijo que uno era el gas mostaza, que no era muy tóxico, pero que los otros tres sí que eran bastante nocivos. Después estaba el gas líquido. "Si se toca con las manos o con cualquier otra parte, hay que buscar inmediatamente a los sanitarios y ellos te ponen un medicamento especial". Todos nos echamos a reír y Joe añadió: "Supongo que si quieres saber dónde está esa gente de *sanitas* debes preguntar a un policía".

Jeans y Birch pasaron el resto del tiempo discutiendo. Birch insistió en que no se sabían cuáles eran los efectos de un quinto gas, que era el más mortífero de todos.

—No, no, esto va en serio—, añadió Jeans al final de la demostración, —hay cuatro hombres en un hospital de Madrid y el médico, al que acabo de ver ahora, dice que padecen los efectos típicos de las bombas de gas—.

Estuvimos tres días de maniobras en unos parajes realmente hermosos bajo un sol brillante, aunque no hacía demasiado calor. Aquellos tres días fueron los más agradables de todos los que pasamos en España. Ya el primer día, Jeans me dijo: "Romilly, como sabes francés y alemán, si quieres puedes ser el mensajero de la patrulla".

—Eso me va bien—, respondí. —Espero que ello implique que no tendré que cavar—.

Ensayamos un ataque elaborado a una casa de ladrillo rojo que estaba en las inmediaciones. En mi primer intento de mantener el enlace me perdí y aparecí en la casa equivocada. Una familia estaba comiendo. Me dieron un vaso de vino y me quedé hablando con ellos.

Después me encontré a Walter y me dio un mensaje para Rickard [Richard]. Decía así: "Hemos conseguido todas las posiciones mencionadas.

El enemigo ha dejado doce muertos en el campo y gran cantidad de ametralladoras, fusiles, munición, etc.; hicimos tres prisioneros que nos dieron detalles sobre el estado de desmoralización del enemigo". Todo esto me resultaba verdaderamente divertido.

Después de comer tuvimos prácticas de tiro. Harry y Tich eran los mejores de nuestro grupo. "No está mal el resultado", dijo Joe. "No está mal para un grupo de gente joven como éste".

Tuvimos un día más de permiso en Madrid y descubrí una estupenda biblioteca de libros ingleses y americanos. Madrid era una ciudad deprimente, vi la cabeza de un hombre casi arrancada por la metralla de un proyectil. Fue reconfortante volver al palacio.

A Joe y a mí nos dieron permiso para dar un largo paseo por el campo. Cogimos vino y panecillos y nos ofrecieron huevos fritos en una pequeña granja. A veces había aviones en el cielo pero no perturbaban la tranquilidad del día. Paseamos por los bosques del Prado [el Pardo][91], pasamos por las afueras de Fuencarral y bajamos animadamente a la pequeña y tranquila ciudad de Aravaca. A un lado teníamos la planicie verde y marrón de Madrid. Parecía pequeña en comparación con los picos cubiertos de nieve de la Sierra de Guadarrama, que estaban detrás de nosotros. Nos olvidamos de la guerra. Hacía frío y ya estaba oscuro cuando subimos fatigosamente el último kilómetro desde el Prado [Pardo] hasta el camino de gravilla que llevaba a la entrada del palacio.

Cuando llegamos Jerry salió a nuestro encuentro.

—Creí que ya no iba a poder despedirme, chicos. Habría sido horrible, porque vosotros dos, el viejo Aussie y Messer habéis sido mis mejores amigos aquí...—.

Jerry se iba en camión al día siguiente [día 13] a primera hora de la mañana. Le trasladaban para trabajar en una fábrica de municiones en Barcelona.

Jeans nos dijo: "No sabía que Jerry no se encontraba bien, y lo de su accidente complica más las cosas pero ahora que le han encontrado ese trabajo, todo le irá mejor" (Jeans se refería a los dos dedos que le faltaban a Jerry).

---

[91] De nuevo encontramos aquí un error de trascripción ya que Romilly se está refiriendo a la zona boscosa alrededor del Palacio de El Pardo. Interesante destacar que en las últimas páginas del libro se refiere, pero de forma correcta, por dos veces al mismo lugar. Ello confirma nuestra suposición de que el autor no es muy cuidadoso con la toponimia. En cualquier caso, es necesario hacer constar que la distancia entre El Pardo y Fuencarral es de ocho kilómetros escasos, la existente entre Fuencarral y Aravaca es de diez kilómetros y desde Aravaca al Pardo hay otros nueve kilómetros largos por lo que parece un paseo demasiado ambicioso para un día. Puede que algunos tramos los recorrieran en algún transporte militar que patrullaba la zona.

Me daba pena decir adiós a Jerry. Sus bromas y su individualismo tolerante suponían un alivio frente a la fatalidad constante de la guerra. Y algo importante: a Jerry no le importaban los posicionamientos políticos.

La instrucción continuó. Nos dijeron que se utilizaban señales con cohetes, unas significaban ataque de gas y otras avance o retirada. Corría el rumor de que iríamos a Toledo para atacar a los rebeldes por la retaguardia como una columna móvil. Birch estaba encantado. "Por fin podremos lucirnos", dijo. "No hemos hecho nada que valga la pena hasta ahora. Por fin podremos demostrar lo que valemos".

Durante esos días me di cuenta de que, a pesar de todos sus defectos (intolerancia creciente, distancia glacial con respecto a los compañeros) Lorrimer Birch tenía todas las cualidades de un revolucionario. Poseía esa fuerza intelectual altanera que le impedía apartarse del camino correcto. Cumplía todos los requisitos para ser un mártir comunista.

Brigadistas a los que Esmond se refiere como "los verdaderos héroes de la contienda española" junto al célebre Puente de Arganda. Hay una referencia velada a la Batalla del Jarama y al mantenimiento de posiciones que facilitaban el tránsito por la carretera de Valencia (ver pp. 257-258). [Fotografía: Cortesía del Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración. Fondo Medios de Comunicación del Estado. F/00940].

Capítulo 13

Nunca llegamos a ir a Toledo. Una tarde [día 13], quince días antes de Navidad, nos fuimos del palacio y pasamos la noche en el pueblo de Majadahonda. La nuestra fue la primera ocupación militar de la localidad, así que supongo que éste era el primer pueblo español, auténtico y embarrado, que veía. Un niño muy emocionado me contó que había visto pasar hacia el frente numerosos tanques y blindados. Tuvimos que esperar bastante hasta conseguir alojamiento. Mientras lo hacíamos, charlé con Tich y Babs y una vez más me alegré de que Tich estuviera al frente de toda la organización. Luego Jeans nos comentó que dormiríamos en un hotel cómodo y que Walter había localizado a la señora que lo regentaba. Ella se excusó alegando que su marido había salido y que no sabía dónde había metido las llaves.

Durante media hora Walter intentó convencerla para que averiguara dónde estaban. Luego dio órdenes para que echaran la puerta abajo y la mujer las encontró rápidamente. Pero al final todas las camas del hotel estaban reservadas para el Estado Mayor y el personal sanitario, y tuvimos que irnos a una habitación en una casita cercana. Joe bajó para ver qué se podía hacer en la cocina y yo extendí nuestras mantas en un rincón. No había demasiado espacio así que pasó un buen rato antes de que todo el mundo estuviera acomodado. Cuando Joe regresó, traía un termo, un calentador de café y una sartén. Nos quedamos hablando hasta tarde aquella noche.

Jeans trajo un mapa y nos perfiló la posición de las líneas del frente republicano en el oeste y en el noroeste de Madrid. Nos desanimamos al verlo: los rebeldes dominaban una franja mucho mayor que la que nosotros habíamos imaginado. Nuestro punto crítico era la carretera al Escorial, aunque, a decir verdad, todo el frente estaba repleto de puntos críticos, puntos que "dominaban ciudades" o "dominaban carreteras", que "rodeaban los flancos enemigos" o que "amenazaban vías de comunicación" y que al final resultaron no ser tan críticos. Eran los "expertos militares" que escribían en los periódicos los que habían cometido el error ya que consideraban todo aquel asunto desde la misma perspectiva que los de la Gran Guerra [Primera Guerra Mundial]. Pero la diferencia principal estribaba en que en aquella guerra las

"líneas" estaban claramente delimitadas, con las trincheras de reserva situadas detrás, y cuando un lado atacaba, dicho ataque se lanzaba contra un frente de muchos kilómetros. En la guerra de España los ataques no se lanzaban contra las líneas de trincheras sino contra posiciones definidas, ya fuera una ciudad, un cerro o un montículo fortificado o, más frecuentemente, un conjunto de alquerías o de casas de campesinos. Estos eran los ataques que causaban una destrucción mucho mayor: se luchaba en las calles y en las casas tanto como a campo abierto.

A las cinco de la mañana del día siguiente [día 14][92], un viaje de cuatro horas en camión por una carretera imposible nos llevó hasta nuestro destino. Recordé nuestra primera acción en Chinchón. De nuevo la guerra me pareció un juego de soldados, sólo que esta vez me gustaba. Las preocupaciones acerca de mi macuto y la ansiedad por querer hacerlo todo bien habían desaparecido. Disfruté sobremanera de mi posición especial de "mensajero"; me daba una posición relevante y hacía más divertido aquel juego de soldados. Se repartieron picos y palas a la mayoría de los hombres aunque yo tuve la suerte de librarme. Cuando llevaba un mensaje a alguna parte podía dejar el macuto, la manta y la máscara de gas. Jeans me prometió que podría también dejar el fusil y llevar una pistola en cuanto consiguiese una para él y otra para mí. Eso habría hecho que todo fuese perfecto.

Era un día precioso, y aún perduraba nuestro buen ánimo de la noche anterior. Joe y yo estábamos como histéricos, riéndonos a carcajadas con los chistes que nos contábamos mutuamente. En realidad, no eran más que comentarios irónicos, un tanto forzados, sobre la ineficacia generalizada. Tuve la sensación de que esto iba a ser como las maniobras que habíamos hecho en las inmediaciones del palacio[93] aunque, en aquella ocasión, había disfrutado muchísimo. Tanques y blindados pasaban por delante de nosotros, y el panorama era bastante pintoresco, incluidos nosotros mismos, colocados en fila india.

La planificación de un ataque, las charlas sobre la artillería, la infantería y los tanques, la ejecución de un movimiento por los flancos, la entrega de despachos, etc., todas estas actividades tan sólo constituían un saludable ejer-

---

[92] Teniendo en cuenta que el viaje comienza en Majadahonda y termina en Boadilla del Monte se nos antoja como una duración excesiva. La distancia entre ambas localidades es sólo de 20 Kms por lo que probablemente Esmond se equivoque en el cálculo. El día que llegan a Boadilla es el 14 de diciembre y el pueblo cae en manos del ejército franquista dos días más tarde. Las unidades republicanas se retiran unos kilómetros y durante los cuatro días siguientes (del 15 al 18) el grupo de Esmond se dedica a atrincherarse. Al quinto día, es decir el 19, tendría lugar la batalla más dramática y encarnizada en la que Esmond había tomado parte.

[93] Se refiere aquí Esmond a las maniobras que durante dos días llevaron a cabo en los alrededores del Palacio de El Pardo.

cicio al aire libre, el cual, si se desarrollaba así, sin la noción de "disciplina" al estilo de los colegios privados, entonces resultaba muy placentero. Así había sido en las maniobras en el palacio y así era ahora.

Mientras eres tú el que dispara, ataca y lanza proyectiles y bombas, no hay razón alguna que te haga recordar el pacifismo. Pero cuando formas parte de una "concentración enemiga" que está siendo "dispersada por fuego de artillería", cuando la muerte, en forma de plomo, de pedazos de metal astillados y de potentes explosivos, viene en dirección a ti a toda velocidad, entonces es cuando empiezas a ser consciente de lo que es la "guerra".

Se oye a mucha gente decir que está en contra de la guerra porque piensa que matar está mal. Nunca me ha conmovido la visión de nuestros aviones rociando con bombas a las tropas enemigas o la consideración de que yo podría haber alcanzado de lleno a un moro. Joe, Tich, Babs, Ray, Messer y yo hablamos reposadamente sobre ello la noche antes de que todos, excepto dos[94] de nosotros, muriesen. Al final, todos estábamos de acuerdo. Te conviertes en un verdadero pacifista cuando conoces de cerca el miedo atenazador. Eso fue lo más cerca que alguno de nosotros estuvo de ser pacifista. La guerra de España, la guerra con modernas armas letales utilizadas por los fascistas había que pelearla y ganarla. Podemos poner grandes reparos a las guerras capitalistas, es posible exponer una serie de principios bien fundados para no querer luchar en ellas. Nosotros, que habíamos elegido estar en esta lucha, sólo teníamos una razón poderosa para cuestionarla: el miedo. Afortunadamente, casi nadie tenía reparos en admitirlo.

El miedo te sobrevenía de diferentes formas: a algunos les aterraban las balas de ametralladora; a otros, sus propias granadas de mano; a otros, la constante amenaza de ser acorralado y acabar preso; a otros, la posibilidad de quedar tullido o herido; y, a otros, el pánico a la muerte. A mí no me preocupaban demasiado las balas y nunca pensé en que podría ser capturado. Sin embargo, la espera entre el silbido de los proyectiles que caían a mi alrededor me hacía sudar, no por la desasosegada espera, ni por la exaltación o el acaloramiento, sino por el Miedo.

Me enviaron para averiguar dónde estaba el batallón de nuestro flanco derecho. Birch me acompañó. Vimos que un camión estaba arrancando a unos 500 metros y le hice una señal para que nos esperara. Había franceses y españoles mezclados, todos pertenecientes al Batallón de "La Marsellesa".

---

[94] De entre los que aquí menciona Esmond se salvaron efectivamente dos, pero del grupo de angloparlantes se salvaron cuatro: él y Arthur Ovenden salieron ilesos, Jock Gillan resultó herido en el cuello y "Aussie" continuó con el grupo de alemanes.

Nos dijeron que para encontrar las posiciones teníamos que ir con ellos y ver al comandante.

—¿Podéis decirnos dónde están nuestras líneas?— pregunté.

No nos dijeron nada ya que estaban impacientes por marcharse. La carretera serpenteaba hasta un pequeño pueblo: era nuestro destino. Nos encontrábamos en medio de un bombardeo constante y cada diez minutos el camión paraba, nos bajábamos y nos tirábamos a la cuneta.

Llegamos a lo que parecía haber sido el Ayuntamiento. Tenía tres plantas y todas estaban repletas de hombres y sus equipos. Algunos estaban comiendo; otros, dormían, pero la mayoría de ellos estaban tendidos como perros cansados, con los ojos muy abiertos. No hacían caso del bombardeo. Continuamos hacia el "frente", apenas medio kilómetro carretera abajo, más allá de la iglesia en cuyo campanario ondeaba una bandera roja. La puerta y las ventanas resguardaban a los servidores de las ametralladoras tras las barricadas levantadas a toda prisa con sacos de arena. Las balas silbaban cerca de nosotros; una de ellas reventó una vidriera que todavía resistía intacta. El "frente" tenía forma semicircular pero no se veía a nadie en posición de fuego. Un capitán español[95] nos contó que habían intentado resistir durante toda la noche. Habían sufrido una gran cantidad de bajas. Señaló hacia el pueblo y comentó: "No hay nada delante de esa carretera por la que habéis venido. Deberíais formar una fila y uniros a nosotros".

En ese preciso instante un proyectil impactó contra un refugio cercano y nos agachamos. No había nada más que decir o hacer así que corrimos de vuelta hacia el pueblo.

* * *

El capitán nos había dejado. Nos desorientamos por completo debido a la multitud de hombres que caminaban de un lado para otro y a las voces que gritaban en francés y en español. Todo parecía estar sumido en un estado de confusión total. Cada dos o tres minutos se repetían aquellos sonidos agudos tan familiares para todos, seguidos del estruendo producido por la metralla y las bombas de los rebeldes que caían en las calles de aquel pequeño pueblo. Una habitación en uno de los edificios se había convertido en puesto de socorro provisional; de

[95] Puede que el autor se esté refiriendo aquí al capitán Prados, un Profesor de la Universidad Complutense que hablaba francés, inglés y alemán y que menciona Eisner en su descripción sobre la batalla de Boadilla (1972: 176).

ella salían gemidos de heridos y moribundos. El bombardeo era cada vez más intenso y supuse que nuestro edificio sería alcanzado en cualquier instante.

Nos apartamos para dejar pasar a dos hombres con una camilla ensangrentada. A la víctima le habían atravesado la cabeza.

—¿Qué estáis haciendo todos aquí?— preguntó uno de ellos. — ¿Por qué no estáis en vuestras posiciones? ¡Apenas hay una docena de hombres y sólo una ametralladora en la Iglesia!—

Campanario de la Iglesia Parroquial de San Cristobal en Boadilla donde, por su posición estratégica , estaba emplazada la ametralladora que manejaba un grupo de la XI Brigada (Foto: el autor)

— ¿Crees que los fascistas van a meterse en su propia cortina de fuego? No, amigo mío, no, Dumont[96] sabe lo que hace. Así tendrá tiempo suficiente para reforzar la línea del frente cuando acabe el bombardeo—.

— ¡Por el amor de Dios! ¡Vamos!— Birch me tiró del brazo. No hay ninguna razón para volver a ver a Dumont. Ya tenemos la información que buscábamos así que volvamos—.

Miré por la ventana. Volver no parecía una propuesta demasiado sensata.

—Tardaremos más de una hora— dije. —Solicitemos a Dumont un medio de transporte.

Subimos la escalera, mantuvimos con el guardia la misma conversación y encontramos a Dumont. Tal y como Birch había adelantado mientras subíamos, nuestra presencia no pareció causarle regocijo alguno. Le dije que habíamos visto sus posiciones en la línea del frente y que íbamos a regresar; le pregunté de nuevo si tenía algún mensaje y si había algún transporte.

---

[96] Jules Dumont (1888-1943) era un trabajador, oficial en reserva del ejército francés, que había llegado a capitán en la Primera Guerra Mundial y luego a comandante en Marruecos. Era miembro del Partido Comunista y estuvo muy ligado a la Komintern. Tras luchar contra la invasión italiana de Abisinia, llegó a Madrid el 20 de agosto de 1936 y a finales de octubre comandaba el Batallón Comuna de París conocido también como Batallón Dumont y creado en octubre de ese año. Compuesto principalmente por franceses, había también belgas, italianos, españoles y un grupo reducido de ingleses entre los que se encontraban los que vinieron con J. Cornford. Romilly los menciona en estas páginas y se refiere a ellos como integrantes de una unidad que, cuando él escribe, se conocía ya como "La Marsellesa". (ver p. 244).

—Puede que encontréis un camión—, dijo y eso fue todo.

Nos quedamos en la puerta esperando una explosión y después salimos de allí. Era como si nos hubiéramos metido en un huracán, no sabías cuándo iba a llegar la ráfaga mortal. Había algo indescriptiblemente siniestro en los chirridos, las explosiones y las nubes de humo de la metralla en aquella polvorienta calle de pueblo.

—No sabemos cómo se llama este pueblo— dije. —Lo preguntaré—.

Me lo dijo el primer hombre que encontré en el interior pero los nombres españoles pronunciados por los lugareños resultan casi incomprensibles para los extranjeros. Pasaron tres o cuatro minutos hasta que localizaron a alguien que supiera escribir. Lo deletreé.

BOADILLA DEL MONTE.

—¡Vamos!— Birch comenzaba a impacientarse. Me dijo que pensaba que deberíamos haber vuelto mucho antes. El ruido de las explosiones de los cañones no era tan malo: las oíamos en series de tres, bang, bang, bang; después los chirridos y los estallidos, unos detrás de otros. El tercero, que escuchamos cuando alcanzamos el final de la carretera, parecía ir dirigido hacia nosotros, por lo que nos tumbamos boca a bajo en la cuneta. Pensé que debía de estar encima de nosotros cuando sentimos la sacudida. Unos treinta segundos más tarde, me di cuenta de que algo me había golpeado en el casco. Alargamos el brazo y cogimos algunos pedacitos del cruel metal. Los soltamos inmediatamente. Estaban ardiendo.

—Vamos, ¡deprisa!, antes de que la batería comience otra vez—.

De repente, pensé en lo agradable que podría ser permanecer boca abajo en aquella húmeda cuneta.

—Lo único que podemos hacer es tirarnos al suelo cuando oigamos la ráfaga—, dijo Birch. Quizá deberíamos dar ejemplo haciéndoles ver que no tenemos miedo. Si corremos les parecerá que estamos huyendo.

Me daba igual lo que "les" pareciese. En realidad, nadie nos podía ver ahora. Los siguientes tres proyectiles impactaron detrás de nosotros, así que pensamos que por fin estábamos fuera de su alcance. Pero ocurre una cosa curiosa cuando te vas alejando de las bombas, da la impresión de que te persiguen. Un minuto después estábamos de nuevo en el suelo. Yo ya sentía el calor y el cansancio. Mi plato de campaña se había desenganchado del cinturón y estaba colgando. La máscara de gas me golpeaba el pecho sin cesar mientras corría. Cuando me tiré al suelo, la mitad de la munición

se salió de las cartucheras. Fue una mañana horrible. Al final me deshice del plato.

Caminamos lo más rápido que pudimos por la carretera. Nos convencimos a nosotros mismos de que no había transporte y, de hecho, no lo había. Era un alivio estar lejos del bombardeo. Aquellas explosiones me habían provocado la sensación más angustiosa que jamás había experimentado en mi vida. Cuando giramos en una curva escuchamos otro sonido familiar: Ssss, Ssss, Ssss, Ssss, Ssss.

Lo primero que sentí fue fastidio. Debía tratarse de un error: ¡no podían estar bombardeando desde un lado y ametrallando la carretera desde el otro! No había ningún agujero en la tierra donde nos pudiésemos meter, así que tuvimos que adentrarnos en el bosque y esquivar el ataque yendo de un árbol a otro. Empezaba a hacer mucho calor.

Supongo que los aviones habían estado sobrevolando durante toda la mañana pero no nos habíamos percatado del ruido de sus motores al no haber oído los gritos ya conocidos de *"¡Fliege, Decke!"*. De repente parecía que el cielo estaba plagado. Tres, seis, nueve, doce bombarderos ligeros fascistas. Sobre ellos, a lo lejos, pudimos divisar los cazas de escolta. El zumbido de sus motores se desvaneció en la distancia y, de repente, vimos tres Junkers pesados que venían directos hacia nosotros. Luego dieron media vuelta a la izquierda y bombardearon el pueblo; después hicieron un giro, regresaron y lanzaron otro ataque. No pudimos ver dónde habían caído las bombas pero distinguimos unas nubes espesas de humo y seis aviones fascistas dando vueltas sin parar justo por detrás de la posición del Batallón Thaelmann. Imaginamos que buscaban a la artillería.

En un claro de la carretera atisbamos cinco tanques pesados con cañones antiaéreos. Los estaban camuflando con ramas de forma apresurada. Tres aviones dieron una vuelta a poca altura por encima de nuestras cabezas y después desaparecieron sobre las líneas enemigas. No vimos ni un solo avión republicano.

Esta vez sí reconocimos el ruido, los que se aproximaban eran Junkers trimotores. Corrimos lo más rápido que pudimos lejos de los tanques, y caímos en una trinchera donde algunos soldados españoles estaban preparando una comida a base de pan y carne rusa. Los aviones no les preocupaban en absoluto. Se levantaron y agitaron sus puños hacia ellos.

Había seis aviones. La mayoría de las bombas cayeron a nuestro lado y nos cubrieron de tierra. Ninguno de los tanques fue alcanzado. Nos levantamos y seguimos.

Corrimos y caminamos alternativamente durante otros diez minutos y empecé a sentir el sudor que me caía bajo los tres jerséis que llevaba puestos.

Ya no había peligro, sólo enfado por lo mucho que nos estaba costando encontrar a nuestro grupo. Entonces vimos a Arnold. No nos habíamos perdido mucho ya que se habían pasado todo el tiempo cavando, y no parecía que nadie se lo hubiese pasado demasiado bien. Joe había traído mi manta y mi macuto. Tenía la cara muy colorada, estaba solo y comía ternera en conserva en una lata. Birch y yo nos sentamos junto a Jeans y empezamos a dar explicaciones apresuradamente y sin aliento.

— ¿Puedes dibujar un mapa? Sólo un esbozo—, me pidió.

Intenté dibujar el pueblo, la carretera que zigzagueaba hasta llegar a él, la Iglesia y las posiciones de las líneas del frente.

— ¿Dónde está el norte?—

Boadilla y sus alrededores en 1929, pocos años antes de la guerra. Se puede ver el Palacio del Infante Don Luis y detrás el Convento de la Encarnación. Al fondo se divisa la carretera de Majadahonda por donde se acercaron Esmond y Birch para contactar con la unidad de Dumont. Se pueden observar asimismo, los promontorios y lo cerros y parte del arbolado que él menciona. (La fotografía es del Centro Cartográfico y Fotográfico del Aire y la copia está tomada del libro titulado *Boadilla del Monte* de Paloma Olmedo del Rosal).

Yo no tenía ni la menor idea. Birch cogió el papel y dibujó otro mapa. Daba la impresión de que yo tenía un sentido de la orientación totalmente equivocado. Estaba seguro de que él tenía razón; de hecho, la tenía. Yo no me había percatado de las curvas de la carretera.

—Vale. Es mejor que vayas ahora mismo a dárselo a Walter y que se lo expliques—, dijo Arnold. Luego descansa.

—¿Dónde está?—

—Ha vuelto a la carretera de detrás—. Suspiré mientras me preparaba y recogía todo mi equipo. Como de costumbre, llevaba los pantalones caídos así que empecé a caminar torpemente. Estaba bastante impresionado con la magnitud que había cobrado todo y quería hacer una vívida descripción en alemán de nuestra expedición a Boadilla.

Walter y Herbert permanecían de pie tras un árbol; Walter miraba algo con sus prismáticos. Le entregué el mapa y le expliqué que no había nadie entre el Batallón Dumont y nosotros. Herbert me dijo que había muchas tropas delante de nosotros, y que sólo estábamos en una simple posición de reserva.

— ¿Puedo regresar?— pregunté.

—No. Quédate aquí hasta que haya órdenes que transmitir—.

Me tumbé, listo para descansar, pero no pude hacerlo porque Herbert y Walter caminaban de acá para allá y yo tenía que estar junto a ellos. Constantemente llegaban camiones con unas cuantas personas envueltas en mantas. Pude distinguir que no eran de los nuestros sino que pertenecían a una columna española. Llegaban muchos españoles, pero no podía distinguir de dónde provenían. Walter hablaba en español con un hombre sobre el revólver que llevaba. El hombre sacó un papel y explicó que era un permiso de armas expedido por el Partido Socialista.

Walter escribió algo en él. Después el hombre le dio la pistola y se marchó. Más tarde llegó Arnold y Walter se la dio. Estaba encantado. Al poco rato, pudimos comprobar que una columna española situada delante de nosotros se batía en retirada.

Messer llegó en otro camión de comida. Me alegré de verle y Jeans también le saludó con júbilo. Le pedí que me contara todos los detalles de su estancia en Madrid después de salir del hospital. Mientras charlábamos, varios aviones enemigos bombardeaban y reconocían el terreno. Los tres nos agachamos bajo un árbol.

Al cabo de unos 20 minutos, los obuses comenzaron a impactar contra la carretera. Más adelante, se oían los fusiles y el fuego de ametralladora pero el espesor de los árboles nos impedía ver. Tan sólo divisamos algún resplandor ocasional de la artillería fascista. Parecía estar a este lado del cerro que ocupaban. El tiroteo se prolongó entre su colina y la nuestra, donde el campo era una sucesión de montículos boscosos que gradualmente descendían desde ambos lados hasta converger formando una depresión en el medio. Walter tenía unos prismáticos y Arnold nos dijo que habían atisbado a un gran número de soldados enemigos descendiendo por las lomas. Detrás de su cerro discurría la carretera que iba desde Navalcarnero a la Ciudad Universitaria.

A Birch y a mí nos ordenaron que fuésemos hacia adelante para investigar dónde estaban las líneas de avance de las tropas españolas y saber qué estaba sucediendo. Fuimos con cuidado, saltando de un árbol a otro, ya que el sonido del tiroteo parecía cada vez más próximo. Por el camino nos encon-

tramos con unos cuantos hombres que volvían ayudando a los camaradas heridos. No tenían nada de nuestro equipo pesado, apenas un fusil y unas cartucheras de munición colgando sobre los hombros. La mayoría de ellos llevaba una bufanda o un sombrero con los colores negro y rojo de los anarquistas.

— ¿Qué ocurre?— le pregunté a uno de ellos en francés. Luego Birch probó suerte en español. El hombre se encogió de hombros, habló muy deprisa y siguió. Después me topé con un muchacho que parecía andar deambulando sin objetivo aparente alguno y que nos prometió llevarnos a las posiciones de la línea del frente.

—Es peligroso— dijo. —Tened cuidado. El enemigo podría vernos. Acaban de llegar cuatro de sus tanques ahora mismo. Es terrible. La línea se está rompiendo—.

Por fin divisamos un camino que recorría el fondo de la hondonada y pude ver que estábamos a menos de un kilómetro de la Iglesia de Boadilla. Había tres camiones y una ambulancia en la carretera. Cuando llegamos allí, vimos que el firme de gravilla se había hundido unos metros más adelante. Nos tiramos en la cuneta del otro lado y en un minuto más o menos las balas de ametralladora pulverizaron el camino.

Alguien nos hizo una señal desde detrás de un árbol en lo alto de la loma. "¡No os quedéis ahí! ¡Os podrían ver!" gritó. "¡Subid aquí!".

Era un francés y pertenecía a la Cruz Roja. Preguntó si la carretera a Boadilla era segura. A casi veinte metros de dónde habíamos cruzado, describía unas curvas que te dejaban fuera del alcance de las ametralladoras del enemigo pero él pensó que los fascistas podrían haber entrado en el pueblo. Le contesté que no creía que fuese así ya que habíamos estado nosotros allí por la mañana. Nos contó que las líneas del frente habían retrocedido, que los tanques habían matado a muchos hombres y que ya no había líneas propiamente dichas. Añadió que había una gran cantidad de víctimas y que algunos de los soldados de la Columna Libra habían vuelto al centro de operaciones (debían ser los que habíamos visto con Walter en nuestros camiones). Otros, sin embargo, habían intentado llegar a Boadilla.

Birch estaba impaciente y comentó: "Lo que tenemos que hacer es averiguar dónde están las posiciones del frente y volver para informar. Es mejor no seguir discutiendo más ya sobre lo que se debería haber hecho".

Nos volvimos a agachar aún más cuando unas cuantas balas pasaron sobre nuestras cabezas. Luego contesté: "No entiendes, Birch. Nos está intentando contar lo que ha sucedido y que ya no quedan líneas propiamente dichas".

El hombre de la Cruz Roja continuó diciendo que las tropas se habían desmoralizado al no tener nada con lo que enfrentarse a los tanques.

—Pregúntale dónde está el frente—, dijo Birch.

Le pregunté. Nos contestó que había un centenar de hombres un poco más adelante, tras los árboles. Mientras esperábamos, vimos cómo ese número disminuía.

Los hombres volvían de uno en uno. Más tarde llegaron cuatro que transportában a un hombre muerto en una manta. Luego otro con dos dedos amputados de un disparo. Después otros tres. Se detuvieron al borde de la carretera y luego la atravesaron a toda velocidad. El francés le gritó a un herido si necesitaba ayuda. El hombre negó con un movimiento de cabeza y continuó cojeando. Cuando los cuatro que cargaban con la víctima cruzaron, escuchamos cómo la manta se hacía jirones al tiempo que la acribillaban a balazos. La dejaron caer en la mitad del sendero. El muerto cayó y por un segundo se quedó sentado. Un huracán de plomo alcanzó su cuerpo. Cuando rodó por el suelo, estaba partido en dos.

Regresamos, manteniéndonos lo más cerca posible del pueblo en el camino de vuelta. Le conté al muchacho que nos había traído, que estaba tendido tras un árbol unos cuantos metros más allá, que había varios batallones de la Brigada Internacional detrás. Parecía muy deprimido y pensé que la noticia podría animarle.

Después de pasar la zona de peligro en silencio, discutimos durante el resto del camino. Birch insistió en que nuestro cometido era informar sobre las posiciones del frente y no hablar sobre la moral de la tropa.

Muy pronto, tal y como yo esperaba, llegó la orden de avance para el Batallón Thaelmann. Yo tenía que mantener el enlace entre los tres pelotones. Resultó sencillo hasta que estuvimos bajo el fuego enemigo. Después cometí un error garrafal. Creía que iríamos por el mismo lugar que ya habíamos peinado Birch y yo. De hecho, tomamos una dirección girando casi 45° hacia la izquierda, alejándonos de Boadilla. Localicé al primer pelotón y al de las ametralladoras ligeras. A estas alturas, el correr de un lado para otro se había convertido en un asunto peligroso. Todos estaban agazapados detrás de los árboles así que corrí hasta uno donde dos hombres permanecían tumbados en posición de disparo, y me eché a su lado. Las balas pasaban amenazadoras muy cerca. El árbol no era suficientemente grueso como para protegernos a los tres.

— ¿Quiénes sois? ¿Sois del segundo pelotón?—

Ninguno de ellos respondió. Les volví a gritar:

—¿Sois del segundo pelotón?—

Las balas hacían vibrar las ramas del árbol que estaban encima de nosotros. Era una posición pésima ya que una elevación del terreno situada más adelante nos impedía ver y ellos estaban demasiado preocupados por las balas como para poder responder.

Les maldije y seguí gritando "segundo pelotón". Entonces uno de ellos señaló hacia la izquierda. Deduje que pertenecían a la sección de ametralladoras que se había separado. En ese momento caí en la cuenta de que estaban entre el nuevo grupo que había llegado de Albacete al Prado [Pardo] la semana anterior. Era la primera vez que estaban bajo fuego enemigo.

Fui hacia lo que imaginaba que era el extremo del ala izquierda. Pronto me encontré siguiendo el camino por la hondonada y el estruendo de la batalla se hizo cada vez más distante. Ya sólo oía el martilleo de la artillería pesada a lo lejos. Todo estaba extrañamente tranquilo. Podría haber estado dando un paseo por los bosques ingleses. Tuve tiempo de darme cuenta de lo hermosa que era la zona, a pesar de que diez minutos antes había tenido que lanzarme detrás de un árbol porque alguien estaba escupiendo plomo en mi dirección. Parece que había una gran brecha entre las líneas y decidí volver. Como muchas otras acciones en esta guerra, era evidente que se desarrollaba en un frente muy reducido; posiblemente el único objetivo del ataque de los rebeldes era Boadilla.

De pronto escuché un solo disparo de fusil. Yo ya había aprendido que cuando uno oye la explosión de un cañón de fusil no debe alarmarse lo más mínimo. Supongo que de forma instintiva uno sabe que si lo escucha tan cerca no puede ser del enemigo, mientras que si se trata del sonido de una bala uno tiende a protegerse en seguida en algún desnivel del terreno o entre los árboles que se encuentran delante.

Escuché con atención y, al no oír nada más, grité: "¡Primera Compañía! ¡Segundo Pelotón! ¡Primera Compañía! ¡Segundo Pelotón!"

A unos cientos de metros, en la dirección que había estado siguiendo, surgieron cinco figuras que salieron corriendo a toda prisa, manteniéndose en un lado del camino. Desaparecieron de mi vista pero las balas seguían silbando a mi lado así que me alejé rápidamente. Corrí de vuelta tan rápido como pude por donde había llegado, siguiendo todo el tiempo el mismo camino para no desorientarme.

Cuando volví a encontrarme con Jeans, toda la compañía había tomado posiciones en un cerro desde el cual se avistaba el camino en el que Birch y yo habíamos visto los camiones y la ambulancia. Me había desviado demasia-

do hacia la izquierda, donde no se estaba combatiendo, ya que nuestras tropas estaban posicionadas dos kilómetros más atrás. Nosotros, ocupábamos sólo un saliente en la zona de Boadilla.

Los tiroteos eran constantes y las ametralladoras permanecían en acción a ambos lados. Me dieron permiso para descansar un rato ya que me hacía muchísima falta. Pero primero me di el gusto de describirle gráficamente mis aventuras a Jeans y después a Joe.

— ¡Lo que te has perdido aquí, chico!— me dijo Joe. —Les hemos dado bien. Los veíamos con total nitidez. Alguien repetía que no disparáramos, que estaban demasiado lejos, pero qué va, yo veía incluso cómo caían—.

Los dos estábamos sentados a unos 20 metros de la cima del cerro, alejados y a salvo del fuego. La gente hacía turnos para ascender a la cima y tomar posiciones porque desde allí, a veces, se podía ver al enemigo en el cerro de enfrente.

—Sí, ¿lo has visto?—, gritó Jock. — ¡Te lo aseguro! ¡Lorrie y yo los hemos visto caer!—

En el valle situado detrás de nosotros se estaba celebrando una reunión del Estado Mayor, en la que se encontraban Rickard, Herbert, Jeans y los otros jefes de pelotón. Jeans me llamó y Herbert me dio un mensaje para que se lo entregase a Walter.

—Lo encontrarás con el Comandante Dumont—, dijo.

— ¿En el pueblo?—

—No, no creo que esté tan lejos. Si sigues nuestra línea hacia la derecha, llegarás al pueblo, pero espero que lo veas por el camino—.

Caminé a lo largo del cerro desde el que me había mostrado el camino. Al lado del Thaelman estaba el Batallón Edgar André. Luego vi a varios hombres del grupo franco-español. Estaba seguro de que se trataba de los mismos que había visto en Boadilla aquella mañana. Estaban en la carretera a unos cientos de metros por detrás. Nos encontrábamos a menos de 500 metros de Boadilla. Retrocedí y pregunté:

— ¿Dónde está el Comandante Dumont?—

Un hombre señaló el camino por donde había llegado.

— ¿No está en Boadilla, no se halla en el pueblo?— pregunté sorprendido.

Obtuve una respuesta no menos sorprendente:

—El enemigo está en Boadilla—.

Justo en ese instante, una batería de cuatro cañones se puso en marcha detrás de las líneas enemigas. Eran casi las cinco y media. Los hombres se apiñaron alrededor de un camión en el que varios heridos gemían bajo unas

mantas. El viento helado que se había levantado de repente, la pérdida de Boadilla, los hombres heridos, los proyectiles pasando a toda velocidad por encima de nuestras cabezas... todas estas cosas se complementaban perfectamente. Entre todas proyectaban una imagen deprimente. De nuevo experimenté la misma sensación de abatimiento físico y moral que había tenido cuando cargamos a los muertos en camillas desde la Casa Velázquez bajo una llovizna gélida.

Aquel hombre estaba equivocado. El enemigo no estaba solo en Boadilla en aquel momento. Cuatro horas más tarde, escuchamos varios lamentos y gritos desesperados provenientes del pueblo. Los chillidos, seguidos de algún que otro disparo de fusil, siguieron durante toda la noche. Boadilla había sido rodeada casi por completo y la carretera de detrás estaba bajo el fuego de las ametralladoras. La evacuación se había llevado a cabo de forma apresurada y repentina. Entre los que habían quedado allí había catorce heridos, en un puesto de socorro improvisado. Quizás, aquellos angustiosos gemidos, mezclados con los gritos de los moros que ocuparon el pueblo, provenían de ellos.

Durante aquella noche no ocurrió nada excepto algunas ráfagas ocasionales que pasaban sobre nuestras cabezas. Joe y yo compartimos cobijo en un frondoso pino utilizado durante nuestros turnos de descanso. Tres personas hacían guardia a la vez en los puestos de centinela, situados en un cerro más en vanguardia. Éste era menos elevado que el otro en el que se había establecido el grupo principal, y no podía divisarse apenas nada más.

Esperábamos volver a contraatacar y volver a tomar Boadilla a la mañana siguiente. Por regla general, siempre estás más animado el segundo día de la acción. Además, habíamos sufrido pocas bajas el día anterior. Pensábamos que Boadilla no debía haberse perdido y que la historia de los heridos no era más que un rumor que, probablemente, se había exagerado. Sin embargo, no entramos en acción en los tres días posteriores [15, 16 y 17]. Durante el primer día, cavamos a ratos y hubo unas cuantas patrullas de reconocimiento. El segundo nos dedicamos a la construcción de refugios subterráneos adecuados de manera más concienzuda y organizada. Durante el tercero, nos afanamos en completar una zanja de comunicación para unir los refugios que había por detrás de cada árbol y formar una "línea" entera de todo el batallón. La zanja nunca llegó a completarse así que, si tenías que moverte durante un bombardeo, era más seguro ir arrastrándose sobre el estómago.

Una espesa niebla permitía cavar con relativa tranquilidad. Nos leyeron un comunicado del Estado Mayor Español en el que se comentaba la aversión de los milicianos a cavar trincheras. Sugería tres posibles razones:

Parapetos rudimentarios muy similares a los que describe Romilly en este y otros pasajes. [Fotografía: Cortesía del Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración. Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (F/00938)]

"Valentía excesiva, despreocupación o pereza manifiesta". En mi caso, desde luego, la última opción era la correcta. Cuando Joe y yo hubimos terminado nuestro refugio y lo hicimos cómodo y acogedor, imaginé que me esperaban ratos muy agradables, leyendo, fumando, comiendo, bebiendo, limpiando mi fusil de vez en cuando y durmiendo. Estos pensamientos se desvanecieron bruscamente cuando nos ordenaron cavar una zanja de intercomunicación. Había al menos 20 metros entre Joe y yo y el primer árbol de la izquierda, el que resguardaba el refugio de tres alemanes y una ametralladora ligera. Sabía que Joe se aseguraría de que no cavásemos más de la cuenta. Birch estaba solo a nuestra derecha; Jock y Messer estaban juntos; luego estaba Sid, después Tich, Babs, Ray y Jeans en un refugio más grande. Un poco más alejado estaba Aussie y a su derecha, tras la carretera, los primeros hombres del Batallón Edgar André.

Había mucha comida, vino y coñac y, exceptuando que teníamos que cavar, lo pasábamos bastante bien. Puedo recordar casi cada detalle de esos días en el frente y puedo revivirlos con facilidad. Uno o dos incidentes son dignos de destacar. Uno ocurrió por la noche, cuando Joe y yo fuimos juntos a recoger los víveres para el pelotón. Un contenedor de café muy pesado ralentizaba nuestra marcha en una pendiente justo en el momento en el que las líneas abrieron fuego con intensidad en ambos lados. Dos balas impacta-

ron de forma brusca en el recipiente y Joe se escaldó la mano con el líquido caliente.

Estas ráfagas repentinas de disparos eran provocadas por las patrullas. A veces, tras un tiroteo de un cuarto de hora, caías en la cuenta de que habías estado disparando a tu propia gente mientras volvía.

Solía gritarse: "¡No disparéis! ¡Patrulla en acción!". Sin embargo, por una razón u otra la orden no se escuchaba y todo el mundo actuaba rápidamente. Incluso los centinelas provocaron en ocasiones alguna descarga repentina cuando regresaban del cerro contiguo. Una vez los guardias vieron a unos hombres cavando en una de las colinas de enfrente, varios metros hacia la izquierda y un poco alejados del pueblo, y nos dijeron que pertenecían al ala izquierda del Batallón Thaelmann. Más tarde, resultó que se trataba del enemigo. Al cabo de tres días, estábamos perfectamente instalados a poco menos de un kilómetro del enemigo.

Cuando Babs estaba de guardia con dos alemanes divisaron a 16 hombres acercándose a rastras hacia nuestras líneas. Pasaron al lado de los guardias pero no los vieron. Babs se unió al que iba último por lo que al llegar eran 17. Afortunadamente, los 16 que iban delante resultaron ser también de los nuestros.

En lo que a mí respecta, el incidente más importante ocurrió cuando alguien mencionó mi nombre y resultó ser John Cornford con la cabeza vendada. Probablemente él fue el primer inglés que se había alistado voluntario, puesto que, antes de ingresar en la Brigada Internacional, había luchado con una columna española en Huesca. A finales de agosto regresó a Inglaterra y volvió junto con otros siete ingleses que se unieron al Batallón "La Marsellesa". Así que al final habíamos encontrado al "otro lote inglés". Habían sufrido varias bajas en la Ciudad Universitaria y ocupado el gran edificio rojo[97] al mismo tiempo que nosotros estábamos en la Casa de Velázquez. Ellos estuvieron con la brigada de Dumont en Boadilla, en la unidad de ametralladoras. El día de su captura habían mantenido un fuego continuo desde la Iglesia. A las cuatro, uno de ellos había vuelto en busca de nuevas órdenes al pueblo, justo a tiempo para ver cómo se marchaban las últimas tropas. El pueblo había sido evacuado [¿día 14?] casi por completo cuando se alejaron. Dos miembros de esa unidad de ametralladoras fueron los últimos en aban-

[97] Ese edificio rojo al que se refiere aquí Romilly es seguramente la Facultad de Filosofía y Letras. Tanto la anécdota de la venda de Cornford como las peripecias del grupo inglés en la Ciudad Universitaria las describen con más detalle John Sommerfield en *Volunteer in Spain* (1937) y Bernard Knox en "Premature Antifascist" quien, de forma irónica, comenta que, con aquella venda, parecía más bien un soldado de la caballería mora, "a Moorish trooper".

donar Boadilla pero dejaron allí dos muertos[98]. Ahora estaban en reserva, tras los batallones Thaelmann y Edgar André.

Al igual que Arnold Jeans y Lorrimer Birch, John Cornford representaba para mí al verdadero comunista. Lo mataron la primera semana de enero, cuando estaba con el Batallón Británico en Córdoba[99].

El tercer día [¿día 16?], un alemán agregado al Estado Mayor me enseñó toda la línea. Una zanja desigual conectaba los refugios de todo el cerro a lo largo de más de un kilómetro. Después el terreno bajaba en pendiente hacia un valle que no estaba ocupado pero a un kilómetro a la izquierda cuatro ametralladoras lo dominaban desde otro cerro. Nuestras líneas terminaron retrasándose ya que las ametralladoras controlaban tanto el este como el sur. Al otro lado, más allá de Boadilla, nuestras líneas permanecieron en formación a lo largo de unos ocho kilómetros antes de retirarse.

A las cinco la niebla se levantó. Seis cazas rusos cruzaron por encima de nuestras trincheras y descendieron en picado sobre el enemigo. En las tres veces que pasaron por encima, sus ametralladoras pulverizaron sus posiciones. Esperábamos un ataque por el valle que dividía nuestras líneas. Todo el mundo estaba preparado, pero solamente se produjeron bombardeos esporádicos en ambos lados.

Mientras vigilaba las líneas, un joven, español, vestido con un jersey grueso azul me preguntó dónde estaba cada batallón. Quería saber si los batallones Thaelmann y Edgar André estaban en la zona y si sólo había tropas de la Brigada Internacional. Dijo que venía de una columna española del otro lado de Boadilla. Obtuvo alguna información y después dijo que tenía que seguir y ver al comandante de otro pelotón. Mientras anochecía, su figura apenas podía distinguirse cruzando el valle desierto.

"¡Oye! ¡Oyeeeeeee! ¡Eh, tú! ¡Por ahí no!"

Los gritos no tuvieron ningún efecto y el muchacho siguió corriendo. Entonces comenzamos a elucubrar sobre cómo había llegado y quién podría ser. Alguien dejó caer una palabra siniestra, tímidamente al principio, después con mayor ímpetu: "¡Un espía! ¡Era un espía!" Una llamarada surgió

---

[98] Esos dos muertos a los que se refiere Esmond muy probablemente fueran Jack William Barry (1889-1936) nacido en Dublín y residente en Australia, conocido como "Blue" (ver fotografía en p. 110) y Tommy Patten (Patton) (1910-1936), irlandés, nacido en Dooega, Achill Island, (Co. Mayo). La fecha probable de su muerte sería el 14 de diciembre.

[99] En realidad, como ya comentamos en la nota 86, pág. 218, no lo mataron la primera semana de enero sino el 27 de diciembre, el mismo día que cumplía 21 años, y no murió en Córdoba sino en el frente de Lopera, provincia de Jaén. Tampoco fue el primer voluntario británico en llegar ya que ese honor lo comparten Sam Masters y Nat Cohen que llegaron en bicicleta a Barcelona el 17 de julio de 1936 para participar en la Olimpíada Popular y se quedaron para luchar.

del Batallón Thaelmann. Dos ametralladoras abrieron fuego rociando con plomo la hondonada. Pero lo último que vimos de aquella figura extraña fue un punto desapareciendo en la oscuridad.

* * *

Joe había vuelto a Majadahonda para traer nuestros petates. Volvió sobre las siete [¿día 18?].

—Podría haberme quedado hasta mañana, pero pensé que era un poco estúpido pasar la noche allí ahora que aquí éramos tan pocos—, dijo.

Estaba contento de que hubiera vuelto. Seguí cavando un poco. Había tenido dolores fuertes de cabeza durante todo el día y agacharme me provocaba unas punzadas de dolor muy fuertes en la frente.

—Túmbate y descansa un rato, chico—, dijo Joe. —Dejemos que estos teutones se las apañen con el trabajo—. Nuestra zanja de intercomunicación no estaba ni mucho menos terminada.

Nadie durmió mucho tiempo aquella noche. Una patrulla de 23 hombres bajo las órdenes de Walter había salido con una ametralladora Lewis y esperábamos su regreso con inquietud. Pretendían asaltar un coche del enemigo en la carretera al otro lado de Boadilla, capturar a los ocupantes y conseguir información esencial.

Esta es probablemente la panorámica de Boadilla que Esmond veía desde los cerros en sus posiciones los días 15, 16, 17 y 18 de diciembre. (Fotografía: el autor)

La patrulla volvió a las cinco de la mañana. Durante toda la noche hubo un ruido constante proveniente de las líneas fascistas: eran vehículos pesados. Poco después, pudimos distinguir ruidos diversos de tanques, camiones de tropas y mulas arrastrando ametralladoras pesadas. Nadie dudaba sobre lo que significaba aquel bullicio. El enemigo atacaría al día siguiente.

Al conocer esto nos impacientamos. Aquel estruendo

incesante a algo más de un kilómetro de distancia nos ponía los pelos de punta. ¿Por qué no hacíamos nada para anticiparnos al ataque?

En aquel momento, nuestros refugios eran ya cómodos así que, perfectamente protegidos tras el parapeto, nos sentamos, charlamos, fumamos cigarrillos comimos y bebimos vino o café. Me sentía totalmente despejado y pronto nos olvidamos del ataque y de la discusión sobre la eficacia de los mandos.

Tich habló más sobre el negocio que él y Babs habían regentado en Dover. Antes de que acabara la noche, acordaron empezar otro negocio en Londres con Ray y Jeans como socios. Arnold dijo que esperaba que esta vez los de la oficina de inmigración fueran más benévolos.

Como de costumbre, Jock y Messer discutían y Sid se unió a ellos después de maldecir durante un rato.

Joe, Birch y yo hicimos juntos la guardia. En los últimos dos días, se había operado un nuevo cambio en Birch. En ocasiones anteriores, Birch solía pensar que Joe siempre intentaba quedar por encima de él o dejarle en ridículo. Pero ahora, por fin, el innegable buen carácter de Joe había surtido efecto. En lo que a mí respecta, comencé a tener con Birch la misma relación cordial que había tenido en Albacete. Nos contó lo mucho que le afectaba el constatar que había gente que desertaba, que no quería luchar y que sólo pensaban en ser relevados. También comentó lo mucho que había deseado unirse a otro grupo del batallón alemán durante el episodio del palacio, para no verse relacionado con el grupo inglés. Sin embargo, tras una discusión de varias horas, admitió que había sido demasiado crítico en sus juicios.

Pensé en el tiempo que hacía que conocía a Birch y en lo agradable, amable y campechano que había sido en Albacete. Me vino a la memoria el día en que visitamos un burdel y colaboramos para que Sid echara una cana al aire. Recordé también lo divertido que podía ser, incluso en su duelo perpetuo con Keith. Después me acordé de lo mucho que le había admirado tras la primera acción en Chinchón; luego, de la bronca que tuvimos él, Messer y yo cuando cargamos con el cuerpo de Alex desde la Casa Blanca. Rememoré, asimismo, todo el tiempo que fuimos buenos amigos cuando íbamos a Madrid y cuando le convencí para que se viniera a razones con [Keith] Watson de nuevo. Luego, la discusión sobre el pelotón antitanque la segunda vez que estuvimos en la Casa Blanca, y lo asombroso que resultaba comprobar su completo cinismo en los primeros días. Después, pensé en el día en que estuvimos en el establecimiento de La Playa y Birch se emborrachó y se comportó de forma muy grosera porque creía que intentábamos dejarle en mal lugar.

Y también recordé la tarde en la que Jeans me contó los detalles de su estancia con la Centuria en Barcelona, sin olvidar la pelea que Birch tuvo con Joe, Aussie y conmigo en el palacio.

Más tarde pensé en Joe, en cómo, al principio, me provocaba una inquietante hilaridad que, enseguida, se convirtió en una verdadera antipatía durante todo el tiempo que pasamos juntos en Chinchón. Luego, me acordé de cuando estábamos en Madrid y empezó a caerme bien, y de la segunda vez que coincidimos en la Casa Blanca. Y, después, de cuando compartimos todo en La Playa y de que a partir de aquel momento fuimos amigos inseparables.

Ahora ya la enemistad entre Birch y Joe había terminado. Me alegraba de que así fuera. Joe sacó un termo que se había "agenciado" en Majadahonda, y tomamos algo de café y un poco de su reserva privada de coñac.

—Será mejor que guardemos un poco hasta mañana. Podríamos necesitarlo, chico. Buenas noches—.

—Buenas noches—.

Capítulo 14

Mis dolores de cabeza eran aún más persistentes por la mañana y sufría mucho al levantarme. Jeans nos dijo que debíamos estar preparados, con los fusiles cargados. "Estoy casi seguro que el ataque tendrá lugar pronto", afirmó.

Eran las siete y media de la mañana [19 de diciembre][100] y, tras una espera de unos diez minutos, comenzamos a tomarnos las viandas que nos habían traído. —Quédate aquí tumbado y quieto, chico—, me ordenó Joe. —Voy a ver si consigo un poco de brandy para calmar la sed—.

La comida hizo que me sintiese mejor pero todavía estaba como adormilado. Esa mañana, nuestra trinchera tenía el aspecto de un lugar donde se había celebrado una fiesta la noche anterior. El médico austriaco vino a ver si alguien necesitaba tratamiento y Jeans lo trajo a nuestro refugio. Me dio dos aspirinas que tomé con un poco de brandy. Jeans me preguntó si me encontraba bien o si quería volver. Me encontraba bien.

Podíamos oír el ruido sordo de los tanques y los camiones de las líneas enemigas incluso con más claridad que durante la noche. Habían movilizado la artillería pesada en ambos bandos pero eso no quería decir gran cosa. A las diez se produjo una terrible ofensiva con fuego de fusiles de corto alcance. Me arrastré sobre el estómago de vuelta a nuestro refugio y allí nos protegimos bien agachados.

—No me gustan estas balas, chico—, me dijo Joe. —Tú mantente agachado. ¿Has visto esa bala, la que ha dado en ese árbol?, podría haberme destrozado los dedos y eso es de mal agüero a estas horas de la mañana—.

Jeans caminaba a lo largo de la cresta de la colina por detrás de nosotros, junto a Walter y al médico.

---

[100] Aunque Esmond, en la dedicatoria del principio del libro (ver p. 78), menciona el día 20, todas las fuentes coinciden en señalar que fue el 19 de diciembre el día en el que su grupo sufrió la gran tragedia. Esmond seguía con fuertes dolores de cabeza y puede que esto le impidiera tomar una parte más activa en la lucha, lo que probablemente le salvó la vida. Tras una larga espera de cuatro días excavando trincheras y preparando parapetos, soportan duros combates en las vaguadas y promontorios cercanos al pueblo. Probablemente, por las descripciones que hace, y como ya hemos hecho constar, su grupo se atrincheró en los cerros situados al noreste, en los aledaños de la carretera que va desde Boadilla a Pozuelo.

—Aquel camarada es un imprudente. No hace nada por mantenerse agachado y en cualquier momento le van a dar—.

Escuchamos gritos a nuestra derecha y me asomé con cuidado para ver qué sucedía. El doctor se estaba arrodillando para atender a alguien que había resultado herido. Era Jock que había recibido un disparo en un lado del cuello. Cuando los disparos cesaron durante un minuto, dos camilleros subieron desde la vaguada que había por detrás y se lo llevaron.

Oí comentar a Babs: "Al principio pensé que Jock estaba fingiendo. Ya sabéis que es muy dado a hacer ese tipo de cosas, por eso cuando lo vi tirado en el suelo no le di ninguna importancia".

Entonces Birch gritó: "Tiene que haber un francotirador fascista en ese primer cerro de ahí. De otro modo sería imposible que el disparo pudiera haber alcanzado a Jock".

Todo aquello se me antojaba como muy inquietante: Jock herido, Jock mientras era retirado, Birch hablando del francotirador y maldiciendo a Sid... Todo este cúmulo de sucesos yo me los imaginaba como provenientes de otro mundo, acaecieron antes de que terminara aquella vida disciplinada que llevábamos, que a mí me parecía eterna porque se hacía tan rotundamente presente.

Fue un ataque terrible. Manteníamos nuestras posiciones, estábamos bien atrincherados, sabíamos dónde estaban nuestras líneas. También sabíamos que estábamos en la cresta de un promontorio y el enemigo en otro, conocíamos el principal motivo del ataque fascista: cortar la carretera de El Escorial y rodear Madrid por el norte. Por lo tanto debería haber sido sencillo, algo de lo que se pudiera dar una dramática descripción literaria. Cómo logramos resistir los proyectiles y las explosiones, los ataques de los aviones y el fuego de las ametralladoras y los fusiles, cómo mantuvimos nuestras posiciones a pesar de las bombas y las granadas de mano, cómo pusimos a punto nuestras bayonetas mientras atacaban nuestras líneas, cómo nos retiramos y disputamos el territorio, centímetro a centímetro, palmo a palmo... Pero ese tipo de cosas, sólo suceden con esa sencillez, en la ficción y en el periodismo.

Unos minutos después de que se llevaran a Jock, nuestros refugios estaban repletos de españoles[101]. No tengo ni idea de cómo llegaron hasta allí, proba-

[101] Puede que estos españoles que aparecen en la narración sean los que vio bajar de los camiones el día 14 (ver p. 237). Se trata muy probablemente de los integrantes del grupo al que Eisner (1972: 174) se refiere como "Los Leones Rojos". En realidad era un batallón que había sido formado por el Sindicato de Peluqueros de Madrid. Ante la imposibilidad de dejar a la capital sin los refinadas habilidades de "los oficiales de peluquería", el sindicato había decidido incluir entre el voluntariado sólo a los aprendices. Llegaron a Boadilla con mucho entusiasmo pero sin entrenamiento. Cada miliciano había disparado sólo tres tiros. Puede que por eso Esmond los defina como "muertos de miedo".

blemente vinieron desde detrás de nosotros, por encima del montículo. No sé si las balas seguían silbando por entre las ramas cuando llegaron pero estoy seguro de que nosotros no disparábamos. Durante prácticamente toda la mañana continuamos respetando la orden de "¡No disparen! Patrulla en servicio" La patrulla había regresado hacía ya bastante pero éramos buenos acatando órdenes.

Los españoles hablaban sobre los tanques y sobre la poca efectividad de sus proyectiles. Se agolpaban en los refugios y en las zanjas de comunicación de escasa profundidad por lo que no había mucho sitio para moverse. Joe y yo teníamos a cinco en nuestro refugio. Sólo hay una forma de describir cómo se sentían los españoles: estaban muertos de miedo. Quizás si les hubiésemos entendido nos lo habrían contagiado pero no ocurrió tal cosa. Nosotros les animamos, les explicamos lo buena que era la trinchera, tartamudeábamos eslóganes sobre camaradas y les ofrecíamos sardinas. A Joe y a Birch se les daba muy bien hacerlo. Tras unos cinco minutos, aquellos hombres temblorosos, forzados a refugiarse junto a nosotros a punta de pistola, ondeaban bufandas y pañuelos rojos y gritaban "*¡Viva la Brigada Internacionala!* [sic]".

—¿Qué pasa?—, le grité a Birch.

—Es obvio—, me respondió, gritando por encima de las cabezas de aquellos cinco españoles Su comentario me tranquilizó, estaba seguro de que Birch sabía lo que estaba ocurriendo y que tenía una explicación. "Todos estos tipos han estado en las trincheras del cerro que está a nuestra derecha, hacia Boadilla. Sólo Dios sabe quién habrá allí ahora. ¿Dónde está Jeans? No podemos quedarnos todos en esta trinchera, si un artefacto cayese aquí nos sacaría a todos volando. Oye, Tich, ahora tú estás al mando. ¿No podríamos poner a estos tipos a cavar mientras todavía queda tiempo?".

—Tendremos que esperar a que Jeans vuelva con nuevas órdenes—.

Me escabullí y corrí por la cresta de la colina hacia la izquierda para ver si los alemanes de nuestro pelotón y de los otros más a la izquierda, seguían todavía allí, y también para ver si había algún mensaje. Los que manejaban las ametralladoras a nuestro lado estaban preocupados, no había ninguna noticia. Vi a Jeans subiendo por la colina, gritando jadeante "¡Batallón Thaelmann adelante, a la derecha!", y volví para encontrarme con él.

Ya habían empezado a caminar con dificultad arrastrando los pies antes de que el mensaje nos llegara. Yo también les grité a los alemanes que estaban a nuestra izquierda "¡Thaelmann, adelante todo el mundo!".

Joe gritaba conmigo. Las balas silbaban por encima de las trincheras pero el fuego no era muy intenso. Todo el mundo iba retrocediendo desde los refugios

hacia el terreno más bajo que había detrás y los hombres de adelante caminaban en línea recta, en paralelo a la colina. Pero parecía una retirada desorganizada.

"¡Vamos a avanzar!", informé a los españoles. Birch hablaba más español que yo y se apoyó en el hombro de uno de ellos para explicárselo. Éste sacó y ondeó una bandera negra y roja y el resto de españoles se agruparon a su alrededor. La confusión fue el comienzo de la tragedia. Algunos querían venir con nosotros para participar en el ataque, otros pensaban que nos estábamos retirando y les íbamos a dejar solos para que mantuviesen la posición por lo que también querían venir con nosotros. Mientras Joe y yo nos abríamos paso para alcanzar al resto de los ingleses, nos dimos la vuelta y les gritamos de nuevo a los alemanes que nos siguieran. Algunos de los españoles vinieron pero los del primer y segundo pelotón de nuestra izquierda se quedaron en sus trincheras porque habían recibido nuevas órdenes. Corrimos por la ladera y yo adelanté a Aussie que estaba sentado, ajustándose las botas.

—¡Vamos Aussie!—, gritó Joe. —¡Te lo vas a perder todo si no te das prisa!—

Todos los ingleses estábamos juntos, separados del resto. Jeans iba al frente, con Tich y Birch siguiéndole de cerca, Babs iba con Sid, después Joe y yo, que habíamos decidido mantenernos juntos pasase lo que pasase, y Ray Cox iba detrás de nosotros. Formábamos un grupo compacto. Yo no tenía ni idea de hacia dónde nos dirigíamos o qué estaba pasando. No creo que hubiésemos caminado más de cinco minutos, alejándonos de la protección de la ladera hacia la derecha, cuando tuvimos que parar y tirarnos al suelo para evitar la lluvia de balas que llegó de repente.

—No sé dónde está Oswald—, oí que decía Jeans. —Debe de estar en algún lugar por delante de nosotros con una patrulla entera. ¿Dónde están los otros pelotones?—

Todavía lo recuerdo todo con claridad, aún hoy lo puedo dibujar con total nitidez. Unos nos sentamos y nos tumbamos en la ladera de hierba y otros se agacharon detrás de los árboles. Nos pusimos a hablar de lo que estaba ocurriendo como si se tratara de una reunión de grupo.

Se respiraba un ambiente muy desapacible debido a las ráfagas de balas. Estaba claro que provenían del cerro que los españoles acababan de abandonar por lo que si nos manteníamos detrás de los árboles, estaríamos seguros. Desde allí, respondimos a sus disparos.

Me di cuenta de que Tich y Birch estaban inclinados sobre el cuerpo de Jeans.

—No podemos hacer nada—, oí que decía alguien, y después, —Tenemos que sacarlo de aquí. Tú, Lorrie, agárrale de las piernas, yo le sujeto por la cabeza—.

Me incorporé y vi la cara de Jeans, en un charco de sangre. Estaban intentando quitarle el casco. "Corta la correa con la bayoneta, Lorrie", escuché. Era Tich, que buscaba a tientas para poder sujetarle la barbilla mientras permanecía inmóvil, tendido sobre la hierba. "Esa bala debe de haber venido desde la izquierda donde están nuestras trincheras, estamos bajo fuego cruzado".

En ese momento todos tuvimos que tirarnos al suelo, porque se produjo otro huracán de proyectiles.

Cuando miré hacia arriba para hablar con Joe, giré la cabeza. Fue algo involuntario, no porque no me hubiese contestado. Joe estaba arrodillado en la hierba, con su arma entre las manos, apuntando hacia el suelo. Casi podía tocarle con el brazo. Intenté no fijarme en su cabeza, hundida en el pecho. Sentí que estaba siendo testigo de algo horrendo. No pensaba dónde estábamos ni en las balas que silbaban, tampoco en que Joe podía estar muerto, solamente pensaba que no estaba bien que su cabeza colgara de ese modo. Se la levanté. De repente llegaron más balas y me tumbé en el suelo de nuevo, fue instintivo. Puede que estuviese en aquella posición durante unos tres minutos.

Tich y Birch todavía estaban discutiendo sobre Jeans. Escuché que alguien comentaba: "No hay nada que hacer", y a pesar de todo yo estaba bastante tranquilo. Así que seguía repitiéndome a mí mismo: "De acuerdo, Joe está muerto, no hay nada que hacer, eso está claro, no pasa nada, Joe está muerto, punto final", hasta que las palabras retumbaron en mi cabeza. Todo eso sigue muy claro en mi memoria aunque lo que ocurrió después no tanto.

Tich gritaba: "¡Retroceded, todos, lo más rápido que podáis!". Ray estaba sentado delante de un árbol disparando cuando se encogió y se desplomó. Son imágenes borrosas. Entonces oí mi nombre. "Aquí, Romilly, aquí, rápido hombre, corre", y arranqué lo más rápido que pude por entre las balas hasta el montículo en el que estaba tendido Babs. Después de eso estuvimos juntos todo el tiempo. No hacía más que decirle: "Tengo que encontrar a Walter y decirle que Joe está muerto". Vimos hombres cruzando la cima del cerro detrás de nosotros. Estábamos seguros en aquel sitio así que yo me subí a un árbol para ver lo que estaba pasando en la zona de la hondonada; era mejor que el exasperante suspense de la espera. Por entre las ramas, pude observar unos reflejos plateados subiendo por el camino. Sabía que eran tanques pero no parecían imágenes muy reales. Después corrimos en retirada hasta que tuvimos que tirarnos en la hierba a descansar. Todos estos recuerdos están muy borrosos. Sólo eran reales la cabeza de Joe, inclinada hacia delante, y los gritos de Babs para que corriese rápido.

Durante la retirada, según calculamos más tarde, éramos unos cuarenta, alemanes y españoles, todos mezclados. Disparábamos sin descanso. Yo imi-

taba a los demás y disparaba en la misma dirección que ellos hasta que el cañón se puso al rojo vivo. Cada pocos minutos se repetían las ráfagas mortales de fuego cruzado. Pero en aquel momento estábamos en un bosque y había una mayor espesura, así que nos íbamos retirando ocultándonos detrás de los troncos más gruesos. Hay imágenes que conservo aún en mi cabeza de forma muy nítida: el sol, que cada vez calentaba más, el modo en que tropezábamos con los cinturones, con los abrigos y la munición que otros habían abandonado en la retirada y la ausencia de todo sentimiento cuando alguien caía. Sólo contaba la urgencia por dirigirse rápidamente al árbol siguiente.

Entonces aquella imagen borrosa desapareció y todo parecía tranquilo a nuestro alrededor, por lo que nos juntamos todos. En ese momento, conté que éramos diecisiete. Algunos de ellos estaban hablando o discutiendo, pero la mayoría estaba simplemente descansando. En aquel instante, no pensaba en Joe, sólo quería dormir y olvidarme de todo.

Estaba refrescando y oscurecía cuando encontramos al resto de nuestra compañía. Aussie estaba allí y me dijo: "Cuando por fin me puse las botas, todos os habíais ido ya, y los españoles sólo tardaron unos minutos en irse. Dejaron muchos hombres heridos en las trincheras. Después, ya cuando me iba retirando observé por encima del parapeto a unos tipos que llegaban, andando con paso firme, y gritando: 'No disparéis, camaradas'. Así que me quedé donde estaba, porque creía que eran de nuestro grupo pero de repente, al oír unos cuantos disparos, me fijé bien en ellos. No pude distinguir ningún uniforme, ni quiénes eran, pero no eran moros. Juraría que eran españoles. Se paseaban por lo alto de la colina con sus armas apuntando hacia el suelo y disparando. Sin hacer caso a nada, ya sabes, se lo tomaban con calma, los estaban rematando. Había un grupo entero de los nuestros allá abajo en la hondonada, algunos de esos anarquistas se habían quedado esperando a ver qué ocurría. Nuestro amigo Harry estaba allí así que empezamos a darles caña. Al principio les pilló por sorpresa. Había un tipo grande al que le di bien. Al momento, todo nuestro grupo se había ido así que los seguí lo más rápido que pude. Parecía que todo estaba tranquilo, pero alguien gritó: *'¡Alto, alto!'*, y me escondí detrás de un árbol. Vi a dos de esos tipos llamándonos así que puse a punto mi arma y disparé pero no le di. Disparé de nuevo, y entonces gritó '¡Camaradas!'. Pero yo sabía que no eran de los nuestros ya que llevaban uniforme verde y boina roja como los moros. Por eso disparé de nuevo y le di a uno de ellos. El otro salió corriendo y ya no esperé más. Entonces me encontré con los alemanes; Sid estaba en ese grupo y Birch también. Sid estaba en el suelo con una herida de bala en el estómago. Ya estaba muerto cuando llegué. Uno de los alemanes me dijo que le había pedido que

saludase de su parte a sus camaradas ingleses. Nunca más vi a Birch después de aquello, le llamé pero no me oyó, siguió a lo suyo. Además, estábamos todos disparando, por lo que había mucho ruido y después ya no le volví a ver. También estaba Messer. Ya viste Romilly, cuando tú me sobrepasaste, estaba poniéndome las botas y entonces vi a Messer que estaba atando su petate pero fue la última vez que lo vi".

Seguían los bombarderos por encima de nosotros y se sucedían explosiones de metralla por detrás pero no eran ya más que meros incidentes. La retirada finalizó a eso de las seis de la tarde. Casi todo el mérito se lo llevaron Walter, Babs y aquel médico inglés gordo al que habíamos visto en Majadahonda, ahora ya sin abrigo, con el brazo raspado y sangrando, y un revólver en la mano. La frenética desbandada de un cerro a otro, los disparos salvajes al aire y las prisas desesperadas por ir más deprisa que los tanques habían terminado. Compañías, grupos y nacionalidades estaban todos mezclados pero el orden se impuso al final. Yo tenía bajo mi mando a un grupo de cinco españoles y tenía que colocarlos en posición en un cerro más avanzado. Eran del grupo de cuarenta hombres que habían sido asignados a Babs para cubrir la retirada del cuerpo principal, mientras se reorganizaban y cavaban nuevas trincheras. Pero de nuevo hubo más incidentes. En cuestión de segundos vimos el camino del valle repleto de columnas de hombres de piel oscura y boinas rojas, avanzando sin problemas, sin tomar precauciones, y les vimos caer y dispersarse bajo nuestro fuego.

La batalla se prolongó durante tres días. Finalmente, el enemigo se retiró [día 20] hasta ocupar ya sólo nuestras posiciones iniciales. Los bosques y las laderas quedaron cubiertos de cadáveres, fusiles y pertrechos varios. Se establecieron patrullas nocturnas para recuperar los fusiles, la munición y los cuerpos de nuestros muertos pero no se encontró a ninguno de los ingleses[102]. Pasaron otros cinco días antes de que nos dieran el relevo pero nada tienen que ver ya con este relato.

El último capítulo de nuestra historia se escribió el día en que murió Joe, cuando nuestro grupo, ya desmoralizado, volvió a reagruparse por la noche. Babs, Aussie y yo cavamos una protección poco profunda para guarecernos.

---

[102] Interesante destacar que Esmond no hace diferencias entre los escoceses y los ingleses. En realidad, aquí y en otros párrafos anteriores tendría que haber utilizado el término "británico" que es más preciso. En ese momento, el grupo lo conformaban un total de 9 voluntarios: 6 ingleses (Harry Addley, Sidney Avner, Lorrimer Birch, Raymond Cox, Arthur Ovenden y Esmond Romilly) dos escoceses (Philip "Jock" Gillan y Martin Messer) nacidos en Glasgow y William James Gough (Joe), nacido en Canadá pero residente en Luton (Inglaterra). De ellos murieron 6 el día 19, cayó herido Jock Gillan y salieron ilesos Esmond Romilly y Arthur Ovenden "Babs". Arnold Jeans, como ya se ha mencionado en la nota 18 (ver p. 80), era letón de nacimiento aunque como había residido un tiempo en Inglaterra aparece ahora también en los listados de Brigadistas ingleses.

Ya no teníamos gran interés en parapetos ni en posiciones de disparo. Tomamos una sopa poco espesa y grasienta, y cacao tibio. Walter pasó lista de la 1ª Compañía del Batallón Thaelmann justo antes del cambio de guardia de medianoche.

Pronunciaba cada nombre y hacía una pausa, hasta que el silencio se hacía insoportable. Oswald y otros 15 miembros de su patrulla no contestaron, entonces pensamos en los fusiles apuntando hacia abajo en aquella trinchera y en las heridas producidas por las bayonetas en los cadáveres que se habían recuperado. El capitán de la compañía tachaba sus nombres siempre con la misma palabra: *"Gefallen"* (Caído)

De los pelotones 1° y 2°, 15 hombres contestaron con el reglamentario *"¡Hier!"* (Aquí). 43 no respondieron.

Del pelotón 3°, tres alemanes respondieron "*¡Hier!*" antes de que empezaran a nombrar al grupo inglés.

Addley — ninguna información, no hubo respuesta	*"gefallen"*
Avener — muerto	*"gefallen"*
Birch — ninguna información, supuestamente muerto	*"gefallen"*
Cox — muerto	*"gefallen"*

El suspense seguía en el aire. Sabíamos que estaban muertos, pero todavía no podíamos creerlo. Era como si fuese su última oportunidad para apelar antes de la sentencia de muerte decretada por la palabra escrita junto a sus nombres.

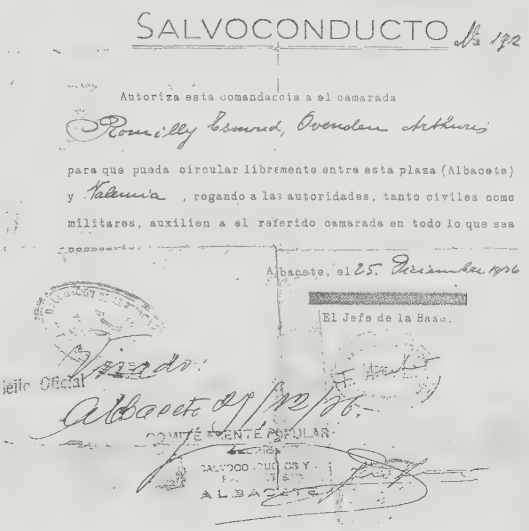
Gillan — herido	
Gough — muerto	*"gefallen"*
Jeans — muerto	*"gefallen"*
Messer — ninguna respuesta, desaparecido	*"gefallen"*

No hubo nada que rompiese esa cadena de respuestas, los supervivientes [Ovenden & Romilly] estábamos al final del abecedario.

* * *

Los últimos cinco días[103] que pasé en el frente no estuvieron tan mal. Teníamos demasiadas cosas en las que pensar, en medio de aquella humedad fría y deprimente, en medio de aquella lucha que continuaba. Fue el relevo, el regreso al palacio de El Pardo, lo que estuvo mal. No se dejó de hablar de la contienda, de lo que debería haberse hecho, de los hombres que habían muerto.

Hubo discursos cuando dijimos adiós para volver a Albacete, Valencia, Barcelona e Inglaterra. El comandante Richard [Staimler] nos despidió diciendo:


SALVOCONDUCTO Nº 192

Autoriza esta comandancia a el camarada

Romilly Esmond, Ovenden Arthur

para que pueda circular libremente entre esta plaza (Albacete) y Valencia, rogando a las autoridades, tanto civiles como militares, auxilien a el referido camarada en todo lo que sea necesario.

Albacete, el 25. Diciembre 1936

El Jefe de la Base.

Jefe Oficial

Albacete 27/XII/36.

COMITÉ FRENTE POPULAR

SALVOCONDUCTOS Y

ALBACETE

Copia del salvoconducto de Romilly y Ovenden emitido en Albacete el día 25 de diciembre y visado el día 27 para viajar hasta Valencia. [Cortesía de la Marx Memorial Library, Londres, (Caja 50/Ov/3)]

"En futuras batallas, si sabemos que
hay ingleses en nuestro flanco izquierdo o en
nuestro flanco derecho, entonces sabremos
que no tendremos por qué preocuparnos de esas posiciones".

Volvimos a Inglaterra el 3 de enero. Albacete estaba igual, exceptuando el hecho de que estaba más enfangado y más sucio, y las tropas por aquel entonces dormían en suelos de piedra sin colchones. Aquí estaban adiestrando al primer Batallón Británico. Formaba parte de la sección de mil ingleses que, en febrero, mantendrían las posiciones más importantes en la carretera de Valencia durante los doce días que duraron los ataques de artillería más duros

[103] Si observamos la fecha del salvoconducto, es decir el 25 de diciembre, día de Navidad, no parece probable que Romilly estuviera aún cinco días más en el frente de Boadilla tras la gran debacle del 19. Lo más probable es que abandonara el frente el 22 y pasara al menos una noche en el Pardo antes de partir a Madrid y Albacete.

de toda la guerra, después contraatacarían y garantizarían la seguridad de la carretera de Madrid durante meses, quizás para siempre. Yo podría haber vuelto para unirme a aquellos voluntarios, que son los verdaderos héroes de la lucha en España. Pero no lo hice. En vez de eso, me casé y fui feliz.

* * *

Cada vez estoy más convencido de que aquellos tres meses no fueron sólo una aventura o un interludio. La marca que dejaron en mi es algo que no va a menos sino que crece con el tiempo. Cuando estábamos todos juntos en el palacio de El Pardo, nos unía una especie de fe que nos hizo sentir que nunca podrían destruirnos. Pero siete de esos hombres, incluido Joe, murieron en Boadilla. Murieron y fueron olvidados, ya que sólo fueron importantes durante un día. Después vinieron otros combatientes, otros mártires, otras adhesiones.

Hay algo que aterra, algo que sorprende al comprobar que el mundo no se para porque esos hombres hayan muerto. Durante toda la guerra me invadía ese mismo sentimiento. Es algo que no se debe solamente al hecho de contemplar cómo luchan esos hombres valientes a los que quieres, cómo combaten o cómo mueren tus amigos. Es además la conmoción que produce la inmensidad de ese sentimiento que ha unido a tantas identidades e individualidades diferentes.

No soy un pacifista, a pesar de que desearía que fuese posible controlar tu propia vida sin la intromisión de ese horrible monstruo de poder y muerte que es la guerra y sus preparativos. Y por fin me he dado cuenta, con muchas reservas y sin el entusiasmo de los comunistas convencidos, de que nunca habrá paz o cualquiera de las cosas que nos gustan y anhelamos en la vida, hasta que esa mezcla de especulación, interés desmedido, pasiones bajas y brutalidad organizada que es el fascismo haya sido barrida de la faz de la tierra.

Bibliografía citada y complementaria

1934 Esmond & Giles Romilly (Eds.), *Out of Bounds: Public Schools' Journal Against Fascism, Militarism and Reaction* (Revista editada por Esmond y su hermano, Giles, de la que se publican cuatro números: el 1º en marzo, el 2º en julio; el 3º en noviembre de 1934 y el 4º en junio de 1935).

1935 Giles & Esmond Romilly, *Out of Bounds. The Education of Giles Romilly and Esmond Romilly*, Londres: Hamish Hamilton (Junio de 1935).

1937 Esmond Romilly, *Boadilla*, Londres: Hamish Hamilton.

1937 Keith Scott Watson, *Single to Spain*, Londres: Arthur Barker.

1954 Philip Toynbee, *Friends Apart. A Memoir of Esmond Romilly & Jasper Ridley in the Thirties,* Londres: MacGibbon & Kee (reeditado en 1980).

1963 Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Nueva York & Londres: Harper & Row.

1966 Luigi Longo, *Las Brigadas Internacionales en España*, Mexico: Ediciones Era (Colección Ancho Mundo, nº 18).

1967 T. C. Worsley, *Flannelled Fool*, Londres: Alan Ross Ltd.

1967 Vicente Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, Mexico: Ediciones Era (Colección Ancho Mundo, nº 21).

1968 José Manuel Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, (monografía nº 1), Madrid: Librería Editorial San Martin.

1968 José Manuel Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, (monografía nº 2), Madrid: Librería Editorial San Martin (2ª edición 1969).

1970 Robert G. Colodny, *El asedio de Madrid,* París: Ruedo Ibérico

1971 Esmond Romilly, *Boadilla*, Londres: Macdonald (Edición de Hugh Thomas).

1972 Alexei Eisner, *La 12ª Brigada Internacional*, Valencia: Ediciones Prometeo.

1985 Kevin Ingram, *Rebel. The Short Life of Esmond Romilly*, Londres: Weidenfeld & Nicholson.

1990 Jessica Mitford, *Hons and Rebels*, Londres: Victor Gollanz (1960, 1989, 1990).

2006 Peter W. Sussman (Ed.), *Decca. The Letters of Jessica Mitford*, Nueva York: Alfred A. Knopf.

2006 Fernando Rodríguez de la Torre, *Bibliografía de las Brigadas Internacionales y de la participación de extranjeros a favor de la República (1936-39)*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel". (La entrada dedicada a *Boadilla* es la 1765 y se halla en la página 1006).

2006 Rémi Skoutelsky, *Novedad en el frente,* Madrid: Temas de Hoy.

2007 Paloma Olmedo del Rosal, *Boadilla del Monte. Historia y Testimonios,* Madrid: Ediciones Selina Olmedo.

2009 Antonio R. Celada, Manuel González de la Aleja, Daniel Pastor García, *Los Internacionales: English Speaking Volunteers in the Spanish Civil War.* Pontypool (Gran Bretaña).

2009 Max Arthur, *The Real Band of Brothers,* Londres: Collins.

Índice

Cronología 7

Introducción 11

Esmond Romilly y su corta vida 14

Boadilla, un testimonio genuino 52

Nota sobre la edición 75

Texto de Boadilla 77

Prólogo 79

Capítulo 1 81

Capítulo 2 93

Capítulo 3 103

Capítulo 4 111

Capítulo 5 127

Capítulo 6 145

Capítulo 7 153

Capítulo 8 171

Capítulo 9 181
Capítulo 10 191
Capítulo 11 203
Capítulo 12 213
Capítulo 13 229
Capítulo 14 249

Bibliografía citada y complementaria 259

COLECCIÓN ARMAS Y LETRAS

SERIE TEXTOS

— TÍTULOS PUBLICADOS —

ESMOND ROMILLY
BOADILLA
Edición de Antonio R. Celada

— DE PRÓXIMA APARICIÓN —

JOHN SOMMERFIELD
VOLUNTEER IN SPAIN
Edición de Daniel Pastor García.

T. C. WORSLEY
BEHIND THE BATTLE
Edición de Manuel González de la Aleja Barberán.

CLAUD COCKBURN (FRANK PITCAIRN)
REPORTER IN SPAIN
Edición de Luis Alberto Lázaro.

ARTHUR KOESTLER
SPANISH TESTAMENT
Edición de Román Álvarez Rodríguez

Antonio R. Celada, el autor de esta edición crítica, es Licenciado y Doctor en Filología Inglesa por la Universidad de Salamanca y "Master of Arts" por la Universidad de Manchester (Inglaterra). Fue Lector de Español en esa misma universidad durante tres cursos académicos y actualmente es Profesor de la Universidad de Salamanca, donde enseña Literatura en Lengua Inglesa desde 1979. Durante el curso 1978-79 disfrutó de una Beca Fulbright en la Universidad de Boston, Mass. (USA) para completar su Tesis Doctoral sobre la dramaturgia de Arthur Miller.

En estos momentos enseña Literatura Inglesa del Siglo XX y coordina un grupo de investigación sobre escritores-brigadistas y corresponsales que vinieron a España durante la Guerra Civil. Entre sus objetivos de investigación está el estudio de la literatura de compromiso en Lengua Inglesa, aquélla que nace de la ideología y del activismo político pero sin olvidar sus esencias estéticas.

SERIE TEXTOS

Boadilla

ESMOND ROMILLY

Boadilla representa uno de los relatos más frescos y mejor documentados sobre los primeros meses de la Guerra Civil española. Se trata de una narración ágil, llena de vivencias y pulsiones emocionales, que detalla con gran fuerza descriptiva los sentimientos encontrados de los primeros brigadistas que llegaron a nuestro país para luchar en la guerra. Escrito por un jovencísimo voluntario de tan sólo 19 años evoca por un lado el candor y la inocencia ética que caracteriza a la juventud pero, por otro, entraña una reflexión sólida y madura sobre temas tan sugerentes como el miedo, la culpa, el abuso de poder, el pacifismo o el concepto de héroe.

Esta edición, además de ofrecer una versión en español de uno de los documentos más sentidos que se han escrito sobre los primeros grupos de voluntarios, muestra el lado humano de su autor, sus primeros conatos como escritor, sus anhelos adolescentes, su búsqueda de aventura, su ilusión en la primera etapa de fervor y entusiasmo ante la guerra, su entrega en la lucha por una causa en la que creía, pero también su profundo desengaño, su frustración ante la impotencia y su decepción ante la tragedia final. Llegó a la sabia conclusión de que se debe sublimar una revolución pero sólo se puede aborrecer una guerra. Su viaje hasta Boadilla fue un "viaje iniciático" para llegar a comprender que es erróneo idealizar cualquier guerra, que no hay héroes que luchan sino seres humanos que sufren el miedo y padecen la miseria, y que "por muy justa que pueda ser una guerra, será [siempre] inevitablemente sucia y terrible". A pesar de todo, nunca dejó de creer que en aquel mundo que le tocó vivir tendría que haber un sitio reservado para los idealistas y los románticos. Era cuestión de encontrarlo.

"No soy un pacifista, a pesar de que desearía que fuese posible controlar tu propia vida sin la intromisión de ese horrible monstruo de poder y muerte que es la guerra... [pero] por fin me he dado cuenta... de que nunca habrá paz... hasta que esa mezcla de especulación, interés desmedido, pasiones bajas y brutalidad organizada que es el fascismo haya sido barrida de la faz de la tierra".

(*Boadilla*.)

Amarú EDICIONES

ISBN 978-84-8196-324-3

9 788481 963243